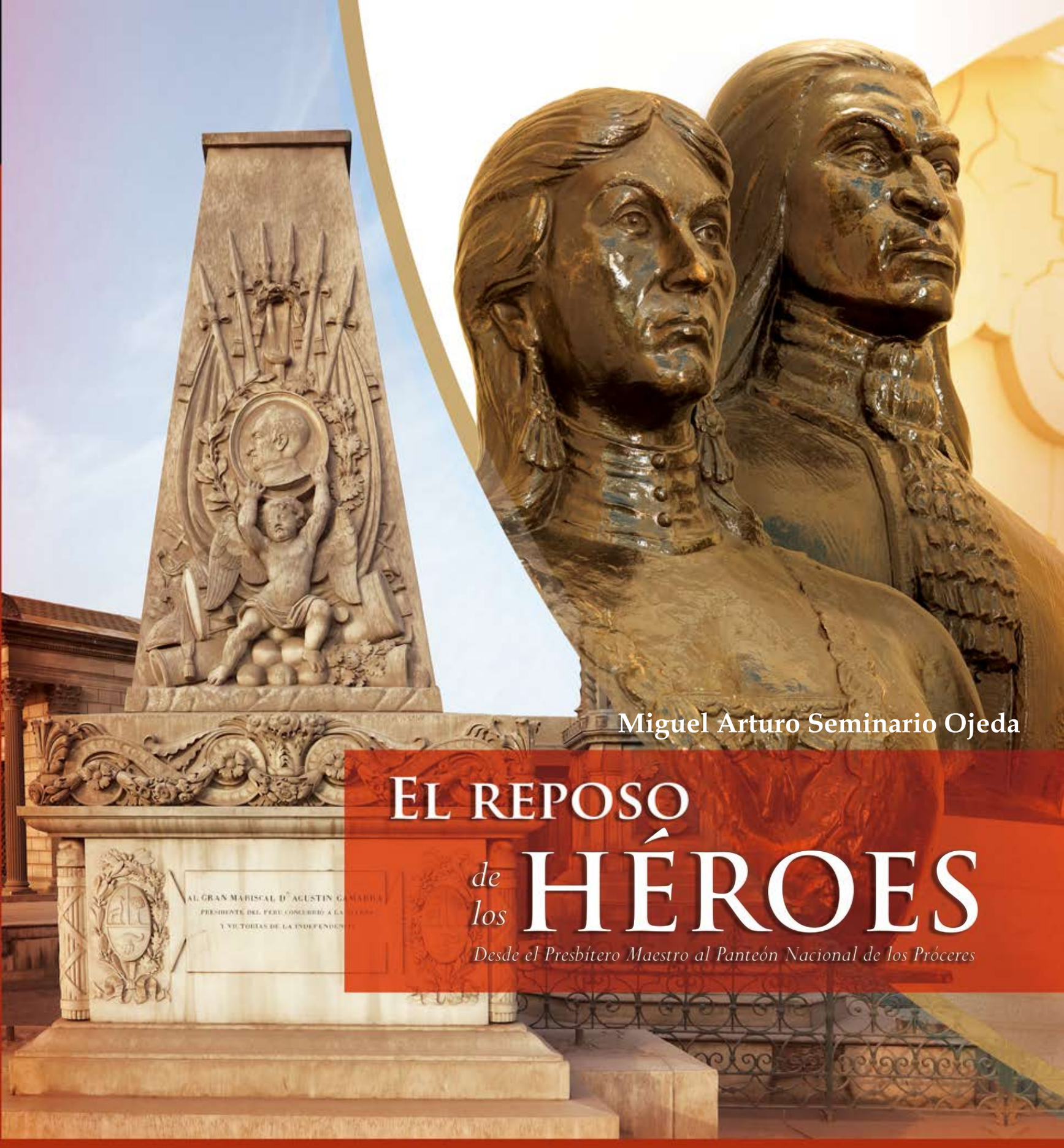


Miguel Arturo Seminario Ojeda

El reposo de los HÉROES

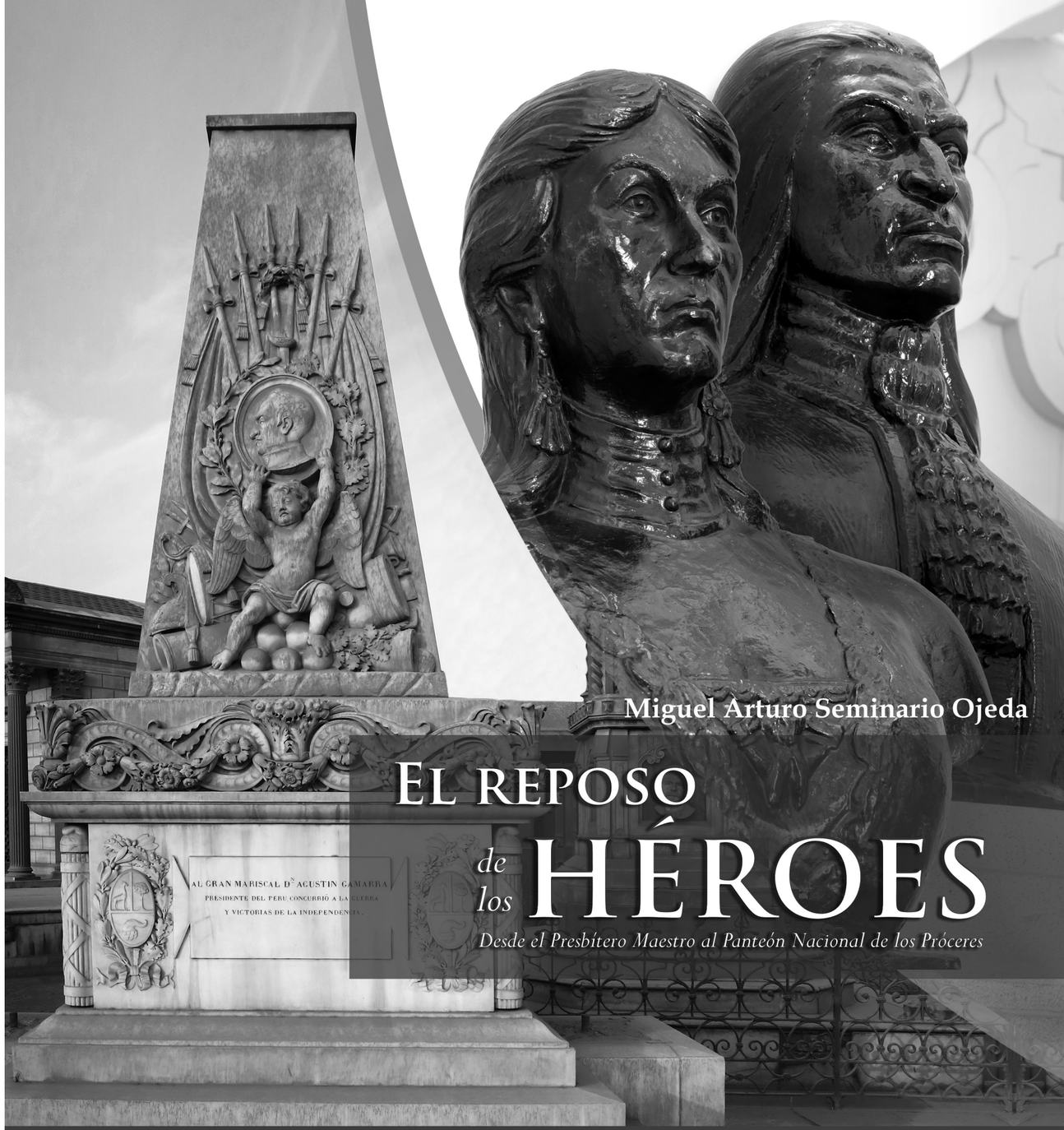
Desde el Presbítero Maestro al Panteón Nacional de los Próceres

JNE
JURADO NACIONAL DE ELECCIONES

Centro de Estudios Histórico Militares del Perú

El reposo de los HÉROES

Desde el Presbítero Maestro al Panteón Nacional de los Próceres



Miguel Arturo Seminario Ojeda

El reposo de los HÉROES

Desde el Presbítero Maestro al Panteón Nacional de los Próceres

JNE
JURADO NACIONAL DE ELECCIONES

Centro de Estudios
Histórico Militares
del Perú

EL REPOSO DE LOS HÉROES
DESDE EL PRESBÍTERO MAESTRO AL PANTEÓN NACIONAL DE LOS PRÓCERES
Miguel Arturo Seminario Ojeda
COLECCIÓN BICENTENARIO
272 págs.

Presbítero Maestro / Panteón Nacional de los Próceres / Los peruanos de la independencia en el Presbítero Maestro / Los restos mortales / Los bustos representativos / Las placas de reconocimiento

© Miguel Arturo Seminario Ojeda, 2019

© Jurado Nacional de Elecciones, 2019

Dirección editorial: Helbert López Calderón
Cuidado de edición y corrección de textos: María Lisette Sanabria Salazar
Concepto gráfico, diseño y diagramación: María José Baquerizo Barrios
Fotografía: Walter Hupiu Tapia

Editado por:
Fondo Editorial del Jurado Nacional de Elecciones
Jr. Nazca 598, Lima 11
Teléfono: (511) 311-1700
www.jne.gob.pe

Primera edición, julio 2019
Tiraje: 500 ejemplares

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*.

Impreso por:
Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Breña
Tel.: (511) 424-8104
tareagrafica@tareagrafica.com
Julio, 2019

ISBN: 978-612-4453-02-1
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.° 2019-09633

ISBN: 978-612-4453-02-1

JNE
JURADO NACIONAL DE ELECCIONES

MIEMBROS DEL PLENO

Víctor Ticona Postigo
Presidente del JNE

Luis Carlos Arce Córdova
Raúl Roosevelt Chanamé Orbe
Ezequiel Baudelio Chávarry Correa
Jorge Armando Rodríguez Vélez

Flor de María Edith Concha Moscoso
Secretaria General

Víctor Luis Gutiérrez Gutiérrez
Director Central de Gestión Institucional (*e*)

Juan Enrique Pestana Uribe
Jefe del Gabinete de Asesores de la Presidencia

ÍNDICE

PRESENTACIÓN.....**11**
Víctor Ticona Postigo

PRÓLOGO.....**15**
Miriam Salas Olivari

INTRODUCCIÓN.....**19**
Miguel Arturo Seminario Ojeda

PARTE I: El Presbítero Maestro.....**51**
Los peruanos de la independencia en el Presbítero Maestro.....53

PARTE II: El Panteón Nacional de los Próceres.....**73**
Los restos mortales.....74
Los bustos representativos.....134
Las placas de reconocimiento.....230

A MANERA DE CONCLUSIÓN.....**261**

BIBLIOGRAFÍA.....**265**

PRESENTACIÓN

El Jurado Nacional de Elecciones como organismo constitucional autónomo encargado de garantizar la legalidad de los procesos electorales, el respeto y el cumplimiento de la voluntad popular busca promover y fortalecer la cultura política democrática y la gobernabilidad del país a través de sus publicaciones y producción bibliográfica; es así que la obra *El reposo de los héroes. Desde el Presbítero Maestro al Panteón Nacional de los Próceres* presenta una temática asociada al Bicentenario de la Independencia Nacional, y contribuye, desde una visión histórica, al fortalecimiento de la cultura ciudadana en el Perú, precisamente, a puertas del bicentenario.

El contexto histórico en el que se gestó la independencia de nuestro país implicó la participación de numerosos ciudadanos, muchos de los cuales fallecieron cuando no se había generalizado la costumbre de enterrar en los cementerios, asimismo, algunos murieron en lugares donde no los había; pero una gran parte está sepultada en el antiguo Cementerio General, hoy Cementerio Presbítero Maestro, del cual se han seleccionado los nombres de aquellas personas involucradas con la gesta de la independencia, que contiene información valiosa para la historia nacional, así como de las biografías de los hombres y las mujeres que están sepultados o representados en el Panteón Nacional de los Próceres.

La gesta de la independencia, como puede leerse en una de las placas del interior del Panteón Nacional de los Próceres, está llena de actos de resistencia contra la dominación española, de un rechazo hacia el dominio hispano desde

1532, como lo destaca el presidente del Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú (CEHMP), general Herrmann Hamann Carrillo, es decir, que el pueblo peruano no aceptó nunca ser dominado por una potencia extranjera y, en los casi 300 años de dominio hispano, siempre mantuvo en alerta a las autoridades virreinales, hasta que se proclamó la independencia y se protagonizaron las batallas de Junín y Ayacucho; es así que se pueden apreciar los nombres de mujeres destacadas como patricias, por el general San Martín, debido a su identificación con la causa libertaria; y otras, señaladas por la historia como las mártires de la Caravana de la Muerte, mujeres que partieron hacia el destierro, por ser fieles tupacamaristas.

Cabe mencionar que no fueron pocos los extranjeros de América y de otras partes del mundo los que intervinieron en la campaña por la libertad; unos regresaron a sus países de origen y otros se quedaron a vivir en el Perú, por eso, algunas de sus representaciones simbólicas se encuentran en el Panteón Nacional de los Próceres, al lado de peruanos que, desde el firmamento en que se encuentran, sirven de guía a todas las generaciones que, en la celebración del bicentenario, honrarán sus memorias, pues su gesta así lo demanda.

Por medio de la lectura de estas páginas, con toda seguridad, quienes consulten el libro, además de encontrar datos eruditos sobre los protagonistas de la independencia, podrán hacer un viaje imaginario por ese universo de la emancipación, con ayuda de las imágenes que ilustran los contenidos y que le dan al libro una proyección especial que los conducirá hasta el mismo escenario de la independencia.

Los hombres y las mujeres de la emancipación no fueron todos militares, sin embargo, en el momento de lucha, actuaron como tales o se identificaron con el calor patriótico que alimentaba su espíritu, como son los casos de Mariano Melgar, el poeta arequipeño que apoyó a Mateo García Pumacahua y entregó su vida por la patria tras la batalla de Umachiri; José de la Torre Ugarte y Bernardo Alcedo, autores de la letra y de la música del Himno Nacional, respectivamente; la figura de Hipólito Unanue, destacado en la administración virreinal, pese a ser generador de sentimientos de patria, y luego eximio funcionario en el gobierno independiente republicano; Toribio Rodríguez de Mendoza, quien es quizás un

símbolo de todos los sacerdotes que, desde sus iglesias parroquiales, alentaban con la palabra y la acción el espíritu de libertad; José Faustino Sánchez Carrión, quien destacó en el campo jurídico; y José María Corbacho y Abril, magistrado y político peruano, que fue un gran patriota y poeta arequipeño; y como ellos, otros aportaron con sus ideas, bienes y heroísmo para hacer grande y libre a la patria.

Otros personajes, como la vida destacada del gran precursor de la independencia nacional Túpac Amaru y de Micaela Bastidas, así como aspectos biográficos de Ramón Castilla, Domingo Nieto, Guillermo Miller, Martín Jorge Guise, Juan Espinoza de los Monteros, Mariano Necochea, José Ignacio Álvarez Thomas, Bernardo O'Higgins, José María Córdoba, Antonio José de Sucre, Simón Bolívar, José de San Martín, y un conjunto de peruanos y extranjeros a cuyos protagonismos nos acercaremos mediante las páginas de esta obra, trabajada por el Fondo Editorial del Jurado Nacional de Elecciones.

Es muy probable que, ahora que nos acercamos al Bicentenario de la Independencia Nacional, sintamos con más fuerza el llamado de la patria, que nos convoca como ciudadanos comprometidos con el futuro del país; así como con los procesos democráticos que se llevan a cabo de acuerdo con la legislación electoral y con la Constitución Política del Estado; y con la historia de una nación libre y soberana que tiene un pasado cargado de heroísmo y de amor por la tierra de nuestros mayores.

Víctor Ticona Postigo
Presidente del Jurado Nacional de Elecciones

PRÓLOGO

Desde la década de los ochenta en el Perú, la historiografía dejó de lado la corriente histórica del positivismo que, en su esencia, buscaba resaltar a los grandes gobernantes, personajes, héroes, militares, hechos de guerra y la vida de los dioses, en un momento en el que la historia respondía a unos tiempos marcados por unas estructuras sociales, que se caracterizaban por que en ellas primaban las teocracias, las jerarquías y la invisibilización de las masas. Épocas en las que otro tipo de historia era impensada por la falta de libertad de pensamiento.

Mas el proceso evolutivo de la humanidad marcado por la aspiración de los pueblos por la igualdad, los derechos, la libertad y la vida (ya sea desde la política del amor, las luchas de clases y de los pueblos, o desde el progreso económico, intelectual y cultural) ha generado cambios revolucionarios siempre, de manera acentuada desde el siglo XIX, y ya en el siglo XX le imprimieron a la Historia un nuevo rumbo. Y es entonces cuando la ciencia histórica comenzó a visibilizar a las masas y trató de entender a las estructuras sociales del presente.

De allí que el interés de la historia haya pasado de comprender, analizar y sintetizar el proceso evolutivo de la sociedad a entender mejor el presente y construir un mejor futuro, dentro del objetivo ineludible de descubrir el esquema interno de las relaciones relativamente estables que caracterizan una realidad social. Sin embargo, dentro de esta nueva corriente, el individuo y el corto tiempo quedaron fuera, por eso, las biografías y los grandes personajes dejaron de ocupar el núcleo de la historia.

Esta nueva perspectiva científica de análisis con la que me hice historiadora permite descubrir el orden subyacente en todo lo que corresponde al mundo humano y supone una nueva forma de percibir el mundo, la sociedad y al hombre. Ese análisis estructural y en el largo tiempo me llevó a comprobar que las raíces de la independencia del Perú, en 1821, se hunden en el momento mismo de la Conquista española. La consagrada idea de que un grupo de españoles venció rápida y violentamente a todo un poderoso imperio no es cierta. La resistencia y el gobierno paralelo de los *inqa* se mantuvo hasta 1572.

Además, la muerte de Túpac Amaru I no terminó con la resistencia abierta y soterrada de los nativos, que finalmente hasta incluyó el mensaje de paz y amor de la religión de los agresores, la misma que nos permite entender las claves de la salvación de la raza y la cultura andinas, a diferencia de las de otras partes de América. Los conquistadores que se hicieron colonos y encomenderos tuvieron igualmente que resistir la envestida de la Corona cuando quiso reclamar sus fueros sobre las tierras conquistadas por particulares, pero bajo la sombra de una capitulación.

Por otro lado, las Leyes Nuevas, la instauración del Virreinato y la Real Audiencia, y la supresión de por vida de la encomienda selló el descontento de los «señores feudatarios, hombres de pro y provecho», y, más tarde, el de sus hijos criollos en el siglo XVII y el de todos a la vez con las Reformas Borbónicas en el siglo XVIII. Cuando la Corona quiso ahogar todo avance, estas tierras ya habían pasado por un largo auge luego de conciliar con todas las clases la convivencia y el trabajo en diferentes niveles de la economía, a diferencia de lo que sucedía en España[1].

Ahora bien, el libro *El reposo de los héroes. Desde el Presbítero Maestro al Panteón Nacional de los Próceres* de Miguel Arturo Seminario, con el sello editorial del Jurado Nacional de Elecciones y del Centro de Estudios Histórico Militares del Perú, busca que dirijamos nuestra atención sobre la coyuntura misma de las luchas por la independencia en el siglo XIX y los personajes que las concretaron. Y es que si bien la historia tenía olvidada a las masas y las profundidades estructu-

1 Salas Olivari, Miriam: «Hacia una historia comparada: producción textil y ciclos económicos en España y la Hispanoamérica colonial, siglos XVI-XVIII». En: Quiroz, Enriqueta, Diana, Bonnett (coordinadoras), *Condiciones de vida y de trabajo en la América colonial: legislación, prácticas laborales y sistemas salariales*. Bogotá, Colombia: Universidad de los Andes-CESO, 2009.

rales que hilvanaban la existencia social, la nueva historiografía ha olvidado a los grandes hombres: su bravura, atrevimiento, heroísmo y compromiso con la patria, y su discurrir; sin los cuales es imposible el agradecimiento y la fundamentación de la identidad social. Nuestros héroes y heroínas lucharon por un país libre, en el que todos sus habitantes puedan tener derecho a la ciudadanía dentro del marco de un novedoso sistema republicano que aseguraba la división del poder en diferentes instancias, con el propósito de contrarrestar el poder absoluto y divino de los monarcas.

En este libro de muy cuidada edición se retrata a diferentes protagonistas de las luchas por la independencia cuyos restos se ubican en el Cementerio Presbítero Maestro, hoy convertido en museo, y en el Panteón Nacional de los Próceres; asimismo, incluye a aquellos que tuvieron una actuación de primera línea en las luchas por la independencia, y que, sin que sus restos descansen en ellos, están presentes en los monumentos y las placas instaladas en su interior.

El autor nos lleva de la mano para conocer la ubicación de los restos de nuestros héroes, tanto hombres como mujeres, peruanos como extranjeros, profesionales como iletrados, militares como civiles, sacerdotes o laicos, criollos y demás clases sociales. Así también, la ubicación de los bustos representativos y de las placas de reconocimiento, que se hallan en el Panteón Nacional de los Próceres.

Almas y corazones que no se detuvieron a pensar al entregar su vida por una aspiración que no respondía a una coyuntura ni a una motivación extranjera, sino que era un sentimiento vivo nacional que arrancó desde el primer momento en que los españoles pusieron sus pies en nuestros suelos. En ese sentido, felicito la iniciativa de este libro que nos llama a voltear nuevamente la mirada individual sobre nuestros héroes a quienes debemos venerar y respetar, dado que sin ellos la fundación de la patria hubiera sido imposible.

Dra. Miriam Salas Olivari
Academia Nacional de la Historia

INTRODUCCIÓN

Fue por el Decreto Supremo del 29 de junio de 1921 que se creó el Panteón Nacional de los Próceres, y en 1924, se inaugura este santuario, que antes era iglesia y que fue convertido mediante la transformación de su planta, tras los trabajos que hiciera el arquitecto francés Claudio Sahut, para la adaptación de dicha iglesia en el santuario de la patria que es actualmente.

Se prefirió a la iglesia de San Carlos, por ser inmediata a la Universidad de San Marcos, y un lugar sagrado con tradición; de ahí salieron varios de los próceres de la patria, de manera que desde un templo cristiano se mantendría la gloria de esos peruanos y extranjeros destacados en la independencia, por ser el propósito de un Dios justo, que no quiere esclavos ni oprimidos: era como si se pusiera en reconocimiento, en instancias paralelas, a los santos y a los héroes, pues ambos están en el cielo de los recuerdos de la patria agradecida, que de esta forma honra su memoria.

La conmemoración del centenario de la independencia nacional fue suntuosa, ya que era una fecha muy singular, cargada de brillo; eran los años del segundo gobierno del presidente Augusto B. Leguía. Para la ocasión llegaron misiones especiales de casi 30 países, y otros estuvieron representados por sus embajadas.

El espíritu sanmartiniano, que era general en el país, llevó a que el gobierno venezolano no participara, porque temía un gran desaire a la memoria de Simón Bolívar, el Libertador del Norte que estuvo ligado a la consolidación de la independencia nacional. De igual manera, quizás por lo protagonizado en la guerra con el país del sur, Chile no estuvo presente, ya que el tiempo se presentaba caldeado

◂ Vista angular del Panteón Nacional de los Próceres

para ellos, por la campaña de chilenización que se llevaba a cabo en Arica y Tacna, en medio del rechazo de los ariqueños, los tacneños y del gobierno peruano.

No faltaron, en esta celebración, la presencia de algunos descendientes de protagonistas de la independencia, como el teniente general conde de Dundonald, nieto de lord Thomas Alexander Cochrane, por Gran Bretaña, y figuras representativas de diferentes países.

La ocasión fue propicia para erigir un monumento en Pisco, lugar del desembarco del general José de San Martín con la Expedición Libertadora, el 8 de septiembre de 1820; asimismo, se emitieron estampillas alusivas, y se acuñaron medallas representativas, algunos de cuyos ejemplares se conservan en el Museo Electoral y de la Democracia del Jurado Nacional de Elecciones.

Por decreto del 14 de abril de 1921 se restableció la orden El Sol del Perú, para premiar los servicios extraordinarios de peruanos y extranjeros; por otro lado, se creó también una Medalla del Primer Centenario de la Independencia Nacional. El centenario fue celebrado en todo el país; por lo menos, el 28 de julio de 1921, en cada centro poblado, en las capitales distritales y provinciales, y en las zonas de frontera, el recuerdo de la efeméride no estuvo ausente, como se reporta en los libros de actas respectivos.

Los discursos y ceremonias, por muy simples que hubiesen sido, representaban todo el sentir nacional: era el centenario de la independencia. En Lima se inauguró el monumento a José de San Martín, y se abrió el Museo Bolivariano en la Magdalena Vieja; cabe mencionar que la estatua de Simón Bolívar ya se había inaugurado el siglo pasado.

De esa época son algunos monumentos sobre figuras representativas de la historia nacional y americana, que fueron donados por colonias extranjeras, como los de George Washington (1922), Antonio José de Sucre (1924) y Manco Cápac (1926). El Congreso expidió una ley especial que otorgaba la medalla conmemorativa del centenario al presidente Augusto B. Leguía, por la organización de las fiestas de este primer centenario de la independencia nacional.



Busto de don José de San Martín

Volviendo al Panteón Nacional de los Próceres, este es un santuario considerado como tal en 1921, porque la antigua iglesia de San Carlos fue destinada como el lugar privilegiado por la nación, para guardar los restos mortales y la memoria de peruanos y extranjeros que dedicaron su vida o se inmolaron por la independencia de nuestra patria. Aquí, en el Panteón, podemos encontrar precursores (patriotas que se adelantaron en el camino de la independencia; que dieron las pautas; que fueron visionarios de la separación política, y lucharon con las armas y con el pensamiento para abrir campo a la liberación); próceres (personas distinguidas, tanto civiles como militares, en el mismo momento de la independencia; que actuaron en los instantes de la culminación del ideal concebido por ellos y por los precursores); ideólogos (individuos que teorizaron, por ejemplo, sobre temas relacionados con la independencia) y mártires (quienes padecieron sufrimientos resignadamente por su patria).

La antigüedad del recinto se remonta a más de tres siglos; este es parte de la historia de la Compañía de Jesús, orden religiosa establecida en Lima desde 1568, la cual, dentro de su terreno, construyó una iglesia para el noviciado de los jesuitas, casi acabada en 1613, con el apoyo del filántropo español Antonio Correa, con cuya donación se construyó la réplica de la iglesia de su tierra natal, la Villa de Valdemoro en España.

La iglesia fue testigo de la vida en oración de los novicios y de los sacerdotes de la Compañía de Jesús; en ese mismo espacio, posteriormente, estudiarían muchos de los hombres protagonistas de la independencia; poco antes de la salida de los jesuitas de territorio peruano, el terremoto de 1746 destruyó gran parte de la iglesia, por lo que se inició su reedificación el 11 de mayo de 1758, y se puso en servicio el 17 de enero de 1765, en un acto que contó con la presencia del virrey Amat. La iglesia del siglo XVIII fue remodelada por Cristóbal de Vargas.

En el Virreinato, los templos de los jesuitas diferían de los de otras órdenes religiosas, porque los coros altos eran de menor profundidad, y, a veces, se eliminaban, ya que el oficio del coro se había suprimido en esta orden. En general, gran parte de las iglesias conventuales se construyó en Lima en el siglo XVI, y se recons-

◀ Púlpito dentro del Panteón Nacional de los Próceres

truyó en los siglos posteriores, cuando se trataba de asociar las mencionadas iglesias a las nuevas tendencias arquitectónicas, o eran afectadas por terremotos.

Para José García Bryce, el púlpito de la iglesia de San Carlos, hoy Panteón Nacional de los Próceres, es de estilo rococó, y es la más hermosa representación de este estilo, cuya antigüedad señala que es de 1760, o sea del siglo XVIII. Al jesuita Juan Rher se le atribuye la talla del púlpito de la iglesia de San Carlos, lugar de veneración patriótica, donde el retallo mayor es de estilo rococó, del siglo XVIII, y las celosías con los balcones son del mismo estilo. Antes del terremoto de 1746, el templo de San Carlos tenía un decorado interior de estilo barroco, la mueblería era de caoba oscura, pero el púlpito era de estilo rococó.

El material de la nueva construcción procedió de las ladrilleras de Santa Beatriz, y la madera guayaquileña y muchos adornos fueron traídos desde España. En la remodelación de la iglesia de estilo renacentista hispano, la sepultura de Antonio Correa fue trasladada a la parte central del costado derecho, y en ella continuó la preparación espiritual de los novicios que luego, como sacerdotes, pasaron a servir en todo el Perú.

El 27 de febrero de 1767, el rey Carlos III dio la Pragmática Sanción que expulsaba a todos los jesuitas de la América Española y de sus dominios de Asia. En el Perú, el encargado de cumplir con esta orden fue el virrey Amat, tras recibir el comunicado, y fue este mismo virrey quien en 1770 fundó el Real Convictorio de San Carlos, a partir de los Colegios Máximos jesuitas que funcionaban en Lima: el de San Martín, y el de San Felipe y San Marcos.

El Real Convictorio fue instalado en el antiguo edificio del Noviciado; se puso bajo la dirección de don Toribio Rodríguez de Mendoza; y, en los años de efervescencia separatista, fue centro de formación y de difusión de la conciencia de patria, asociado a la formación de la generación revolucionaria, de gran protagonismo en las primeras décadas del siglo XIX.

Rodríguez de Mendoza, el ideólogo de la independencia, fue un reformador de la enseñanza, que promovió una serie de innovaciones que generaron que el Santo Oficio suspenda temporalmente el Convictorio en 1788, por la enseñanza

Busto de don Toribio ▸
Rodríguez de Mendoza

de la Ley Natural pese a la prohibición al respecto, y porque las autoridades eclesiásticas habían percibido que desde este lugar se promovía y difundía el ideal separatista de las colonias en relación con la metrópoli.

Después del movimiento de Túpac Amaru II, varios lugares del Perú fueron militarizados, y no se descuidaron los lugares más alejados de la ciudad de Lima; un caso evidente es Paita, donde en 1781 se creó el Escuadrón de Dragones de Amotape, con una fuerza de 722 hombres; que incluía una compañía de blancos de Amotape, tres compañías de Pardos de Tangarará, El Arenal y La Huaca; de modo que cuando, en 1813, Juan Salcedo era capitán de milicias de Paita y comandante accidental, en este lugar, estaba la Brigada de Artillería de Paita, puerto que fue testigo del desembarco de las tropas que venían del norte del continente para hacer frente a los insurrectos del sur, es decir, para enfrentarse a los patriotas.

En un artículo sobre la revolución del Cusco de 1814, José Tamayo Herrera considera que la primera proclama de la independencia del Perú se hizo en el Cusco; apoyó su tesis en documentos primarios cercanos al suceso, los analizó y demostró que se hablaba de un Estado soberano que demandaba la restitución del poder a los americanos, y que incluso el 20 de octubre de 1814 se les nombró plenipotenciarios que representaban al Perú en el Río de la Plata; en todo momento, se invocó a los incas, señalando que ya «la antigua Corte de los Incas enarboló el estandarte de su libertad… ».

Para Tamayo Herrera, con la revolución de 1814, no solo se organizó el primer ejército peruano de carácter patriota, sino que, además, sus protagonistas crearon símbolos para diferenciarse de los de la monarquía española; pues se orientaban a destacar una presencia nacional, creando una bandera de franjas transversales de colores azul y blanco, que fue bendecida el 8 de septiembre de 1814 en la catedral cusqueña; y se adoptó a la mascaipacha como uno de los símbolos del Perú.

Se considera como principales protagonistas de esa revolución a José Angulo, Vicente Angulo, Juan Pinelo, Mateo García Pumacahua y a Manuel Hurtado de Mendoza; de todos ellos, Mateo García Pumacahua es quien ostentaba el más alto grado y la mayor experiencia militar. La acción del ejército patriota no se sintió

únicamente en el Cusco, sino que también llegó hasta La Paz, por el sur; y luego hasta Huamanga, al norte del Cusco. Así, el ejército patriota libró las batallas de Huanta el 1 de octubre de 1814; la de Matará el 27 de enero de 1815, y las de Rucumachay, Hatuntocto y Hatunguana el 18 de febrero de 1815.

El ejército organizó una tercera expedición sobre Arequipa; de esta manera, se llevó a cabo la batalla de La Apacheta el 10 de noviembre de 1814, y, ese día, tras el ingreso a la ciudad, se programó la proclamación de la independencia; con la intervención de Mariano José de Arce, quien opinó abiertamente que la mencionada proclamación debería hacerse sin manifestar fidelidad a Fernando VII, y más bien separándose de la monarquía española. Finalmente, la batalla de Humachiri consumó el sacrificio de Mateo García Pumacahua, Mariano Melgar y otros patriotas, mientras otros fueron encarcelados, y algunos, desterrados.

La doctora Ella Dunbar Temple es una estudiosa del manifiesto deseo de la restauración del Imperio incaico por parte de los revolucionarios peruanos y del Río de la Plata; asimismo, destaca que, desde los rechazos a la conquista del siglo XVI, se había expresado tempranamente este ideal, al comienzo, propiciado únicamente por los indígenas y, posteriormente, por indígenas, mestizos y criollos.

Atilio Siviriche y Juan José Vega coincidieron en que, en una algazara protagonizada en Mendoza, ciudad del Virreinato del Río de la Plata, en plena revolución de Túpac Amaru II, se quemó una efigie de Carlos III y se propagó la idea de coronar como inca rey a Túpac Amaru II.

En 1816 pasó por Paita la tercera compañía del sexto escuadrón de artillería procedente de Panamá, con 142 hombres del infante don Carlos, llegados a bordo de las fragatas Carmen y Cazadora. A Paita había llegado, a comienzos de 1816, la expedición del almirante Guillermo Brown, planificada desde la Argentina, para levantar las costas americanas contra el virrey Abascal.

Al año siguiente pasó por Paita el brigadier Canterac, destinado como jefe de Estado Mayor del Alto Perú, y unos meses después arribó Ramón Rodil; ambos realistas quedarían inscritos entre los protagonistas de episodios de la independencia. En 1819, después de promover la independencia de Supe,

Cochrane atacó Paita, puerto que ese año fue testigo del paso del batallón Numancia por su jurisdicción.

Mientras que, en Lima, el 31 de mayo de 1817, el virrey Joaquín de la Pezuela clausuró el Real Convictorio de San Carlos, y expulsó a José Faustino Sánchez Carrión, confinándolo a la sierra; medida ya sin sentido, porque el deseo de independencia era indetenible, y el Convictorio había contribuido en la formación de los hombres que realizaron las principales acciones en la emancipación y la república, y que, a su vez, tuvieron que ver con la formación de nuevos peruanos.

En la república, toda la exmanzana jesuítica pasó a la Universidad de San Marcos, sufriendo incluso la violencia de la guerra con Chile, con el saqueo de los ornamentos y la decoración de la iglesia, así como los faroles, los adornos de los altares, los candelabros de plata, los santos, las reliquias: casi todo desapareció. Terminada la guerra del guano y el salitre, la iglesia continuó como oratorio de la Universidad de San Marcos, hasta 1921, en que, con motivo del centenario de la independencia, se convirtió en el Panteón Nacional de los Próceres.

La inauguración del Panteón Nacional de los Próceres fue el 10 de diciembre de 1924, acto al que asistió el poeta José Santos Chocano; dos años después se comenzó con el traslado de los restos de los primeros próceres. Posteriormente, el 21 de agosto de 1953, el Panteón Nacional de los Próceres fue transferido al Ministerio de Guerra, hoy dentro del Ministerio de Defensa, por la naturaleza de este organismo, cuyos actos se vinculan, en parte, con la preparación y la celebración de efemérides patrióticas; y de inmediato se le colocó bajo la dependencia del Centro de Estudios Histórico Militares del Perú, al que se mantiene adscrito hasta la fecha.

En las remodelaciones hechas en el siglo XX se agregaron la escultura de bronce de la «República peruana», hecha por Artemio Ocaña, y las pinturas murales sobre la cúpula, que son obra del pintor José Sabogal. El Panteón Nacional de los Próceres, desde entonces, es testigo de todos los homenajes que los peruanos agradecidos rinden a los patriotas que se inmolaron por la libertad e independencia.

Los trabajos de restauración y ornamentación se hicieron de acuerdo al fin que se proponía el gobierno: en el primer piso se dejó el Altar Mayor y el púlpito,

◂ Altar mayor dentro del Panteón Nacional de los Próceres

se retiraron los altares laterales hasta la iglesia de San Marcelo, y se colocaron, en fecha posterior, 29 bustos de precursores y libertadores. Asimismo, se empezaron a colocar placas recordatorias de la declaración y la proclamación de la independencia; de las batallas de Junín y Ayacucho; y placas donadas por Argentina, Venezuela y Chile, en recuerdo a la fraternidad que unió a los americanos, en su lucha por la libertad.

En el Panteón Nacional de los Próceres, antiguo Convictorio de San Carlos, se siente la figura de Toribio Rodríguez de Mendoza enseñando a los jóvenes carolinos, futuros líderes de la República. Por otro lado, cerca de la efigie de la patria, está grabado lo dicho por el historiador José de la Riva Agüero y Osma:

SOBRE EL ALTAR DE LA PATRIA Y BAJO SU GALLARDA LLAMA, HECHA DE RUEGOS Y DE INMOLACIONES DE VALOR Y DE PLEGARIAS, DEBEN EXISTIR SIEMPRE, COMO EN LA RITUALIDAD LITÚRGICA CATÓLICA, LOS HUESOS DE LOS PREDECESORES Y LAS RELIQUIAS DE LOS MÁRTIRES.

Y en lo alto de la portada se lee el siguiente lema: «DIOS Y LA PATRIA».

En el Coro del Panteón Nacional de los Próceres hay una alegoría a la patria, cuya autoría pertenece al artista Teodoro Núñez Ureta. Esta alegoría representa a todos los peruanos sin distinción de raza ni sexo, a los soldados de Junín y Ayacucho, que les dieron gran significación a los sables que sellaron la independencia, al clero que no dejó de involucrarse en la gesta libertaria, a los criollos que expresaron su capacidad para ocupar altos cargos, en medio de la marginación que sufrían, y a los ideólogos que con la palabra y sus escritos propiciaron el fortalecimiento de los sentimientos de patria.

En la bóveda inferior se encuentran los restos de los próceres que oportunamente fueron trasladados hasta este lugar santo, los cuales incluyen los de Juana de Dios Manrique de Luna, ubicados en una de las zonas de la cripta, el Panteón Nacional de los Próceres, desde el 17 de abril de 1984, y los de don Ramón Castilla que, desde su tumba en el cementerio Presbítero Maestro, fueron trasladados hasta el mausoleo de mármol, en el que actualmente reposan.

Coro del Panteón ▸
Nacional de los Próceres



Se destaca, en el descanso de la gradería que conduce a la cripta, un Cristo de bronce, obra de Leonardo Bistolfi, a quien se considera el principal exponente del simbolismo italiano; y en sus muros aparecen inscritos, también en bronce, los nombres de muchos de los próceres que, como los bustos, han ido en aumento, a partir de nuevas investigaciones y de reconocimientos en las nuevas gestiones a cargo del Centro de Estudios Histórico Militares del Perú.

En el Panteón Nacional de los Próceres, templo de la patria, los visitantes sienten que este santuario es un símbolo de la lucha por la libertad y que es un local donde se formó la juventud carolina que, posteriormente, organizó la república, y que está asociada a nombres de defensores de la independencia del Perú, los cuales perdurarán por siempre en la memoria colectiva. Cabe resaltar que, aunque allí no reposan todos los próceres, sus nombres están grabados en las placas que existen en sus paredes.

En las diferentes monografías y estudios históricos de cada uno de los pueblos del Perú, podemos constatar que el heroísmo se manifestó en cada rincón de la patria, en todos los tiempos; y, gracias a la investigación, cada vez es mayor el número de peruanos que se suman a las relaciones que existen sobre los defensores del Perú en la gesta de la emancipación.

Los pueblos se presentan ante la patria, haciendo conocer a sus hijos publicaciones que muchas veces circulan a nivel local, y que proyectan el aporte de su gente en la defensa de su integridad e independencia. Con toda seguridad, las publicaciones hasta hoy conocidas se multiplicarán en los próximos años, sobre todo en estos tiempos que la proximidad del bicentenario está generando comportamientos reflexivos, y se están rescatando hechos y personajes acerca de la historia de la emancipación en el territorio peruano.

Alberto Carrillo Ramírez publicó *Dos próceres ancashinos de la emancipación: Cayetano Requena y Manuel Jesús González*; José Dammert Bellido publicó *Cajamarca independiente*; Eduardo Mendoza Meléndez, *Concepción, su pasado y su presente en la independencia: Las Toledo*; asimismo Luis Ramírez Ortiz publicó *Antecedentes históricos de la provincia de Chancay, su participación en la gesta emancipadora de*

◀ Efigie de la patria ubicada en la fachada del Panteón Nacional de los Próceres

nuestra independencia y, sobre el mismo espacio geográfico, Emilio Rosas Cuadros ha publicado, en 1976, *La provincia de Chancay en la Colonia y Emancipación*.

Lambayeque no se quedó atrás en publicaciones al respecto: Alejandro Araujo dio a conocer su trabajo sobre *Próceres y mártires lambayecanos*; y acerca de Chota se dieron pormenores en el libro *El aporte de Chota a la independencia del Perú y Colombia*, como los referidos a las escenas de la proclamación de la libertad que se hiciera en Chota de las acciones militares en ese escenario, así como del aporte económico de los hijos de esa región para la consolidación de la independencia.

El aporte de Huánuco lo destacó la doctora Ella Dunbar Temple, en su publicación *La revolución de Huánuco, Panatahuas y Huamalíes de 1812*; y el de Huarochirí se hizo conocer en parte por la publicación de Emilio Rosas Cuadros titulada *La provincia de Huarochirí en la historia: coloniaje e independencia*; el mismo autor publicó, en 1976, *La provincia de Huaura en la Colonia y Emancipación*, la cual abunda en detalles sobre el proceso de la independencia peruana.

La Libertad manifestó su participación en la gesta emancipadora, a través de la obra de Pablo Uceda Paredes, *Aspecto histórico y cultural del departamento de La Libertad,* publicada en 1974; y de *Anales del departamento de La Libertad en la guerra de la independencia*, de Nicolás Rebaza. En relación a este mismo espacio, Héctor Centurión Vallejo ha escrito *La independencia de Trujillo* en 1962. En cuanto al extremo norte, Tumbes, ha sido conocido en parte por las publicaciones de Jorge Carlín Arce.

Pasco tampoco se quedó atrás en esta sucesión de heroísmo: en *Jornadas de gloria*, de César Pérez Arauco, se relatan los acontecimientos asociados a la jornada patriótica de Álvarez de Arenales en esa región, a la batalla de Cerro de Pasco, y a la jura de la independencia en Cerro de Pasco en 1820. Se tuvo conocimiento en detalle del proceso de la independencia de Tarma, mediante la publicación de Alejandro Palomino Vega: *La independencia de Tarma y el general de división don Francisco de Paula Otero, prócer de nuestra independencia*, que salió a la luz en 1955.



Mártir José Olaya Balandra ▸

No son pocos los autores que han destacado la participación del pueblo peruano en la independencia: en su libro *América célebre, glorias del nuevo mundo*, Emilia Serrano de Teruel presenta al mundo a personajes como Felipe Santiago Salaverry, Ramón Castilla, Juan Brown, Simón Bolívar, José de San Martín, José Olaya, Antonio José de Sucre y Bernardo O'Higgins; por su parte, Enrique Vásquez Andrade, en su libro *Hombres célebres de América*, solo incluye, de la época de la independencia, a Simón Bolívar y a Antonio José de Sucre.

Ciro Bayo, en su libro *Examen de próceres americanos (los libertadores)*, publicado en Madrid en 1916, presenta a los siguientes personajes de la independencia: Bolívar, San Martín y Sucre, detallando sus acciones. No se escapan al juicio sobre la historia de América las batallas de Junín y Ayacucho ni las batallas de Torata y Moquegua, ganadas por los realistas, ni las batallas por la independencia de Chile.

Juan Pablo Echagüe, en *Figuras de América*, considera entre los biografiados a Túpac Amaru II, a quien le dedica 14 páginas; mientras que Osvaldo Orico, en su libro *Hombres de América*, al tratar de héroes civiles y militares del continente, selecciona a 16 personajes, entre los que se encuentran Simón Bolívar, Bernardo O'Higgins y San Martín, protagonistas de la independencia de América.

Miguel A. Pérez, en *Figuras americanas*, selecciona una galería de hombres ilustres y considera como tales a Bernardo O'Higgins, Ramón Castilla, José de la Mar, Antonio José de Sucre, José María Córdova, Bolívar y San Martín; algunos de estos próceres, como San Martín y La Mar, combatieron a favor de la independencia española, tras la invasión de Napoleón Bonaparte a la península ibérica.

Alberto Carrillo Ramírez, en *Dos próceres ancashinos de la emancipación: Cayetano Requena y Manuel Jesús Gonzales*, abunda en detalles sobre estos personajes.

El monseñor José Dammert Bullido, en su libro *Cajamarca independiente*, hace conocer los detalles de los pueblos de esta zona, en el proceso de emancipación americana. Por su lado, Eduardo Mendoza Meléndez abundó en precisiones con respecto a Las Toledo, heroínas del valle del Mantaro.

De Gabriel Aguilar se han ocupado César García Rosell y Samuel Ordóñez Salcedo; de Álvarez Thomas, Santiago E. Albornoz y Daniel Matto; de Baquíjano y Carrillo, Carlos Deustua Pimentel en la colección Biblioteca Hombres del Perú; de María Parado de Bellido, Juan José del Pino. Sobre Ramón Castilla, la biografía es abundante, es quizás uno de los más biografiados; de José Ildefonso Coloma se ha encargado Miguel Arturo Seminario Ojeda y Luis Humberto Delgado Coloma; de Agustín Gamarra, Margarita Guerra Martiniere y Miguel A. Martínez; de Juan Manuel Iturregui, René Byrne Valcárcel; de Francisco Javier de Luna Pizarro, Luis Lituma Portocarrero; de Toribio de Luzuriaga, Américo Portella Egúsquiza, Mauro Mendoza Alegre y Daniel Matto.

De José de la Mar, Sara Hamann de Cisneros, Pío Jaramillo Alvarado, Luis Alayza Paz Soldán, Manuel Vicente Villarán y Pedro José Tordoya; de Mariano Melgar, Luis Jaime Cisneros y Pedro José Rada y Gamio; de Attilio Minuto Domingo Nieto, Félix Denegri Luna, Enrique Chirinos Soto, Manuel C. Bonilla, Pedro Ruiz Bravo y Rómulo Zanabria Zamudio; de José Olaya, Luis Antonio Eguiguren, Ismael Portal y Germán Stiglich.

La biografía de Pablo de Olavide la ha abordado Guillermo Lohmann Villena; la de Luis José de Orbegoso, José María Blanco, Evaristo San Cristóbal, César García Rosell y Luis Varela y Orbegoso; la de Pumacahua, Sara Hamann de Cisneros; la de Rázuri, José Vicente Rázuri, León de la Fuente y Víctor Salazar Vera. Por otra parte, se ocuparon de Toribio Rodríguez de Mendoza, Óscar Noé Zevallos, Luis Collantes Pizarro, Luis Antonio Eguiguren, Jorge Guillermo Leguía, Fernando Romero y Rubén Vargas Ugarte; y de Túpac Amaru II, Carlos Daniel Valcárcel, César Ángeles Caballero y Jorge Rosales Aguirre.

De Hipólito Unanue se han hecho cargo, Luis Alayza y Paz Soldán, Juan B. Lastres, César García Rosell, Hugo Neira Samanez, Luis A. Stein Chávez y Percy Cayo Córdova; por otra parte, la biografía de Francisco Vidal ha sido materia de investigación de Geraldo Arosemena Garland, Héctor Mario Díaz Núñez y Emilio Rosas Cuadros; la de Juan Pablo Viscardo y Guzmán ha sido estudiada por César Pacheco Vélez, Jerónimo Alvarado, David Brading, Gustavo Vergara Arias y Rubén Vargas Ugarte; y la de Francisco de Zela, por Gustavo Pons Muzzo.



En los libros de Historia Local que se conservan en los fondos bibliográficos de la Biblioteca Nacional del Perú, del Instituto Riva Agüero y del Centro de Estudios Histórico Militares del Perú, existe abundante información con respecto a los pueblos del Perú y sus personajes; en algunos casos, a partir de la tradición y la historia se han rescatado nombres olvidados y se ha corroborado la existencia de algunos que, aunque no se han popularizado a nivel nacional, también son parte de la historia del Perú.

Uno de los personajes más recordados de la independencia, por el amor que sintió por su patria, como funcionario del régimen español y republicano, fue Hipólito Unanue, secretario de la Sociedad Amantes del País, que existió a fines del siglo XVIII, como resultado de un proyecto que obedeció a un objetivo coherente, relacionado con la emancipación que asomaba entre los peruanos como un deseo ferviente, y que se fortaleció con las elecciones de 1812, oportunidad en la que los ciudadanos que habían dejado de ser súbditos de la Corona real española manifestaron su voluntad de elegir por primera vez a sus autoridades municipales, como ocurrió desde diciembre de este año.

El 29 de julio de 1821, los habitantes de Lima aún no salían de su alborozo del día anterior, cuando los repiques de campanas estremecieron la tranquilidad de la capital virreinal, en la que los limeños escucharon, el 28 de julio, la proclama que hizo el general José de San Martín. El Perú era libre e independiente, porque así lo querían los peruanos, que nunca se resignaron a perder su autonomía, después de la conquista española.

Los tabladillos para la proclamación de la independencia, se empezaron a armar desde cuatro días antes del solemne evento, que no solo se realizó en la plaza mayor de Lima, sino que se llevó a cabo en cuatro lugares, considerados estratégicos, para decir a los peruanos que el Estado nacional se recomponía; así, desde el ingreso de San Martín y sus huestes a Lima, la ciudad se mantuvo en expectativa. El día elegido fue el sábado 28 de julio, y en un acto memorable, se anunció que un pueblo soberano renacía en esa condición, por su propia voluntad, asimismo, la proclamación se haría en los mismos lugares, desde donde los funcio-

◂ Mariano Melgar

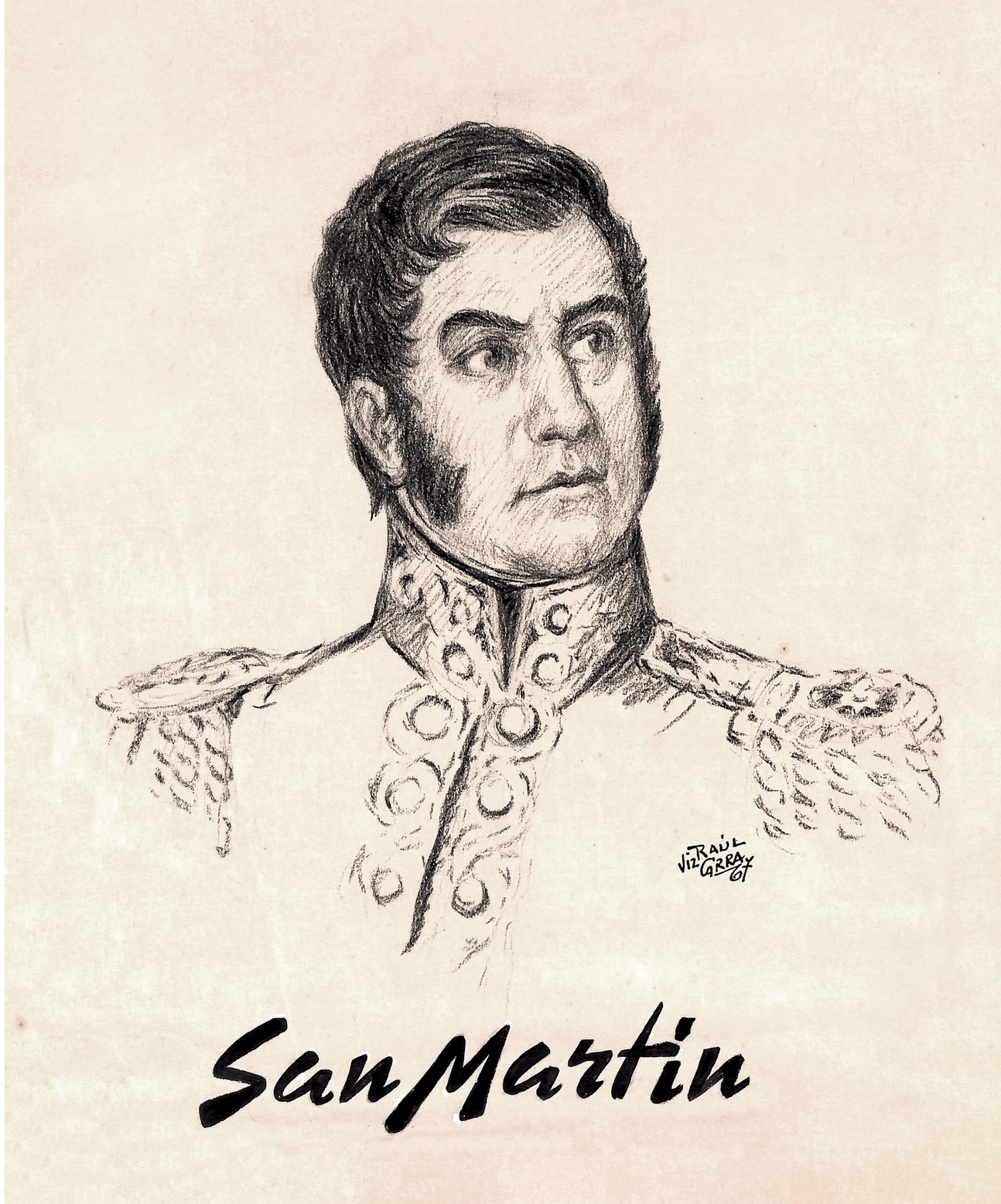
narios de la Corona española acostumbraban a comunicar las decisiones reales y de otro tipo a los limeños.

La ciudad estuvo iluminada tres días seguidos, desde el viernes 27 por la noche hasta el 29, lo que evidenciaba el júbilo general, por el anuncio al mundo de las sociedades libres, que el Perú ya estaba nuevamente en el consenso de los pueblos soberanos, decisión que aplaudirían los pueblos libres de todo el orbe. Quizás hubo una gran expectativa en la espera del pronunciamiento sanmartiniano que, como lo cantaba su himno nacional, anunciaría a los mortales un grito sagrado: «Libertad, libertad, libertad».

Los estrados se instalaron en la plaza mayor frente al Palacio de Gobierno; en la plazuela de La Merced, iglesia donde hasta hoy se venera al padre Urraca; en la plaza de Santa Ana frente a la iglesia de las Descalzas y en la plaza de la Inquisición, hoy plaza Bolívar, frente al Congreso de la República, ahí, frente al sitio desde el que salieron muchos inocentes para enfrentar crueles castigos y, no pocas veces, la muerte.

Desde el 27 por la tarde, se escuchó el repique general de las campanas en todas las iglesias de Lima, y por la noche, la iluminación de la ciudad fue total. Casi no hubo casa ni establecimiento comercial sin decorar, los símbolos patrios resaltaban por todos lados. Los fuegos artificiales contribuyeron a que la alegría se haga más contagiosa y general. La ciudad estaba llena de personas que habían venido de las comarcas cercanas, que se entregaron a los bailes y a una sana diversión: estaban ansiosas de escuchar los ruidos de la alegría que anunciaban la ruptura de las cadenas de la opresión, y de hacer el voto solemne de no faltar ante el llamado de la patria.

Por todos lados se hacía vivas a la patria y al general San Martín; las crónicas aseguran que muchos no durmieron el día anterior de la proclamación, esperando la hora; eran miles los que estaban en las calles de la antigua capital virreinal a la espera de proclamar por sí mismos: «Somos libres, seámoslo siempre», así como lo diría, al poco tiempo, el Himno Nacional aprobado por el Protector de la Libertad del Perú.



Dibujo de Raúl Vizcarra de don José de San Martín, 1967

El 28, las iglesias nuevamente hicieron repicar las campanadas, preludio de lo que ocurriría a continuación; desde los balcones y las ventanas, la población lanzaba flores y papel picado rojo y blanco, colores que se repetían en los atuendos femeninos y en las escarapelas que portaban los varones; nadie quería perderse el acto público de la proclamación de nuestra independencia, y todos deseaban elevar a la patria la promesa de ser libres por siempre y para siempre.

Indudablemente que otros pueblos lo habían hecho antes, como Supe, de lo cual hay registro; este pueblo se adelantó bastante, pues un 5 de abril de 1819, desafiando a la autoridad virreinal, proclamó su independencia, en 1820, lo hicieron otros pueblos del sur y del norte, que sucesivamente expresaban su deseo de no depender más de la Corona española, entre ellos, Pisco, Ica, Pativilca, Chancay, Huacho, Barranca, Lambayeque, Trujillo, Piura, Paita, Sullana, Querecotillo, La Huaca, Amotape, Tumbes, Cajamarca y Jaén.

Fue a las diez de la mañana, cuando el general San Martín, ataviado de gala y a caballo, entre los vítores de la multitud, salió del Palacio Virreinal, acompañado del gobernador de la ciudad, el marqués de Montemira y del Estado Mayor, y de varios de los generales que eran parte también de la gesta de libertar al Perú. Por delante iban una comitiva del ayuntamiento, de la Universidad de San Marcos, de los Colegios, oidores de la Real Audiencia, miembros de las corporaciones, miembros de los tribunales, prelados de las casas religiosas, jefes militares, gente de la nobleza, y con ellos, representantes del Colegio de Abogados y vecinos distinguidos de Lima.

Pendón en mano, el general San Martín subió al tabladillo; dijo a viva voz una frase memorable que sintetiza el esfuerzo peruano por alcanzar su independencia: «El Perú es, desde este momento, libre e independiente, por la voluntad general de los pueblos y por la justicia de su causa que Dios defiende»; y, agitando la bandera, proclamó: «Viva la patria, viva la libertad, viva la independencia», reafirmando que un Dios justo no quiere esclavos ni oprimidos, y dando a entender a la multitud que si conseguir la independencia acarreaba la continuación de la guerra, sería una guerra justa que el Creador iba a defender.

◀ Dibujo de Raúl Vizcarra, *Proclamación de la independencia de Trujillo*

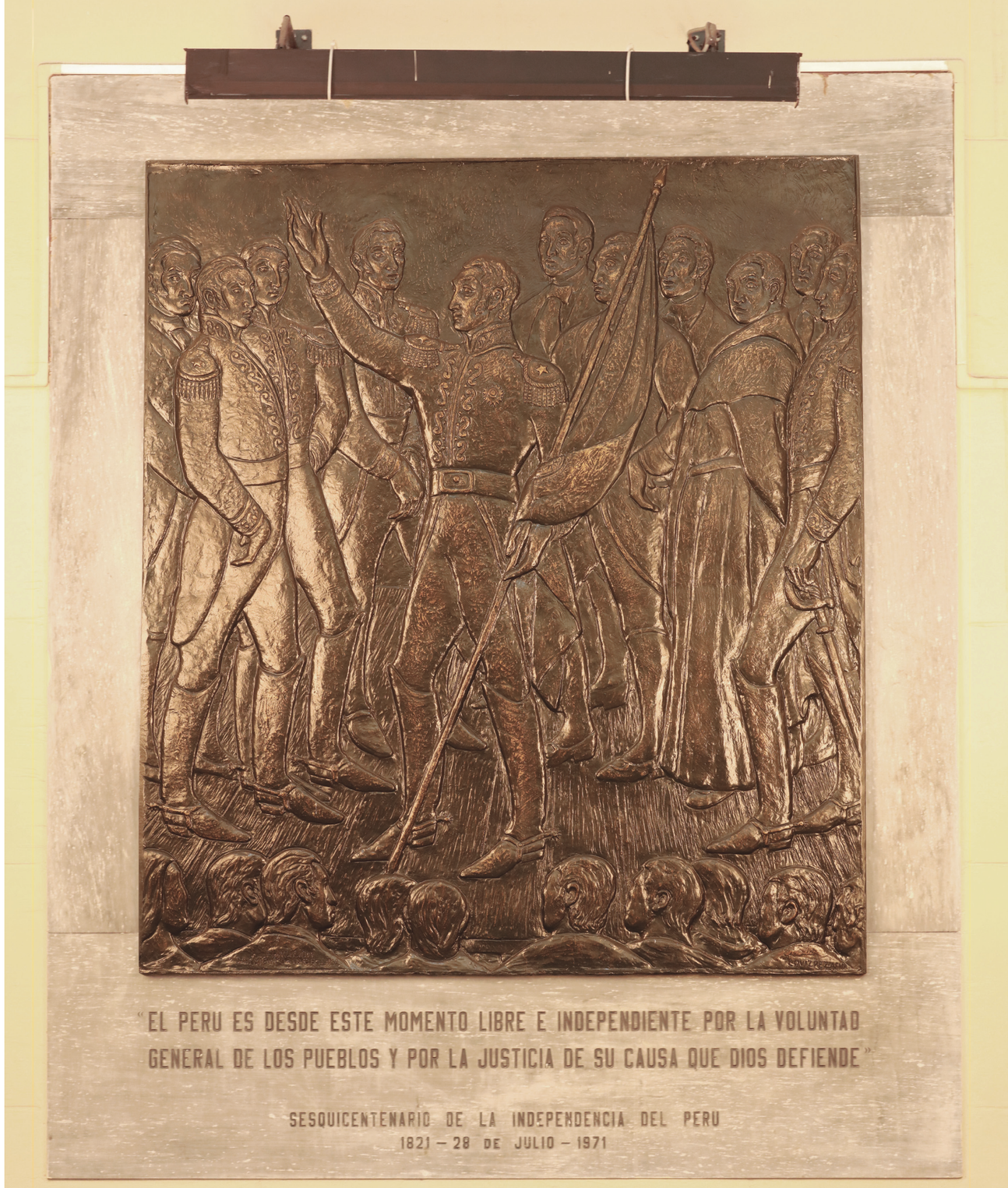
Se habían mandado a acuñar medallas conmemorativas que se lanzaron al público, mientras que, llenos de emoción, los asistentes se abrazaban, y se olvidaban de la separación estamental que los polarizaba; se iniciaba una nueva etapa de la historia nacional, al compás de las bandas del ejército, era como lo dirían nuestros vecinos del sur: «Ya es hermano el que ayer, invasor».

Terminada la ceremonia, el acto se repitió en la plazuela de La Merced, en la plaza de Santa Ana y en la plaza de la Inquisición, como estaba previsto. La proclama de la independencia también se hizo en quechua; no podía quedar fuera del momento que se vivía esa aspiración de juntar dos mundos en uno solo, el incásico y el hispánico. Ocurrió como cuando se juró la Constitución de Cádiz de 1812, en los pueblos donde la mayoría era quechuahablante, y la escucharon en su propio idioma, de manera que se enteraron, en el idioma de los incas, que se habían convertido de súbditos a ciudadanos.

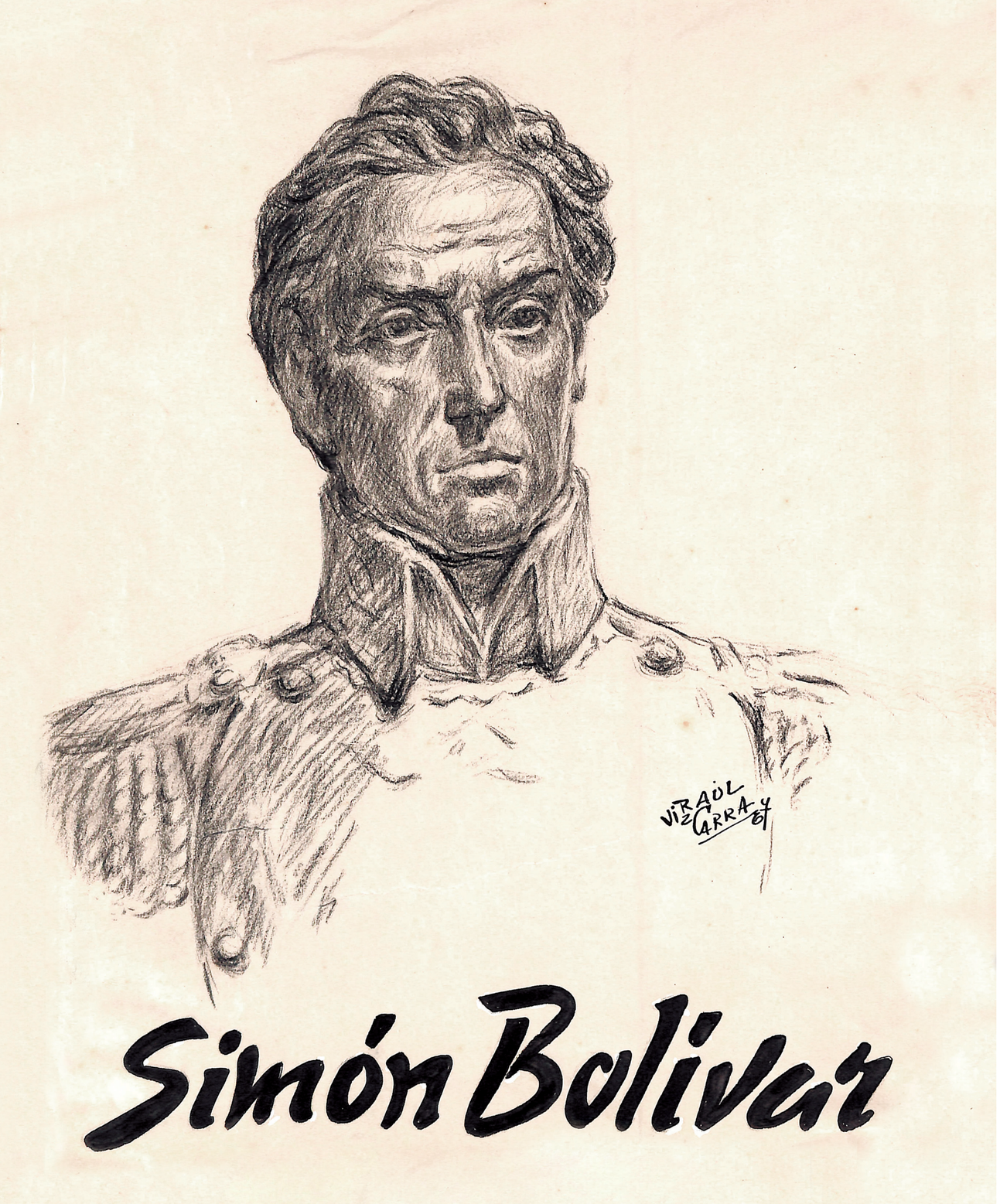
San Martín regresó al Palacio, y por la noche hubo fiesta de gala, organizada por el ayuntamiento, con música y una cena exquisita; asistieron a esta las mujeres y los varones con la etiqueta más apropiada para la ocasión. Los anfitriones fueron el alcalde conde de San Isidro y el conde de la Vega del Ren; por su lado, el general San Martín inició el baile, cabe mencionar que él estaba acompañado de jefes y oficiales del ejército.

Si bien hubo una manifestación patriótica desde la suscripción del Acta de la Independencia de la Municipalidad de Lima, el 15 de julio de 1821, la Iglesia tuvo un papel brillante en las actividades por la proclamación y jura de la independencia; así, el día 29 de julio, organizó la misa solemne y el Tedeum previsto para la ocasión.

El arzobispo Bartolomé de las Heras designó a fray Jorge Bastante para que pronuncie la oración sagrada. Este sacerdote franciscano se incorporó al Ejército Libertador en Pisco y fue nombrado capellán del Gobierno. Como ocurrió el día anterior, la ceremonia se inició a las diez de la mañana; el general José de San Martín, corporaciones, vecinos notables, y autoridades militares, políticas y religiosas ingresaron a la catedral, y terminado el oficio, el Libertador regresó a Palacio de Gobierno, mientras la población estallaba en muestras de júbilo.



Altorrelieve de la proclamación de la independencia del Perú



Por la noche, con otro baile, se completó la celebración por ese augusto momento; fueron tres días de fiesta que, con las singularidades del siglo XXI, quizás sean replicados por los peruanos, en los festejos por el Bicentenario de la Independencia del Perú, tanto en esferas oficiales como en instancias particulares, ya que se espera con mucho optimismo y júbilo patriótico esta celebración.

No había sido en vano el esfuerzo de los hombres de la Sociedad Amantes del País, que procuraron acercar el Perú a los peruanos, mediante la prensa escrita, o publicaciones periódicas, que aunque estaban dirigidas a los que sabían leer y escribir, su efecto multiplicador contribuyó a que el mensaje de patria se difundiera en muchos espacios.

La formación de la conciencia de patria es un proceso; nadie fue patriota de un instante a otro, pues la conciencia se desarrolla en varias etapas. Además, los hombres y las mujeres de la emancipación contribuyeron con el fortalecimiento de ese sentimiento de patria con el mismo carácter, sin distingo de sexo. Aún no se sabe, pero seguro que, más allá del camino del desarrollo intelectual que les fue negado, muchas mujeres ayudaron a fortalecer el sentimiento de patria desde la cuna familiar.

Es sabido que, después de la entrevista que tuvo con Simón Bolívar, el general San Martín regresó al Perú, y fiel a su espíritu, en cuanto se instaló el primer Congreso Constituyente, renunció a su alto cargo y se retiró del escenario donde su gloria quedaría para siempre. Antes de salir a Guayaquil había convocado a elecciones para el primer Congreso Constituyente, que se instaló el 20 de septiembre de 1822, ocasión en que se experimentó un gran proceso electoral. Así, después de los debates y las discusiones correspondientes, los peruanos obtuvimos la primera Constitución republicana.

Se considera al Congreso Constituyente del Perú de 1822 como la primera institución política elegida democráticamente en el Perú, donde participaron todos los peruanos que, de acuerdo a la legislación provisional sanmartiniana, estaban aptos para ser elegidos y elegir. Sus integrantes fueron conocidos como diputados, tras las elecciones populares convocadas por el Protector José de San Martín.

◂ Dibujo de Raúl Vizcarra de Simón Bolívar, 1967

Su labor principal fue dar a la República del Perú su primera Constitución Política en 1823. Cabe recalcar que los peruanos ya habían votado antes de la independencia, para elegir a sus cabildos constitucionales, entre 1812 y 1814; por lo tanto, ya se había experimentado esta faceta de la democracia representativa, que permitió tener a los primeros alcaldes elegidos en el Perú.

De esta manera, San Martín renunció a su investidura ante el Congreso, y se eligió al primer presidente del referido Congreso, el diputado por Arequipa Francisco Javier de Luna Pizarro; como vicepresidente, a Manuel Salazar y Baquíjano; y, como secretarios, a José Faustino Sánchez Carrión y Francisco Javier Mariátegui y Tellería.

Uno de los primeros acuerdos del Congreso fue el reconocimiento a los guerrilleros indígenas y a los naturales de la selva por sus servicios en pro de la independencia, y otro acuerdo fue otorgar amnistía a los españoles. El 22 de noviembre, el Congreso desautorizó a la Comisión de Juan García del Río y de Diego Paroissien, enviados a Europa para buscar a un rey para el Perú, según la propuesta monárquica de San Martín. Asimismo, una de sus tareas centrales fue la organización del territorio nacional como se mantiene hasta hoy, en departamentos, provincias y distritos.

Para el historiador Miguel Maticorena, la independencia del Perú no fue solamente un proyecto criollo, se encontraron entre sus protagonistas a personas del estamento medio y bajo; así, no solo hubo hacendados, sino también militares, sacerdotes, carpinteros, zapateros, empleados del Estado español, y de otras ocupaciones.

La independencia fue tomada como una necesidad; si bien la mayoría era criolla en los grupos de poder, no se postergó, finalmente, a los indígenas, como se puede apreciar en la elección de regidores de ese estamento en las parroquias de San Sebastián o en las correspondientes parroquias de indios en todo el Virreinato, al ser parte de los cabildos constitucionales desde el 1 de enero de 1813.

Asimismo, la lista de patriotas que aparece en el tercer volumen del tomo 4 de la *Historia general del ejército peruano*, a cargo de Alejandro Serayián Leiva, es muy numerosa, y con toda seguridad, esto generará más placas de reconocimiento

en los lugares de veneración patriótica, lo que ha venido incentivando y haciendo el general Herrmann Hamann Carrillo, actual presidente del Centro de Estudios Histórico Militares del Perú. Es así que se propiciarán homenajes en todos los lugares del Perú, a los hombres y las mujeres que contribuyeron a la libertad de su patria.

Finalmente, no podemos dejar de agradecer, en este libro, la valiosa colaboración del equipo de trabajo del Fondo Editorial del Jurado Nacional de Elecciones, conformado por Helbert López Calderón, María José Baquerizo Barrios, Patricia Benoit Santisteban y María Lisette Sanabria Salazar: a esta última, por haber tenido la paciente labor de corregir el contenido de esta publicación; asimismo, otorgamos una gratitud especial al presidente del Centro de Estudios Histórico Militares del Perú, el Gral. Herrmann Hamann Carrillo, por las facilidades para la investigación, así como a los administradores del Museo Cementerio Presbítero Matías Maestro.

Miguel Arturo Seminario Ojeda



PARTE I:

EL PRESBÍTERO MAESTRO

- LOS PERUANOS DE LA INDEPENDENCIA EN EL PRESBÍTERO MAESTRO

Los peruanos de la independencia en el Presbítero Maestro

El Cementerio General de Lima, hoy Presbítero Maestro, es actualmente considerado como un museo, y está ubicado en el tradicional Barrios Altos. Además, cuenta con casi 20 hectáreas llenas de criptas, nichos, tumbas y mausoleos, que pueden ser considerados como verdaderos «documentos» que han ido registrando la historia de la ciudad capital del Perú, durante los siglos XIX y XX.

El ingreso a este museo hace que el visitante realice un viaje imaginario por el pasado peruano, desde un sitio reservado para los muertos, recorriendo sus calles y avenidas, y acercándose a la verdad de sus registros en lápidas que, como textos singulares, proyectan la historia a través de sus nombres y leyendas. Recorrer sus calles equivale a encontrarse cerca de la memoria de Miguel Grau, Augusto B. Leguía, José Carlos Mariátegui, Daniel Alcides Carrión, José Santos Chocano, José de la Riva Agüero, y otros tantos peruanos y extranjeros que reposan ahí.

Los cementerios son repositorios de la memoria de una ciudad, porque no solo se encuentran, en esos espacios, los familiares de los vivos, sino que también están personajes grabados en la memoria colectiva, asociada a los hechos fastos locales, regionales y nacionales, y ese es el caso del Presbítero Maestro, camposanto en el que se encuentran sepulcros que datan de los últimos años del Virreinato, y fallecidos que se entierran aún en el siglo XXI.

El Presbítero Maestro, con sus lápidas de mármol, esculturas de todo material, árboles y flores de sus contornos, fue un cementerio modelo en sus inicios, y ahora forma parte de la Red Iberoamericana de Valoración y Gestión de Cementerios Patrimoniales, organización preocupada por la valoración patrimonial de los cementerios en los países donde tiene asociados.

Son más de 220 000 nichos, y más de 600 tumbas y mausoleos los que se encuentran en el Museo Cementerio Presbítero Matías Maestro, llamado así desde 1999, cuando, en acción conjunta con el Instituto Nacional de Cultura, a propuesta del Comité Peruano del Consejo Internacional de Museos, dieron otra mirada al camposanto, lo que permitió una lectura y relectura de lo que representa para la ciudad de Lima.

El cementerio fue inaugurado el martes 31 de mayo de 1808, por lo que, en la actualidad, es el más antiguo de los que existen en el Perú, aunque el *Mercurio Peruano*, de fines de la segunda



mitad del siglo XVIII, registra un cementerio en la villa de Tarma, existente desde 1789, sin que hasta el momento se haya ubicado más evidencias de las que cita esa fuente primaria, que, además, señala que gracias a la medida de haber creado este cementerio empezó a disminuir la incidencia de tercianas, que era endémica en esa zona.

El cementerio Presbítero Maestro ha sido objeto de diversas publicaciones: algunas de las últimas son *Parca voz: los epitafios del cementerio Presbítero Matías Maestro de Lima*, editado el 2015; *Presbítero Maestro Museo Cementerio de Lima*, publicado por la Sociedad de Beneficencia de Lima Metropolitana; y *Presbítero Maestro Camposanto de Lima*, de Luis Repetto Málaga, publicado el 2018.

El cementerio lleva el nombre del español Matías Maestro, destacado arquitecto, pintor, músico y retablista, establecido en Lima en 1790, tres años antes de ordenarse como sacerdote. A poco de su arribo a la capital virreinal, el virrey José Fernando de Abascal le encargó la reconstrucción de la ciudad, que aún mostraba las secuelas del terremoto de 1746; y una de las obras civiles que se le encomendaría después sería el diseño y la construcción del Cementerio General de Lima.

La obra del cementerio se enfrentó con la mentalidad de la población que prefería ser sepultada en los atrios y en el interior de las iglesias, en criptas o catacumbas que, como las de San Francisco, se conservan hasta hoy. De modo que, frente a estas ataduras, la construcción del cementerio demandó más tiempo del que se programó, y los trabajos recién comenzaron el 23 de abril de 1807; en cuanto a Matías Maestro, él trazó el plano y él mismo dirigió la construcción.

En su lucha para persuadir a la población limeña del traslado de sus deudos al Cementerio General, lo apoyaron el médico Hipólito Unanue y el arzobispo Bartolomé de las Heras, al admitir que los entierros al interior y en los contornos de los templos deterioraban su hermosura, y eran un atentado contra la salud pública.

Hipólito Unanue expuso a los habitantes de Lima que las epidemias de esta ciudad se debían en gran parte a las formas, que él consideraba impropias, de enterrar a los muertos; y las varias publicaciones que se hicieron del *Mercurio Peruano* fueron una especie de campaña en la que se instaba a la población a entender que la medida del traslado de los deudos al Cementerio General era por la salud pública. Sin embargo, esta campaña no pudo acelerar la decisión de los limeños por un enterramiento fuera de los contornos urbanos, como lo demandaban esos tiempos.

Los enterramientos en las iglesias de Lima continuaron, y también en el interior del país, pues un recorrido por los cementerios de las principales ciudades del país evidencia el retraso en sepultar a los muertos en ellos; asimismo que los favorecidos con la sepultura en las iglesias eran las familias de mayores recursos económicos.

Ni los despojos de Matías Maestro se salvaron de un enterramiento dentro de las iglesias, ya que cuando murió, en 1835, sus restos fueron sepultados en la capilla del Sagrario; pero, en 1857, fueron trasladados a un lugar del cementerio, obra suya, de donde fueron removidos, en 1908, al sitio que reposa actualmente: en la parte central del cementerio, en la cuarta puerta, detrás del baldaquino principal (templete de columnas), donde está el Cristo yacente; era el centenario de la inauguración del camposanto; así, dicho año, en gratitud a su memoria, la Sociedad de Beneficencia Pública de Lima Metropolitana le erigió un monumento. Y en 1923 el Cementerio General de Lima pasó a llamarse Presbítero Matías Maestro por disposición de la referida Beneficencia.

En la construcción del cementerio fue valiosa la decisión del virrey Abascal, al dictarse las primeras normas para la edificación, de considerar en su nombre la palabra *general*, porque, de esta manera, anunciaba que en el cementerio cabían todos, sin distingos sociales. Así, en medio de una campaña persuasiva a los limeños, tenían que ser las figuras paradigmáticas las que debían dar el ejemplo de ser enterradas en el camposanto.

Lo que sucedió con el obispo Juan González de la Reguera, quien dispuso su enterramiento en el nuevo lugar destinado a los muertos; sin embargo, inicialmente, no se cumplieron sus deseos, pues falleció antes de la inauguración, y se le enterró en la cripta de la catedral; en la que estuvo hasta que fue trasladado al Cementerio General. La decisión del obispo seguramente llamó la atención de los limeños, a quienes les habría resultado incomprensible esta actitud.

Se considera que la tumba más antigua del cementerio es la de sor María de la Cruz, fallecida el año 1810, aunque esto no aceleró el cambio de mentalidad de los limeños que continuaban prefiriendo a las iglesias para las sepulturas. Ante esto, el general José de San Martín decretó, el 25 de octubre de 1821, la prohibición de enterramientos en las iglesias, todo por razones sanitarias, no obstante, masivamente, el cambio de actitudes se vería en los años 30 del siglo XIX.

Pese a la designación de *cementerio general*, las distinciones sociales se mantuvieron en esta mansión de los muertos, sobre todo, a partir de 1847, cuando, durante el gobierno del presidente Ramón Castilla, fue autorizada

la construcción de mausoleos. Hay espacios en los que mayoritariamente se encuentran entierros de familias encumbradas, junto a protagonistas de alto rango, en las luchas por la emancipación nacional, especialmente, en las jornadas de Junín y Ayacucho.

Así, en medio de este universo de estatuas y mausoleos, se encuentran generalmente, en cuarteles comunes, muchos de los próceres de la independencia, hombres y mujeres que ofrendaron su vida por la patria, que estuvieron en el momento oportuno desafiando al peligro, y que en el bicentenario, con toda seguridad, únicamente recibirán un reconocimiento general. Sus restos se encuentran en los siguientes cuarteles:

San Lino

Carlos Lagomarsino, chotano, combatiente en Junín y Ayacucho, militar que llegó al grado de general de brigada, y tuvo destacada actuación en época republicana. Falleció el 20 de marzo de 1857, cuando era prefecto de Lima. Se le distinguió como fundador de la independencia.

Juan B. Gallegos, patriota que falleció en Lima el 26 de octubre de 1856.

José Bustamante y del Villar, colombiano, nacido en 1796. Ingresó al ejército realista a los 17 años y se incorporó después al Ejército Libertador, en el que peleó



al lado de las tropas de Simón Bolívar. Luego de capturado por los españoles, fue incorporado al batallón Numancia que, posteriormente, al acercarse a Lima, pasó a las tropas de San Martín. En esa decisión tuvo que ver Bustamante, quien propició un encuentro entre los sacerdotes Joaquín Paredes y Mariano José de Arce, y los jefes realistas.

En 1822, junto con el general Santa Cruz, peleó en la batalla de Pichincha; después participaría en las batallas de Junín y Ayacucho. Falleció el 24 de julio de 1858 y fue enterrado en el Cementerio General de Lima; y, desde el 2 de mayo de 1861, el Congreso del Perú le concedió una pensión a su viuda. Tuvo el grado de general de brigada y se le distinguió como fundador de la independencia.

José María Raygada, piurano, bisabuelo del historiador Raúl Porras Barrenechea, combatiente en Pichincha, Zepita, Junín y Ayacucho, y encargado del mando de la República, de abril de 1857 a junio de 1858. Se le considera libertador de Colombia y Perú, y fundador de la República de Bolivia. Falleció el 15 de enero de 1859.

Fue hijo de Roque Raygada y Adorna y de María Antonia Gallo. Se encontraba al mando de las tropas acantonadas en Sechura, cuando se protagonizó la independencia de Piura; al parecer, tuvo conocimiento de las cartas que enviaba Torre Tagle, porque por una carta del 5 de enero de 1820, dirigida a sus superiores en Piura, se desprende que el 4 de enero se hizo la proclamación de la independencia en Sechura.



Andrés Reyes, chancaíno que asistió a la proclamación de la independencia de Supe el 5 de abril de 1819, además, estuvo en el ejército del general José de San Martín, y está considerado dentro de los próceres de la independencia. Murió el 24 de julio de 1856.

Fue encargado del mando dos veces, alternadamente en 1831, por eso, en su lápida se le consigna como presidente de la República.

Manuel Saldías, limeño, coronel del Ejército Patriota. Estuvo presente en acciones de guerra por la independencia de su patria y de América. Murió en Lima, a los 53 años de edad, el 19 de enero de 1858.

Ramón Dueñas, limeño, coronel vencedor de la campaña de la independencia; tras su muerte (ocurrida el 31 de diciembre de 1857, cuando tenía 58 años de edad), su viuda, Francisca Guillén, empezó a cobrar una pensión desde 1862. Dueñas participó en las batallas de Junín y Ayacucho, y en el sitio del Callao.

San Pablo

Manuel Flores, coronel de ejército que nació en 1804 y falleció en Lima, el 14 de diciembre de 1859. Su lápida reza lo siguiente: «Sirvió a su patria con lealtad y firmeza por el espacio de 36 años».

Antonio Florentino Villamar, coronel patriota de la independencia que nació en el Callao el 7 de noviembre de 1805 y falleció en Lima el 18 de diciembre de 1859. Tras su muerte, a partir de enero de 1865, su viuda Jacoba Vigueras percibió el montepío correspondiente. Fue reconocido como fundador de la independencia y benemérito de la patria.

Juan C. de Mendiburu, coronel de ejército que nació en Lima, el 27 de enero de 1790 y falleció en el Callao el 6 de enero de 1860. Fue combatiente de la independencia, asistió al segundo sitio del Callao. Fue sepultado en Lima.

José Antonio Peralta, coronel que nació en Huancayo, el 13 de junio de 1807 y falleció en Lima el 23 de octubre de 1859. Fue uno de los beneméritos de la patria.

San Francisco Caracciolo

Julio Montes, coronel de infantería, vencedor en Junín y Ayacucho. Nació el 12 de abril de 1801 y murió en Lima, el 5 de enero de 1855, en la batalla de La Palma, encuentro librado entre las tropas de Ramón Castilla y José Rufino Echenique.



© Walter Medina Gonzales

Remigio Silva Aranda, coronel que nació en Lima, el 28 de febrero de 1783. Fue hijo de Toribio Silva y, tempranamente, como su familia, fue ganado por



© Walter Medina Gonzales

el ideal patriótico, junto a su hermano Mateo y a su hermana Brígida, que actuaron en tiempos de fuerte realismo en la capital virreinal.

Inicialmente, estuvo en el ejército realista, pero después le ganó la causa de la patria; finalmente, fue tomado prisionero junto a su hermano y encarcelado. Mateo Silva fue condenado a 10 años de cárcel y Remigio, liberado. Luego tomó contacto con los emisarios del general José de San Martín; viajó a Chile, y cuando regresó al Perú, el Protector de la Libertad le confirió el grado de sargento mayor.

Murió, en Lima, el 20 de noviembre de 1854. Sus restos fueron sepultados en el Cementerio General, en el cuartel San Francisco Caracciolo, nicho 2, letra A, donde se encuentran en la actualidad. Por su parte, el gobierno lo ha reconocido proclamándolo Patrono del Arma de Inteligencia.

Blas Cerdeña, español que nació el 21 de febrero de 1792, y murió en Lima, el 11 de noviembre de 1854. Cabe resaltar que obtuvo oportunamente ciudadanía peruana. Sirvió en el ejército español, en la oficialidad del batallón Numancia que, persuadido por los patriotas, se sumó al Ejército Libertador de José de San Martín, en diciembre de 1820, para luchar a partir de entonces a favor de la independencia del Perú y América. Con su nueva nacionalidad sirvió a la república peruana, actuando incluso en los hechos protagonizados en la Confederación Perú-Boliviana, liderada por Andrés de Santa Cruz, entre 1836 y 1839. Se le reconoció como gran mariscal de Zepita.



© Walter Medina Gonzales

Francisco Carranza, coronel patriota de la independencia, falleció de 44 años, el 5 de enero de 1855, en la batalla de La Palma. Era partidario del presidente José Rufino Echenique.

San José

José Leonardo Ortiz Salcedo, patriota desde antes de la llegada de las fuerzas sanmartinianas al Perú. Nació en Chiclayo, el 13 de octubre de 1782; fue hijo del español Francisco Ortiz y de la lambayecana Juana Salcedo. Durante el movimiento independentista apoyó con dinero, víveres y caballos a los patriotas del ejército sanmartiniano.

Participó en la batalla de Junín, del 6 de agosto de 1824, con el grado de sargento primero del regimiento de caballería Húsares de Junín, por lo que recibió, en reconocimiento, el título de

benemérito de la patria. Fue confinado a LIMA, por su oposición al gobierno de José Rufino Echenique. Y falleció en Lima, durante la epidemia de la fiebre amarilla, el 28 de febrero de 1854.

Nicolás Vernaza Prieto, colombiano, nacido en Cali, que formó parte del Ejército Libertador del Norte, y peleó en las batallas de Pichincha, Junín y Ayacucho. En Ecuador obtuvo el grado de general. Falleció en la ciudad de Lima, el 28 de febrero de 1854, y se encuentra sepultado en el cementerio Presbítero Maestro; cabe mencionar que, en su lápida, se destacan las jornadas en las que participó.



Justo Figuerola, lambayecano que nació en San Pedro, el 18 de junio de 1771, y falleció en la ciudad de Lima, el 23 de mayo de 1854. Vivía en Lima cuando se protagonizaron los hechos de la salida de los realistas y el ingreso del ejército patriota, y fue uno de los primeros que firmaron el Acta de la Independencia del Perú, el 15 de julio de 1821. Asimismo, el 17 de enero de 1822, durante la recepción que le dio la Universidad de San Marcos a don José de San Martín, tuvo a cargo el discurso pronunciado en esa ocasión.

Destacó en el campo de la política ocupando la presidencia del Perú con carácter provisorio en dos ocasiones. Fue también presidente del primer Congreso Constituyente del Perú en 1823, y posteriormente lo sería de la Corte Suprema de Justicia. Se desempeñó como ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores, y ejerció el cargo de diputado.



Pablo Zapata, coronel vencedor de las batallas de la independencia, reconocido como benemérito de la patria, en grado heroico y eminente. Sobrevivió hasta la guerra con Chile; falleció en Lima, el 30 de abril de 1881.



© Walter Medina Gonzales

Manuel de Rivero, coronel arequipeño, benemérito de la patria en grado heroico y eminente. Falleció el 8 de diciembre de 1855.

Adán y Eva

José Félix Iguaín, ayacuchano, nacido en Huanta, el 21 de noviembre de 1800; su actividad en el escenario militar se dejó sentir cuando promovió una rebelión contra Simón Bolívar en Huanta, lo que lo llevó a una cárcel de Lima. Participó luego en los movimientos caudillistas de su época, contra Gamarra, Santa Cruz, Vivanco y Castilla. También fue diputado por Huanta. Y murió en Lima, el 26 de septiembre de 1851.



© Walter Medina Gonzales

José María Quiroga, patriota peruano que nació en Lima, en 1807 y falleció el 14 de agosto de 1851. El 11 de diciembre de 1820 entró como cadete en el batallón Numancia, y llegó a tener el grado de coronel en 1834. Estuvo en el ejército sanmartiniano cuando ocurrió la entrada de los patriotas a Lima, participando en el primer sitio a las fortalezas del Callao; se encontró también en la primera campaña de Puertos Intermedios, en 1822, y en la de 1823. Por caer prisionero no participó en las batallas de Junín y Ayacucho. Pero su protagonismo está asociado a otras campañas posteriores a la independencia.



© Walter Medina Gonzales

Pedro Bermúdez, tarmeño que nació el 27 de junio de 1793, y murió en Lima, el 30 de marzo de 1852. Fue un militar y político peruano. Luchó a favor de la independencia del Perú y en la guerra contra la Gran Colombia, y llegó a ser ministro de Guerra en el primer gobierno de Agustín Gamarra.

Fue patriota desde antes de la llegada del general don José de San Martín al Perú; se sumó al Ejército Libertador en Pisco tras su desembarco, y obtuvo el grado de teniente. Participó en la primera campaña del general Antonio Álvarez de Arenales sobre la sierra, en la que luchó en la batalla de Cerro de Pasco, del 6 de diciembre de 1820. Además, con José Félix Aldao, organizó las guerrillas contra los realistas.

Participó en la segunda campaña de Arenales a la sierra y, después de la ocupación de Lima por los patriotas y la proclamación de la independencia, se encontró presente en el primer sitio del Callao. Asimismo, estuvo en la Segunda Campaña de Intermedios a órdenes del general Andrés de Santa Cruz, combatiendo en la batalla de Zepita, del 25 de agosto de 1823, y se halló presente también en las batallas de Junín y Ayacucho, y en otras campañas de consolidación de la independencia.

San José y San Antonio

José Félix Jaramillo, considerado dentro de la lista de patriotas que tuvieron parte activa en el momento histórico de la independencia de Trujillo, al parecer, ciudad de su nacimiento. Pues su nombre aparece en la relación nominal de los patriotas de la independencia nacional publicada tempranamente en 1862 por el capitán José Hipólito Herrera, obra que presenta la relación de todos los patriotas que actuaron en la costa, sierra y selva, a favor de la independencia del Perú, recogidos por este autor.

Santa Ana

José de Alvariño, patriota, que nació en Tarma en 1796. Incorporado al ejército del general San Martín, en Huaura, con el que ingresó a Lima tras la desocupación de la ciudad por los realistas. Participó en las batallas de Junín y Ayacucho. Y falleció en Lima, el 24 de enero de 1866.

Manuel Carrasco, patriota limeño, reconocido como fundador de la independencia americana. Falleció en Lima a los 60 años de edad, el 23 de febrero de 1867.



José María Prieto, patriota nacido en Ecuador, distinguido como fundador de la independencia. Estuvo presente en los dos sitios levantados por los patriotas a los realistas en el Callao, y en las batallas de Junín y Ayacucho; por lo que recibió las medallas respectivas. Falleció a los 77 años, el 24 de marzo de 1867.

José Lombardi, patriota limeño, que fue teniente coronel. Se le reconoció como fundador de la independencia. Falleció a los 60 años, el 16 de agosto de 1867.

Ignacio Mariátegui y Tellería, patriota que nació en Lima, el 1 de agosto de 1797, y falleció en el Callao, el 4 de abril de 1868. Se le considera prócer de la independencia del Perú. Fue hijo de Ignacio de Mariátegui y de María Jacoba Tellería y Vicuña. Sirvió en la marina realista, pasó al Ejército Libertador, y en la fragata Lautaro quedó bajo las órdenes de Thomas Cochrane durante el tercer bloqueo del Callao. Después estuvo en las acciones marítimas de la Primera Campaña de Intermedios.

Juan Pardo de Zela y Vidal, patriota que nació en España en 1788, y falleció el 7 de agosto de 1868, a los 80 años de edad. Establecido en Buenos Aires, participó con los patriotas en las campañas en el Alto Perú. Al ser prisionero de los

realistas, fue llevado a Lima. Y, en 1820, se unió a la Expedición Libertadora de José de San Martín.

San Eloy

Fernando López Aldana, benemérito nacido en Bogotá, el 30 de mayo de 1784. Fue hijo de Sebastián López y de María Begoña Aldana. Su espíritu patriótico se manifestó desde 1810, mostrando simpatía por los insurrectos de Quito, Bogotá y Caracas, con quienes se escribía a menudo. Fue tomado prisionero por las autoridades virreinales de Lima, y liberado debido a la intercesión de José Baquíjano y Carrillo.

Cuando el general San Martín ocupó Lima, fue nombrado vocal de la Cámara de Justicia. Así, se encontró en la conferencia de Punchauca, aunque no se llegó a ningún acuerdo con los realistas. Fue considerado benemérito, por lo que recibió el diploma correspondiente, la Orden del Sol y la Medalla del Ejército Libertador. Y falleció en la capital peruana, el 2 de junio de 1841.

San Florentino

Toribio Barrantes, limeño, músico del batallón Cazadores de Punyan y sargento primero. Estuvo en el primer sitio del Callao, en la campaña de Ica, en la del Alto Perú y en las campañas de Junín y Ayacucho. Además, se encontró presente en las batallas de la Macacona, Zepita, Junín, Ayacucho y Portete de Tarqui en 1829. Continuó en el ejército y como músico se mantuvo en actividad, de esta forma, se desempeñó en las batallas de Yanacocha e Ingavi. Falleció el 18 de octubre de 1875.



© Walter Medina Gonzales

San Luis y San Fernando

Clemente Ramos, limeño, coronel patriota, benemérito de la patria. Falleció en Lima a los 48 años de edad, el 16 de mayo de 1853.

Juan Francisco Pallardelli, francés que nació en Marsella, el 10 de octubre de 1782, y falleció en Lima, el 4 de agosto de 1858. Reconocido como benemérito de la patria y alcanzó el grado de coronel.

Manuel Porras, limeño que nació en 1800, y falleció en Lima, el 12 de enero de 1853. Benemérito de la patria; asistió a las batallas de Pichincha, Junín y Ayacucho; y estuvo en otros encuentros bélicos en la época republicana. Además, alcanzó el grado de coronel.

José María Acuña, limeño, benemérito de la patria, que falleció el 26 de enero de 1853. Por su participación en las batallas de Junín y Ayacucho, se le reconoció como fundador de la independencia americana.

Martín Rivarola, coronel puneño. Su participación más decisiva la tuvo en los años posteriores a la independencia. Falleció en el Callao, el 2 de febrero de 1854, y se le sepultó en Lima.

Juan N. Vargas, coronel, fundador de la independencia americana. Nació el 16 de mayo de 1803, y murió el 31 de mayo de 1888.

José Antonio Alvarado, coronel que nació el 17 de junio de 1807, y murió el 10 de junio de 1881. Participó en las batallas de Zepita, Junín y Ayacucho, y asistió al segundo sitio del Callao, por lo que obtuvo las medallas correspondientes y un busto con la imagen de Simón Bolívar.



© Walter Medina Gonzales

San Francisco Solano y Santo Toribio

Manuel L. de Vidaurre y Encalada, considerado uno de los precursores reformistas de la independencia del Perú, como algunos señalan a José Baquíjano y Carrillo, o sea que sin derramamiento de sangre pudo llegar a emanciparse, a partir de las reformas programadas por la Corona de Castilla. Nació en Lima, el 19 de mayo de 1773 y falleció en Lima, el 9 de marzo de 1841. Con respecto a su emancipación desde las mencionadas reformas, escribió dos libros: *Cartas americanas* y *Plan del Perú* que, pese a haber sido redactados en 1810, recién se conocieron pasada la independencia, en 1823; cuando ya Vidaurre había hecho suya la idea de la separación total de la metrópoli española.

En la república contribuyó con la organización del naciente Estado, y tuvo amistad con Bolívar, de quien posteriormente fue opositor. Fue el primer presidente de la Corte Suprema de Justicia del Perú en 1825, y también fue presidente del Congreso Constituyente en 1827. Para él, el progreso del Perú se lograría a través de legislaciones apropiadas; asimismo, la felicidad social se conseguiría a través de la ley.

San Martín

Buenaventura Palma, limeño que alcanzó el grado de coronel. Se le reconoció como benemérito de la patria y fundador de la independencia. Falleció en Lima, el 27 de julio de 1861.

San Job

Juan José Loyola, prócer de la independencia, que alcanzó el grado de general. Participó en la gesta de la independencia y fue distinguido con las medallas de Junín y Ayacucho. Falleció el 3 de diciembre de 1838.

Pedro Antonio Borgoño, general patriota destacado en la campaña por la independencia del Perú y América. Falleció en Lima, el 5 de octubre de 1863.

José Delfín, coronel piurano, y probado patriota. Falleció en Lima a los 70 años, el 1 de agosto de 1865.

José N. Tejada, coronel cusqueño. Participó en la campaña de la independencia. Falleció en Lima, el 10 de noviembre de 1863, a los 67 años de edad.

Manuel Luza, sargento mayor, limeño. Por su participación en la causa de la libertad, fue reconocido como fundador de la independencia americana. Falleció en Lima, el 3 de agosto de 1865.

Otros patriotas sepultados en el Presbítero Maestro son:



José Leysequilla, sargento mayor del ejército y vencedor de la independencia. Nació en 1804 y murió el 6 de abril de 1854.

José Flores, chileno, reconocido como fundador de la independencia del Perú. Murió en Lima, el 15 de agosto de 1851.

José Antonio Alvarado, coronel del ejército que nació el 17 de junio de 1807 y falleció el 10 de junio de 1881. Participó en la campaña de la independencia.

Manuel Gonzales Mugaburu, coronel del ejército, se le consideró benemérito y fundador de la independencia del Perú. Murió en Lima, el 26 de octubre de 1875.

Felipe Nestares, teniente coronel del ejército que nació en 1790 y falleció en Lima el 23 de noviembre de 1860. Fue fundador de la independencia del Perú.

José Allende, general del ejército, limeño, reconocido como fundador de la independencia nacional. Falleció en Lima, el 29 de junio de 1873.

José Gabriel Grados, coronel de caballería del ejército y fundador de la independencia. Falleció en Lima, el 19 de julio de 1871.

Juan Bautista Eléspuru, gran mariscal del Perú; nació en Tacna, en 1787 y falleció en Caraz, en 1839; posteriormente, sus restos fueron trasladados al Cementerio General de Lima. Fue uno de los protagonistas de la guerra de la independencia y de la guerra contra la Gran Colombia entre 1828 y 1829.

Juan Crisóstomo Mendoza, coronel reconocido como vencedor de la independencia. Concurrió a la batalla de Yungay (Áncash), del 20 de enero de 1839 y, al año siguiente, se encontró en el batallón Gamarra del Séptimo de Línea.

Cuando por diversas comisiones de servicios hemos ido al interior del país, no hemos dejado de visitar los cementerios, y en los pabellones más antiguos hemos identificado nichos con nombres y leyendas sobre beneméritos a la patria, fallecidos a partir de la década del 40 del siglo XIX, época en la que empiezan a construirse cementerios en el interior del país.

En los recorridos hemos estado en los cementerios de Tumbes, Piura, Cajamarca, Trujillo, Cusco, Arequipa, Puno, Pucallpa, Iquitos, Puerto Maldonado, Abancay, Andahuaylas, Nasca, Chachapoyas y otros; y lo que hemos observado en varios de ellos es que se encuentran hombres que lucharon en la gesta de la independencia o que fueron reconocidos como verdaderos patriotas, por su colaboración con esa causa.

Quizás entre los que faltan ser reconocidos por su participación en el proceso de la independencia está el presidente **Antonio Pezet**, el gobernante de la guerra con España, que

murió unos días antes de la declaración de guerra de Chile al Perú. Era un limeño, nacido el 11 de junio de 1809. Fue hijo del médico patriota José Pezet y Monel y de María del Rosario Rodríguez de la Piedra. Cuando era estudiante en el Real Convictorio de San Carlos, fue ganado por la causa libertaria; se presentó ante el ejército del general San Martín en Huaura, cuando tenía 12 años; y participó en el sitio de Lima y en la entrada del Ejército Libertador a la capital virreinal.

Se registra su actuación a favor de la patria en las batallas de Torata y Moquegua en la Primera Campaña de Intermedios, la batalla de Zepita, la Segunda Campaña de Intermedios, las batallas de Junín y Ayacucho, y la campaña del Alto Perú, es decir, tiene una trayectoria en estos episodios de la independencia del Perú y de América.

Y, por otro lado, tenemos al curaca **Juan Cahuapasa**, cuyo ejército tuvo activa y decisiva participación en los meses iniciales de la revolución tupacamarista; por esta intervención valerosa y leal a la causa patriota, el 13 de diciembre de 1780, José Gabriel Túpac Amaru II, líder de la revolución, lo nombró Justicia Mayor de Azángaro.

En el Presbítero Maestro también se aprecia al centro del cuartel San Job, el mausoleo de Miguel de San Román, peruano de la época de la independencia nacido en Puno, el 17 de mayo de 1802, y muerto en Chorrillos, el 3 de abril de 1863. Fue patriota tempranamente y se enroló en el ejército que lucharía por la libertad de su patria.

Estuvo bajo las órdenes del libertador José de San Martín, primero, y de Simón Bolívar, después. En 1824 participó en las batallas de Junín y Ayacucho y, tras la capitulación, tuvo protagonismo en varias de las acciones militares del primer militarismo en el Perú, así como en la guerra contra la Gran Colombia.

Obtuvo el grado de gran mariscal, y en el primer gobierno constitucional de Ramón Castilla fue presidente del Consejo de Estado (1845-1849). En 1851, su figura estuvo en el escenario electoral, ya que postuló a la presidencia de la República, sin alcanzar su propósito, quizás por eso, en 1854, colaboró en la campaña contra el gobierno de José Rufino Echenique.

Posteriormente, se desempeñó en cargos políticos, como ministro de Guerra, y diputado por Puno, y siguió participando en las contiendas que enfrentaban a los caudillos entre sí. Por fin, en 1862, fue elegido presidente constitucional de la república para gobernar entre 1862 y 1866, sin embargo, falleció a los 5 meses de asumir el mando.





PARTE II:

EL PANTEÓN NACIONAL DE LOS PRÓCERES

- LOS RESTOS MORTALES
- LOS BUSTOS REPRESENTATIVOS
- LAS PLACAS DE RECONOCIMIENTO

LOS RESTOS MORTALES

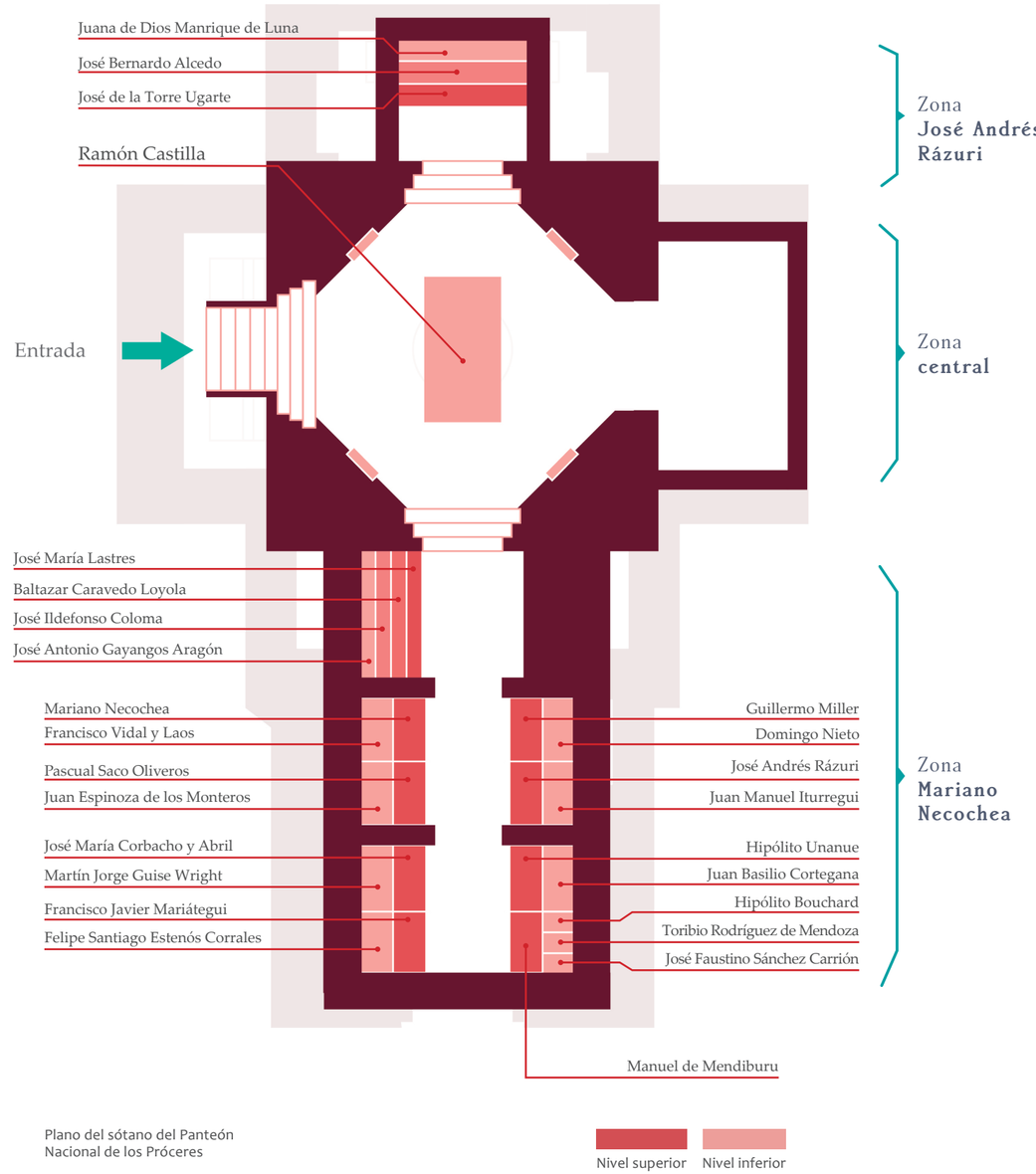
Cuando los hebreos regresaron a la tierra prometida, llevaron consigo los restos de José, varón justo y sabio, admirado por egipcios y judíos, y los sepultaron en la tierra de sus mayores: episodios parecidos se han inscrito en la historia de muchas colectividades, por lo que permanecen, y son dignos de mencionar, mausoleos y tumbas levantados en reconocimiento a hombres y mujeres que destacaron entre los demás.

Conservar los restos para venerarlos no solo es un deseo con respecto a los santos; sino que los héroes son también objeto de una veneración patriótica, por eso, en todo el mundo se han levantado santuarios patrióticos donde reposan las cenizas de sus próceres, precursores y defensores de su soberanía.

Preservar los restos mortales en cada sociedad es, probablemente, el resultado de la admiración y la gratitud que sintieron los hombres del pasado; en muchos casos, esos restos fueron momificados, como para no permitir que el tiempo destruya la materia de aquellos que se considera que debieron quedarse para siempre, por ser modelos y faros que, dando luz a nuevos caminos, debieron haber permanecido más allá del monumento de palabras que exaltara sus virtudes.

En el Perú existen, principalmente, dos lugares con los restos de hombres y mujeres asociados a las gestas heroicas por la patria: el Panteón Nacional de los Próceres de la Independencia y la Cripta de los Héroes de la Guerra del Pacífico (ubicada en el Cementerio Presbítero Maestro), edificaciones en las que las cenizas de los beneméritos de la patria están juntos, como dignos merecedores de la gratitud nacional. Es más, podemos decir que los restos de peruanos y peruanas asociados a la independencia son muchos, y de los que trataremos a continuación en esta parte del libro (los del Panteón Nacional de los Próceres) resumen la admiración que también sienten los peruanos por los que aún se encuentran en el antiguo Cementerio General de Lima y en muchos camposantos del Perú.

Es así que presentamos la biografía de 26 personajes de la historia nacional: 23 trasladados hasta el santuario patriótico el Panteón Nacional de los Próceres; y 3 presentes en cenotafios representativos: José Faustino Sánchez Carrión, Toribio Rodríguez de Mendoza e Hipólito Bouchard. Estos personajes los mostraremos según la zona donde se encuentran: zona José Andrés Rázuri, zona central y zona Mariano Necochea.



Plano del sótano del Panteón Nacional de los Próceres

ZONA
JOSÉ ANDRÉS RÁZURI

Aquí se encuentran Juana de Dios Manrique de Luna, José Bernardo Alcedo y José de la Torre Ugarte.

Juana de Dios Manrique de Luna

Juana de Dios Manrique se encuentra en el féretro superior.



La presencia de la mujer en la causa de la independencia tiene una serie de manifestaciones en el Perú, y una de las que ya fue reconocida por ley es Juana de Dios Manrique de Luna, quien no dudó en exponer su propia seguridad, para responder al llamado de la patria.

En reconocimiento a su actitud frente a una causa que comprometía a todos los peruanos, sus restos descansan en el Panteón Nacional de los Próceres, y su óleo es parte de la pinacoteca del Centro de Estudios Histórico Militares del Perú.

Juana de Dios Manrique de Luna era una dama limeña que estuvo conectada tanto con lord Thomas Cochrane, durante la presencia de don José de San Martín en el Perú, como con el general Antonio José de Sucre, después de que el Protector de la Libertad del Perú dejó el suelo peruano. Su cercanía con José Olaya Balandra, el Pescador Chorrillano, permitió que le llegara correspondencia patriótica, y que ella enviara comunicados a los amantes de la libertad del Perú. Así Juana de Dios Manrique recibía dicha correspondencia, que llegaba desde el Callao, a través de José Olaya Balandra, y arriesgando su integridad la repartía entre los patriotas que se encontraban en Lima. Estaba casada con José Cayetano Luna, también de espíritu patriota, y ambos no dudaron en convertir a sus casas, ubicadas en Huacho y en Lima, en cenáculos de amor por la patria.

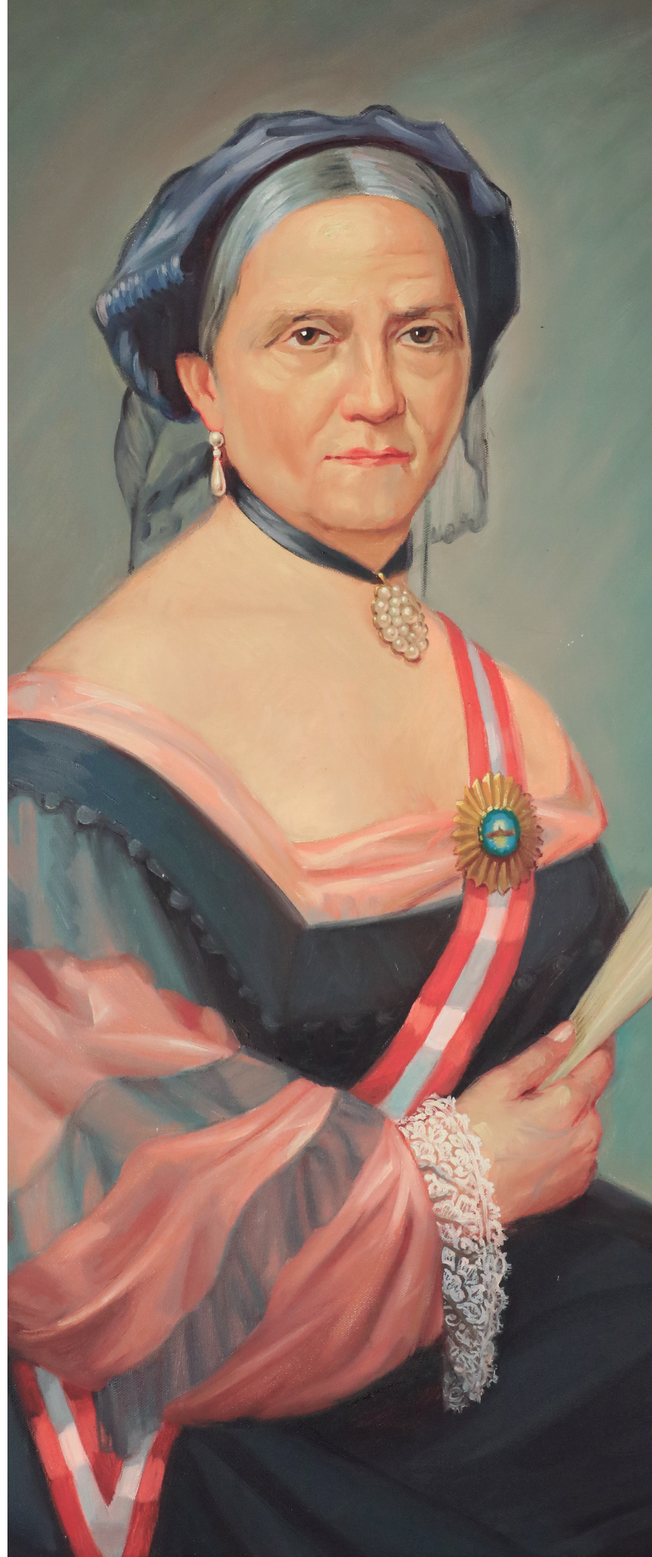
Cuando José Olaya fue capturado por los realistas, en 1823, pese a la tortura a la que fue sometido, aceptó la muerte sin revelar el nombre de Juana de Dios Manrique de Luna, ni dejar evidencias de cómo la ilustre patriota tenía correspondencia con el general Antonio José de Sucre, en la que le informaba sobre el movimiento de los patriotas. Olaya tampoco delató a Antonia Zumaeta de Riquero, prima de Juana de Dios Manrique de Luna, porque ambas le proporcionaron la información, con la que fue posible la captura de la fragata realista «Esmeralda».

Pese a todo el cuidado que se tuvo por parte de las dos mujeres, sus actividades a favor de la patria fueron descubiertas y el general español Manuel Llanos ordenó su arresto el 29 de junio de 1823. Juana de Dios Manrique de Luna adujo que estaba enferma e imposibilitada de salir de su domicilio, por lo que compareció en su lugar Antonia Zumaeta, sosteniendo que la acusada era inocente; ese mismo día, José Olaya fue fusilado.

Dignos son de mencionarse los nombres de las patriotas Teresa Garay, Carmen de la Riva de López Aliaga, María de Isla, Tomasa Visitación Requena, Juana Sánchez de Zumaeta, y Águeda de Tagle, quienes estaban al lado de Juana de Dios Manrique de Luna, arriesgando su seguridad, y no dudaron en ponerse al servicio de la patria.

A pesar de que Lima estaba ocupada por las fuerzas militares del general español José de Canterac, mientras el presidente de la República, José de la Riva Agüero, se había trasladado, con las fuerzas patriotas a la Fortaleza del Real Felipe, en el Callao; el espíritu patriótico de la señora Juana de Dios no se detuvo.

Ella falleció en Lima, en junio de 1877, y fue sepultada en el Cementerio General de Lima, hoy Presbítero Matías Maestro, hasta que se presentó un proyecto de ley que la declaraba merecedora de la gratitud nacional, por su decidido accionar en días tan cruciales, como los de la ocupación de Lima por el ejército realista. Se reconoció su trabajo de enlace de las comunicaciones entre los patriotas y su apoyo económico. Asimismo, el presidente Fernando Belaunde Terry promulgó la Ley N.° 23599 el 25 de mayo de 1983, que aprobó el traslado de sus restos al Panteón Nacional de los Próceres.



José Bernardo Alcedo



José Bernardo Alcedo se encuentra en el féretro central.

Fue músico y compositor, autor de la música del Himno Nacional; y, al parecer, su espíritu patriótico maduró tempranamente, ya que perteneció a esa generación de peruanos que nacieron cuando el ideal de patria se fortalecía con las publicaciones en el Mercurio Peruano, y con la difusión de las ideas de los precursores de la independencia.

Nació en Lima el 20 de agosto de 1788, y falleció en la misma ciudad el 28 de diciembre de 1878. Se casó con la chilena Juana Rojas Cea. Su progenitor fue el médico José Isidro Alcedo; y su madre, Rosa Retuerto.

Se inició tempranamente en la música, pues realizó estudios de esta en el Convento de San Agustín, y sus frutos empezaron a evidenciarse cuando contaba con 18 años, al componer la Misa en Re Mayor. Su vocación eclesiástica lo llevó a vestir el hábito de hermano dominico, y también tuvo a cargo la enseñanza a los niños coristas del convento de los dominicos.

Ocupada la capital virreinal por las fuerzas del general San Martín, en julio de 1821, y habiendo ya creado, el Protector de la Libertad del Perú, desde el año anterior, la bandera peruana, apenas se instaló en el protectorado, el 7 de agosto de 1821, convocó a un concurso para elegir la canción patriótica que se convertiría en el Himno Nacional del Perú, en el que ganó su composición, cuya letra pertenecía al abogado iqueño, José de la Torre Ugarte.

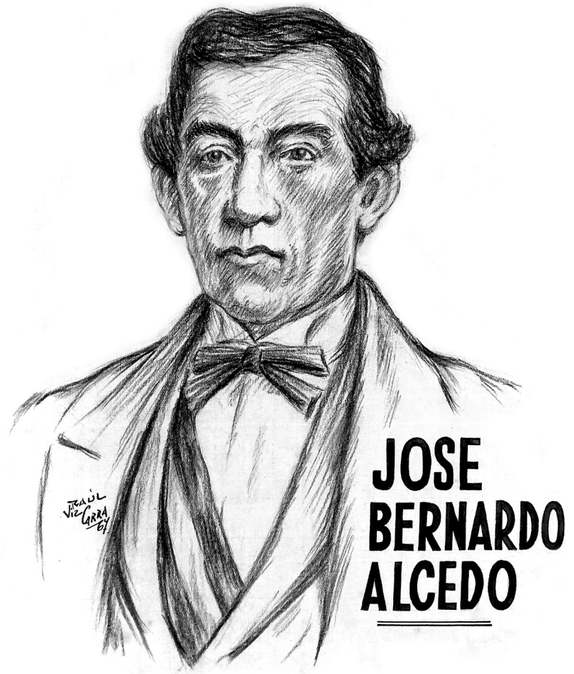
El 17 de septiembre de 1821, la canción fue declarada ganadora, de entre las siete que estaban como finalistas, y fue interpretada por primera vez por la soprano Rosa Merino en presencia del general San Martín, el 23 de setiembre de 1821. Este estreno oficial de la canción se realizó en presencia de sus autores, pero dos días antes se había estrenado informalmente en el Teatro Principal de Lima, cuando se supo de la rendición de José de la Mar en el Real Felipe.

La labor patriótica de Alcedo no se quedó solamente en la composición musical, ya que el 15 de agosto de 1822 ingresó al Ejército Libertador, en el Batallón N.° 4 de Chile, como músico mayor, con el grado de subteniente. Posteriormente, José Bernardo Alcedo viajó a Chile en 1823; en ese país, se dedicó a la música, pues fue maestro del coro de la Catedral de Santiago por 18 años consecutivos. Volvió a Lima después de permanecer 40 años en Chile, pese a que anteriormente había intentado regresar a vivir en el Perú, pero no contó con el apoyo oficial correspondiente.

Cuando llegó a Lima, el gobierno peruano le concedió una pensión honorífica y lo nombró director de las bandas del ejército; paralelamente, enfrentó la realidad de ver cómo se había modificado la letra y la música de su composición, aceptando, finalmente, los arreglos hechos por el compositor Claudio Rebagliati.

José Bernardo Alcedo fue autor de la música de La chicha, canción de la época de la independencia, cuya letra corresponde a José de la Torre Ugarte. Son obras de José Bernardo Alcedo la *Canción a la batalla de Ayacucho* y una composición por la victoria del Dos de Mayo de 1866, proeza peruana que se protagonizó cuando ya Alcedo vivía nuevamente en el Perú; también se cuentan entre sus creaciones el *Himno guerrero* y *La Araucana*; *Trisagio solemne a la Santísima Trinidad* y *Pasión para el Domingo de Ramos*, entre otras.

Tres años después de regresar a su patria, en 1867, fue elegido primer vicepresidente de la Sociedad Filarmónica. En 1869 escribió el libro *Filosofía elemental de la música*. Su obra musical se encuentra en la Biblioteca Nacional del Perú, incluyendo la que compuso en Chile, que se encuentra en este lugar en versión digitalizada.



Por Raúl Vizcarra, 1967

Sus restos fueron trasladados al Panteón Nacional de los Próceres, y reposan junto a los restos del autor de la letra del Himno Nacional, José de la Torre Ugarte.



José de la Torre Ugarte



José de la Torre Ugarte se encuentra en el féretro inferior.

Este jurista y compositor nacional nació en Ica el 19 de marzo de 1786. Fue hijo del español Estanislao de la Torre Ugarte y de Mercedes Alarcón Manrique y Nestares. Se casó en 1812, en Ica, con Manuela Valdivieso y Rizo de la Prada, con quien procreó tres hijos, y luego contrajo matrimonio con Juana Manrique de Lara. Murió en Trujillo en 1831.

Concluida su instrucción en Ica, estudió en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, en la que posteriormente regentó la cátedra de Artes entre 1809 y 1812. En dicha universidad se graduó de bachiller en cánones, y después de abogado, rindiendo su examen ante la Corte Superior de La Libertad en 1825.

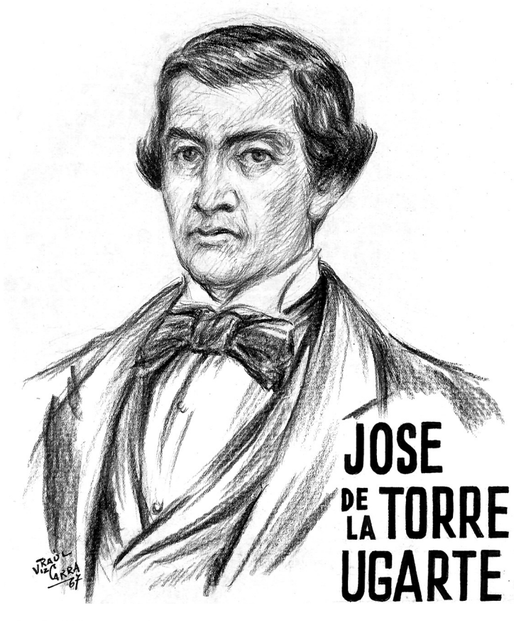
Se desempeñaba como juez de Chancay cuando la Expedición Libertadora del general José de San Martín estableció su cuartel general en Huaura, y no dudó en incorporarse a las filas patriotas; ya que había crecido en medio de la generación que tuvo que tomar decisiones para la separación política del Virreinato peruano, con respecto a la metrópoli española.

Se asegura que su amor por el Perú lo llevó a componer canciones patrióticas desde que se encontraba en Huaura. Cuando el ejército patriota ingresó a Lima, se encontró entre los convocados para decidir sobre la independencia de Lima; así asistió a la convocatoria hecha por el Cabildo capitalino, ocasión que le permitió firmar el Acta de la Independencia el 15 de julio de 1821.

Por otro lado, tras la convocatoria para elegir la canción patriótica que se convertiría en el Himno Nacional, fue autor de la letra cuya música compuso José Bernardo Alcedo, y juntos fueron declarados ganadores del concurso convocado por el general San Martín. Los dos también eran autores de la letra y de la música de la popular canción *La chicha*, que era cantada entre los peruanos de la independencia.

En 1821 era oficial mayor del Ministerio de Guerra y actuó como secretario adjunto del Protector de la Independencia del Perú, general José de San Martín. Militarmente fue coronel graduado, y en Trujillo fue vocal de la Corte Superior de La Libertad en mayo de 1830; previamente se había desempeñado como auditor de guerra en 1827. Durante el gobierno de José de la Riva Agüero, en 1823, José de la Torre Ugarte viajó a Trujillo y fue secretario del Senado, instalado en esa ciudad.

Eran tiempos en los que las luchas internas por el poder eran un tema cotidiano; se enfrentaban entre sí los bandos republicanos que aspiraban la captura del poder: esta circunstancia lo llevó a



Por Raúl Vizcarra, 1967

enfrentar una sentencia de condena a muerte por orden de Simón Bolívar, de la que lo salvó el general Antonio Gutiérrez de la Fuente, quien le perdonó la vida.

Se limitó entonces a su quehacer profesional y, por nombramiento hecho por el general Agustín Gamarra, fue vocal de la Corte Superior de La Libertad, en 1830. Elegido diputado por Trujillo no llegó a asumir el cargo por su muerte, el 1 de septiembre de 1831.

Sus restos se hallan en el Panteón Nacional de los Próceres, y, como ocurre con el autor de la música del Himno Nacional, su nombre está en calles y avenidas, y en instituciones educativas en varias ciudades del Perú.

ZONA CENTRAL

Aquí se encuentra Ramón Castilla.

Ramón Castilla y Marquesado

Según Seminario (2016, párrs. 1-3, 9-11, 13, 15-19):

Ramón Castilla y Marquesado [es] el peruano que[,] en el siglo XIX, protagonizó una serie de sucesos, asociados a la gesta de la independencia nacional, a la consolidación de la República, al orden constitucional, [sic] y a la administración pública, vinculada a la presidencia de la República.

No hay pueblo [ni] ciudad en el Perú donde no haya una calle, colegio, o una institución pública, con el nombre de Ramón Castilla, inclusive hay equipos deportivos locales y regionales, que llevan su nombre, en evidente aceptación de popularidad, [sic] y de existencia de su nombre en la memoria colectiva.

Ramón Castilla nació en Tarapacá, entonces [parte] del [V]irreinato del Perú, el 31 de agosto de 1797, [...] y murió en Tiviliche , casi 70 años después, el 30 de mayo de 1867. Sus biógrafos lo registran como militar y político peruano que fue en dos ocasiones presidente de la República (1845-1851 y 1855-1862, fue provisional entre 1855 y 1858, y constitucional entre 1858 y 1862).

Ramón Castilla empezó su carrera militar en las filas del ejército español, en lucha contra las fuerzas independentistas mandadas por el general argentino José de San Martín, experiencia que fue vivida por otros tantos patriotas, que si bien al comienzo fueron realistas, esto no fue obstáculo para desarrollar en ellos una consciencia de patria, que los llevaría [luego] a protagonizar páginas inmortales, en la gesta de la independencia, y en el posterior proceso histórico republicano.

En 1817, Castilla fue hecho prisionero por el ejército patriota, después de la batalla de Chacabuco, y fue enviado a Buenos Aires, se había enfrentado contra el ejército patriota al mando del general José de San Martín[;] pero consiguió escapar y regresó a Perú, después de un itinerario que lo llevó a Montevideo y a Río de Janeiro, desde donde, en unión con el teniente coronel Fernando Cacho, atravesó las selvas de [Mato] Grosso, hasta llegar a Santa Cruz (Bolivia), e ingresar de nuevo al Perú en 1818.

En tierra peruana, y hasta entonces con el espíritu realista, con el grado de alférez[,] es agregado al regimiento de Dragones de la Unión, en Arequipa, y habiendo sido destacado a los acantonamientos de Pampas, en





Estampilla del Centenario del Primer Sello Postal Peruano en la que aparece Ramón Castilla

este lugar decide servir a la causa de la independencia. En Lima tomó contacto con Torre Tagle [y,] en febrero de 1822, con el mismo general José de San Martín, siendo incorporado a un escuadrón de Húsares de la Legión Peruana de la Guardia, que estaba destinado para Trujillo y Lambayeque.

Castilla era un criollo, hijo del bonaerense Pedro de Castilla, [sic] y de Juana Marque[s]ado[. L]os criollos habían estado postergados muchos años de participar en cargos públicos, claves dentro de la administración virreinal, pese a demostrar gran capacidad[. I]gual postergación sufrían los mestizos, y había que terminar con todo esto, lo que solo se lograría con un cambio de autoridades, sustituyendo a las existentes, por patriotas que postulaban un mundo de igualdad. [Esto,] con seguridad, [habría] influido en Castilla, en su decisión de militar a favor de la patria.

En 1824 para entonces ya era teniente coronel, e ingresó en el ejército del Libertador Simón Bolívar, bajo cuyas órdenes participó en la batalla de Ayacucho [...]. No estuvo en la batalla de Junín, donde participó la caballería que él contribuyó a organizar. En Ayacucho estuvo como ayudante del [E]stado Mayor General del regimiento Húsares de Junín. Su prestigio en esta batalla lo señala como el primer combatiente que penetró en el campo realista, sufriendo heridas de bala y lanza, por lo que el mariscal Antonio José de Sucre, [sic] lo elogió en el parte de guerra correspondiente.

Como teniente coronel efectivo, en 1825, Castilla fue nombrado gobernador de la provincia de Tarapacá, su tierra de nacimiento, cargo desde el que impulsó una política de talante conservador, opuesta a los criterios más progresistas de Bolívar y en consonancia con los reclamos de la élite criolla. Tarapacá, [sic] fue la única provincia peruana que no aprobó la Constitución Vitalicia de Bolívar de 1826.

Después de algunos episodios de 1829, ligados a su defensa por la integridad territorial, cuando se intentó desmembrar algunos departamentos del sur peruano, por obra del general Santa Cruz y sus partidarios, Castilla actuó como fiscal en la causa contra ellos. En 1830 pasó a Lima, actuando como edecán del presidente Agustín Gamarra, con quien fue hasta el Cusco para combatir la revolución federalista motivada por



el coronel Gregorio Escobedo. Acusado de conspiración contra Gamarra, fue recluido primero en el Real Felipe, y luego a un pontón anclado en el puerto del Callao, donde enfermó, y fue trasladado al hospital de donde fugó a Chile.

En 1833 lo encontramos apoyando la proclamación de Luis José de Orbegoso como presidente provisorio del Perú, y luego vinculado a episodios militares con el general [sic] Felipe Santiago Salaverry, Santa Cruz, Diego Portales, [sic] y Agustín Gamarra. Durante la segunda presidencia del general Agustín Gamarra (1839-1841) se le encomendó la cartera de Tesoro, ministerio desde el que Ramón Castilla organizó las primeras exportaciones de guano, producto altamente cotizado como fertilizante en los mercados internacionales. Las exportaciones se incrementaron notablemente a partir de 1845, fecha en que fue elegido presidente de la República.

Mientras tanto, entre 1839 y 1845, se le ve como protagonista en Arequipa, Cuevillas, Ingavi, [sic] y Oruro. De vuelta al Perú, se estableció en Tacna en 1842, y al año siguiente, con los generales Domingo Nieto y José Félix Iguaín, integró en el Cusco una Junta de [G]obierno, que presidió tras la muerte del mariscal Nieto. Posteriormente, venció a las fuerzas del presidente Vivanco en Carmen Alto.

Según Seminario (2016, párrs. 5-7):

[A] partir de 1845, bajo la dirección de estadistas como Ramón Castilla, el país conoció una etapa de prosperidad económica, transformaciones sociales y estabilidad política, originada por la explotación del salitre de Tarapacá, la extracción del guano y el cultivo de la caña de azúcar.

Durante el primer gobierno de Ramón Castilla (1845-1851), la situación política se caracterizó por la estabilidad y el restablecimiento de la vida parlamentaria. La exportación de guano potenció el surgimiento de una nueva clase burguesa de consignatarios y proveyó de recursos al Estado[;] aunque también acabó hipotecando la economía peruana al Reino Unido, principal importadora de guano.

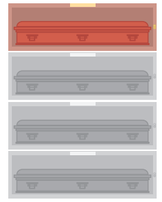
En su segunda etapa como presidente (1855-1862), Castilla abolió el tributo de los indígenas y la esclavitud, episodio que ha sido estudiado con detalles y nuevos hallazgos al respecto, por el historiador francés, Jean Pierre Tardieu, cuya obra [*El decreto de Huancayo*] [es un] análisis riguroso, y lleno de información inédita, sobre este peruano, que puede ser considerado como uno de los precursores de la inclusión social, si miramos su accionar desde el siglo XXI.

ZONA MARIANO NECOCHEA

Aquí se encuentran José María Lastres, Baltazar Caravedo Loyola, José Ildefonso Coloma, José Antonio de Gayangos y Aragón, Guillermo Miller, Domingo Nieto, José Andrés Rázuri, Juan Manuel Iturregui, Hipólito Unanue, Juan Basilio Cortegana Vergara, Manuel de Mendiburu y Bonet; los cenotafios de Hipólito Bouchard, Toribio Rodríguez de Mendoza y José Faustino Sánchez Carrión; Francisco Javier Mariátegui, Felipe Santiago Estenós Corrales, José María Corbacho y Abril, Martín Jorge Guise, Pascual Saco Oliveros, Juan Espinoza de los Monteros Lanza, Mariano Necochea y Francisco Vidal.

José María Lastres

José María Lastres está en el primer féretro si se empieza desde la parte superior de esta sección de la zona Mariano Necochea.



Nació en Lambayeque el 7 de diciembre de 1798, y falleció en Lima en 1864. Fue hijo de Cristóbal de Lastres y Pazos, y de Teresa Martínez de Tejada y Obaya. Se casó en Arequipa con María de Riglos y Benavente, con quien tuvo dos hijas.

Estudió en el Real Seminario de San Carlos de Trujillo; y cuando las ideas de patria y de libertad se esparcieron por el norte peruano, fue uno de los primeros que asociado en una logia manifestó abiertamente su espíritu patriótico y se enroló en la lucha por causa de la independencia. Previamente había mantenido contacto con patriotas de Chile y de la actual Argentina.

Tuvo contacto con el general José de San Martín cuando este se instaló en Huaura, y desde ese lugar se planificó qué hacer para liberar el norte del Perú, que ya estaba abiertamente decidido por ser parte de un país libre e independiente. Se enroló en el ejército patriota el 25 de marzo de 1821, en el que perteneció al batallón Numancia, que ya militaba en filas patriotas gracias al trabajo persuasivo de varios independentistas, persuasión en la que intervinieron también algunas damas.

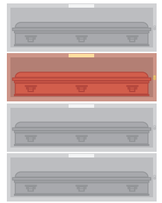
Se le encontró en 1823 en las campañas de intermedios, a las órdenes de Agustín Gamarra y del general Andrés de Santa Cruz, sin embargo, donde alcanzó a brillar con gloria fue en las batallas de Junín y Ayacucho, el 6 de agosto y el 9 de diciembre de 1824, respectivamente.

Terminada la guerra de la independencia participó en los conflictos que el Perú tuvo con Bolivia y con la Gran Colombia; por entonces ya tenía el grado de coronel y, merecidamente, portaba las medallas que se habían concedido a los libertadores.

También se sabe que apoyó al general Felipe Santiago Salaverry en la guerra que lo enfrentó con el general Andrés de Santa Cruz, en la que se halló presente en la batalla de Socabaya o batalla del Alto de la Luna, que se libró entre las fuerzas de los generales Salaverry y Santa Cruz el 7 de febrero de 1836 en el cerro Alto de la Luna, en Socabaya, parte de Arequipa, que terminó con el fusilamiento del general Salaverry en los días siguientes.

El 2 de octubre de 1968, sus restos mortales fueron trasladados al Panteón Nacional de los Próceres.

Baltazar Caravedo Loyola



Baltazar Caravedo Loyola está en el segundo féretro si se empieza desde la parte superior de esta sección de la zona Mariano Necochea.

Nació en Ica en 1804, recibió el sacramento del Bautismo el 2 de julio de 1805, y falleció en Lima el 22 de diciembre de 1879. Fue hijo de Lorenzo de Caravedo y de María Isabel Loyola y Toledo. Baltazar Caravedo perteneció a una familia patriota, que desde el comienzo confió en la libertad del Perú, al punto de enrolarse en el ejército sanmartiniano, apenas desembarcó el general San Martín en Pisco.

Su padre, el prócer Lorenzo de Caravedo, nacido en Pisco, que se había enrolado en el Ejército Libertador, fue mandado a fusilar por orden del virrey Pezuela. Don Lorenzo se había incorporado al ejército patriota con su hermano Baltazar y su cuñado Juan José Loyola: se asegura que fueron los primeros en hacerlo. Tras el fusilamiento de su padre, Baltazar Caravedo Loyola fue aceptado en el Escuadrón de Granaderos a Caballo, y se puso bajo las órdenes del general Antonio Álvarez de Arenales, por lo que participó en la campaña de la sierra, en la que se combatió contra el ejército realista, y en Cerro de Pasco combatió contra el realista O´Reilly.

Participó a continuación en la expedición de Puertos Intermedios como alférez y portaestandarte. En 1824, estuvo en las batallas de Junín y Ayacucho. En la de Junín asistió como húsar a la orden del general Isidoro Suárez, y en la de Ayacucho, su conducta fue calificada como «heroica distinguida». Terminada la campaña estuvo junto al regimiento Húsares de Junín en el segundo sitio del Callao.

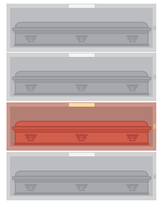
En 1826 combatió en Ica a favor del libertador venezolano, en el Palmar de Chunchanga, razón por la que recibió el agradecimiento de Bolívar; y, en 1829, ya siendo coronel, apoyó al mariscal Agustín Gamarra, y en la acción recordada como de la Gallinacera se destacó por la acción humanitaria de hacer respetar a los vencidos, lo cual disgustó a sus superiores, que le promovieron un juicio, por el que tuvo que hacer uso de la prensa para exponer a sus connacionales el porqué de su conducta.

Poco después obtuvo el grado de general por el general Agustín Gamarra, y continuó interviniendo en la vida pública del Perú. El 1833 apoyó a Luis de Orbegoso, y al producirse el levantamiento de Felipe Santiago Salaverry, asistió a las batallas de Uchumayo y Socabaya el 3 y el 7 de febrero de 1836. Se le recuerda por haberse opuesto a la sentencia de muerte dictada en Arequipa, en contra del general Salaverry.

En 1841 fue nombrado gobernador y jefe militar de la provincia litoral de Piura, llevando a cabo una destacada actuación que mantuvo la tranquilidad en esa alejada región. Tras el derrocamiento del mariscal Gamarra, se exilió. Vivió luego en Montecristi, dedicándose al comercio; se casó con Dominga Navia, quien falleció primero que él. Pasó sus últimos años en Lima.

En 1968, sus restos fueron exhumados al Panteón Nacional de los Próceres.

José Ildefonso Coloma



José Ildefonso Coloma se encuentra en el tercer féretro si se empieza desde la parte superior de esta sección de la zona Mariano Necochea.

Según Seminario (2011, pp. 168, 169)

Nació en Sullana según se desprende de su partida de [B]autismo; los santos óleos se los administró el presbítero José Andrés Córdova, cura y vicario de La Punta, el 19 de octubre de 1804 cuando José Ildefonso tenía 8 meses de nacido. Fue hijo de Narciso Coloma [Laprida] y Natalia Maldonado [Granda] [...].

En 1822 se presentó a las filas del ejército de Piura para la campaña de la liberación de Quito, fue dado de alta como cadete en el Escuadrón Cazadores a Caballo, en la División mandada por Santa Cruz. Participó en las jornadas de Riobamba y Pichincha, siendo ascendido a teniente. Posteriormente se incorporó al Regimiento de Caballería "Lanceros" en la Segunda Campaña de Intermedios. En 1824 pasó al Escuadrón Coraceros, después llamado Húsares del Perú. En 1825 ascendió a capitán. En 1828 tomó parte en la invasión a Bolivia siendo [ascendido a] sargento mayor.

En 1835 sirvió a Salaverry y sofocó la rebeldía del Real Felipe que encabezó el sargento Becerra, y ascendió a teniente coronel. Contribuyó con el general Salas a sublevar la División Valle Riestra, enviada por Orbegoso para debelar el pronunciamiento de Salaverry. Fue el primer jefe que después de la batalla de Yungay ocupó la capital con una pequeña división.

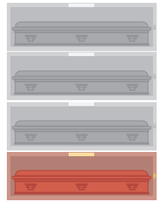
Fue diputado por Cajamarca en el Congreso de Huancayo de 1839. En 1840 gobernador de Piura y después [p]refecto y [c]omandante [g]eneral de Arequipa. En 1841 ocupó el cargo de gobernador y comandante del Callao, este mismo año en la guerra con Bolivia fue nombrado secretario de Gamarra; al morir [e]ste en la batalla de Ingavi, fue hecho prisionero por las tropas de Balliván y desterrado a Chile por no obedecer a Vivanco. Con el gobierno de Castilla retornó al Perú y llegó a ser [c]omandante y [p]refecto de Puno. En 1842 ascendió a [g]eneral de [b]rigada. Falleció en Lima el 27 de [j]unio de 1850. Sus restos fueron inhumados en el Panteón Nacional de los Próceres, el 2 de octubre de 1968.

Por otro lado es de destacar que lo unió una gran amistad con Juan Crisóstomo Torrico, confiándose mutuamente sus opiniones sobre la política que protagonizaban otros militares del Perú. La amistad entre ambas familias se manifiesta también en las cartas.

La preocupación de Coloma por la paz de la República, [sic] se trasluce en la carta que desde Puno escribió a Manuel Menéndez el 1 de enero de 1845; en ella dice:

> **Estoy lleno de complacencia, porque un individuo que como Ud. ha merecido siempre mis más cordiales consideraciones haya dado fin a las inquietudes públicas, salvando de un modo tan sagaz y provechoso los inconvenientes que parecía tocar la consecución de una paz tan deseada por la nación. Yo he permanecido al frente de este departamento, por compromisos solemnes de cooperar al exterminio del sistema tiránico exteriorizado sobre la ruina del honor nacional. Este caso ha llegado felizmente, y cuando veo que la marcha regular del país vuelve a tomar el giro majestuoso que tiene hoy, bajo la dirección de V. E., nada puede serme más grato que dirigirle una felicitación afectuosa como la que arranca la amistad que profeso a V. E. y ofrecerme sinceramente a su servicio, como que soy su muy atento y afectísimo.**
>
> ***J. Ildefonso Coloma.***

José Antonio Gayangos y Aragón



José Antonio Gayangos y Aragón se encuentra en el cuarto féretro si se empieza desde la parte superior de esta sección de la zona Mariano Necochea.

Nació en Lima en 1799, y falleció, súbitamente, en la misma ciudad, el 16 de diciembre de 1851.

Fue un oficial del Ejército Libertador, pues pasó a filas patriotas en 1821, después de pertenecer al ejército realista. Siendo teniente participó en la primera expedición a Puertos Intermedios, en la batalla de Moquegua, del 21 de enero de 1823, librada entre patriotas y realistas; poco después cayó prisionero de los realistas, que lo confinaron en la isla Esteves, hasta que fue liberado después de la batalla de Ayacucho.

Se encontró presente en el segundo sitio del Callao; en 1829, en la guerra contra la Gran Colombia; en 1830 estuvo en la campaña que se dirigía hacia la frontera con Bolivia bajo las órdenes de Agustín Gamarra, quien lo ascendió al grado de sargento mayor graduado.

Tras la creación de la Confederación Perú-Boliviana, se trasladó a Chile, y regresó en 1837. Peleó en la batalla de Yungay, el 20 de enero de 1839. Obtuvo el grado de coronel.

Sus restos se encuentran en el Panteón Nacional de los Próceres.

Guillermo Miller



Guillermo Miller se encuentra en el féretro de la parte superior izquierda de esta sección de la zona Mariano Necochea.

Nació en Wingham, Inglaterra, el 12 de diciembre de 1795, y murió en Lima en 1861. Su actuación principal tuvo como escenario la guerra de independencia, entre Chile y Perú, después que se alejó de Inglaterra, donde había servido en el ejército de su patria, y combatido contra Napoleón Bonaparte, en apoyo a los portugueses y españoles.

En 1817, emigró hacia América del Sur, y en la Argentina se enroló en las huestes patriotas. Cuando se produjo el cruce de los andes, atravesó la cordillera con el grado de capitán de Artillería, manteniéndose en el Ejército Libertador de los Andes, que daría la independencia a Chile.

Se batió heroicamente en Cancha Rayada contra los realistas, tras lo cual fue ascendido a sargento mayor, y nombrado edecán del general San Martín, a quien lo ligaría una amistad perdurable. También estuvo en la naciente marina chilena, donde fue comandante de las tropas de infantería de marina y artillería de mar, que daban protección al país libre de Chile, cuyas costas podían ser atacadas por los realistas del Perú.

Cuando posteriormente se organizó la Expedición Libertadora del Perú, Miller integró las filas del ejército expedicionario, y llegó a la ciudad de Tacna, a fin de reunir a los peruanos independentistas de esa localidad. Miller participó en la creación del regimiento de caballería Húsares de la Legión Peruana, llamado después Húsares de Junín. Poco después fue ascendido a mariscal del Ejército del Perú.

Tras el retiro del general San Martín del Perú, en septiembre de 1822, el general Guillermo Miller siguió formando parte del Ejército Unido Libertador, pues se encontró en las campañas de guerra que dieron la libertad al Perú. En 1824, un poco antes de los encuentros finales entre patriotas y realistas, Simón Bolívar lo nombró general en jefe de la caballería independentista, y con ese cargo asistió a las batallas de Junín y Ayacucho, y al encuentro de Corpahuaico.

Después de la Capitulación de Ayacucho fue nombrado gobernador de Potosí; y en 1825 viaja de regreso a Inglaterra para reponer su resquebrajada salud, deteriorada después de una década de lucha continua contra los realistas españoles. Unos años más tarde, en 1828, publicó en Londres la obra *Memorias del general Miller al servicio de la República del Perú*.

Regresó al Perú en 1831, y en 1835 apoyó a Andrés de Santa Cruz en su guerra contra Felipe Santiago Salaverry. El primero peleaba por su proyecto confederacionista, y luego de la derrota y el fusilamiento del general Salaverry, prefirió el retiro antes que combatir en



las guerras intestinas en el Perú; además, Miller había intercedido sin éxito para que se perdonara la vida a Salaverry.

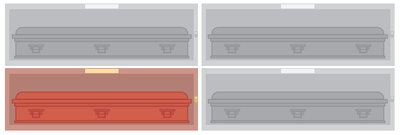
Por el apoyo otorgado al general Santa Cruz fue dado de baja y borrado del escalafón militar, tras la derrota de este general. Posteriormente, fue cónsul británico en Hawái, hasta que las nuevas autoridades peruanas le restituyeron el título de gran mariscal.

Sus últimos años los pasó en el Perú, y sintiendo que se aproximaba su muerte pidió ser llevado a un buque británico que se hallaba frente al Callao, donde falleció a la edad de 66 años. Fue sepultado en el Cementerio Británico de Bellavista en el Callao, y en 1926, sus restos fueron trasladados al Panteón Nacional de los Próceres.

Un colegio de instrucción secundaria en Acos-Vinchos, Huamanga, lleva su nombre; de igual manera se ha nominado a un puente en Ilabaya, provincia de Jorge Basadre, en Tacna. En San Borja, Lima, existe un monumento que perenniza su gesta entre los peruanos, y en el distrito de Lince, una calle lleva su nombre.

Domingo Nieto

Nació en Ilo, Moquegua, el 15 de agosto de 1803, y falleció en el Cusco el 17 de febrero de 1844. Fue un militar peruano, que también incursionó en el campo de la política; perteneció a una generación cargada de sentimientos patrióticos, cuyas vidas



Domingo Nieto se encuentra en el féretro de la parte inferior izquierda de esta sección de la zona Mariano Necochea.

están ligadas a la independencia del Perú y América. Fue hijo de Domingo Nieto y de María del Carmen Márquez.

Como muchos de los jóvenes de su época, no dudo en incorporarse al Ejército Libertador, cuando una avanzada patriótica al mando del teniente coronel Guillermo Miller llegó a Moquegua en mayo de 1821, participando de inmediato en el combate de Mirave, en Tacna, el 22 de mayo de ese año.

Después se le vería actuando en las batallas de Torata y de Moquegua, en enero de 1823, durante la Primera Expedición a Intermedios, por lo que ascendió rápidamente a capitán. Ese año también estuvo en la Segunda Campaña de Intermedios dentro del Regimiento Lanceros de la Guardia; posteriormente, se encontró en las memorables batallas de Junín y Ayacucho; y tras la capitulación de Ayacucho, participó en la toma de Potosí (Bolivia) y en el segundo sitio del Callao.

Con el grado de teniente coronel, en 1827, participó en la campaña contra los rebeldes de Iquicha, Huanta, quienes, pese a la proclamación de la independencia, y a las batallas de Junín y Ayacucho, peleaban a favor del monarca español. Cuando se protagonizó la guerra contra la Gran Colombia se le puso al

frente del Primer Regimiento de Húsares de Junín, que marchó hacia el norte.

En la batalla del Portete de Tarqui, del 27 de febrero de 1829, contuvo el ataque del Escuadrón Cedeño, con una carga de los húsares, y sostuvo después un duelo con el comandante venezolano José María Camacaro, a quien finalmente atravesó con su lanza. Luego se plegó al lado de los militares que querían evitar la fragmentación del país, en una postura contraria a Andrés de Santa Cruz, que propugnaba la Confederación Peruano-boliviana; a eso se debe su apoyo a Luis José de Orbegoso, esos años.

En 1831 estuvo con el presidente Agustín Gamarra en la campaña a la frontera con Bolivia, con lo que se evitó una guerra con ese país, por gestiones diplomáticas. Terminado el periodo de gobierno de Gamarra, la Convención Nacional debía elegir al presidente de la República: así, entró Nieto en competencia con Pedro Pablo Bermúdez y Luis José de Orbegoso, quien resultó electo. Domingo Nieto fue ascendido a General de Brigada el 6 de diciembre de 1833 cuando no alcanzaba los 30 años; tenía entonces 29 años.

Durante las guerras civiles y los enfrentamientos entre los caudillos del primer militarismo en el Perú, lo vemos protagonizar diversas escenas en los campos de batalla, siempre respetuoso de la autoridad legal. Nieto fue designado, en 1834, jefe político y militar de los departamentos del sur.

Pasó a Lima, donde fue nombrado inspector general del Ejército, y cuando se le encomendó debelar un motín protagonizado en la Fortaleza del Real Felipe, estalló la rebelión del teniente coronel Felipe Santiago Salaverry, quien ordenó tomarlo prisionero; y pese a que fue desterrado hacia California, logró desembarcar en Huanchaco, Trujillo, y organizó la defensa de la legalidad, pero finalmente sus propios soldados lo entregaron a Salaverry, quien ordenó su destierro a Santiago de Chile.

Vuelto a Lima, trató de persuadir a Orbegoso para que se aparte de Santa Cruz, pero no lo consiguió: estaba contra el proyecto de la confederación, luego salió del país, y regresó después de la derrota de Santa Cruz. Nieto se reincorporó al ejército en diciembre de 1841 y apoyó a la autoridad constitucional, representada por el general Juan Francisco Vidal, en contra del general Juan Crisóstomo Torrico, que representaba a un gobierno ilegal, y a quien se derrotó en la batalla de Agua Santa, el 17 de octubre de 1842; como consecuencia de este triunfo, Domingo Nieto fue ascendido a gran mariscal.

Estuvo, después, en otras acciones de guerra, durante la etapa del Primer Militarismo en el Perú, hasta que una dolencia hepática le provocó la muerte.

Sus restos se encuentran en el Panteón Nacional de los Próceres en Lima, después de que el Congreso de la República lo declaró prócer. En su honor, una de las provincias de Moquegua lleva su nombre; de igual manera, el Colegio Militar del Ejército del Perú, con sede en Ilo. Y así como ocurre con Miguel Grau en Piura, el estadio de Ilo también se llama como el prócer.

Ataúd de don Domingo Nieto





José Andrés Rázuri



José Andrés Rázuri se encuentra en el féretro de la parte superior derecha de esta sección de la zona Mariano Necochea.

Nació en San Pedro de Lloc, La Libertad, el 28 de septiembre de 1791, y murió en el mismo lugar el 4 de enero de 1883, después de haber vivido una larga temporada en Piura cuando, ya alejado de las armas, se dedicó al trabajo de agricultor. Se le recuerda, principalmente, por su participación en la batalla de Junín, por haber variado la orden de retirada y haberla convertido en una de ataque, que terminó en triunfo para el Ejército Libertador.

Fue hijo de Juan José Rázuri y de María Severina Esteves. Por la cercanía de su ciudad natal, se educó en el Seminario de San Carlos y San Marcelo de Trujillo. Cuando se enteró de que el ejército del general San Martín estaba en Huaura, en 1820, se presentó en ese lugar, y se puso al servicio de la patria. Así se incorporó al Regimiento de Granaderos de los Andes y, al poco tiempo, el general San Martín lo destinó al norte, para contactarse con los patriotas de Piura, Lambayeque y Trujillo, pues se necesitaba reclutar soldados para el ejército.

Sus acciones militares están vinculadas con la campaña por la independencia; de esta manera, se le encontró en la ocupación de Lima en 1821, e incluso participó en la batalla de Pichincha en 1822. Tras la retirada de San Martín del suelo peruano, y ya a órdenes de Bolívar, en 1824, se encargó del reclutamiento y la preparación del Regimiento de



Húsares del Perú, con el cual participó en la batalla de Junín; y cuando se dispuso la retirada para ponerse a salvo, él dio la orden de ataque a la carga, con lo que decidió el triunfo patriota.

Los ejércitos patriota y realista se encontraron en las llanuras de Junín, el 6 de agosto de 1824. Rázuri era ayudante del primer escuadrón de los Húsares del Perú. La batalla duró una hora, se combatió cuerpo a cuerpo, y murieron alrededor de 250 realistas y 150 patriotas; la victoria resultante se atribuye en gran



parte a Rázuri, quien recibió felicitaciones del general La Mar.

También estuvo en la batalla de Ayacucho, del 9 de diciembre de 1824, que selló la independencia del Perú; y años después, ostentando el grado de capitán, acompañó al general Agustín Gamarra en la campaña sobre Bolivia de 1828, tras la cual fue ascendido a sargento mayor.

Otro escenario de su participación fue el de la guerra contra la Gran Colombia, en 1828, en la que se encontró presente en la batalla del Portete de Tarqui del año siguiente; y producido el derrocamiento del presidente José de la Mar, en Piura, se retiró del ejército y se quedó a vivir en esa ciudad, tras casarse con una dama piurana, siendo, en 1837, subprefecto de la provincia litoral de Piura.

Su matrimonio, en 1834, con Josefa Echeandía y Ramos en la Hacienda Tambogrande, lo mantuvo un largo periodo en esa región. En Tambogrande se le recuerda por la donación que hizo de un terreno de la hacienda, para la consolidación del pueblo, que hoy, convertido en villa, le rinde homenaje permanente, con un busto en la parte central de la plaza de armas.

Ramón Castilla, que lo había conocido en los años de la guerra de la independencia, le confirió el grado de coronel del ejército, pese a que se encontraba en retiro. Sus restos se encuentran en el Panteón Nacional de los Próceres en Lima, desde el 6 de agosto de 1953.

El Perú honra a Rázuri, dando su nombre al Regimiento de Caballería Blindado «Coronel de Caballería José Andrés Rázuri» N.° 123, en Challapalca, Tacna; también varias instituciones educativas llevan su nombre en Lima y en el interior del país.

Juan Manuel Iturregui



Juan Manuel Iturregui se encuentra en el féretro de la parte inferior derecha de esta sección de la zona Mariano Necochea.

Cuando el espíritu patriótico se manifestaba en muchos criollos, mestizos y nativos en el Perú, Juan Manuel Iturregui fue uno de los primeros en participar abiertamente en los iniciales pronunciamientos por la independencia del Perú.

Este patriota nació en Lambayeque el 16 de abril de 1795, y falleció en Lima el 30 de julio de 1871. Fue hijo de padre español de origen vasco, don Juan Antonio de Iturregui Arraiz, afincado en el Perú desde 1777, y de doña Catalina Aguilarte. Estudió en el Convictorio de San Carlos de Lima, dirigido por Toribio Rodríguez de Mendoza, quien inspiró en muchos peruanos el sentimiento de independencia. Juan Manuel compartió en este lugar las aulas con Manuel Lorenzo de Vidaurre, José Faustino Sánchez Carrión y Francisco Javier Mariátegui. Posteriormente, regresó a Lambayeque tras el fallecimiento de su progenitor.

Sus biógrafos aseguran que, cuando se encontraba en Lima, Juan Manuel Iturregui, bajo la supervisión de José de la Riva Agüero y Sánchez Boquete, fue iniciado en la masonería, y que, al regresar a su tierra natal, junto a otros patriotas fundó la logia «Estrella Blanca», compuesta por liberales católicos, entre los que estaban José Ignacio Iturregui, Vicente y José María Castañeda, el norteamericano Juan Fanning, Antonio Guerra, los hermanos Pascual, Rafael y José del Carmen Saco Oliveros, José Leguía Meléndez, Juan del Carmen y Francisco Casós Barrionuevo, Pedro Haro, Melchor Sevilla, Mariano Quesada y Valiente, Pedro Antonio López de Vidaurre, Valentín Mondragón, José María Lastres y Manuel Navarrete Echevarría, entre otros.

Su casa, en Lambayeque, hoy conocida como «Casa de la Logia», está considerada como un monumento histórico; para entonces, Chiclayo carecía de la importancia que tiene hoy, y Lambayeque era la ciudad más pujante de ese espacio, siendo el mencionado lugar el centro de las reuniones de los patriotas que declararon la independencia en Lambayeque, el 27 de diciembre de 1820.

En Lambayeque, el patriota Iturregui, con sus propios medios económicos, armó al pueblo y lo puso bajo el comando de Pascual Saco Oliveros, quien exigió la rendición al jefe del cuartel del Escuadrón de Dragones en esa localidad, que estaba al mando del mayor Antonio Gutiérrez de la Fuente, quien era parte del Batallón español N.° 22 de Numancia, fuerza realista muy temida, que había ingresado por tierra procedente de Colombia.

Para entonces ya el general San Martín se encontraba en el Perú, desde septiembre de 1820; y junto con el capitán Saco Oliveros y 800 hombres, Iturregui fue hasta Huaura en su apoyo, a quien entregó 300 000 pesos en efectivo, y el equivalente a 200 000 en varios artículos, proviniendo parte de la donación de la propia riqueza de Iturregui.

Participó en las batallas de Junín y Ayacucho, y también en la toma del Real Felipe, así se encontró en la rendición del general Rodil. Terminado el proceso de la independencia nacional, viajó a Londres como representante diplomático. De regreso al Perú, el 24 de abril de 1834 contrajo matrimonio con Manuela González Sáenz de Tejada y Martínez de Pinillos.

En 1845, el presidente constitucional de la república, Ramón Castilla y Marquesado lo designó ministro plenipotenciario del Perú en Londres, Madrid, París y Roma. Años después, el presidente José Rufino Echenique envió al Congreso de la República una propuesta para conferirle el grado de general de brigada, el 24 de enero de 1854.

Fue elegido senador por La Libertad para el periodo 1868-1872, pero dejó de existir, como dijimos anteriormente, en 1871. Y se le declaró prócer de la independencia nacional. Sus restos se trasladaron al Panteón Nacional de los Próceres, el 27 de diciembre de 1964.



Vista frontal de los féretros de José Andrés Rázuri y Juan Manuel Iturregui

Hipólito Unanue



Hipólito Unanue se encuentra en el féretro de la parte superior izquierda de esta sección de la zona Mariano Necochea.

En la segunda mitad del siglo XVIII, un grupo de intelectuales empezó a difundir sobre la idea de patria en el *Mercurio Peruano*, publicación periódica que hizo conocer a los peruanos su realidad económica, social, religiosa, militar, cultural, y todo lo concerniente al Virreinato del Perú, desde la mirada de un grupo de hombres identificados plenamente con la tierra en que habían nacido, o que habían hecho suya, al contacto con la gente y su espacio social.

Estas descripciones coloniales del Perú se hubiesen complementado con la descripción gráfica de buena parte del Virreinato del Perú, hecha por el obispo de Trujillo, don Baltazar Jaime Martínez Compañón y Bujanda; pero recién estas acuarelas se conocieron en el siglo XX, después de 150 años que se mandaron a pintar.

A ese grupo de intelectuales de la segunda mitad del siglo XVIII, perteneció Hipólito Unanue, el precursor de la independencia nacional, que junto con José Baquíjano y Carrillo, fundaron la Sociedad Amantes del País, y tuvieron, en el *Mercurio Peruano*, el órgano de difusión de lo que era el Perú, conscientes quizás de que la identificación con el suelo, lo que genera el sentimiento de identidad, es el conocimiento sobre ello, y eso despierta el sentimiento de hacer suyo lo material y social que existe en él; y en este caso, solo se podía conocer, leyendo.

Su primer artículo se tituló «*Idea general del Perú*», en cuyo contenido se puede captar su pensamiento ideológico. En el *Mercurio Peruano* se percibe la prioridad de noticias nacionales, frente a otros temas de interés del hombre culto, que con toda seguridad las compartía con otras personas atraídas por conocer las raíces y la actualidad de su patria: todo el contenido tiene un gran toque nacionalista.

Hipólito Unanue y Pavón nació en Arica el 13 de agosto de 1755, y falleció en San Vicente de Cañete el 15 de julio de 1833. Fue hijo de Miguel Antonio Unanue y Montalivet, y de Manuela Pavón y Salgado de Araujo. Se casó con Manuela de la Cuba y Rocha, y en segundas nupcias, con Josefa de la Cuba y Ballón, con quien tuvo descendencia. Sus estudios iniciales los hizo en Arequipa, en el Seminario de San Jerónimo, y pese a estar orientado inicialmente hacia la carrera eclesiástica, pronto comprendió que su vocación estaba en la ciencia, por lo que se graduó de médico; mientras paralelamente crecía en conocimientos sobre física, matemática, y literatura clásica, latina y griega.

En la Universidad Nacional Mayor de San Marcos fue titular de la cátedra de Anatomía, y en ese prestigioso centro de estudios fundó, en 1782, el anfiteatro anatómico, al mismo tiempo que proyectó la creación del Real Colegio de Medicina y Cirugía de San Fernando, que recién se estableció bajo el gobierno del virrey Fernando de Abascal. Unanue fue reconocido en vida, al ser incorporado a diferentes academias científicas de su época, instituciones de gran prestigio cultural en el mundo. Junto con el naturalista José Pavón, trabajó la «flora peruana».

Después de que el general José de San Martín llegó al Perú, en 1820, se realizó la entrevista de Punchauca, en 1821, por encargo del virrey Pezuela, asistió en su representación el doctor Hipólito Unanue, para tratar sobre negociaciones de paz con los enviados de San Martín, sin que llegaran a ponerse de acuerdo. Luego de que se juró la independencia, fue fundador de la Orden del Sol, miembro de la Sociedad Patriótica y ministro de Hacienda. Unanue recibió la Orden del Sol de José de San Martín.

Resultó electo para el Primer Congreso Constituyente 1822-1823, representó a Puno; y en el de 1826, a la provincia de Arica. En el Congreso de 1822, fue reconocido como Benemérito de la Patria en grado Eminente; y tras la llegada de Bolívar, cuando el Libertador se ausentó de Lima, fue encargado del mando supremo, entre 1825 y 1826.

Hipólito Unanue buscó acercar el Perú a los peruanos, contribuyendo con esto a la formación de la conciencia de patria, y para eso publicó entre 1793 y 1797, la *Guía política, eclesiástica y militar del Virreinato*, donde se consignan datos estadísticos e históricos, que presentaban a los peruanos lo que era el Perú en esos momentos.

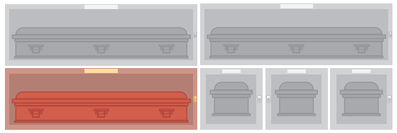
Sus restos descansan en el Panteón Nacional de los Próceres de la Independencia, desde el 16 de octubre de 1927. Unanue es uno de los peruanos que está en la memoria colectiva de sus connacionales; su nombre está en calles, avenidas, plazas e instituciones educativas, que lo recuerdan como médico, meteorólogo, naturalista y docente universitario, pero, sobre todo, como un gran precursor de la independencia nacional.



Detalle del ataúd de Hipólito Unanue



Juan Basilio Cortegana Vergara



Juan Basilio Cortegana Vergara se encuentra en el féretro de la parte inferior izquierda de esta sección de la zona Mariano Necochea.

Nació en Celendín en 1801, y falleció en Lima el 11 de diciembre de 1877. Fue hijo de don Dionisio Cortegana y de doña María Vergara. Se casó, el 13 de marzo de 1858, en la iglesia San Lázaro de Lima, con Manuela Arnaez Camacho.

Juan Basilio Cortegana pasó a la historia como un militar patriota y destacado, y por un estudio de la historia nacional, escrito en 13 volúmenes. Se le considera fundador de la independencia del Perú, restaurador de su patria, vencedor en Junín y Ayacucho, y asistente al Sitio del Callao.

Con el grado de teniente participó en las batallas de Junín y Ayacucho, y, posteriormente, es ascendido a capitán, y ya como teniente coronel, en 1838, participó en la campaña de la Restauración, y en 1841 fue destinado al sur, a la frontera con Bolivia. En el proceso electoral de 1868 fue elegido diputado representando a la provincia de Celendín.

Cuando el Protector del Perú creó la Legión Peruana de la Guardia, compuesta por un batallón de infantería, dos escuadrones de caballería y una compañía de artillería volante de cien plazas, para sostener la independencia del Perú; el teniente Juan Basilio Cortegana se incorporó a ella, y en sus filas combatió en Junín y Ayacucho.

En 1823 estuvo en la campaña de Torata, y, luego, en la acción de Zepita, donde los escuadrones de Húsares de la Legión rechazaron a los realistas. Con San Martín lejos del escenario de la guerra, son Bolívar y Sucre quienes planean y dirigen la campaña de la independencia; y Juan Basilio Cortegana lucha en las batallas de Junín y Ayacucho como capitán, a las órdenes de La Mar y del coronel José María Plaza.

El espíritu patriótico de Cortegana se manifestó tempranamente, pues, militando en el ejército realista en Trujillo, no dudó en engrosar las filas patriotas cuando se proclamó la independencia en ese lugar, en diciembre de 1820. Después, se dirigió a Huaura y ofreció sus servicios al general San Martín, quien lo incorporó a la Legión Peruana de la Guardia con el grado de teniente.

Ingresó a Lima en el ejército sanmartiniano y asistió a la proclamación de la independencia el 28 de julio de 1821.

Sus restos fueron trasladados al Panteón Nacional de los Próceres el 4 de abril de 1984, siendo presidente del Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú (CEHMP) el general Jorge Carlín Arce.

Manuel de Mendiburu y Bonet



Manuel de Mendiburu y Bonet se encuentra en el féretro de la parte superior derecha de esta sección de la zona Mariano Necochea.

Nació en Lima el 20 de octubre de 1805, y murió en la misma ciudad el 21 de enero de 1885. Este militar de la independencia fue también un político e historiador peruano que dejaría un legado valioso para los investigadores en el campo de la historia.

Sus padres fueron Manuel de Mendiburu Orellana, oidor de la Real Audiencia del Cusco, que se creó después de la revolución de Túpac Amaru II, y Gertrudis Bonet y Junco. Sus estudios se realizaron en el Real Colegio de San Fernando, cuando era rector don Francisco Javier de Luna Pizarro.

En 1819, trabajó como amanuense del Tribunal del Consulado, cuando aún las autoridades realistas estaban en el Perú. Pero luego, a la llegada del Ejército Libertador del general José de San Martín, en 1821, empezó la carrera militar en el arma de caballería, comenzando su servicio en el Ministerio de Guerra del Protectorado. Participó en la Primera y la Segunda Campaña de Intermedios en 1823, consideradas un fracaso para el Ejército Libertador.

Pasado el proceso de la independencia se trasladó a Arequipa, después viajó a Brasil y a España. De regreso, en 1826, se estableció en Santiago de Chile, donde contrajo matrimonio con Margarita Rey y Riesco; y al año siguiente, cuando Simón Bolívar ya no estaba en el Perú, regresó a su patria, y fue secretario privado del general Andrés de Santa Cruz.

Después de consolidada la campaña por la independencia, se le vio actuar en la guerra contra la Gran Colombia entre 1828 y 1829; asimismo, en la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana, y en otros episodios internos orientados a la defensa y a la legalidad de su patria. En su carrera militar llegó a ser general en 1851.

Con el general La Mar participó en la guerra contra la Gran Colombia desempeñándose como ayudante del general Agustín Gamarra; por esta razón, peleó en la batalla del Portete de Tarqui, sin embargo, no tomó parte en el golpe de Estado de Gamarra contra José de la Mar, quien fuera depuesto del mando en la ciudad de Piura.

Entre 1834 y 1879 desempeñó cargos como prefecto de varios departamentos; ministro de Hacienda, Guerra y Marina, y de Gobierno y Relaciones Exteriores; fue, además, diputado y vicepresidente del Congreso Constituyente de 1860, y ministro plenipotenciario del Perú en Inglaterra, Bolivia y Chile,



Ataúd de Manuel de Mendiburu y Bonet

y, en los años de la guerra con Chile, fue ministro de Guerra y presidente del Consejo de Ministros.

Se le encomendó la tarea de organizar el Archivo Nacional de Lima, experiencia de mucho valor para él porque, como consecuencia de esto, publicó su *Diccionario histórico-biográfico del Perú*, en ocho volúmenes.

En 1860 fue elegido diputado por la provincia de Quispicanchis, participando en el Congreso que dio la Constitución de 1860, y al año siguiente no aceptó postular a la presidencia de la República. Su vida está ligada a los sucesos históricos protagonizados en el Perú por los principales caudillos y presidentes de carácter militar, no obstante, nada de esto lo privó de consagrarse a la investigación histórica, dejando un legado lleno de biografías que permiten recrear el pasado histórico del Perú.

Sus restos reposan en el Panteón Nacional de los Próceres en Lima.

Hipólito Bouchard



El cenotafio de Hipólito Bouchard se encuentra en la parte inferior en tercer lugar empezando del lado derecho de esta sección de la zona Mariano Necochea.

Nació en Francia, cerca de Saint-Tropez, el 15 de enero de 1780, y murió en Nasca el 4 de enero de 1837. Fue hijo de André Louis Bouchard y de Thérese Brunet. En 1798 entró al servicio de la marina francesa. Después de una experiencia en Europa, arribó a las costas del Río de la Plata en 1809, un poco antes del inicio del Movimiento de Mayo.

Se puso al servicio de las Provincias Unidas del Río de la Plata, actual Argentina, país al que contribuyó con su independencia; y también tuvo notable actuación en las costas del Pacífico en California y Centroamérica. Desde el comienzo tuvo una postura liberal y contraria a la monarquía, y en la Argentina se puso al servicio de la revolución, razón por la cual se le nombró segundo comandante de la flota nacional, que estaba al mando de Juan Bautista Azopardo; poco después se encontró en el combate de San Nicolás, y defendió al país durante el bloqueo español de 1811.

En 1812 ingresaría al Regimiento de Granaderos a Caballo, que estaba al mando de don José de San Martín, y participó en el combate de San Lorenzo, arrancando una de las banderas al enemigo. Por su actitud valerosa obtuvo la ciudadanía argentina, concedida por la Asamblea Constituyente. Al año siguiente se casó con Norberta Merlo.

Un tiempo después retornó a su vida de marino, y estuvo al lado de Guillermo Brown, en su campaña por las costas del océano Pacífico, promoviendo el deseo de libertad entre los habitantes de la costa peruana y ecuatoriana, en 1816. Meses después se encontraba nuevamente en Buenos Aires, recibiendo el apoyo de Juan Martín de Pueyrredón que estaba al frente del gobierno.

Emprendió luego una expedición por Filipinas, Hawái, California y Centro América, finalizando ese periplo el 3 de abril de 1819. Tras esto se decidió ir a Valparaíso y ponerse a las órdenes del general San Martín, pero se encontró con una orden de arresto, tras la que estaba lord Cochrane; después de un juicio quedó en libertad. Al enterarse de que la escuadra libertadora había partido rumbo al Callao, decidió sumarse a la causa de la libertad del Perú, y utilizó sus dos embarcaciones como transporte.

En 1820, Bouchard estaba en Perú sirviendo a la marina chilena, y en diciembre de ese año solicitó a José de San Martín que le permitiera volver a la Argentina, por enfrentar graves problemas económicos, sin embargo, se quedó por las exigencias de San Martín, quien le indicó que debía permanecer cinco meses más.

En 1821 se creó la Marina Peruana, y el Protector del Perú puso a Bouchard al mando de la fragata Prueba, la más importante de la escuadra peruana; debido al mal comportamiento de lord Cochrane.

La actuación de Bouchard en la causa de la independencia peruana fue más allá de los años cruciales entre 1821 y 1824, ya que participó en la guerra contra la Gran Colombia; y, cuando falleció el almirante Martín Jorge Guise, quedó al mando de la marina peruana.

Tras el retiro, se hizo cargo de las haciendas San Javier y San José de Nasca, adjudicadas por el gobierno peruano, y en un episodio de violencia, uno de sus esclavos le causó la muerte. Sus restos se sepultaron en la iglesia de San Javier de Nasca.

Su cenotafio se halla en el Panteón Nacional de los Próceres en Lima.



Toribio Rodríguez de Mendoza



El cenotafio de Toribio Rodríguez de Mendoza se encuentra en la parte inferior en segundo lugar empezando del lado derecho de esta sección de la zona Mariano Necochea.

Es ideólogo y uno de los precursores de la independencia del Perú. Fue hijo del maestre de campo Santiago Rodríguez de Mendoza y de Juana Josefa Collantes. Nació el 17 de abril de 1750 en Chachapoyas, y falleció en Lima el 12 de junio de 1825, siendo rector de la Universidad de San Marcos.

Estudió gramática y latinidad en Trujillo, en el Seminario de San Carlos y San Marcelo, y, en 1766, continuó sus estudios en el Seminario de Santo Toribio de Lima, en el que se graduó en Artes. Este sacerdote y educador peruano fue rector del Real Convictorio de San Carlos, semillero de las ideas de patria y libertad, espacio en el que realizó una serie de reformas, entre ellas, la creación de asignaturas relacionadas con la historia y la geografía del Perú, porque no concebía ignorar la realidad del suelo que se pisaba, y en el que se había nacido.

En el Real Convictorio difundió el pensamiento liberal, que fue captado por sus alumnos; influyó en varios de ellos, que serían, luego, grandes protagonistas en el proceso de la independencia del Perú, y frutos de las ideas sembradas por el precursor ideológico de la independencia en suelo peruano. Entre sus discípulos se encontraban Manuel Lorenzo de Vidaurre, José Faustino Sánchez Carrión, Francisco Javier Mariátegui, Manuel Pérez de Tudela, entre otros.

En la referida universidad se graduó de licenciado y doctor en Teología en 1 770, y en cuanto se fundó el Real Convictorio de San Carlos, el virrey Manuel de Amat y Juniet lo invitó a ser parte del cuerpo docente de ese centro de estudios, como profesor de Filosofía y Teología. Posteriormente, recibió las órdenes menores y el presbiterato, y se preocupó por formar a la futura clase dirigente, ante lo inevitable de la independencia.

Su formación académica continuó hasta graduarse en la mencionada universidad de bachiller en Sagrados Cánones, el 16 de abril de 1779, y ese mismo año se recibió de abogado ante la Real Audiencia de Lima. Se alejó de Lima cuando ejerció su ministerio sacerdotal en Marcabal, ubicado en la sierra de Trujillo, y volvió, en 1785, a la capital virreinal, como vicerrector del Convictorio de San Carlos, hasta que, en 1788, fue nombrado rector, cargo que mantuvo hasta 1817. Estando en Lima también compartió sus enseñanzas en la universidad antes referida, introduciendo una serie de mejoras, orientadas a superar el escolasticismo y difundir la Ilustración.



En 1790 se incorporó a la Sociedad Amantes del País, fundada por José Baquíjano y Carrillo, organización que, a través del *Mercurio Peruano*, difundió la idea de patria, como resultado de un proyecto consciente, al haberse entendido que no se podía querer lo que no se conocía; por eso se proyectó una idea general del Perú, a través de las descripciones de cada provincia, descripciones que hacían conocer los detalles económicos, sociales, geográficos, históricos, políticos, religiosos, y de otra índole, de cada rincón del Virreinato del Perú.

El 30 de junio de 1801 resultó electo vicerrector de la universidad de San Marcos. Desempeñaba varios cargos cuando sucedió la invasión de Bonaparte a España en 1808, y se promovieron las juntas en América, lo que puso al Convictorio de San Carlos en la mira del virrey, quien ordenó inspecciones a ese centro de estudios.

Cuando el Ejército Libertador del general José de San Martín ocupó Lima en julio de 1821, Rodríguez de Mendoza vivió la intensidad de ser protagonista de un suceso histórico para el Perú, y firmó el Acta de la Independencia, del 15 de julio de ese año; y cuando San Martín asumió el gobierno como Protector del Perú, fue presidente de la Junta Eclesiástica de Purificación. Luego, lo vemos asociado a la Orden del Sol y a la Sociedad Patriótica al año siguiente.

Tras la convocatoria hecha por San Martín para el Congreso Constituyente, resultó elegido diputado por Trujillo; presidió sesiones preparatorias del Primer Congreso Constituyente del Perú republicano; y compartió las discusiones de la elaboración de la primera Carta Magna del Perú, con más de 30 de sus exalumnos.

Su cenotafio se encuentra en el Panteón Nacional de los Próceres en Lima.



José Faustino Sánchez Carrión



El cenotafio de José Faustino Sánchez Carrión se encuentra en la parte inferior en primer lugar empezando del lado derecho de esta sección de la zona Mariano Necochea.

Conocido como el Solitario de Sayán, nació en Huamachuco el 13 de febrero de 1787, y falleció en Lurín, Lima, el 2 de junio de 1825. Fue hijo de Agustín Sánchez Carrión y de Teresa Rodríguez y Ledesma. Se le recuerda como un precursor de la independencia, como ideólogo y político peruano, con decisiva participación en definir la forma de gobierno republicana para el Perú.

Estudió en la Universidad de San Marcos. Fue uno de los redactores de la Constitución Política del Perú de 1823, que fue una Carta Magna de corte liberal; y tras el retiro del general San Martín del Perú, conformó la comisión destinada a Guayaquil para invitar a Bolívar al Perú.

Cuando Simón Bolívar se instaló en el Perú, fue su secretario o ministro general; lo acompañó a lo largo de su campaña en territorio peruano, y fue el encargado de gestionar los recursos para el Ejército Unido Libertador, vencedor en Junín y Ayacucho. De 1824 a 1825 fue ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores.

Tras estudiar con maestros privados, en 1802, empezó a estudiar en el Seminario de San Carlos y San Marcelo de Trujillo, y por no tener vocación religiosa, estudió Derecho en el Real Convictorio de San Carlos, a cargo de Toribio Rodríguez de Mendoza, difusor de ideas del liberalismo en el Perú. Se graduó de bachiller en leyes en 1813, y se recibió de abogado el 5 de noviembre de 1818.

Pronto, el alumno Sánchez Carrión se destacó como orador desde que era estudiante, y sus escritos llamaron la atención de propios y



extraños; en 1810 elaboró el elogio poético de José Baquíjano y Carrillo, fundador de la Sociedad Amantes del País, quien moriría unos años después. Su fama lo llevó a que se le designase como orador en el segundo aniversario de la Constitución de Cádiz, ocasión en la que mencionó, explícitamente, la necesaria igualdad entre criollos y españoles, contrariando al virrey Abascal, quien ordenó que no se le encomendaran más discursos.

Alternaba su labor de abogado, con la docencia, enseñando leyes y cánones, y el curso de Digesto Viejo en la Universidad de San Marcos. Al año siguiente de su graduación como abogado, se casó, el 8 de noviembre de 1819, con María Josefa Antonia Dueñas. A poco de esto fue alejado de Lima, por los rumores de difusión de sus ideas de patria y libertad, que hicieron que el virrey Pezuela lo considerara peligroso, sobre todo, porque en Lima circulaban los rumores de la pronta venida del Ejército Libertador.

Se retiró a Sayán, cerca de Huacho, y luego se afirma que fue a Trujillo, hallándose presente en la proclamación de la independencia en esa ciudad, sin estar presente en la de Lima, por el viaje que realizó a Huamachuco, por la muerte de su padre. Al retornar a Lima, en 1821, continuó con su manifestación partidaria por el gobierno republicano, mientras que el general San Martín postulaba la monarquía constitucional como la forma de gobierno para el Estado peruano.

Bernardo de Monteagudo, que defendía los planes monárquicos de San Martín, debatía con Sánchez Carrión en la Sociedad Patriótica. Sin embargo, el discurso de Sánchez Carrión fue más convincente y su mensaje fue aceptado por un gran número de peruanos, mientras que Monteagudo fue expulsado del Perú. Fue elegido diputado por Trujillo en el primer Congreso Constituyente del Perú, en el que actuó como secretario, y como miembro de la comisión que fue encargada de redactar la Constitución de corte liberal, promulgada en 1823.

Se manifestó abiertamente partidario de llamar a Bolívar para terminar la guerra de la independencia, tras lo ocurrido en la campaña a Puertos Intermedios, siendo él y José Joaquín Olmedo los comisionados para ir a Guayaquil, y tratar con Bolívar su traslado al Perú. De esta manera, Sánchez Carrión volvió al país con el libertador del Norte, quien lo admiraba mucho y lo nombró ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores.

Cabe resaltar que Sánchez Carrión escribió sobre por qué no debería primar el sistema de gobierno monárquico; era claramente republicano; estaba de acuerdo con gobiernos no vitalicios, es decir, con tiempos según la Constitución.

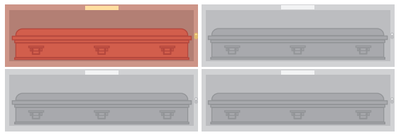
Tras su muerte circularon las más inverosímiles conjeturas, llegando a sospecharse que Bolívar ordenó su envenenamiento.

Simbólicamente, existe un cenotafio con su nombre en el Panteón Nacional de los Próceres.





Francisco Javier Mariátegui



Francisco Javier Mariátegui se encuentra en el féretro de la parte superior izquierda de esta sección de la zona Mariano Necochea.

Nació en Lima el 22 de noviembre de 1793, y falleció en la misma ciudad el 23 de diciembre de 1884. Fue hijo de Ignacio de Mariátegui y Liernia, y de María Jacoba Tellería y Vicuña. Fue un ideólogo liberal peruano, este prócer de la independencia del Perú, además, fue abogado, magistrado, político, escritor, diplomático y periodista.

Se le recuerda como uno de los miembros de la generación fundadora de la república peruana, integrando el Congreso Constituyente, que se instaló el 20 de septiembre de 1822, tras la convocatoria hecha por el general San Martín.

Estudió en el Real Convictorio de San Carlos, en el que se graduó, en 1813, como bachiller en Sagrados Cánones; luego ejerció la enseñanza en ese lugar, como docente de Filosofía y Matemáticas. En 1817 se recibió como abogado ante la Real Audiencia de Lima, y cinco años después se graduó de doctor en Derecho en la Universidad de San Marcos.

En años previos a la independencia se incorporó al Club Carolino, que congregaba a los patriotas orientados al separatismo de la metrópoli española, por lo que colaboraba en las conspiraciones y propaganda desde cuando gobernaba el virrey Abascal.

Se encontró en el cabildo del 15 de julio de 1821, y firmó el Acta de la Declaración de Independencia de Lima. Cuando el general San Martín asumió el mando como Protector, Mariátegui fue nombrado oficial mayor del Ministerio de Gobierno, desde el 3 de agosto de 1821. El 12 de diciembre de ese año fue incorporado a la Orden del Sol y al siguiente año ingresó a la Sociedad Patriótica, en la que actuó como secretario.

En el primer Congreso Constituyente compartió la Secretaría con José Faustino Sánchez Carrión, formando parte de la comisión encargada de la redacción del proyecto de Constitución. Posteriormente, llegó a ser designado ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores (1827-1828), durante el gobierno del presidente José de la Mar; y ministro plenipotenciario en Ecuador (1832-1833). También fue presidente del Consejo de Ministros en 1865.

En la Sociedad Patriótica manifestó una posición contraria frente al monarquismo propuesto por el general don José de San Martín, es decir, fue un ardoroso defensor del sistema de gobierno republicano, como Toribio Rodríguez de Mendoza, José Faustino Sánchez Carrión, entre otros patriotas



◂ Medalla de la Orden El Sol del Perú 1821

peruanos, quienes exponían sus ideas en el periódico *La Abeja Republicana*.

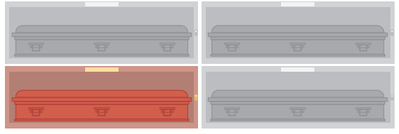
Tuvo diferentes cargos durante la república, e intervino en la solución de diversos problemas internos y de carácter internacional, asimismo, cuando lo consideró conveniente se opuso a diversas medidas de gobierno, por el bienestar del país. Tras el triunfo de la revolución liberal de 1854, y estando Castilla como presidente, volvió al parlamento del que salió la Constitución de 1856, considerada de carácter liberal.

En el ejercicio judicial, en 1824, fue vocal de la Corte Superior de Trujillo, y, en 1825, fue elegido fiscal de la Corte Superior de Lima. Años después, en 1845, fue fiscal de la Corte Suprema de la República y, en 1851, uno de los vocales, llegando a presidir la Corte Suprema en varias ocasiones.

Cuando falleció, a la edad de 91 años; por los varios desencuentros que tuvo con la iglesia católica, las autoridades eclesiásticas argumentaron que Mariátegui no tenía derecho a sepultura cristiana, porque nunca se reconcilió con la iglesia, y pese a esto, sus restos mortales fueron enterrados en el cementerio Presbítero Maestro, en un sepelio que contó con la presencia del general Miguel Iglesias, presidente de la República, quien asistió convencido de que Mariátegui era un prócer de la independencia.

Sus restos descansan en el Panteón Nacional de los Próceres.

Felipe Santiago Estenós Corrales



Felipe Santiago Estenós Corrales se encuentra en el féretro de la parte inferior izquierda de esta sección de la zona Mariano Necochea.

Nació en Arequipa el 1 de mayo de 1797, y murió en Lima el 27 de marzo de 1864, siendo fiscal de la nación. Fue hijo de Pedro José de Estenós y Valdivia, y de María del Carmen Corrales y León. En su ciudad natal fue alumno de José María Corbacho y Abril, quien acabó enrolándose en la revolución de Pumacahua; estudió en el Seminario San Jerónimo de Arequipa.

Estenós Corrales completó sus estudios en Lima en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, en la que optó el grado de bachiller en leyes, en 1817, y se recibió de abogado el 27 de julio de 1821, un día antes de la proclamación de la independencia nacional, habiéndose suscrito el acta del 15 de julio de ese año, a través de la cual el cabildo de Lima manifestó su voluntad por la independencia.

Poco después se incorporó al ejército del centro, nombrado como secretario del general Juan Antonio Álvarez de Arenales, de 1821 a 1822.

Felipe Santiago Estenós fue uno de los diputados por Arequipa en el primer Congreso Constituyente (1822-1823); después acompañó a Simón Bolívar en la campaña hacia Bolivia, y al retornar a la ciudad de Lima fue nombrado vocal de la Corte Suprema el 17 de febrero de 1826, pero fue destituido en 1831, como consecuencia de las reformas de ese tribunal.

Desempeñó diversos cargos, como los siguientes: prefecto de Junín, miembro del Consejo de Estado, visitador de tribunales y juzgados de la república, ministro de Gobierno y fiscal de la Corte Suprema. También fue vocal fundador de la Corte Superior de Arequipa, y miembro de la Junta Central de Instrucción Pública.

Por tener méritos suficientes, el 29 de marzo de 1964, el Congreso de la República dispuso que sus restos fueran trasladados al Panteón Nacional de los Próceres de la Independencia, lugar en el que reposan.

José María Corbacho y Abril



José María Corbacho y Abril se encuentra en el féretro de la parte superior derecha de esta sección de la zona Mariano Necochea.

Nació en Arequipa el 14 de marzo de 1785, y falleció en Lima el 30 de octubre de 1843. Fue hijo de Antonio Sánchez-Corbacho y Santisteban, y de Escolástica Abril. Se casó con María Manuela Tirado y Coronel-Zegarra. Fue poeta, magistrado y político peruano, prócer y fundador de la independencia del Perú.

Estudió en el Seminario de San Jerónimo de Arequipa y en el Real Convictorio de San Carlos de Lima, y fue un fervoroso partidario de la idea de independencia en el Perú desde que se encontraba en Arequipa, apoyando, en 1814, junto a Mariano Melgar, la revolución de Mateo García Pumacahua.

Fue un destacado alumno de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, donde estudió Derecho. Y a la capital virreinal viajó, con el apoyo del doctor José Salazar y Baquíjano, para cursar los estudios correspondientes en el Real Convictorio de San Carlos.

En Arequipa se le registra como uno de los socios fundadores de la Academia Lauretana, de la que fue docente y presidente; luego sería profesor y primer rector del Colegio Nacional de la Independencia Americana de Arequipa.

En 1832 resultó elegido senador de la república por el departamento de Arequipa, además, se desempeñó también como consejero de Estado y ministro de Relaciones Exteriores (1834). En el plano de su ejercicio jurídico, fue vocal en las Cortes Superiores de Arequipa y de Lima, y llegó a presidir esta (1841-1842); también fue vocal y fiscal interino de la Corte Suprema de Justicia.

Mientras estuvo en Arequipa se reunía con Manuel José de Rivero, Mariano Melgar y otros patriotas, con los que formó una sociedad secreta en pro de la independencia. Como el Alto Perú estaba convulsionado por los patriotas rioplatenses, en 1813, planeó apoyar la rebelión que los hermanos Paillardelli protagonizaron en Tacna.

Cuando llegaron a Arequipa las fuerzas comandadas por el brigadier Mateo García Pumacahua, se sumó a ellas en 1814; y al año siguiente fue capturado y condenado a muerte por las autoridades realistas, sin embargo, fue perdonado por el virrey José Fernando de Abascal, mientras que su amigo Mariano Melgar corrió distinta suerte.

En 1825 fue nombrado secretario de la prefectura de Arequipa. Participó en la redacción de la publicación *La primavera de Arequipa o mañanas de su independencia*, fundada para ensalzar a Simón Bolívar y a su obra emancipadora en tierras peruanas. Este ánimo entusiasta fue disuadido por connotados miembros de la Academia Lauretana, lo que originó la animadversión de Bolívar, quien ordenó el destierro a España del prefecto y su secretario. Corbacho llegó solo hasta Brasil, desde donde regresó a su patria, tras la caída de Bolívar.

En 1834, en el gobierno provisorio del general Orbegoso, fue ministro de Relaciones Exteriores; en 1835, presidente del Tribunal de los Siete Jueces, y, en 1836, vocal interino de la Corte Suprema.

En época de la Confederación Perú-Boliviana, volvió a Arequipa, donde reasumió su función como vocal de la Corte Superior. Tras ser disuelta la Confederación en 1839, volvió a la Corte Superior de Lima.

Sus restos reposan en el Panteón Nacional de los Próceres en Lima, por Ley N.° 10109, del 26 de diciembre de 1944.

Martín Jorge Guise



Martín Jorge Guise se encuentra en el féretro de la parte inferior derecha de esta sección de la zona Mariano Necochea.

Nació en Gloucestershire, Inglaterra, el 12 de marzo de 1780, y murió en Guayaquil el 22 de noviembre de 1828. Se le considera el organizador de la marina peruana. Fue hijo de John Guise y Elizabeth Wright.

Tempranamente, cuando tuvo 15 años de edad, empezó su formación de marino; ascendió a capitán de fragata en 1815; y tras la batalla de Waterloo, en la que se derrotó a Napoleón Bonaparte, recorrió Europa, tomando contacto con agentes del gobierno chileno en 1817, que lo convencieron para luchar por la causa americana.

Ya en tierras americanas, y al servicio del gobierno chileno, bajo las órdenes de lord Cochrane, participó en los cruceros que se hicieron por la costa peruana, atemorizando a los realistas que se hallaban en el Virreinato del Perú, acciones tras las cuales fue reconocido con el grado de capitán de navío, en 1820.

Ya en territorio peruano, y tras la ruptura de San Martín y Cochrane, se reconoció a Guise en grado de contralmirante, y se le confió la organización de la escuadra, con la que hizo la Segunda Expedición a Puertos Intermedios en 1823; así procedió a la toma de Arica, y, posteriormente, por órdenes de Bolívar, bloqueó el puerto del Callao, pero finalmente Bolívar lo responsabilizó de los escasos triunfos de los realistas en el mar y lo relevó del mando en 1825.

Cuando José de la Mar fue nombrado presidente del Perú, volvió al servicio de la Marina en 1827 y, tras la declaración de guerra de la Gran Colombia,

en 1828, bloqueó la costa enemiga desde Guayaquil hasta Panamá; así falleció en Guayaquil, como mencionamos anteriormente, después de este asalto.

Sus restos se encuentran en el Panteón Nacional de los Próceres de la Independencia, desde el 17 de octubre de 1926.

Pascual Saco Oliveros



Pascual Saco Oliveros se encuentra en el féretro de la parte superior izquierda de esta sección de la zona Mariano Necochea.

Nació en la ciudad de Lambayeque el 16 de mayo de 1796, y falleció en Lima el 8 de enero de 1868. Fue hijo de los españoles José Saco y Agustina Oliveros y Sotomayor. Fue bautizado como Juan Pascual Saco Oliveros. Se casó, en Arequipa, con Margarita Flores del Campo Piérola, con quien tuvo nueve hijos.

Se le considera prócer de la independencia del Perú, y su actuación patriótica se refleja, cuando, siendo comandante general de la división de caballería de Lambayeque, propagaba los principios de la emancipación en esa localidad. Logró, en 1820, el paso de parte del batallón realista Numancia a las filas patriotas, a la que puso a disposición del Ejército Libertador, cuando el general San Martín se encontraba en Huaura.

En julio de 1821, entró a Lima con el Ejército Libertador y, en su gran participación por la causa patriota, tuvo destacada actuación como capitán de la Segunda Campaña a Puertos Intermedios en 1823. Asimismo, como tercer jefe del Regimiento de Húsares de Junín, concurrió a la batalla del Portete de Tarqui, en 1829, en la guerra con la Gran Colombia.

En 1832, ascendió a coronel graduado y, en 1834, a coronel efectivo; al año siguiente, ya era comandante general de la división de caballería, jefe del Estado mayor y general del Ejército del Sur; también se desempeñó como prefecto de Junín e intendente del Callao.

En los años de la Confederación Perú-Boliviana (1838-1839), se puso del lado del general Andrés de Santa Cruz, que era el promotor de esta unidad política, peleando en las acciones Guía, Buin y Yungay, contra la expedición chilena, que se organizó en contra de la Confederación. Posteriormente, en 1841, haría la campaña contra Bolivia como primer jefe de Regimiento de Lanceros de la Frontera, así se encontró presente en la batalla de Ingavi, en



De izquierda a derecha:
Pascual Saco Oliveros y Juan Manuel Iturregui



territorio boliviano, donde murió el presidente Agustín Gamarra.

Pascual Saco Oliveros desempeñó cargos como jefe de la caballería, prefecto de Puno, vocal y presidente de la junta de reforma, inspector general del Ejército, vocal de la Corte Suprema Marcial, ministro de Guerra y de Hacienda en el gobierno de José Rufino Echenique, presidente de la Junta Calificadora, de la Junta del 2 de Mayo de 1866, entre otros cargos.

Desde el 26 de diciembre de 1927, sus restos descansan en el Panteón Nacional de los Próceres de la Independencia.

Juan Espinoza de los Monteros Lanza



Juan Espinoza de los Monteros Lanza se encuentra en el féretro de la parte inferior izquierda de esta sección de la zona Mariano Necochea.

Nació en 1804, en Montevideo, Uruguay, espacio conocido por entonces como la Banda Oriental, y murió en Ancón, Lima, en 1871. Fue coronel, subsecretario de Guerra y prócer de la independencia del Perú; también participó en el combate del Dos de mayo de 1866.

Juan Espinoza de los Monteros Lanza perteneció a una familia española que se había afincado en Montevideo, parte entonces del Virreinato del Río de la Plata; y, contagiado del espíritu independentista, siendo aún adolescente, se enroló en las filas del ejército del general José de San Martín, con el que desembarcó en Pisco, el 8 de septiembre de 1820, integrando el batallón 98 del Río de la Plata.

Este veterano de las luchas de la independencia participó previamente en las campañas de los Andes de 1817, y asistió a las batallas de Chacabuco y Maipú, que consolidaron la independencia de Chile.

También formó parte de la primera expedición a la sierra, y se halló en la ocupación de Lima por el ejército sanmartiniano, en el primer sitio del Callao y en la batalla de Pichincha, que consolidó la independencia ecuatoriana en 1822. Se encontraría, posteriormente, en la batalla de Ayacucho, en 1824, y, consolidada la independencia del Perú, también tuvo actuación en la de Bolivia. Vivió diez años en Chile, y retornó al Perú.

Espinoza de los Monteros Lanza llegó a ser subsecretario de Guerra y Marina del Perú. Fue prefecto de Ayacucho y comandante general de dicho departamento, y de Junín y de Huancavelica. Actuó con la investidura de coronel en el combate del Dos de Mayo de 1866: ese grado le fue conferido en 1842, es decir, defendió la integridad del territorio peruano ante el ataque de la escuadra española, que fue derrotada en esa gesta memorable, en la que se inmolaron muchos patriotas peruanos.

No es desconocido su trabajo como literato y como ensayista, por eso, se afirma que quiso «conciliar el poder de la espada con el de la pluma»; entre sus obras se destacan *La herencia española de los americanos*, *Comentarios a la Constitución Anónima de la Sociedad Orden Electoral*, *Mi república* y el *Diccionario para el pueblo: republicano,*

democrático, moral, político y filosófico, que vio la luz en 1855. Fue director del colegio San Carlos de Puno en 1841.

Se había quedado a vivir en el Perú: ocupó cargos en la administración estatal y en el ejército, y en consecuencia con su ideología liberal; en 1867, llegó a presidir la Sociedad Protectora del Indígena. Tuvo participación en la Sociedad Independencia Electoral de Manuel Pardo, desde donde se originó el Partido Civil, que llevó por primera vez a un civil a la presidencia de la república, después de 50 años de militarismo.

Sus restos descansan en el Panteón Nacional de los Próceres.

Mariano Necochea



Mariano Necochea se encuentra en el féretro de la parte superior derecha de esta sección de la zona Mariano Necochea.

Nació en Buenos Aires el 7 de septiembre de 1792, y murió en Miraflores, Lima, el 5 de abril de 1849. Fue hijo del español Casimiro Francisco Necochea y de María Mercedes Saraza. Como él, fueron muchos los argentinos que se esforzaron por la consolidación de la independencia de Hispanoamérica, dejando su tierra para luchar por otros países, porque entendieron que la patria era América.

Estudió matemáticas, idiomas y humanidades en Sevilla, y regresó al Río de la Plata en 1809, tras la muerte de su padre. No fue un actor directo en la Revolución de Mayo en Buenos Aires; pero cuando el general José de San Martín llegó a Buenos Aires, y se creó el Regimiento de Granaderos a Caballo, fue uno de los que se incorporó a este cuerpo, y como tal participó en el combate de San Lorenzo, el 3 de febrero de 1813.

Poco después, con el grado de capitán, se unió a la expedición al Alto Perú, que comandaba José Casimiro Rondeau. Combatió en la batalla de Venta y Media, y en Sipe Sipe, en la que resultó gravemente herido, por lo que fue trasladado a Chuquisaca y Tucumán. En 1816 fue el jefe de la escolta del director supremo, Juan Martín de Pueyrredón.

Fue a Mendoza cuando San Martín indicó la concentración del Regimiento de Granaderos a Caballo, así se incorporó al Ejército de los Andes. Al cruzar la cordillera, se encontró en el combate de Las Coimas, en el que ganaron él y su escuadrón. Estuvo presente en la batalla de Chacabuco bajo las órdenes del general Las Heras, y también en Gavilán, Talcahuano y Cancha Rayada. Contra su voluntad, como consecuencia de heridas en la mano, no participó en la batalla de Maipú.

Llegó al Perú en la Expedición Libertadora del general San Martín, siendo el segundo del general Álvarez de Arenales en las dos campañas de la Sierra, y participó en el combate de Changuillo, jurisdicción de Nasca, y también en Cerro de Pasco. Ascendió a general durante el sitio del Callao, quedando al mando del Regimiento de Granaderos a Caballo.

Después de que el Protector del Perú se retiró de suelo peruano, continuó sus servicios por la independencia de América, y se puso a órdenes de Simón Bolívar, destacándose en la batalla de Junín, del 6 de agosto de 1824, porque fue él quien inició el ataque, acción en la que resultó gravemente herido, y por esto quedó impedido para participar en la batalla de Ayacucho.

Consolidada la independencia, y ya con Bolívar en el mando supremo, fue designado director de la Casa de Moneda, hasta que se le acusó de participar en una conjura contra el libertador venezolano, razón por la cual regresó a Buenos Aires en 1826, donde fue acogido por el presidente Bernardino González de Rivadavia, pero tras discrepancias con él, volvió al Perú.

Participó en la guerra contra la Gran Colombia comandando la caballería peruana en la batalla del Portete de Tarqui. Al poco tiempo, regresó a la Argentina, y fue protagonista en varios sucesos de enfrentamiento de los militares argentinos, opositores a los regímenes de turno. Regresó al Perú, donde se hizo cargo nuevamente de la Casa de Moneda, y en 1834 fue ascendido al grado de mariscal; vivió otra vez en Chile y Uruguay, y finalmente pasó sus últimos días en el Perú.

Pese a que un siglo después de su muerte, el gobierno argentino reclamó sus restos, el gobierno peruano respondió que Necochea era ciudadano peruano por su propia voluntad. Sus restos reposan en el Panteón Nacional de los Próceres en Lima; y en esta ciudad hay un monumento en su honor, en el distrito de San Isidro.



Francisco Vidal



Francisco Vidal se encuentra en el féretro de la parte inferior derecha de esta sección de la zona Mariano Necochea.

Pocos años nos separan de la celebración del Bicentenario de la Independencia Nacional, gesta que comprometió el esfuerzo de muchos peruanos, y cuya celebración se inició en Supe, en la provincia limeña de Barranca, el 5 de abril de 2019, por haber sido este lugar el espacio donde se proclamó por primera vez la independencia en el Perú, el 5 de abril de 1819.

En la histórica villa de Supe, no muy lejana de la capital virreinal, se protagonizó un suceso que alarmó a las autoridades virreinales, pues comprobaron que, como ya había ocurrido en el Río de la Plata, en la actual Bolivia, y en Chile, un grupo de valientes peruanos se atrevió a proclamar la independencia.

El espíritu y la conciencia de patria y de libertad habían germinado tempranamente en Supe, al saberse de los movimientos de protesta que se experimentaron en Huánuco, Cusco y Tacna.

Pero más aún, en la memoria de la primera generación del siglo XIX, estaba presente el desafío que los peruanos de la segunda mitad del siglo XVIII habían hecho a la corona española, a través de las rebeliones de Juan Santos Atahualpa, la de los caciques de Huarochirí y la gran rebelión de Túpac Amaru II, que conmovió desde sus cimientos al Virreinato peruano: de esta manera, se puede decir que ninguna de estas noticias fue ajena a los peruanos; y que el deseo de independencia era indetenible, y así lo evidenciarían los sucesos posteriores.

Los protagonistas de este suceso en Supe (lugar donde había nacido, en 1800, el general Francisco Vidal y Laos, reconocido como el Primer Soldado del Perú, así como Héroe de Valdivia, jefe de guerrillas patriotas, y, posteriormente, presidente del Perú) fueron el cacique José Castillo, Andrés Reyes, Manuel Villanueva, Cayetano Requena, Juan Franco, Juan de Aranda, Juan Fonseca, Pedro Sayán, Doroteo de los Santos, Manuel José Núñez, el padre Riquelme y el zambo Luis Risco.

Juan Francisco Vidal y Laos nació en Supe el 2 de abril de 1800, y murió en Lima el 23 de septiembre de 1863. Fue hijo de Julián Vidal y de Ventura Laos. Cuando la expedición enviada al Perú, liderada por lord Cochrane, llegó a costas peruanas (Ancón, Huacho y Supe) fue bien recibida por los patriotas, quienes le proporcionaron recursos necesarios para su continuación; ahí fue cuando Vidal y Laos se enroló como subteniente de infantería de marina, y fue encargado de contactar con los patriotas de Lima, requisar dinero y capturar presas.

Sobre los sucesos del 5 de abril de 1819, el virrey Pezuela informó al rey que los habitantes de la villa de Supe eran más

patriotas que los de Huacho y de Huaura, y que, reunidos en cabildo abierto, habían tomado partido por la independencia, dando vivas a la patria y a la libertad; pero, de inmediato, las fuerzas realistas se apresaron a impedir la propagación de los efectos de este suceso.

Vidal viajó a Chile con los expedicionarios, y regresó con ellos al Perú, en septiembre de 1819, para seguir persiguiendo a los realistas; volvió a Chile, y esta vez su actuación fue decisiva en el asalto al fuerte Valdivia, donde permanecían atrincherados los realistas. Dicha acción ocurrió el 4 de febrero de 1820, fecha crucial para la toma de Valdivia, y fue un episodio tan importante que Francisco Vidal obtuvo el reconocimiento de los chilenos.

Vidal regresó al Perú con la misión de llevar comunicaciones a los patriotas sobre la próxima Expedición Libertadora, pero naufragó en las costas de Huarmey. Tomado prisionero, logró escapar, y fueron vanos los ofrecimientos de los realistas, que lo motivaban para que pase a sus filas, por lo que sufrió persecuciones. Enterado del desembarco del general San Martín, se presentó en el campamento del Libertador, con prisioneros realistas, armamento y caballos.

Por otro lado, después de permanecer en Huacho, el general Las Heras dejó este lugar el 17 de noviembre, y se dirigió a Supe, donde obtuvo gran recibimiento por la población supana. Para esto, el 7 de noviembre de 1820, Francisco Vidal, apoyado por otros supanos,



Estampilla del sesquicentenario de la independencia donde figura Francisco Vidal

había tomado el cuartel realista de Supe, apresando a un escuadrón enemigo y requisando más de 400 caballos, hechos que fueron la base para la organización de una partida de guerrilla con la que se asedió a los realistas.

El 19 de noviembre de 1820, el general San Martín salió de Huacho e hizo su ingreso a Supe al día siguiente. Estando San Martín en Supe, el 27 de noviembre de 1820, el pueblo juró solemnemente mantener la independencia, y por la noche hubo iluminación general, bailes y fuegos artificiales. San Martín permaneció en Supe hasta el 5 de diciembre de 1820, día en que se trasladó a Huaura , al haberse enterado del paso del batallón Numancia a las filas del Ejército Libertador.

Los restos del Primer Soldado del Perú se encuentran actualmente en el Panteón Nacional de los Próceres, altar que la patria ha levantado a los hombres y las mujeres que lucharon por su independencia.

LOS BUSTOS REPRESENTATIVOS

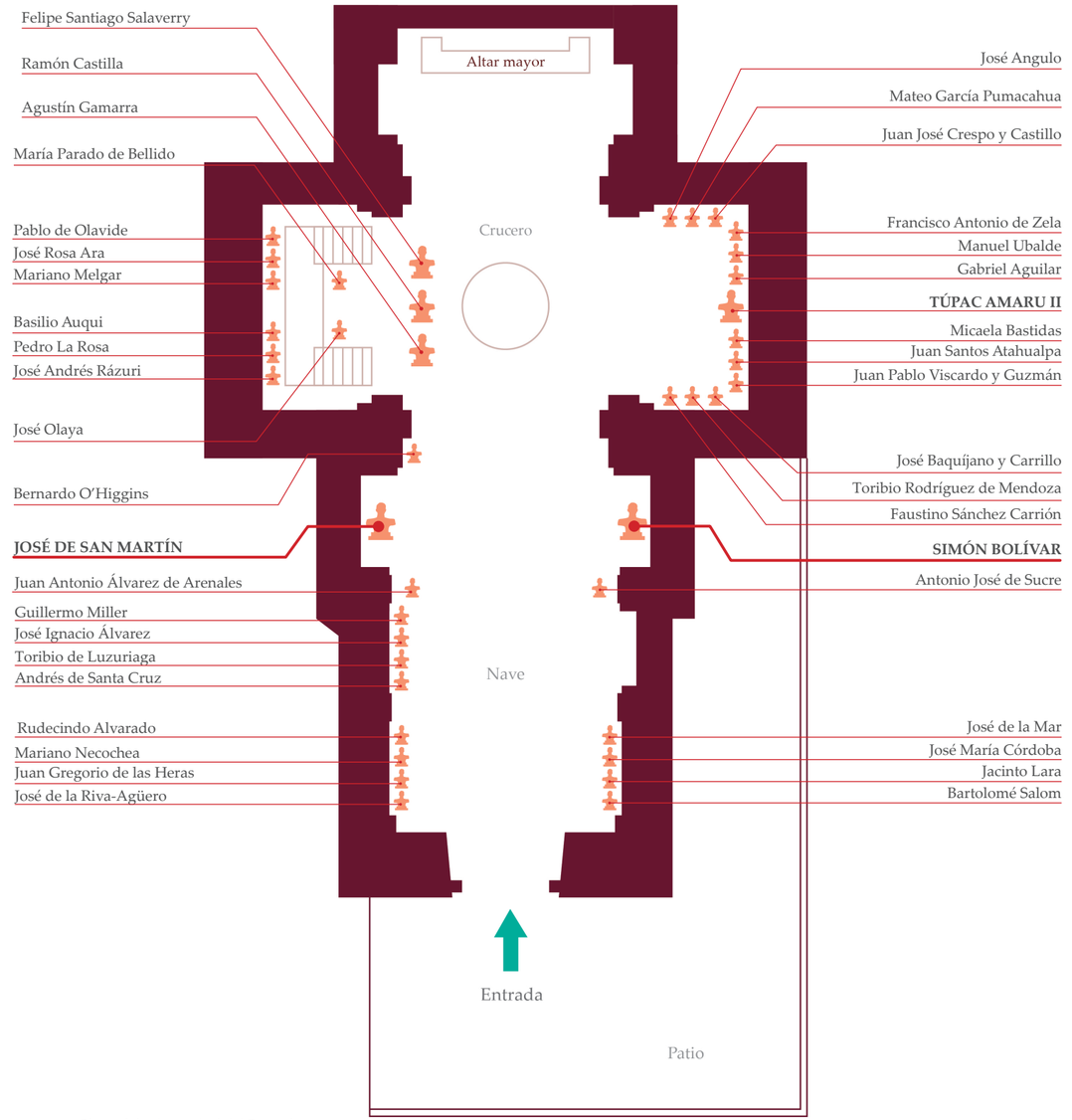
El arte, como una manera de representar episodios de la vida cotidiana de las colectividades, se asoma en dibujos tempranos, como las escenas de caza graficadas en pinturas rupestres europeas. Por ejemplo, el hombre de Cro-Magnon tuvo capacidad artística, mientras que sus sucesores evolucionados perfeccionaron el arte con técnicas depuradas, y sucesivamente se hicieron talladores y escultores, pues convirtieron a la piedra, al mármol y al bronce en réplicas exactas de los rostros de quienes consideraron que, a nivel familiar o social, deberían quedarse en la memoria colectiva, y ser conocidos y admirados por los demás.

La gratitud se expresa en parte mediante el bronce y el mármol, y actualmente, además, a través del uso de nuevos elementos como la fibra de vidrio, que permiten moldear bustos y estatuas de aquellas figuras representativas por quienes los grupos humanos sienten admiración.

De esta manera, vemos que, en los parques de Lima y de cada centro poblado, villas y ciudades del Perú, siempre hay bustos, unos de figuras relevantes para la nación, como Miguel Grau, Andrés Avelino Cáceres, José de San Martín, Simón Bolívar, Francisco Bolognesi, Ramón Castilla, Antonio José de Sucre; y otros, al lado de ellos, de personajes regionales, levantados en actos de reconocimiento por lo que hicieron por una región, que finalmente también repercutió en el bienestar del país.

En el Panteón Nacional de los Próceres se encuentran 41 bustos asociados al proceso de la independencia; así, en estos figuran distintos ideólogos, mártires, precursores, próceres, heroínas y figuras significativas de la independencia nacional, a través de los cuales los peruanos se muestran gratos con los hombres y las mujeres que expusieron y, en otros casos, sacrificaron sus vidas por el ideal de la patria libre y soberana.

Esta galería de bustos empezó a implementarse al poco tiempo de la inauguración del Panteón Nacional de los Próceres; y durante lo que va de la gestión del general Herrmann Hamann Carrillo, como presidente del Centro de Estudios Histórico Militares del Perú, el número de bustos ha crecido significativamente, adelantándose a los reconocimientos que se tributarán a los próceres por el Bicentenario de la Independencia Nacional. He aquí las biografías de los beneméritos de la patria cuyos rostros aprecian peruanos y extranjeros que llegan hasta el santuario patriótico, inaugurado en 1924.



Plano del primer nivel del Panteón Nacional de los Próceres

José de la Riva-Agüero

José Mariano de la Riva Agüero y Sánchez Boquete nació en Lima el 3 de mayo de 1783, y falleció en la misma ciudad el 21 de mayo de 1858. Fue hijo de José de la Riva Agüero y Basso della Rovere, y de Josefa Sánchez-Boquete y Román de Aulestia. Se casó con la princesa belga Carolina Arnoldina Irene de Looz Corswarem, con la que tuvo cinco hijos.

Inició sus estudios en Lima, y los continuó en Europa, donde tomó contacto con los americanos que a través de las logias masónicas promovían la independencia de la América hispana. Regresó al Perú, en 1810, vía Montevideo y Buenos Aires, lugares en los que los realistas lo tuvieron por sospechoso. Instalado en Lima, se enteró de la formación de la Junta de Gobierno en Buenos Aires y de los sucesos en el Alto Perú y Chile.

Fue un patriota que estuvo en comunicación con el general San Martín, haciéndole conocer, a través de cartas, sobre la situación militar de los realistas en su patria, y acerca de la necesidad de venir primero al Perú, y no al Alto Perú (Bolivia), como se había planificado inicialmente. Pero cuando el virrey Pezuela tuvo conocimiento de este comportamiento, en 1819, ordenó su prisión en Tarma, y su posterior traslado a España, deportación que no se realizó, por la llegada de la Expedición Libertadora al Perú.

Su espíritu patriótico lo llevó a escribir, en 1816, lo que dos años después se publicó, en Buenos Aires, como «Manifestación histórica y política de la revolución de América», donde abiertamente proclama que era necesaria la salida de los hispanos que quisieran continuar en el ejercicio del poder, porque la negación de participar en la toma de decisiones a los hijos del país era la causa principal de la insurgencia de los americanos, que en todos los dominios coloniales se levantaban contra España.

Aun, estando preso, Riva Agüero continuó con su trabajo persuasivo a la oficialidad y tropa realista; además, su espíritu patriótico lo llevó a tener contacto con el batallón Numancia, completamente realista, pero que, a fines de 1820, ya era patriota: lo que generó esperanzas en el Ejército Libertador, y desconcierto en los partidarios del rey. Riva Agüero se presentó ante el general San Martín en Huaura, y entró con el Libertador a Lima, días antes de la proclamación de la independencia, tras lo cual fue investido con el grado de coronel de milicias.

El historiador de la república, Jorge Basadre, lo considera como el



primer presidente que tuvo el Perú, y que fue nombrado por el Congreso en febrero de 1823, hasta junio de ese año; su nombramiento ocurrió después del motín de Balconcillo, pues los militares de alta graduación que lo protagonizaron, entre ellos Santa Cruz y Gamarra, le pidieron al Congreso la destitución de la Junta Gubernativa que presidía el general La Mar. Así, Riva Agüero lució la banda presidencial con los colores patrios, mientras fue gobernante del Perú.



Por todos estos acontecimientos, Basadre lo ubica dentro de la corriente de caudillos que se iniciaba en el Perú, tras la proclamación de la independencia. Sin embargo, el mismo Congreso, que lo elevó a tan alto cargo, lo destituyó prontamente, en junio de 1823, tras conceder a Antonio José de Sucre facultades como las de presidente de la república. De esta manera, Sucre llegó al Perú antes que Bolívar, por disposición de este, quien recién llegaría en septiembre de ese año.

Riva Agüero estuvo tras un armisticio con el virrey La Serna; buscaba un entendimiento a ese nivel, pese a que no hubo un acuerdo previo tras las conferencias de Miraflores y Punchauca; procuraba un tiempo de paz, en medio de la guerra, porque a pesar de la declaración de independencia, en 1821, los realistas no se habían ido del país. Igualmente, solicitó auxilio a la Gran Colombia, que tuvo como resultado la llegada del general Sucre a Lima.

Después de que Sucre se instaló en el país, Riva Agüero fue deportado a Guayaquil, y se salvó de ser fusilado, porque el general Gutiérrez de la Fuente no acató la orden que recibió. Pasó a Europa y, en 1831, regresó al Perú, donde por razones políticas sufrió destierro más de una vez.

Juan Gregorio de las Heras

Nació en Buenos Aires, Virreinato del Río de la Plata, el 11 de julio de 1780, y murió en Santiago de Chile el 6 de febrero de 1866. Fue hijo de Bernardo Gregorio García de las Heras y de María Rosalía Ventura de la Gacha Rojas. Se casó con María del Carmen Larraín.

Se dedicó al comercio, antes de decidirse por la carrera de las armas. Participó en la defensa de Buenos Aires en la época de las invasiones inglesas; era entonces miembro de la Compañía del Comercio, posteriormente, integró el Escuadrón de Húsares de Pueyrredón.

Cuando se protagonizó la Revolución de Mayo de 1810, se encontraba en Córdoba, incorporándose, de inmediato, al batallón de Patricios de esa ciudad mediterránea; al poco tiempo obtuvo el grado de sargento mayor del cuerpo y luego se le nombró comandante de la guarnición de Córdoba.

Previamente a las grandes batallas por la independencia de Chile, participó en el sitio de Chillán, en el que resultó vencedor en las batallas de Cucha Cucha en febrero de 1814, y en la batalla de Membrillar, librada al mes siguiente; asimismo, formó parte de otros encuentros, por lo que fue ascendido a teniente coronel. Regresó a Mendoza e integró el Ejército de los Andes con notable presencia en las guerras de independencia de Chile y Perú.

San Martín le encargó la formación de un cuerpo de infantería, y antes de comenzar el cruce de los Andes fue ascendido a brigadier. El Libertador determinó que Las Heras, quien comandaba la columna más importante, hiciera el cruce por el paso de Uspallata, en el norte de Mendoza; mientras que él lo haría por el sur de San Juan; en el trayecto, Las Heras enfrentó a algunas columnas realistas, a las que derrotó, y así ocupó la ciudad de Santa Rosa de Los Andes.

Su participación el 12 de febrero de 1817, en la batalla de Chacabuco, fue decisiva para la victoria y asegurar la pronta independencia de Chile; así, en el desastre de Cancha Rayada, con sus temerarias acciones pudo salvar a la mitad del ejército, que unos días después derrotaría a los realistas en la batalla de Maipú.

Consolidada la independencia de Chile, colaboró con San Martín en la organización de la Expedición Libertadora del Perú, de la que fue nombrado jefe de Estado Mayor, y tras el desembarco del 8 de septiembre de 1820, en Paracas, procedió a la toma de Pisco, donde se asentó el ejército en Perú. Poco después, cuando el Ejército Libertador se estableció en Huaura, fue comisionado para hacer expediciones en los alrededores de Lima, hasta el ingreso del general San

Martín a la capital virreinal; sus acciones continuaron con el sitio a la Fortaleza del Real Felipe, hasta que cayó este baluarte realista, y tras ocupar la comandancia del ejército, fue ascendido a mariscal.

Tuvo discrepancias con el general San Martín debido a intrigas de Bernardo Monteagudo. Luego regresó a Chile, pero al no tener buena acogida por Bernardo O'Higgins, se vio obligado a ir a Buenos Aires, donde Bernardino González de Rivadavia lo envió en misión diplomática al Alto Perú, en un intento de llegar a un acuerdo con los realistas que se encontraban en esa región, aunque no alcanzó el arreglo programado.

Elegido gobernador de la provincia de Buenos Aires, asumió el cargo en mayo de 1824, y durante su administración firmó un tratado con Inglaterra, sobre el reconocimiento de la independencia argentina.

Años después, regresó a Chile, donde fue jefe de Estado Mayor e inspector general del Ejército hasta 1830, país en el que se rodeó de todos los contrarios a sus compatriotas Juan Manuel de Rosas y Juan Facundo Quiroga. Como mencionamos anteriormente, falleció en Santiago de Chile y sus cenizas se encuentran junto al Mausoleo del general José de San Martín, en la Catedral Metropolitana de Buenos Aires.



Rudecindo Alvarado

Fue patriota de la guerra de la independencia de América del Sur. Nació en Salta, Argentina, el 1 de marzo de 1792, y murió en esa ciudad el 22 de junio de 1872. Fue hijo de Juan Francisco Alvarado y de Luisa Pastora Toledo y Pimentel. Fue un aplicado estudiante de la Universidad de Córdoba, fundada en esa ciudad por fray Hernando de Trejo y Sanabria; pero no concluyó sus estudios por la muerte de su padre, pues se dedicó al comercio.

Por razones de su actividad comercial se encontraba en Buenos Aires cuando se protagonizó la Revolución de Mayo, de 1810, por lo que se unió al Ejército del Norte. Participó, a las órdenes de Belgrano, en las batallas de Tucumán, Salta. Posteriormente, se encontró en el Ejército de los Andes, que liberó a Chile y a Perú, bajo el mando del general José de San Martín.



También combatió en Las Piedras, Vilcapugio y Ayohuma. Asimismo, estuvo en la tercera campaña al Alto Perú al mando de José Casimiro Rondeau, luchando en Puesto del Marqués, Venta y Media y Sipe Sipe. Fue comandante del batallón Cazadores de los Andes y del Regimiento de Granaderos a Caballo. Pasada la campaña de la independencia, ocupó el cargo de gobernador militar interino de la provincia de Mendoza entre septiembre y octubre de 1829.

Cuando se inició la formación del Ejército de los Andes, Rudecindo Alvarado se trasladó a Mendoza, donde fue ascendido a jefe del batallón de Cazadores de los Andes; poco después, atravesó los andes y luchó por la independencia de Chile en las batallas de Chacabuco, Curapaligüe, Gavilán, Concepción y Talcahuano. También se encontró presente en la derrota de Cancha Rayada, y en la victoria de Maipú, el 5 de abril de 1818; tras esto, fue ascendido a coronel.

Participó en la campaña al Perú como jefe del Regimiento de Granaderos a Caballo, y se encontró en las negociaciones con el virrey Pezuela en Miraflores; luego ingresó a la ciudad



de Lima con el general San Martín. Asimismo, fue jefe de Estado Mayor del ejército peruano.

Antes de retirarse del país, el Protector de la Libertad del Perú nombró a Alvarado gran mariscal del Perú y jefe de todas las fuerzas argentinas, y le encargó ejecutar la campaña a los Puertos Intermedios en el sur del Perú y el norte de Chile; sin embargo, cuando se ejecutó la campaña terminó en un desastre, con las derrotas de Torata y Moquegua.

En lo posterior fue nombrado gobernador de la guarnición de El Callao que, sublevada, pasó a los realistas. Alvarado fue tomado prisionero y enviado a La Paz, después retornó a Buenos Aires, donde recibió el nombramiento de inspector general de Armas. En 1828 fue a Chile a cobrar sus sueldos atrasados, y al regreso fue nombrado gobernador de Mendoza, aunque enfrentó una revuelta militar que casi le cuesta la vida; pero libre volvió a Salta, donde se le eligió gobernador, hasta su renuncia en diciembre de 1831.

En 1852 fue electo diputado al Congreso Constituyente de Santa Fe; después fue nombrado ministro de Guerra y Marina, y elegido gobernador de Salta, en 1855; mas renunció al poco tiempo. Finalmente, murió, como dijimos más arriba, en 1872.

Andrés de Santa Cruz

Andrés de Santa Cruz y Calahumana nació en La Paz, actual Bolivia, el 5 de diciembre de 1792, y murió en Beauvoir, Francia, el 25 de septiembre de 1865. Su nombre está asociado a la Confederación Perú-Boliviana, pues se le llamó Sumo Protector de dicha confederación; y después, al escenario de los caudillos, y al ejercicio de la política en el país de su nacimiento y en el Perú.

Su padre, el criollo José de Santa Cruz y Villavicencio, era un maestre de campo nacido en Huamanga, Perú, y su madre, la boliviana Juana Basilia Calahumana, era una cacica de Huarina. Fue miembro de una familia mestiza descendiente de los incas, lo que se reflejaba en su rostro, el que generó que se le conociera como el Cholo Santa Cruz. Se casó con la cusqueña Francisca Cernadas.

Estudió en el colegio San Francisco de La Paz, y en el colegio San Buenaventura del Cusco; compartió las aulas con Agustín Gamarra. A los 17 años se incorporó al regimiento realista, Dragones de Apolobamba; y como, poco después, los patriotas del Río de la Plata ingresaron al territorio de la actual Bolivia, y desde Buenos Aires se promovió un movimiento de independencia; combatió, en 1811, en la famosa batalla de Huaqui.

Santa Cruz experimentó el mismo proceso que muchos próceres de la independencia: primero fueron realistas y, tras un proceso persuasivo y de entendimiento de defensa de la libertad de la tierra en la que habían nacido, luego se hicieron patriotas, en el instante en el que su heredad los necesitaba. En Huaqui estuvo a las órdenes del brigadier José Manuel Goyeneche, y ganó su ascenso a teniente; posteriormente, en 1813, peleó en las batallas de Vilcapugio y Ayohuma, bajo las órdenes de quien sería virrey del Perú, general Joaquín de la Pezuela.

Dos años después, cuando se levantaron los hermanos Angulo y el brigadier Mateo García Pumacahua, combatió esta rebelión, y participó en el exterminio de otros focos insurrectos que apoyaban a Pumacahua. Continuó en el ejército realista, motivo por el que se halló presente en la ofensiva contra Tucumán bajo las órdenes del general José de la Serna; y poco después cayó prisionero, en la batalla de la Tablada de Tolomosa, del 15 de abril de 1817, por lo que fue trasladado a Las Bruscas, cerca de Buenos Aires.

Huyó de su prisión con rumbo al Brasil; posteriormente, ingresó al Perú, donde en el ejército realista se le confirieron sucesivas comisiones, como comandante militar de Chorrillos y comandante de las milicias realistas de Carabayllo, que se encontraron entre las fuerzas fieles al rey, que combatieron contra el general Álvarez de Arenales en la batalla de Cerro de Pasco, en la que cayó prisionero el 6 de diciembre de 1820. Fue conducido al cuartel general



de Huaura, donde se encontraba don José de San Martín, quien lo persuadió para integrar las filas patriotas, lo cual se hizo realidad el 8 de enero de 1821.

Su servicio en el ejército independentista peruano comenzó de inmediato; San Martín lo nombró gobernador provincial de Piura, donde organizó dos batallones para auxiliar a los patriotas que luchaban en el Ecuador; peleó en la batalla de Pichincha, del 24 de mayo de 1822, en la que se derrotó a los realistas, con la participación de muchos peruanos, lo cual le permitió su ascenso a general de brigada.

Tras el retiro del Protector de la Libertad del Perú y el fracaso de la Primera Campaña de Puertos Intermedios, encabezó el primer golpe de Estado en el Perú, con el pronunciamiento del 26 de febrero de 1823, en el que exigió al Congreso la destitución de la Suprema Junta Gubernativa del Perú y la designación del coronel José de la Riva Agüero como presidente de la república.

Comandó la Segunda Campaña de Puertos Intermedios, haciendo frente a los realistas en las batallas de Zepita, Sicasica y Ayo; después, condujo la retirada de su ejército desde el Desaguadero hasta la costa. Pese a ese fracaso, Bolívar, ya instalado en el Perú, lo incorporó al Ejército Libertador, nombrándolo jefe del Estado Mayor de la División Peruana.

Participó en la batalla de Junín, del 6 de agosto de 1824, después de la cual se le encargó la prefectura de Huamanga, reclutó nuevas fuerzas y rechazó a los realistas que merodeaban por la zona, lo que le impidió concurrir a la batalla de Ayacucho. Fue jefe de Estado Mayor del Ejército Libertador en la campaña del Alto Perú, dirigida por Antonio José de Sucre. Después obtuvo el rango de Gran Mariscal, en abril de 1825. Poco después se crearía la república de Bolivia.

Sucesivamente, fue presidente del Consejo de Gobierno del Perú, de 1826 a 1827, sustituyendo interinamente a Bolívar, cuando abandonó el Perú. También en 1827 se presentó como candidato a las elecciones presidenciales, pero ganó José de la Mar, lo que le causó un gran disgusto. En 1829, el Congreso de Bolivia lo eligió presidente de ese país. En 1835, reunido con Agustín Gamarra, planificaron la Confederación Perú-Boliviana, sin embargo, al poco tiempo, lucharían el uno contra el otro, y contra el caudillo Felipe Santiago Salaverry, enemigo de la confederación, a quien Santa Cruz derrotaría en la batalla de Uchumayo el 7 de febrero de 1836.

El 16 de agosto de 1836, Andrés de Santa Cruz tomó posesión del mando, como Supremo Protector del Perú, lo cual generó disgustos en Gamarra y en el gobierno chileno, que le declaró la guerra; pero el ejército confederado, con Santa Cruz a la cabeza, fue derrotado en la batalla de Yungay, el 20 de enero de 1839, y el Supremo Protector se exilió en Ecuador, y cuando retornó al Perú, fue conducido prisionero a Chile. Terminó en Europa, como ministro plenipotenciario de Bolivia de 1848 a 1855. Volvió a América, en 1855, sin embargo, nuevos rechazos lo condujeron, finalmente, a Francia, país donde falleció.



Toribio de Luzuriaga

Nació en Huaraz el 16 de abril de 1782, y se dice que murió en Pergamino, Argentina, el 1 de mayo de 1842. Este militar de nacionalidad peruano-argentina participó en las guerras de independencia de ambos países. Fue hijo de Manuel de Luzuriaga y de María Josefa Mejía de Estrada y Villavicencio.

Realizó sus estudios en Huaraz y Lima, tras lo cual desempeñó cargos administrativos en la capital virreinal. Posteriormente, lo haría en Santiago de Chile y en Buenos Aires, donde fue secretario privado del virrey Gabriel de Avilés y del Fierro, marqués de Avilés, quien luego fue designado virrey del Perú.

Desde 1801 inició su carrera militar como alférez de artillería en el ejército del Río de la Plata, y como tal participó en la defensa de Montevideo y de Buenos Aires por la invasión y ataques de los ingleses en 1806 y 1807. Luego sería ascendido a capitán del Cuerpo de Voluntarios Artilleros de la Unión.

En el Río de la Plata, el espíritu libertario había ganado a muchos hombres y mujeres; por eso, ante los acontecimientos del 25 de mayo de 1810 (Revolución), cuando se depuso al virrey Baltasar Hidalgo de Cisneros, Luzuriaga apoyó la referida Revolución, ya como comandante en la batalla de Suipacha, del 7 de noviembre de ese año.

La actual Bolivia era en ese momento parte del Virreinato del Río de la Plata, de manera que con el ejército llegó hasta ese territorio, en la expedición emancipadora comandada por Antonio González Balcarce y Juan José Castelli, con quienes combatió en la victoria patriota de Yuraicoragua el 4 de diciembre de 1811.

Tras la proclamación de la independencia de Argentina, el 9 de julio de 1816, Toribio de Luzuriaga tuvo funciones de alta responsabilidad; así fue el primer director de la Academia General de Oficiales que funcionó en Jujuy; después fue gobernador de la provincia de Corrientes; y en 1813 reforzó el Ejército del Norte, que estaba comandado por José de San Martín.

Convocado por el director supremo Carlos María de Alvear, se desempeñó como ministro de Guerra desde abril de 1815, y continuó como tal, cuando el peruano Ignacio Álvarez Thomas sucedió en el cargo a Alvear. En agosto de 1816 fue gobernador de Cuyo, cuando el general San Martín organizaba el Ejército de los Andes; le proveyó apoyo militar y económico al Libertador, y continuó haciéndolo aún después del paso de los Andes y durante la campaña por la libertad de Chile.

Tras su renuncia a la gobernación de Cuyo en 1820, pasó a Chile, donde el director supremo Bernardo O'Higgins lo asimiló a las fuerzas armadas chilenas, y el general San Martín lo incorporó a la Expedición con destino al Perú. La

expedición llegó a la bahía de Paracas el 7 de septiembre de ese año; Luzuriaga condujo el desembarco de las fuerzas patriotas en la madrugada del día siguiente, y cuando el general San Martín estableció su cuartel general en Huaura, por estar ocupada por los realistas la capital virreinal, Luzuriaga cumplió importantes servicios para el Ejército.

Fue destinado a Guayaquil por la revolución emancipadora que triunfó allí en octubre, pero regresó por el recelo de los guayaquileños frente a un militar extranjero. Instalado nuevamente en el Perú en 1821, ascendió a general de división, y recibió a fin de año el nombramiento de gran mariscal, lo que lo convirtió en el primer peruano en ostentar esa distinción.

Después de que el general San Martín planificara las Campañas a Puertos Intermedios fue comisionado como plenipotenciario a Buenos Aires en busca de apoyo militar; pero, enterado del alejamiento de San Martín, renunció al servicio, y conocedor de que Bolívar había asumido el mando, se propuso reintegrarse al ejército, sin embargo, el Libertador no aceptó su petición. Tras esto se estableció en Pergamino, en la provincia de Buenos Aires, donde se dedicó a la ganadería.



Estampilla donde figura Toribio de Luzuriaga

Con mala salud, y viviendo al borde de la miseria, en 1842, se suicidó con un tiro de pistola: estaba vestido con su uniforme de gran mariscal del Perú.

En 1921, el Congreso lo reconoció como el mayor prócer de la independencia peruana, y se dispuso a levantarle un monumento. En gratitud por su participación en la gesta de la independencia, una provincia en el departamento de Áncash lleva su nombre; y se llaman como él varias instituciones educativas, calles y avenidas.

Y el 16 de abril de 1962 se develó su busto en el Panteón Nacional de los Próceres.

Ignacio Álvarez Thomas

José Ignacio Álvarez Thomas nació en Arequipa el 15 de febrero de 1787, y murió en Buenos Aires el 20 de julio de 1857. Fue hijo del brigadier español Antonio Álvarez Jiménez, que se desempeñaba como intendente, y de la barcelonesa María Isabel Thomás y Rancé. Se casó, el 3 de mayo de 1812, con María del Carmen Ramos Belgrano.

La gran actuación de Álvarez Thomas fue en el Virreinato del Río de la Plata, el que adoptaría el nombre de Argentina durante la república.

Residió en Lima, Perú, hasta 1797, y, posteriormente, en Buenos Aires. Fue subteniente del Regimiento Fijo, durante la invasión inglesa a Buenos Aires, y se encontró entre las fuerzas que defendieron esa plaza. También estuvo presente en la defensa de Montevideo, en 1807, y cayó prisionero, hasta que las fuerzas británicas se rindieron.

Se le encuentra participando en el Movimiento del 25 de Mayo de 1810; y el gobierno patriota le otorgó el 4 de julio de ese año el grado de teniente coronel del Regimiento N.° 4. Cuando Carlos María de Alvear era el director supremo, y ya con el grado de coronel, participó en la captura de Montevideo, tras los movimientos de independencia en la Banda Oriental (corresponde aproximadamente a los actuales Uruguay y estado brasileño de Río Grande del Sur) y, luego, se puso en contra de Alvear, y apoyó al líder uruguayo José Gervasio Artigas.

Tras la caída de Alvear, el Cabildo de Buenos Aires eligió a Álvarez Thomas como el nuevo director supremo, con carácter de interino, el 21 de abril de 1815, porque José Rondeau se encontraba luchando contra los realistas en la actual Bolivia; y a mediados de ese año, hizo detener a los representantes de las provincias que apoyaban a Artigas, agudizándose el conflicto que llevó a la total independencia de Uruguay.

De estos conflictos contra Buenos Aires, cuando Álvarez Thomas era director supremo no estuvo ausente Santa Fe, cuyos habitantes estaban en desacuerdo con su gobierno, y aún, entre los mismos santafesinos se generaron conflictos internos, que llevaron a la provincia a tomar partido por la causa de Artigas.

Pese a que el director supremo nombró a Manuel Belgrano para que esté al frente del ejército, con el fin de combatir a los santafesinos; fue obligado a renunciar, lo que se verificó ante una asamblea que sin dilaciones aceptó la renuncia. Pocos meses después, en Tucumán, el 9 de julio de 1816, se hizo la proclamación de la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, con plena ausencia de las provincias que seguían fieles a la causa de Artigas.

En 1820, Ignacio Álvarez Thomas resurgió como líder, pero el prestigio le duró poco, pues sufrió encarcelamiento. Cinco años después volvió a su

patria, ya que de 1825 a 1827 fue embajador de Buenos Aires en Perú y Chile. Vuelve a cobrar notoriedad en 1829, por la insurrección que organizó contra Juan Manuel de Rosas, lo que le valió la detención y el destierro a Uruguay, y en 1836, por otra insurrección contra Rosas, el gobierno lo desterró a Brasil.

Así con protagonismos asociados a la política, como una tercera insurrección contra Rosas, emigró a Chile y a Perú, y cuando el presidente Rosas fue derrocado, en 1852, volvió a la Argentina y se instaló en Buenos Aires, siendo dado de alta en el ejército como coronel mayor.



Juan Antonio Álvarez de Arenales

Nació en España el 13 de junio de 1770, y falleció en Moraya, Bolivia, el 4 de diciembre de 1831. Se le recuerda porque luchó en las guerras por la independencia de Argentina, Chile y Perú. Por el tiempo que vivió en Bolivia, los oriundos de ese país lo consideran boliviano. Fue hijo de Francisco Álvarez Arenales y de María González. Se casó con Serafina de González de Hoyos.

Instalada su familia en 1784 en Buenos Aires, fue educado para seguir la carrera eclesiástica, sin embargo, más pudo su vocación militar. Cuando vivía en el Alto Perú estalló la revolución de Chuquisaca el 25 de mayo de 1809, entonces jurisdicción del Virreinato del Río de la Plata. Álvarez de Arenales participó en dicha revolución; fue arrestado y enviado como prisionero al Callao; huyó del presidio de Casas Matas y se dirigió a Salta, donde fue elegido regidor del cabildo. Sin embargo, nuevamente, fue arrestado.

Después de que Manuel Belgrano obtuvo la victoria de Tucumán, el 24 y el 25 de septiembre de 1812, se recuperó Salta, que había estado en poder de los realistas, y se liberó a Álvarez de Arenales, quien se presentó ante el general Manuel Belgrano y le fue reconocido el grado de coronel. Peleó en la batalla de Salta, del 20 de febrero de 1813, y por su gran desempeño en



Estampilla por el sesquicentenario de la independencia en la que se muestra un monumento a Álvarez de Arenales (Cerro de Pasco)

esta victoria la Asamblea del Año XIII le concedió la ciudadanía argentina.

Cuando apoyó al Alto Perú, fue nombrado gobernador de Cochabamba, y después de las derrotas de Vilcapugio y Ayohúma, tuvo otros enfrentamientos con los realistas, pero fue vencido. A continuación organizó la guerra de guerrillas con tanto éxito que quien sería virrey del Perú, Joaquín de la Pezuela, abandonó las provincias norteñas argentinas.

En la victoriosa batalla de La Florida, recibió varias heridas y casi muere, no obstante, aseguró la entrada del Ejército del Norte al Alto Perú. Luego Pezuela derrotaría en la batalla de Sipe Sipe. Después fue ascendido a general, y a mediados de 1817 fue nombrado comandante del ejército provincial de Córdoba. En 1819 se incorporó al Ejército de los Andes en Chile, y el general José de San Martín lo puso al mando de

una división para su programada Expedición Libertadora del Perú.

En el Perú tuvo a cargo dos campañas a la sierra, con el fin de controlar esa zona del sur peruano y adelantarse a los realistas, que podrían haber hecho lo mismo. En la primera campaña obtuvo las victorias de Palpa, Nasca, Cuesta de Tarma y la de la batalla de Cerro de Pasco; asimismo, alcanzó a tomar para los patriotas las provincias de Ica, Huamanga, Huánuco, Huancavelica y Pasco.

Los realistas evacuaron Lima, y a pesar de que el general San Martín lo envió a una segunda campaña a la sierra, no pudo evitar que el virrey La Serna ocupe el sur peruano.

Después de la proclamación de la independencia del Perú, teniendo en cuenta que el norte era patriota, fue nombrado gobernador de las provincias norteñas, con lo que tuvo la responsabilidad sobre la instrucción de las tropas y la preparación de la campaña al Ecuador; era por entonces gran mariscal. En 1823 se retiró a Salta, donde llegó a ser gobernador, con oposición en varias ocasiones, que llevaron a la condena a muerte de los comprometidos. Después se exilió en Bolivia, y falleció en Moraya, en 1831.



José de la Mar

José Domingo de la Mar y Cortázar nació en Cuenca, en el actual Ecuador, el 12 de mayo de 1776, y murió en Cartago, Costa Rica, el 11 de octubre de 1830. Fue un militar y político con lealtad al Perú republicano, Estado del que llegó a ser su presidente en dos ocasiones: como jefe de una Junta Gubernativa, y como presidente constitucional, elegido por el Congreso de la República. José de la Mar, el realista que se pasó a filas patriotas tras un trabajo persuasivo del general San Martín, se inscribe así en la historia independentista.

José de la Mar fue hijo del vizcaíno Marcos de la Mar Migura, administrador de las Cajas Reales de Guayaquil y Cuenca, y de la guayaquileña Josefa Paula Cortázar y Lavayen. Pasó sus primeros años en Guayaquil, espacio que desde 1803 había vuelto al Virreinato del Perú, por lo que se mantuvo en él una filiación siempre peruana y no grancolombiana.

Estudió en el Colegio de Nobles de Madrid, fue en España donde transcurrió gran parte de su infancia y juventud, y donde hizo su carrera militar, pues peleó en las campañas contra la Francia revolucionaria, y cuando Bonaparte invadió la península Ibérica. Tras retomar el poder, Fernando VII, en 1816, lo envió a Lima como subinspector general del Virreinato del Perú, incluyendo la Fortaleza del Real Felipe.

Antes de regresar a América, participó en la guerra de la independencia española, por lo que se conoció por estas circunstancias con el general San Martín, hecho decisivo para su paso a filas patriotas, cuando el Protector de la Libertad del Perú ocupó Lima. Y ya en la época bolivariana se destacaría en la batalla de Ayacucho.

Al llegar al Perú, las guerras por la independencia eran muy fuertes en las





colonias españolas; algunas ya habían proclamado su independencia, pese a la obstinación del virrey Abascal, que poco después sería sustituido por Joaquín de la Pezuela, quien vio con buenos ojos a La Mar. Derrocado Pezuela, pese a que, por su rango, le tocaba reemplazarlo, se nombró en su lugar a José de la Serna, y cuando este virrey dejó Lima, San Martín logró persuadirlo para su incorporación al ejército patriota como general de división, el 26 de octubre de 1821.

Fue elegido diputado por la provincia de Huaylas al Congreso Constituyente de 1822, y el 21 de septiembre de ese año, al día siguiente de su instalación, fue elevado a la Presidencia de la Suprema Junta Gubernativa del Perú, sucesora del gobierno protectoral de San Martín. Organizó la Primera Expedición a Puertos Intermedios contra los realistas, pero fracasó y se le responsabilizó de ello, acto seguido fue reemplazado por José de la Riva Agüero. Poco después fue a Guayaquil, donde contrajo matrimonio con Josefa Rocafuerte, quien falleció en 1826.

Cuando Simón Bolívar llegó al Perú, lo llamó y, en 1824, lo nombró general en jefe de la División Peruana del Ejército Unido Libertador del Perú. No participó en la batalla de Junín, pero sí en la de Ayacucho, con una destacada actuación. Cuando terminó el gobierno de Bolívar, el Congreso lo nombró presidente constitucional del Perú en junio de 1827, a propuesta de Francisco Javier de Luna Pizarro, lo que originó un descontento en el general Andrés de Santa Cruz, que aspiraba al cargo, y a quien apoyaban Agustín Gamarra y Antonio Gutiérrez de la Fuente.

Durante su gobierno (1827-1829) lidió con la oposición política de sus antiguos camaradas de lucha por la independencia; al parecer, para ellos era una apetencia natural el hecho de capturar el poder, que se había convertido en una ambición para muchos. A partir de entonces, su protagonismo se hizo mayor, cuando se convirtió en el eje que representó al Perú, en la guerra de 1828 a 1829.

También mientras permaneció su gobierno se promulgó la Constitución liberal de 1828; y se hizo frente a la guerra contra la Gran Colombia, presidida por Simón Bolívar, quien declaró la guerra al Perú. Los avatares de la guerra llevaron a La Mar a Piura, asimismo, la imprenta del ejército se trasladó a Tambogrande, donde se imprimieron los ejemplares del periódico *El Botafuego*, que se conservan en la Biblioteca Nacional del Perú. El ejército peruano sufrió un revés en la batalla del Portete de Tarqui, pero no una derrota total; La Mar firmó el Convenio de Girón, en el que se estableció el retiro de las tropas peruanas de los territorios ocupados, mientras la Gran Colombia reconocía la peruanidad de Tumbes, Jaén y Maynas.

Después de esto, un grupo de oficiales peruanos lo apresaron en Piura el 7 de junio de 1829, por negarse a renunciar al cargo de presidente, y desde Paita lo embarcaron con rumbo a Costa Rica, donde falleció. En 1834, el presidente Luis de Orbegoso inició los trámites de repatriación de los restos, que recién fueron entregados en 1843 al marino alemán, Eduardo Wallerstein, y este los puso en manos de la piurana Francisca Otoya, quien los conservó durante tres años en su domicilio en Piura, hasta que los entregó al gobierno peruano, que los depositó en un mausoleo en el cementerio Presbítero Maestro.

José María Córdoba[2]

Nació en Concepción, Antioquia, Virreinato de Nueva Granada, el 8 de septiembre de 1799, y falleció el 17 de octubre de 1829 en El Santuario, Antioquia. Fue hijo de Crisanto de Córdoba y Mesa, y de Pascuala Muñoz Castrillón. Su protagonismo como militar no solo tuvo a su patria como escenario, también participó en las guerras por la independencia de Venezuela, Ecuador y Perú, país este último en el que se le recuerda por su heroísmo en la batalla de Ayacucho.

Estudió en la Escuela de Ingenieros Militares de Rionegro, y desde 1810 se enroló en el ejército patriota. Su bautismo de fuego en el combate fue en el de Río Palo en 1815, donde fue ascendido a teniente efectivo; estaba decidido por la independencia de Colombia. En 1816 se encontró en la derrota de la batalla de la Cuchilla de El Tambo; y en Venezuela, en la batalla del Bajo Apure, tras la cual fue sentenciado a muerte, por desacuerdos con el general José Antonio Páez; pero al ser salvado por la decisiva presión de un grupo de oficiales, volvió al ejército. Al año



[2] A veces, se le encuentra como Córdoba y otras como Córdova.



siguiente, Simón Bolívar lo incorporó a su Estado Mayor.

En 1819, desde Venezuela, emprendió la Campaña Libertadora de Nueva Granada, y tras ingresar a tierras neogranadinas libró las batallas de Pantano de Vargas y la de Boyacá; después de esta última, Simón Bolívar lo comisionó para la persecución del virrey Juan Sámano que había huido de Santa Fe, pero no le pudo dar el alcance. Luego de esto fue nombrado gobernador de Antioquia, provincia que se hallaba en un caos social y económico, y apoyaba su administración, con el nombramiento de un gobernador civil, que estaba a cargo de los asuntos judiciales y baja policía; mientras él ejercía el mando de armas.

El virrey intentó la reconquista de los territorios perdidos, y, por su lado, Córdoba comandó el batallón de Cazadores de Antioquia, que el 12 de febrero de 1820 derrotó a los realistas en el combate de Chorros Blancos, en el que participó en sucesivas acciones de guerra en Magangué, Mompós, Santa Marta, y Cartagena, que fue sometida por los patriotas el 10 de octubre de 1821.

En 1822 fue uno de los vencedores en Pichincha, batalla que definió la independencia del actual Ecuador; y, posteriormente, se le encuentra en la campaña de Pasto contra los realistas, que estaban al mando de Agustín Agualongo.

Ya encontrándose en el Perú, peleó en la batalla de Ayacucho, bajo

las órdenes de Antonio José de Sucre, quien reporta sobre la acción valiente de Córdoba, para definir el triunfo patriota del 9 de diciembre de 1824, cuyo valor se sintetiza en la conocida frase: «¡Soldados, armas a discreción; de frente, paso de vencedores!», aunque el historiador Juan José Vega estimaba que la frase real fue «¡Soldados, armas a discreción; de frente, paso a vencedores!», refiriéndose al batallón de ese nombre. Cual haya sido la frase correcta, lo cierto es que hasta hoy se le recuerda como héroe de Ayacucho.

En 1829 manifestó su desencanto con el gobierno de Bolívar, y en una carta le recordó su republicanismo y la práctica de la democracia, a través de un gobierno representativo y electivo, con tiempos definidos, sin nada que recuerde a la monarquía; ese mismo año se levantó contra Bolívar, y tras enfrentamientos con las fuerzas que defendían al Libertador de Venezuela, fue muerto a manos del irlandés Rupert Hand.

En el Perú, en varias ciudades, hay calles que llevan su nombre, tanto así como sucede en Venezuela y Colombia.

Jacinto Lara

Juan Jacinto Lara nació en Carora, Venezuela, el 28 de mayo de 1778, y murió, ya retirado a la vida civil, en Barquisimeto el 25 de febrero de 1859. Fue hijo de Miguel Lara y de Juana Paula Meléndez. Participó en las guerras de la independencia de Venezuela, Colombia, Ecuador y Perú, en la que se halló en las principales acciones de guerra, desde que comenzó en su patria, en 1810, hasta la batalla de Ayacucho en 1824. Hasta 1810 se había dedicado a la ganadería y agricultura, y ese año hizo suyo el propósito de la Sociedad Patriótica de Caracas, incorporándose a las milicias de Araure y Ospino.

Bajo las órdenes del célebre Francisco de Miranda, combatió, en 1811, en la batalla de Cerro del Morro, de la que Francisco y sus tropas resultaron vencedores; y al año siguiente, con el grado de teniente coronel, sirvió bajo las órdenes de Bolívar; asimismo, participó, en 1813, en la batalla de Cúcuta, el 28 de febrero de ese año, y, a continuación, en la famosa Campaña Admirable, en la que se encontró en los combates de Niquitao, Los Horcones y Taguanes, del 2, 11 y 31 de julio de 1813, respectivamente.

Su patriotismo lo mantuvo al lado de Bolívar, con quien estuvo en el sitio a Puerto Cabello; además, concurrió a las batallas de Bárbula (30 de septiembre de 1813), Trincheras (3 de octubre de 1813) y Vigirima (23-25 de noviembre de 1813). El 28 de mayo de 1814 se encontró en la batalla de Carabobo, y, posteriormente, en los encuentros bélicos por la independencia de Nueva Granada, como el protagonizado en los llanos de Apure,



en El Yagual y Mucuritas. En 1817 obtuvo el grado de coronel, y a continuación Bolívar le concedió el de general.

En 1818 estuvo con Simón Bolívar en la derrota de Pablo Morillo en Calabozo, y se encontraba con el general Francisco de Paula Santander, cuando, en 1819, en Casanare, se derrotó al general Carlos Tolrá, militar español que luego pasó al Perú, en Casanare Jacinto Lara actuó como subjefe del Estado Mayor del Ejército Libertador. También, antes de venir al Perú, sirvió como jefe de Estado Mayor General, y como gobernador de Santa Marta y Cartagena de Indias en 1821.

Al año siguiente, es destinado al Perú, para integrar, con el general Manuel Valdés, la división colombiana auxiliar del Perú. Luego, en 1824, participó en la batalla de Junín (el 6 de agosto), bajo las órdenes de Antonio José de Sucre, y después de la victoria fue ascendido a general de división de retaguardia del ejército. Se distinguió en el encuentro de Corpahuaico, previo a la batalla de Ayacucho, donde se le atribuye ser el salvador de los batallones Rifles, Vencedor y Vargas.

El 9 de diciembre de 1824 se encontró en la batalla de Ayacucho, mandando la división de reserva del Ejército Unido, y, por su valentía en este encuentro decisivo de la independencia del Perú, gozó de gran admiración y reconocimiento. De modo que, al año



siguiente, se le destinó como comandante general e intendente de Cusco, Arequipa y Ayacucho.

Lara continuó en el Perú después de la victoria de Ayacucho, como comandante de la división colombiana auxiliar del Perú, pero el 26 de enero de 1827 fue arrestado en la capital peruana, tras el triunfo de un movimiento contrario a Bolívar, y permaneció encarcelado en el Callao, hasta el 30 de enero, en que se le deporta a Colombia, y una vez que se instaló en Venezuela desempeñó cargos importantes.

Bartolomé Salom

Bartolomé Antonio de la Concepción Salom nació en San Esteban, Puerto Cabello, Venezuela, el 24 de agosto de 1780, y murió en el mismo lugar el 30 de octubre de 1863. Este militar venezolano fue hijo de Gabriel Salom y de María Magdalena Borges Mungía. Se casó con Carmen Josefa Sereno. Se dedicaba al comercio, antes de enrolarse al servicio de su patria en 1808, mediante su participación en diferentes batallas y combates que finalizaron con la independencia de Venezuela.

Posteriormente, se encontró en la campaña de la independencia de Nueva Granada en 1819, en la que formó parte de la batalla de Carabobo, del 24 de junio de 1821; poco después fue nombrado intendente de Guayaquil, y tras la victoria de Pichincha, se encontró acompañando al general Antonio José de Sucre, en el asedio de Pasto, que había sido tomado por los realistas.

Después de la victoria del libertador Simón Bolívar sobre los realistas, en la batalla de Ibarra, del 17 de julio de 1823, este le ordenó a Salom pacificar Pasto, lo cual logró en menos de un mes, sin embargo, esta ciudad estuvo alternando en poder de los realistas y de los patriotas, que la consideraban una zona clave. Finalizadas las controversias, y ya con Pasto totalmente en manos de los patriotas, el general Salom marchó al Perú; así desembarcó en Trujillo el 11 de noviembre de 1824, para lo que llevó refuerzos para el ejército de Bolívar.

Luego de la batalla de Ayacucho, del 9 de diciembre de 1824, el general José Ramón Rodil, comandante militar de las fortalezas del Callao, desconoció la Capitulación de Ayacucho; creía sin razón que desde España se le enviarían refuerzos, por eso estaba atrincherado en el Real Felipe. Por su parte, Bolívar encomendó al general Salom asediar la fortaleza y los castillos del Callao, por tierra y mar, y recién, en enero de 1826, Rodil se rindió tras la muerte, por enfermedad y hambre, de un gran número de sus seguidores civiles y militares.

El general Salom pidió la pena de muerte para Rodil, pero el Libertador fue de posición contraria: opinó que Rodil había resistido asombrosamente y que «El heroísmo no es digno de castigo». De esta manera, Rodil abandonó el Perú, se le permitió llevar las banderas de sus regimientos, y desapareció con él el último rezago del ejército español en el Perú y América del Sur.

En 1827, el general Salom regresó a Venezuela, en la que ocupó diferentes cargos políticos y participó, incluso, en campañas electorales, como candidato a la vicepresidencia y a la presidencia de la república.

En el Perú es considerado como un héroe nacional, aunque su figura no está popularizada. En el Callao existe una avenida y una estatua en la plaza que lleva su nombre.

Un busto que honra su memoria se encuentra en el Panteón Nacional de los Próceres.



José de San Martín

Nació en Yapeyú, en la actual provincia de Corrientes, Argentina, el 25 de febrero de 1778. Fue hijo del español Juan de San Martín y de Gregoria Matorras. Se casó con María de los Remedios de Escalada, con quien tuvo una hija: Mercedes.

Trasladada la familia a España, se educó en ese país, en el que se alistó en la carrera de las armas y, siendo parte del ejército español, participó en las guerras contra Inglaterra entre 1797 y 1798; y contra Portugal en 1801. Regresó a América, en 1812, en la que fue reconocido en la Argentina en el grado de teniente coronel.

En agosto de 1816 se hizo cargo del Ejército de los Andes, como general en jefe, y, en 1817, inició su campaña para liberar a Chile. San Martín es el arquetipo de la libertad e independencia de América; la historia registra su nombre como ejemplo de nobleza y desinterés, y se le compara con Aníbal y Napoleón, por el paso de los Andes, tras lo cual venció a los ejércitos realistas en Chacabuco el 12 de febrero de 1817, y en Maipú el 5 de abril de 1818, en cuyo intermedio protagonizó la derrota en Cancharrayada el 19 de marzo de 1818.

Para continuar con su plan de liberación de las colonias españolas, se embarcó para Lima el 20 de agosto de 1820, pero primero llegó a Pisco el 7 de septiembre por la noche y desembarcó en la madrugada del 8 de septiembre en Paracas, cerca del puerto de Pisco. Luego como procuraba evitar un derramamiento de sangre entre los americanos que estaban en ambos ejércitos, se llevaron a cabo las conferencias de Miraflores y Punchauca, aunque no hubo acuerdo con los realistas.

San Martín instaló su cuartel general en Huaura, y desde ese lugar continuaba con su tarea persuasiva de motivar a los peruanos a tomar partido por la independencia. Ingresó a Lima, y



Estampilla por motivo del bicentenario del nacimiento de don José de San Martín, 1778-1978

el 28 de julio de 1821 proclamó la independencia nacional. Respetuoso de la voluntad general de los pueblos que se habían decidido por la independencia, en un frase memorable pronunciada ese día, dejó constancia de que no imponía la independencia; sino que eran los pueblos peruanos los que así lo habían decidido, al proclamar su independencia en 1820 y 1821, en las principales ciudades del Perú, precedidas de Supe, que lo hizo el 5 de abril de 1819.

El 3 de agosto de 1821 asumió el mando en el Perú independiente, como Protector de la Libertad del Perú, así como lo hizo Artigas en Uruguay. Sus dictados tuvieron un carácter provisional, hasta que el pueblo determinara lo que era suyo, a través de un Congreso Constituyente, para esto realizó la primera convocatoria a la ciudadanía en el Perú independiente.

Propuso el sistema de gobierno monárquico después de analizar la realidad social del reino del Perú, ya que la población estaba acostumbrada a una forma de gobierno autocrático desde el Incanato, y con rasgos de despotismo virreinal, que seguro cambiaría paulatinamente.

Convocó al primer Congreso Constituyente el 27 de diciembre de 1821, primera gran expresión de la voluntad nacional popular a través de sus representantes para establecer la forma de gobierno, y dar una constitución. No existía, en gran parte de



Postal que muestra a don José de San Martín

la población, la convicción de una práctica democrática, pese a la experiencia de las elecciones municipales de 1812; no había una voluntad mayoritaria quizás, para admitir el goce de derechos y de la libertad para los no considerados como ciudadanos. Cabe decir que la independencia no abrió un cambio inmediato al camino de la democracia, que, indudablemente, también está asociada al bienestar de la población y a su consideración de existir como ciudadanos libres.

El Protector proclamó la independencia; creó la primera bandera peruana y convocó al concurso por el Himno Nacional.

También don José de San Martín prohibió el comercio de esclavos; liberó a los hijos de esclavos nacidos desde el 28 de julio de 1821; declaró válidos los títulos nobiliarios otorgados por la Corona de Castilla, que, en 1823, fueron abolidos por el Congreso; abolió el tributo indígena, que fue restablecido en 1826 y creó la Biblioteca Nacional y la Orden del Sol.

El 26 de julio de 1822 se entrevistó con Bolívar en Guayaquil, sin embargo, no lograron ponerse de acuerdo para el término de la guerra de la independencia. Finalmente, renunció a los poderes con que se le había investido, y se alejó del Perú el 20 de septiembre de 1822.

Luego de hacer un juicio sobre San Martín, Basadre (2005, p. 43) escribió:



Medalla conmemorativa por el primer centenario de la independencia del Perú

> [...] en relación con la historia del Perú, lo positivo, lo verdaderamente sanmartiniano es el respeto al principio de la voluntad popular: la convocatoria al Congreso Constituyente, la elección libre de los diputados de este congreso y las garantías que gozaron ellos al reunirse.

Ibíd, al recordar la carta de San Martín al marino Basilio Hall, rememora estas palabras del Protector de la Libertad del Perú:

> No quiero dar un paso más allá de donde vaya la opinión pública. La opinión pública es un nuevo resorte introducido en los asuntos de estos países: los españoles incapaces de dirigirla, la han comprimido. Ha llegado el día en que va a manifestar su fuerza y su importancia.

El sol por testigo
Raúl Vizcarra, 1964

Bernardo O'Higgins

El prócer de la independencia hispanoamericana Bernardo O'Higgins nació en Chillán, Chile, el 20 de agosto de 1778, y murió en Lima el 24 de octubre de 1842. Su participación en la guerra por la independencia de Chile, país en el que también actuó como político, le ha llevado a ser reconocido como uno de los padres de su patria. Asimismo, fue director supremo en Chile, de 1817 a 1823

Fue hijo de Ambrosio O'Higgins, quien fue exvirrey del Perú y gobernador de la Capitanía General de Chile, y de Isabel Riquelme. Bernardo O'Higgins estudió en Chillán; en Lima: en esta última ciudad lo hizo en el colegio del Príncipe y en el de San Carlos; y en Londres, donde aprendió inglés, literatura francesa, música, geografía e historia, y también manejo de armas; en su estadía en Inglaterra tuvo contacto con Francisco de Miranda.

A partir de las conversaciones con Miranda, se inclinó por el proyecto de emancipación de América, ya que el gran precursor lo instruyó en el conocimiento de los derechos del hombre y en el pensamiento de libertad, que, posteriormente, lo llevaría a tomar partido por la independencia de Chile y de América; y con el apoyo de Miranda, después ingresaría a la Logia Lautaro.

Antes de regresar a su patria, en 1801, estuvo en Cádiz, en contacto con personas de orientación revolucionaria, asociadas a una logia en esa ciudad, lo que llegó a oídos del rey Carlos IV, quien de inmediato tomó medidas contra el progenitor de Bernardo. Ya instalado en Chile, en 1802, se dedicó al trabajo agrícola, en las propiedades que heredara de su padre, fallecido el año anterior, y, por una circunstancia inesperada, tomó contacto con los caciques mapuches, con los que empezaría a confraternizar.

O'Higgins nunca dejó de compartir con sus allegados el sentimiento de independencia de Chile, distinto al de los autonomistas, que proponían gobernarse ellos mismos, y siempre mantener un vínculo con España. En cambio, el planteamiento de O'Higgins era de independencia total, y ya pensaba en la formación de una clase política que reemplazara a los hispanos en el ejercicio del poder, cuando se declarara la independencia de Chile.

Luego, cuando se supo en Chile de los acontecimientos de emancipación del Río de la Plata, de Quito y del Alto Perú, que habían formado juntas de gobierno, O'Higgins consideró que había llegado la hora de la lucha armada por la independencia de Chile. Integró la



Junta de Gobierno que se constituyó en Santiago; obtuvo el grado de teniente coronel del Segundo Regimiento de Caballería de Milicias Disciplinadas de La Laja; y tras la convocatoria a un Congreso fue elegido como diputado, y asistió a su inauguración el 4 de julio de 1811. Posteriormente, participó en las principales acciones bélicas por la independencia de su país.

Por su parte, en las Provincias Unidas del Río de la Plata, el general San Martín consideró que era imposible llegar al Perú, por el lado boliviano, por eso planificó hacerlo a través de Chile y participar en el proceso de consolidación de su independencia. Organizado el Ejército Libertador, O'Higgins llegó a Mendoza en febrero de 1816, y el 21 de enero de 1817, al mando de la segunda división compuesta por 1000 hombres, salió de Mendoza a Chile, y asistió a la batalla de Chacabuco. Tras su triunfo sobre el ejército realista, fue elegido director supremo, y su primera acción fue agradecer a quienes participaron en la defensa de la patria.

Después de los sucesos de Cancha Rayada, el ejército sanmartiniano derrotó a los realistas en Maipú, acción en la que no participó O'Higgins, pues cuando llegó al campo de batalla, la victoria era ya un suceso: se había asegurado la independencia de Chile. Después vendría la Expedición Libertadora del Perú, con la participación del pueblo chileno y sus autoridades. Al respecto, O'Higgins envió proclamas en castellano y en quechua a los peruanos, y colaboró económicamente con la expedición, con dinero suyo y del Estado chileno, al punto que está considerado como el principal organizador de la Expedición Libertadora del Perú.

Durante su gobierno se proclamó la independencia de Chile en 1818; se promulgaron las Constituciones de 1818 y 1822; se creó la bandera chilena actual y se consagró el primer himno nacional. O'Higgins es uno de los libertadores de América, brigadier de las Provincias Unidas del Río de la Plata, capitán general del Ejército de Chile, general de la Gran Colombia y gran mariscal del Perú.

Después de su renuncia como director supremo, se exilió en el Perú en 1823; durante el protectorado de San Martín se le había concedido la propiedad de las haciendas Moltalván y Cuiba, en el valle de Cañete. Fue en la hacienda de Montalván donde se instaló en 1825. Así, O'Higgins encontró un Perú con un caos político, y con la independencia en peligro, por las rencillas internas, y ante la llegada de Bolívar se puso a órdenes suyas.

Sus restos fueron sepultados en el Perú, y repatriados a Chile en 1869.

Simón Bolívar

Nació en Caracas, Venezuela, el 24 de julio de 1783, y murió en Santa Marta, Colombia, el 17 de diciembre de 1830. Se le considera padre de cinco repúblicas: Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia. Como figura destacada de la emancipación americana, su huella se registra en esos cinco países, en tantas batallas y encuentros militares, que, en este sentido, dejó más impronta que el propio general José de San Martín; pero ambos son americanos universales.

Fue hijo de Juan Vicente Bolívar y Ponte-Andrade y de María de la Concepción Palacios y Blanco, ambos pertenecían a familias de la aristocracia caraqueña, que tuvo protagonismo en Venezuela desde los inicios de la Colonia. Al poco tiempo de nacido, cuando contaba con dos años de edad, falleció su padre, y su madre murió en 1792, con lo que quedó huérfano de padre y madre poco antes de cumplir 9 años. A pesar de esto, su vida no estuvo privada del entorno familiar más cercano, y tampoco ajena a lo que correspondía a una familia aristocrática.

Sus estudios iniciales los hizo en una escuela pública, administrada por el Cabildo de Caracas, donde entró en contacto con Simón Rodríguez, su maestro con quien pasó a vivir en su casa [del maestro], hasta que este fue a residir a Europa, y Simón Bolívar continuó sus estudios en la Academia de Matemáticas, dirigida por el padre Andújar, donde también recibió conocimientos de Historia y Cosmografía del maestro Andrés Bello. Posteriormente, el 14 de enero de 1797, ingresó al batallón de Milicias de blancos de los Valles de Aragua.



Estampilla por el sesquicentenario de la muerte de Simón Bolívar

Contaba con 16 años cuando fue enviado a España a continuar sus estudios, y ahí conoció a la que sería su esposa, María Teresa Rodríguez del Toro y Alayza, con quien se casó el 26 de mayo de 1802, cuando aún tenía 19 años. Tras-



ladados a Caracas al poco tiempo, María Teresa enfermó de fiebres malignas, y murió el 22 de enero de 1803. Luego Bolívar regresó a Europa, y en París se encontró con su maestro Simón Rodríguez, quien lo encausaría hacia la política y a la causa de la libertad; con él viajó a Italia; en el monte Sacro juró libertar a su patria, y volvió a Venezuela en 1806.

Tras los sucesos vividos en España, en 1808, como consecuencia de la invasión de Napoleón Bonaparte, en Europa y América, se formaron Juntas regionales en contra de los franceses, y las Juntas americanas fueron miradas con desconfianza por los hispanos, al percibir que se mencionaban los derechos del hombre, y que una facción de venezolanos, abiertamente, proclamaba la necesidad de constituir una Junta autónoma de las españolas, sin ningún vínculo de dependencia de España; en este ambiente estuvo Bolívar, partidario de la independencia de su patria, etapa de tensión que aparentemente terminó con la firma del Acta de Independencia y la constitución de la Primera República el 5 de julio de 1811.

Un poco antes de esto, Bolívar, ostentando el grado de coronel, fue enviado a Inglaterra en una misión diplomática junto con Andrés Bello y Luis López Méndez para buscar apoyo político y económico británico con respecto a Venezuela independiente. En Inglaterra se encontraron con Francisco de Miranda, con quien Bolívar



Postal que muestra a Simón Bolívar

empezó a contactarse. De regreso a Venezuela, en 1810, tramitó la ida de Miranda a su patria, y ahí siguió los avatares de la guerra sin poder expulsar totalmente a los realistas.

Bolívar fue protagonista principal en las batallas por la independencia de Venezuela y de Colombia, y después del Congreso de Cúcuta, con el nacimiento oficial de la Gran Colombia, en diciembre de 1821, el Congreso proclamó a Bolívar presidente de la República.

Tras los sucesos protagonizados en el Perú, y la retirada de José de San



Martín de territorio peruano, Bolívar fue llamado por el Congreso para terminar la guerra contra los realistas; no se puso de acuerdo, en Guayaquil, cuando San Martín llegó hasta ese lugar, que se había declarado independiente, y que después fue anexado por Bolívar a la Gran Colombia.

Bolívar llegó a Lima en septiembre de 1823, y el Congreso peruano lo nombró dictador el 10 de febrero de 1824; así recibió todo el mando correspondiente, para terminar con la guerra de la independencia. El 6 de agosto de 1824, Bolívar y Antonio José de Sucre derrotaron al ejército español en la gloriosa batalla de Junín. Bolívar se encontraba enfermo en la costa peruana, cuando se libró la batalla de Ayacucho, el 9 de diciembre de 1824, donde el Ejército Libertador derrotó a los realistas que firmaron la Capitulación de Ayacucho, y acabó con el dominio de la Corona española en esta parte del continente.

Mientras Bolívar estuvo en el Perú, no dejaron de protagonizarse una serie de enfrentamientos entre los civiles y los militares; se promulgó la Constitución elaborada por el Congreso Constituyente convocado por el general San Martín, y fue jurada el 13 de noviembre de 1823, pero nunca entró en vigencia.

En el Alto Perú, los criollos de ese lugar se decidieron por la existencia de un país libre, sin dependencia de Lima ni de Buenos Aires, lo cual aprobó Bolívar. Tras la independencia de Bolivia, y con serias discrepancias con los peruanos, Bolívar dejó el Perú, el 4 de septiembre de 1826, y no volvió nunca más a esta zona, espacio de su gloria. La obra de su gobierno en el Perú lo vincula a la restitución del tributo indígena, la prohibición de la mita y la libertad de vientres, garantizando el nacimiento como libres de los hijos de los esclavos enrolados en el ejército patriota, cuyas esposas estuviesen embarazadas; también se concedió libertad a los esclavos que eran soldados por su patria.

Su obra de gobierno también se asocia a la creación de la Corte Suprema y a las Cortes Superiores de Trujillo, Cusco y Arequipa. Asimismo, a la creación del Colegio Nacional de Ciencias y del Colegio de Educandas del Cusco.

Después lo encontramos asociado a la guerra con la Gran Colombia, que llevó a La Mar, presidente peruano, a ocupar Guayaquil, pero fue derrotado por Antonio José de Sucre en la batalla del Portete de Tarqui el 27 de febrero de 1829. Poco después, Venezuela se proclamó independiente de la Gran Colombia el 13 de enero de 1830, y José Antonio Páez ocupó la presidencia y desterró a Bolívar.

Bolívar se trasladó a Santa Marta, enfermo, el 1 de diciembre de 1830, lugar donde falleció días después. Al año siguiente de su muerte, Venezuela, Ecuador y Nueva Granada (actual Colombia) eran países independientes, ya no conformaban la Gran Colombia.

Antonio José de Sucre

El patriota de la independencia hispanoamericana Antonio José de Sucre nació en Cumaná, Venezuela, el 3 de febrero de 1795, y murió en Berruecos, Colombia, el 4 de junio de 1830. Aunque fue tempranamente patriota, su protagonismo se magnificó en las campañas de apoyo a Simón Bolívar; así, por ser uno de sus lugartenientes más importantes, el Libertador lo distinguió por sus condiciones de estratega y por la fidelidad que siempre le manifestó.

Fue hijo del teniente coronel Vicente de Sucre y Urbaneja, patriota desde muy temprano, y de María Manuela de Alcalá y Sánchez, quien falleció cuando Antonio tenía siete años de edad. Sus estudios iniciales los realizó en la escuela de su tía María de Alcalá, siempre bajo la supervisión de su tío José Manuel. Después ingresó a la Escuela de Ingenieros de Caracas, regentada por Tomás Mires, en la que se instruyó en matemáticas, agrimensura, fortificación y artillería, conocimientos que aplicó cuando abrazó su carrera militar. Se casó con Mariana Carcelén de Guevara y Larrea.

Su actuación comenzó antes de 1810, año en que asciende a alférez, y en 1812 es teniente en el ejército de Francisco de Miranda, desde el cual desplegó su coraje, que lo fue perfilando como un gran guerrero. En 1817, ya dentro del ejército de Simón Bolívar, fue nombrado gobernador de la Antigua Guayana y comandante general del Bajo Orinoco; por su lado, el Libertador se empeñaría desde entonces en su proyecto de una gran federación de naciones con las antiguas colonias españolas, y Sucre lo apoyaba. Asimismo, el 7 de octubre de 1817 se recibió como jefe de Estado Mayor de la División de la Provincia de Cumaná, bajo órdenes del general Bermúdez.

Sucre participó en las batallas por la independencia de Venezuela, en la campaña por la independencia de Nueva Granada, y tras el triunfo de Boyacá y la creación de la Gran Colombia, integrada por Venezuela, Colombia y Ecuador, colaboraría en la independencia del Perú.

También participó en la campaña de la independencia de Ecuador, logró un gran triunfo en Yaguachi, en 1821, y aunque no tuvo suerte en Huachi, se llenó de gloria con la batalla de Pichincha, del 24 de mayo de 1822, en la que derrotó a las fuerzas realistas, con el apoyo recibido desde el Perú, a través de los batallones que llegaron con el general Santa Cruz, con lo que se consolidó de esta manera la independencia de la Gran Colombia.

Cuando el Congreso peruano solicitó ayuda a Bolívar, Sucre llegó al Perú en 1823, unos meses antes que Bolívar, dispuesto a la lucha final, para fortalecer la independencia de Hispanoamérica en la parte sur del continente. Venía cargado de la experiencia que le daba su juventud patriótica, al cumplir 28 años, y de inmediato se le confirieron poderes de presidente de



la república, lo cual generó el recelo de don José de la Riva Agüero, que encarnaba el poder ejecutivo en el Perú.

Antonio José de Sucre estuvo con Bolívar en la batalla de Junín, el 6 de agosto de 1824: en esa ocasión, la gloria fue compartida; y fue en Ayacucho, estando lejos de Bolívar, cuando tuvo el escenario mayúsculo para su gloria, el 9 de diciembre de 1824, al derrotar a los realistas, y ser el actor principal en la Capitulación de Ayacucho, por la que los realistas aceptaron su derrota e irse del Perú. Ayacucho fue la más importante batalla en la que Sucre fue protagonista en la lucha contra los españoles: un óleo de Francisco González Gamarra ha inmortalizado el momento.

Después del triunfo de Ayacucho, y siguiendo instrucciones de Bolívar, Sucre ingresó en territorio boliviano en 1825, y fue en la Asamblea de Chuquisaca donde se deliberó sobre el futuro del Alto Perú, que contó con la aquiescencia de Buenos Aires para constituirse en Estado independiente, lo que, efectivamente, se logró el 9 de julio de 1825 por decisión de la Asamblea Deliberante de Chuquisaca, redactándose el Acta de la Independencia, el 6 de agosto de ese año.

Tras la conformación del Alto Perú como un país independiente, fue presidente de la jurisdicción de la antigua audiencia de Charcas, que surgió a la vida independiente con el nombre de Bolivia, en homenaje a Simón Bolívar, cargo desde el que impulsó una gran tarea, orientada a la organización del naciente Estado, y en el que se mantuvo hasta 1828.

Muchas calles, avenidas y plazas de Perú, Ecuador, Bolivia, Colombia y Venezuela llevan su nombre; es uno de los personajes que está en la memoria colectiva de los habitantes de estas cinco repúblicas. En Ecuador, la moneda era el sucre, hasta antes de la dolarización, y en Bolivia hay una gran ciudad, sede del poder judicial, que lleva el nombre del Gran Mariscal de Ayacucho.



Agustín Gamarra

Agustín Gamarra nació en el Cusco el 27 de agosto de 1785, y falleció en Ingavi, Bolivia, el 18 de noviembre de 1841. Fue hijo del español Fernando Gamarra y de Josefa Petronila Messía, mujer indígena del Perú. Se casó con Francisca Zubiaga, y tras su muerte, acaecida en 1835, contrajo segundas nupcias con la argentina Juana María Alvarado.

Fue un militar y político peruano que gobernó el Perú en dos ocasiones: primero de 1829 a 1833, y después, de 1839 a 1841. Estudió en el Colegio de San Buenaventura y luego realizó estudios de Cánones en el San Francisco, pero estos fueron abandonados por seguir la carrera militar.

Se enroló en el ejército realista en 1809, por lo que concurrió a las campañas y las batallas que se libraron contra los patriotas del Alto Perú, y contra los ejércitos argentinos. Estuvo bajo las órdenes de José Manuel de Goyeneche, Juan Ramírez Orozco, y de los futuros virreyes del Perú, Joaquín de la Pezuela y José de la Serna.

Se encontró también combatiendo a los hermanos Angulo y a Mateo García Pumacahua en 1814, lo que le valió ascender sucesivamente; hasta alcanzar el grado de teniente coronel. Pese a pertenecer al ejército realista, poco a poco, le ganó el sentimiento patriota, lo cual generó que se le enviara a Lima en 1820.

Cuando el general San Martín se instaló en el Perú, se enroló abiertamente a la causa de la patria, el 24 de enero de 1821. Así, estando Lima ocupada por el Ejército Libertador, Gamarra llegó a esta ciudad, y se encontró presente el 28 de julio en la proclamación de la independencia, considerándosele, posteriormente, merecedor de la Orden del Sol.

Con el Ejército Libertador estuvo en dos expediciones sobre la sierra central, y también en la campaña de Ica de 1822. Producto de la segunda campaña a la sierra central, tuvo un desencuentro con el general Álvarez de Arenales, porque no pudo cumplir lo ordenado para sorprender al general realista José Carratalá; de esta manera, se pidió su baja del ejército, pero el general San Martín no tomó en cuenta lo solicitado por Álvarez de Arenales, aunque sí se le suspendió cuatro meses de la milicia, después de la derrota patriota en la batalla de la Macacona, el 7 de abril de 1822.

Después del retiro del Protector de la Libertad del Perú, actuó en la Segunda Campaña de Intermedios de 1823, con el general Andrés de Santa Cruz, y cuando en septiembre de ese año el general Bolívar llegó al Perú, fue nombrado Jefe del Estado Mayor, con cuyo cargo participó en la batalla de Ayacucho, pues en esa ocasión realizó una gran contribución militar, porque conocía la geografía del Perú.

Bajo las órdenes de José de la Mar, presidente del Perú, participó en la guerra contra la Gran Colombia,



esta vez como comandante general del Ejército peruano; y al final de la guerra, de acuerdo con los generales Antonio Gutiérrez de la Fuente y Andrés de Santa Cruz, derrocó a La Mar en Piura, y asumió la presidencia del Perú, el cual gobernó con gran autoritarismo. Tras dejar el cargo, y por oposición con el presidente Luis José de Orbegoso, fue desterrado a Chile.

Contrario a Andrés de Santa Cruz y a Orbegoso, se opuso a la conformación de la Confederación Perú-Boliviana, y fue derrotado en la batalla de Yanacocha. Luego salió nuevamente al destierro, en Chile, desde donde regresó con un ejército chileno, con el que derrotó a la confederación en la batalla de Yungay: su propósito era anexar Bolivia al Perú, pero sin confederación.

Después de estos sucesos, Gamarra ejerció con carácter provisorio la presidencia del Perú, y fue ratificado como presidente constitucional, por el Congreso reunido en Huancayo en 1839. Gobernó hasta 1841, ya que, en otro intento de anexar Bolivia al Perú, invadió ese país, y fue derrotado y asesinado en la batalla de Ingavi, en dicho año.

Felipe Santiago Salaverry

Nació en Lima el 3 de mayo de 1806, y murió fusilado en Arequipa el 18 de febrero de 1836. Fue hijo de Felipe Santiago Salaverry y Allende y de Micaela del Solar y Duque de Estrada. Se casó con doña Juana Pérez de Infantas.

Estudió en el Real Convictorio de San Carlos y en la Universidad de San Marcos, centros de difusión de las ideas libertarias. A fines de 1820, sin contar con la aprobación de sus padres, junto con Juan Antonio Pezet, se presentaron ante el general San Martín, que había instalado su cuartel general en Huaura; así inició su carrera militar en el batallón Numancia, que ya integraba el ejército patriota.

Sus primeras acciones militares lo llevaron a la sierra central en la segunda campaña que emprendió el general Antonio Álvarez de Arenales, y su segundo escenario fue el sitio del Callao, contra los realistas en 1822, tras lo cual fue ascendido a subteniente.

Después de que el Protector de la Libertad dejó el Perú, estuvo en la Primera Expedición a Puertos Intermedios en el batallón N.° 1 de la Legión Peruana, con el grado de teniente segundo; peleó en las batallas de Torata y Moquegua, de 1823. Asimismo, se encontró en las batallas de Junín y Ayacucho, y en la campaña del general Antonio José de Sucre en Bolivia.

En 1825 se encontraba en Lima, y fue ascendiendo hasta llegar a teniente coronel en 1828; al año siguiente fue nombrado ayudante de campo del presidente José de la Mar, y con él estuvo en la guerra contra la Gran Colombia, peleando en las acciones de Saraguro, del13 de febrero de 1829, y en el Portete de Tarqui, el 27 de febrero de ese año.

Se encontraba destacado en el cuartel general de Piura, cuando Gamarra derrocó al presidente La Mar. Entonces, Salaverry fue hecho prisionero y deportado a la frontera con Ecuador; pronto retornó a Piura y continuó a Lima, y aunque estaba desanimado de la política peruana, finalmente, aceptó la Comandancia Militar de Tacna que, en 1931, le confiara el presidente Agustín Gamarra.

Cuando ejercía este cargo, pensaba en retirarse del ejército para dedicarse a la agricultura, sin embargo, sus buenos propósitos fueron malentendidos, y terminó siendo acusado de traición y confinado en el poblado de Huallaga, cerca del río Marañón, desde donde con un pequeño grupo de adversarios de Gamarra marchó sobre Chachapoyas, en abierto desconocimiento del gobierno de Gamarra, no obstante, sus deseos se vieron frustrados por la deserción de sus partidarios, lo que lo llevó a prisión en Cajamarca, hasta el 26 de octubre de 1833, en que, tras emitir un pronunciamiento, marchó sobre Trujillo, siendo derrotado en el encuentro de Garita de Moche, por lo que fugó más al norte, y se refugió en la hacienda Suipirá, en jurisdicción piurana, donde



tras su captura, se le deportó a Guayaquil; aunque no llegó a su destino, pues logró que sus custodios lo dejen en Lambayeque, y se dirigió a Trujillo en febrero de 1834.

En coordinación con el presidente Luis José de Orbegoso, asumió el cargo de comandante general del departamento de La Libertad, y después fue a combatir a los enemigos del presidente, que se habían instalado en Junín; ascendió a coronel; se encontró presente en la batalla de Huaylacucho, del 17 de abril de 1834, y, una semana después, en el recordado episodio del «abrazo de Maquinhuayo», con lo que terminó la guerra civil, y el presidente Orbegoso lo ascendió a general de brigada.

Después, Orbegoso lo nombró inspector general de las milicias de la República, para evitar cualquier tipo de sublevación; pero, al año siguiente, se rebeló contra el primer mandatario, y capturó el poder, que mantuvo por un año, ya que murió fusilado tras el enfrentamiento que sostuvo en Arequipa, en el puente de Uchumayo, el 4 de febrero de 1836, del que salió victorioso; no así el 7 de febrero, donde fue derrotado en la batalla de Socabaya.

Sometido a un proceso sumario, se le condenó a muerte y en 1836, como mencionamos antes, fue fusilado en la plaza de armas de Arequipa, junto a sus principales oficiales.



Pedro La Rosa

Nació en Lima en 1801, y murió en Iquique en 1823, y como su vocación militar afloró tempranamente, se enroló en el ejército realista, sin embargo, en cuanto el general San Martín desembarcó en el Perú, pasó a las filas patriotas que luchaban por su independencia. Al año siguiente, en 1821, el general San Martín le dio de alta en la Legión Peruana de la Guardia, creada el 18 de agosto de 1821, como un cuerpo orgánico para la organización del ejército peruano, que estuvo conformado, desde sus inicios, por los patriotas que luchaban tanto por la independencia de la patria peruana como por la de la América española.



Después de que el general San Martín dejó el Perú, Pedro La Rosa estuvo en la Primera Campaña a Puertos Intermedios, a órdenes del general Rudecindo Alvarado, y se encontró presente en la batalla de Torata, del 19 de enero de 1823, como segundo jefe de la Legión Peruana de la Guardia.

Dos días después concurrió a la batalla de Moquegua, desplegando la misma valentía que se le observó en Torata, en una lucha desigual, con un ejército realista en ventaja, que estaba capitaneado por los generales Valdez y Canterac. Tras la derrota de las fuerzas patriotas, se retiraron a Ilo y a Iquique para encontrarse con fuerzas chilenas, pero fueron sorprendidos por el ejército realista, que comandaba el general Pedro de Olañeta, que los derrotó y ocasionó el perecimiento de la mayor parte de los efectivos que estaban con La Rosa.

Murió en Iquique en esa valerosa acción, siendo integrante de la Legión Peruana de la Guardia. En el Panteón Nacional de los Próceres hay un busto que recuerda su memoria a todos los peruanos.

Basilio Auqui Huaytalla

Su nacimiento se calcula en 1750, en Pampa Cangallo, jurisdicción del Corregimiento de Huamanga, y falleció fusilado en febrero de 1822 en Huamanga.

Basilio Auqui Huaytalla fue un jefe morochuco, considerado héroe y mártir de la independencia nacional; se desempeñó como arriero y, en 1814, simpatizó con la rebelión de carácter independiente de Mateo García Pumacahua y los hermanos Angulo del Cusco, por lo que se unió con sus paisanos a las fuerzas de Mariano Angulo, y se halló presente en las batallas de Huanta y Matará, el 27 de enero de ese año.

En 1820, tras el arribo del general San Martín, encontrándose en Huamanga y con la presencia del coronel Juan Antonio Álvarez de Arenales, quien había llegado a esa ciudad para formar guerrillas, se sumó a la causa por la patria. Estuvo al frente de una partida de montoneros que, abiertamente, desafiaron al realista José Carratalá, que se hallaba instalado en las alturas de Ayacucho, y sobre quien desarrolló un hostigamiento permanente.

Basilio Auqui, siendo ya mayor (pasaba de 70 años), organizó un escuadrón de caballería en Pampa Cangallo, zona de los morochucos, e inició la lucha contra los realistas. En esa tropa de jinetes se enrolaron un hijo suyo y siete nietos, por lo que se conoció a esa unidad como Escuadrón de los Auqui.



En la batalla de Sachabamba, del 8 de febrero de 1822, derrotó a los realistas; y después, cuando trabajaba en la hacienda Cabra-Pata, una tropa de 200 realistas, conducida por un desertor, hizo prisioneros a los Auqui, encarcelándolos en el cuartel de Santa Catalina de Huamanga.

Basilio Auqui Huaytalla fue fusilado en Carmen Alto de Ayacucho a finales de febrero de 1822, como mencionamos arriba, y antes de morir por sentencia realista presenció la muerte de su mujer, sus hijos y sus nietos. Una de las primeras en destacar la acción valerosa de las guerrillas y montoneros, fue la historiadora Ella Dunbar Temple, en una publicación de 1974; previamente, en los años de la independencia, fue el propio general San Martín quien tuvo un reconocimiento para estos patriotas.

El 27 de noviembre de 2018 se presentó en el Congreso de la República un Proyecto de Ley sobre el reconocimiento del hecho histórico conocido como batalla de Secchapampa, (Sachabamba), en la que Pablo Basilio Auqui Huaytalla derrotó a los realistas.

De acuerdo a uno de los biógrafos de Basilio Auqui, el historiador Luis Guzmán Palomino, el aporte de este guerrero fue reconocido por el Ejército Libertador y aún por los mismos argentinos en la ciudad de Buenos Aires. En Ayacucho existe un busto de Basilio Auqui en la plazuela de Santa Teresa, inaugurado el año del sesquicentenario de la batalla de Ayacucho.

Mariano Melgar

Arequipa le ha dado lustre a la patria con hombres y mujeres trascendentes; entre ellos, algunos de reconocimiento universal. La sociedad del Misti fue tempranamente independentista, lo demuestra el valor de sus hijos, que forman una larga lista de patriotas, de la cual es parte Melgar.

Mariano Lorenzo Melgar nació en Arequipa el 10 de agosto de 1790, y murió fusilado en Umachiri el 12 de marzo de 1815. Fue hijo de Juan de Dios Melgar y de Andrea Valdivieso Gallegos. Los peruanos lo recuerdan más como poeta, pese a que fue un revolucionario independentista, con actuación desde 1812, cuando el sentimiento de patria entre los peruanos fue reforzado por el de ciudadanía, emanado de la Constitución de Cádiz, que convirtió a los hispanoamericanos de súbditos a ciudadanos.

Participó en la guerra por la independencia, incorporándose en 1814 como auditor de guerra en el ejército del cacique Mateo García Pumacahua. Fue tomado prisionero en la batalla de Umachiri y fusilado al día siguiente en este lugar, como dijimos antes, cuando apenas tenía 24 años de edad.

Mariano Melgar estudió en la escuela del Convento de San Francisco de Arequipa; tempranamente, aprendió a hablar en latín, francés e inglés, y se perfilaba como dibujante. En 1807 ingresó al Seminario Conciliar de San Jerónimo, para estudiar Filosofía y Teología; en cuya biblioteca leyó obras clásicas y de la Ilustración. En 1810 recibió las órdenes menores, de manos del obispo Luis Gonzaga de la Encina y Perla; pero, en 1812, abandonó la carrera eclesiástica por el amor que sentía por María Santos Corrales, a quien inmortalizaría como Silvia. Luego viajó a Lima para estudiar Derecho.

A fines de 1812, con motivo de la elección del cabildo constitucional de Arequipa, escribió por encargo la «Oda a la libertad», en la que registró poéticamente su fe en un futuro de igualdad, a partir de lo considerado en la Constitución liberal de 1812, en cuya elaboración participaron diputados del Virreinato del Perú. Asimismo, en su «Oda al conde de Vista Florida», homenaje a José Baquíjano y Carrillo, manifiesta su fe en la existencia de una comunidad hispanoamericana.

No son pocas sus poesías en las que, teniendo empatía con la población indígena, se queja del estado de las cosas en una sociedad estamental que privilegiaba espacios para unos pocos; creaciones de las que se puede deducir que Melgar estaba ganado por el sentimiento de igualdad e independencia.

De regreso a Arequipa, en 1814, se dedicó al trabajo de campo en el valle de Majes, y, en contacto con los trabajadores agrícolas, escucha harawis o cantos quechua, que lo inspiraron para componer sus yaravíes. Como en agosto de 1814 estalló la rebelión de los hermanos Angulo y Mateo García Pumacahua del Cusco, y siendo consecuente con su espíritu patriótico, fue a Chuquibamba y se enroló en las tropas patriotas que apoyaban al ejército de Pumacahua.



El cacique Pumacahua salió del Cusco rumbo a Arequipa con la intención de tomar la ciudad, y, efectivamente, esa campaña exitosa lo condujo a él y a su tropa al triunfo de la Apacheta; así ocuparon Arequipa, como era su propósito, y tras la reacción realista abandonaron la ciudad rumbo a Puno. El 11 de marzo de 1815 se libró la batalla de Umachiri, entre patriotas y realistas, con la que el ejército a favor del rey salió victorioso. Melgar fue capturado y juzgado sumariamente; fue condenado a muerte, y fusilado al día siguiente, no sin antes reiterar a los realistas que la libertad y la independencia de América era indetenible.

El 2 de julio de 1964, el gobierno del Perú reconoció oficialmente a Mariano Melgar como uno de los primeros patriotas del país. Existe un busto suyo en el Panteón Nacional de los Próceres; una provincia del departamento de Puno se llama Melgar, asimismo, hay instituciones educativas, una canción, calles y avenidas que llevan su nombre.

José Rosa Ara

Los caciques Ara, originarios de San Pedro de Tacna, han estado asociados al sentimiento de patria en esta ciudad que, tras la proclamación de la independencia, fue declarada Ciudad Heroica, en mayo de 1828.

Uno de los protagonistas de la Emancipación, don José Rosa Ara y Robles, tacneño nacido aproximadamente en 1778, fue el único hijo varón legítimo del cacique don Toribio Ara y Cáceres y de doña María de la Trinidad Robles. José Rosa, en 1818, se casó con la tacneña Tomasa Churruca y Salazar, y, viudo, se casaría, posteriormente, en 1840, con doña Antonia Churruca.

José Rosa Ara y Robles, prócer cuyo nombre está en la memoria colectiva de los tacneños, se adelantó a Francisco Antonio de Zela en el enfrentamiento que ambos protagonizaron contra las tropas realistas, apoyados por la población indígena, al apoderarse del Cuartel de la Caballería; mientras que Zela actuó contra el Cuartel de la Infantería. Cabe mencionar que ambos sucesos están asociados a la revolución tacneña.

Don José Toribio Ara y Cáceres asumió el cacicazgo de Tacna en 1792, y fue abiertamente patriota durante la conspiración de Zela, quien lo nombró coronel del batallón de Naturales, y siguió siendo patriota, como le informaron los espías al general José de San Martín, en 1820, cuando los rebeldes insurreccionaban en la costa del Virreinato del Perú.

Pero José Toribio Ara no solo apoyó a Zela en 1811, sino que también lo hizo con Paillardelli en 1813. Después de la prisión de Zela, los patriotas Ara no sufrieron encarcelamiento, por eso, en 1813, son nuevamente protagonistas del nuevo levantamiento; pese a que, en julio de 1813, de acuerdo a la Constitución de Cádiz, se eligió el Cabildo Constitucional de Tacna, en el que el cacique Toribio y su hijo resultaron electos regidores.

Una nueva revolución conmovería a Tacna en octubre de 1813, promovida por el propio ayuntamiento, los hacendados y los comerciantes de Tacna, en conexión con Enrique Paillardelli. Hay que recalcar que el contacto era fluido entre los patriotas de Tacna y los del Río de la Plata, y que, con la derrota de los patriotas, ni el padre ni el hijo sufrieron prisión, pero resultó encarcelado Manuel Calderón de la Barca, casado con una hija del cacique.

José Rosa Ara fue sentenciado a vivir fuera de Tacna. Para las autoridades realistas, los Ara representaban un peligro, por el gran ascendiente que tenían sobre la población de Tacna y de zonas aledañas. Pese a esto, al año siguiente, nuevamente, los Ara apoyaron otro movimiento rebelde, el de los hermanos Angulo y Pumacahua.

Una institución educativa de Tacna, el colegio 42005, lleva el nombre de José Rosa Ara.



Pablo de Olavide

Pablo Antonio José de Olavide y Jáuregui nació en Lima el 25 de enero de 1725, y murió en Baeza, España, el 25 de febrero de 1803. Fue hijo de Martín José de Olavide y de Ana María Teresa de Jáuregui y Ormaechea, quienes fallecieron en el terremoto que asoló Lima en 1746. Se casó con Isabel de los Ríos. Ha trascendido como escritor, político y como precursor de la emancipación de América.

Estudió en el Colegio Real de San Martín de Lima, regido por los jesuitas, en Lima, y en 1740 se licenció en Teología en la Universidad de San Marcos, en la que dos años después fue docente universitario. Por su capacidad y talento, en 1745, siendo muy joven, fue nombrado oidor de la Real Audiencia de Lima.

Fue a España en 1752, después de enfrentar serias acusaciones de haber destinado el dinero de obras pías hacia obras impías, entre ellas la construcción del teatro de Lima; ya que el virrey José Antonio Manso de Velasco lo había nombrado administrador de los bienes de quienes murieron en el terremoto de 1746. El asedio por esta causa lo persiguió hasta España, donde al fin pudo quedar libre de todas las acusaciones.

En Francia tuvo amistad con Voltaire y Diderot, y en España con el quiteño Miguel de Gijón y León. En 1768, la Inquisición española lo acusó de enviar libros prohibidos a América. Pero nada de esto lo privó de acceder a cargos directamente concedidos por los monarcas españoles. Por su lado, Carlos III le encomendó los proyectos de colonización en varias zonas del sur de España. Aunque las persecuciones de la Santa Inquisición frustraron las empresas a cuyo cargo estaba Olavide, ya que fue hecho prisionero a fines de 1776, por ser acusado, entre otros cargos, de leer libros prohibidos y cuestionar los dogmas de la Iglesia católica.

Olavide fue recluido en un convento, y se le condenó a no leer más libros que los de la fe católica, sin embargo, pronto huyó de la prisión y, en Francia, fue acogido por sus amigos Voltaire y Diderot. Frecuentó a D'Alembert, Condorcet y Marmontel; alcanzó un prestigio aun fuera de Francia, en la lejana Rusia; y, además, en Francia también alternó con los patriotas reformistas.



Se encontró presente en Francia en los días de la revolución; y pese a condenar la ejecución de los reyes, la Convención le confirió el título de «ciudadano adoptivo de la república francesa». Poco después sufrió prisión durante el Gobierno del Terror, en 1794. Se presume que entre 1797 y 1798 estuvo vinculado a Francisco de Miranda, al norteamericano John Quincy Adams, al inglés William Pitt y al exjesuita peruano Juan Pablo Viscardo y Guzmán con la intención de elaborar un plan relacionado con la independencia de Hispanoamérica.

Olavide es autor de numerosas obras, poesías, versos, ensayos, novelas, teatro, zarzuelas, proyectos de colonización, planes de estudios universitarios, entre otras publicaciones. Era un criollo con ideas revolucionarias, y como promovió una actividad reformista y modernizadora enfrentó la oposición de los poderosos conservadores de la Corte, que provocaron su caída en desgracia. Cabe resaltar que su pensamiento evidenciaba la influencia de las ideas de los filósofos ilustrados y racionalistas.

En reconocimiento a su producción, una universidad española fundada en 1997 lleva su nombre. Su busto se encuentra en el Panteón Nacional de los Próceres desde el 13 de febrero de 1960, después de que en el Primer Congreso Nacional de Historia del Perú se le declarara precursor de la Emancipación de América.



José Olaya

José Silverio Olaya Balandra nació en Chorrillos a fines del siglo XVIII, en 1782, y murió fusilado en Lima el 29 de junio de 1823, al descubrirse su apoyo en la lucha por la independencia del Perú, en los días en que Lima había vuelto a caer en manos de los realistas, después de la proclamación de la independencia por el general San Martín, y antes de la llegada de Simón Bolívar al Perú.

Fue el segundo hijo de José Apolinario Olaya y de Melchora Balandra; el mártir heredó el oficio de pescador de su progenitor. La fecha de su nacimiento está basada en un cálculo, por la desaparición del libro de Bautismos correspondiente, tras el incendio de Chorrillos por los chilenos.

Este mártir por la independencia nacional actuó como emisario secreto entre el gobierno independiente que se había instalado en el Real Felipe y los patriotas que estaban en Lima. Fue descubierto por los realistas, que lo apresaron el 27 de junio de 1823, y torturaron para que delate a los otros patriotas que tenían que ver con la correspondencia que transportaba; pero prefirió el sacrificio, y valientemente enfrentó a la muerte, el mismo día que se celebra la fiesta del patrono de los pescadores.

Uno de sus biógrafos, Luis Antonio Eguiguren, advierte que cuando se trata de grandes personajes, de esos que valoraba la historia de otros tiempos, cuando se priorizaba a la costa sobre la sierra y la selva; al hombre sobre la mujer; a lo católico sobre otras religiones; y al heroísmo militar sobre el civil; poco se dice de Olaya por no pertenecer a un estamento social elevado.

Olaya comenzó sus actividades patrióticas desde que tomó contacto con lord Cochrane, cuando este marino se desplazaba por la costa peruana promoviendo la insurrección contra los realistas, de acuerdo al plan de San Martín. Olaya visitó las naves de la escuadra ofreciendo llevar la correspondencia para los patriotas del Callao y Lima.

La familia de José Olaya era humilde, sin embargo, eso no impidió que los sentimientos de patria se desarrollaran en su padre, quien falleció en 1822, dejando a sus hijos su amor por la tierra en la que nacieron y sus destrezas en el oficio de pescador. José Olaya era un gran nadador, y en una balsa se desplazaba entre Chorrillos y la isla de San Lorenzo, para terminar en el Callao ofreciendo el pescado fresco.

En la ocupación de Lima por las fuerzas de Rodil, en 1823, Antonio José de Sucre, que se encontraba en el Real Felipe, necesitaba contactarse con los patriotas de Lima, y Olaya asumió esta empresa; así llevó la correspondencia, mientras los realistas redoblaban la vigilancia. Sospecharon del pescador, lo capturaron en Lima y lo sometieron a tormento.

De esta manera, Olaya fue torturado antes de ser fusilado en el callejón



Captura de José Olaya Balandra
Raúl Vizcarra, s. f.



de los Petateros que ahora lleva su nombre: pasaje Olaya; recibió 200 golpes de palo y la misma cantidad de latigazos, por órdenes del realista Ramón Rodil. También le arrancaron las uñas, después de torturarlo en los pulgares, actos de crueldad que reflejan la desesperación de los realistas que sabían que el fin del gobierno español estaba cerca. Pero nada de eso hizo decaer el patriotismo de Olaya, por lo que no delató a nadie ante los halagos y amenazas que enfrentó.

En 1861, Juana de Dios Manrique de Luna declaró ante un juzgado los pormenores del reparto de la correspondencia por José Olaya, y que entre los patriotas que no fueron delatados estaban ella y Narciso Colina, hermano del capellán del virrey La Serna, quien enviaba mensajes clave que servían a los patriotas.

Olaya fue sepultado con la escarapela peruana, como fue su pedido. Tempranamente, se reconoció su sacrificio: cuando el presidente José Bernardo de Tagle expidió el Decreto Supremo del 3 de septiembre de 1823, el cual honraba la memoria del mártir y disponía que cuando se mencione su nombre, el ejército debía responder: «¡Presente en la mansión de los héroes!». Se dispuso también que todos los años la Municipalidad de Chorrillos celebre el 29 de junio solemnes exequias por el alma de José Olaya en la iglesia de su jurisdicción.

Posteriormente, el Ejército del Perú lo proclamó Patrono del Arma de Comunicaciones. Además, muchas calles, plazas e instituciones educativas llevan su nombre.

María Parado de Bellido

María Andrea Parado de Bellido nació en Huamanga el 5 de julio de un año no definido, y murió fusilada en Huamanga el 1 de mayo de 1822. Su nombre figura entre los de las pocas heroínas peruanas de la independencia que ha recogido la historia, sin embargo, a través de ella se honra a los cientos de mujeres patriotas que lucharon y entregaron su vida por el Perú, como esta mártir de la independencia.

Esta mujer mestiza quechua-hablante tuvo su protagonismo durante el tiempo que el general San Martín estuvo en el Perú, expuso su bienestar y el de su familia, y entregó su vida sin delatar a otros patriotas que, como ella, eran partidarios de la libertad. María Parado de Bellido fue hija de Fernando Parado, criollo oriundo del Alto Perú, quien migró hasta la zona de Huamanga, y su madre fue Jacinta Jayo, mujer indígena.

Se casó a los 15 años con el negociante Mariano Bellido, después empleado de correos en Cangallo, donde fue a residir la familia; fueron padres de siete hijos: dos varones y cinco mujeres, los primeros y su esposo fueron patriotas desde el comienzo de la gesta sanmartiniana. Así, Tomás Bellido, uno de sus hijos, se incorporó al ejército patriota, cuando, a fines de 1820, el general Álvarez de Arenales llegó a Huamanga, y posteriormente estuvo entre los montoneros patriotas liderados por Quiroz Lazón, cuya actuación, como la de otros guerrilleros, fue reconocida oportunamente por el general San Martín.



Estampilla por el Año de la Mujer Peruana (1975) en la que se muestra a María Parado de Bellido

Su esposo y su hijo Mariano estuvieron con los montoneros que apoyaban a las fuerzas del general José de San Martín. Si bien, tras la ocupación de Lima por el ejército patriota y la retirada del virrey La Serna hacia el Cusco, se proclamó la independencia del Perú en 1821; los realistas no iban a retirarse del territorio virreinal muy tranquilamente, pese a que se encontraban con las evidencias del deseo de los peruanos de ser libres por todas las ciudades que pasaban.

Desde el Cusco, el virrey envió fuerzas hacia la sierra central, comandadas por el general José Carratalá y el coronel Juan Loriga. Carratalá se encargó de someter a los patriotas en Parinacochas, Lucanas y Huamanga, para lo que empleó métodos de lo más réprobos, como el incendio de pueblos y la masacre a la gente, crueldades de las que no se salvó Cangallo.

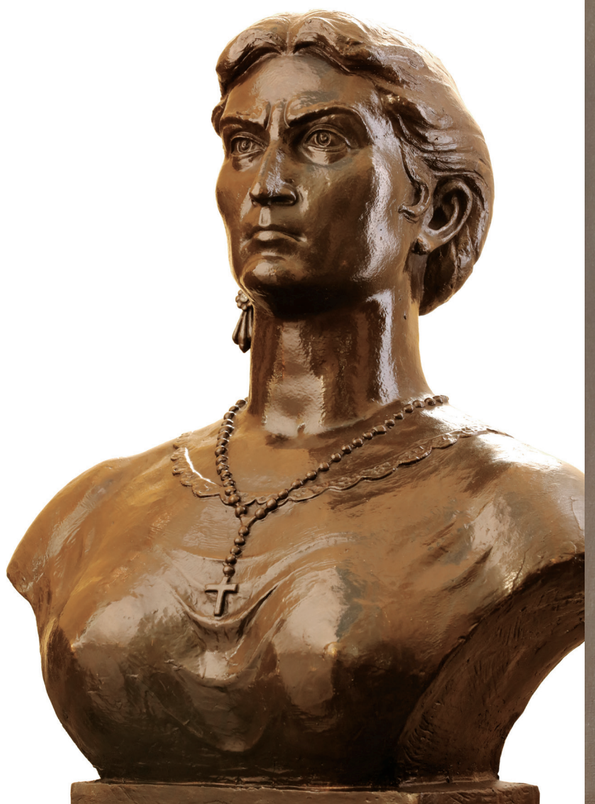
Carratalá había establecido su cuartel general en la ciudad de Huamanga. Buscó contactar con los realistas de Ica; pero, cuando se enteró de que estos resultaron victoriosos en el encuentro de La Macacona, no salió de Huamanga, con la intención de aniquilar a los guerrilleros que apoyaban al ejército del general San Martín.

María Parado de Bellido era tan patriota como su esposo y sus hijos, y a ellos les enviaba cartas informándoles de los movimientos de los realistas en Huamanga, información que, finalmente, llegaba hasta el dirigente Quiroz. Cuando los realistas arribaron al pueblo de Quilcamachay, los patriotas no estaban, y uno había dejado olvidada, en una chaqueta, una de las cartas mandadas por María Parado de Bellido a su esposo el 26 de marzo de 1822: lo que fue puesto en conocimiento de Carratalá.

La patriota María Parado de Bellido fue apresada el 30 de marzo en Huamanga y sometida a interrogatorio, pero no se logró que delate a los patriotas; ni siquiera la tortura la hizo hablar, pese a que ella sabía del riesgo que corría, ante esta negativa. Por eso, Carratalá ordenó su muerte por fusilamiento.

Previo al cumplimiento de la sentencia, María Parado de Bellido fue paseada por la ciudad, y su sentencia fue leída en cada esquina de la plaza de Huamanga, con la intención de atemorizar a los patriotas. Fue llevada a la pampa o plazuela del Arco, donde estaba el pelotón de fusilamiento destinado a dar cumplimiento a la sentencia; así fue y su alma de patriota iluminada por el cielo de los andes se alzó al *hanan pacha* de sus antepasados.

El libertador Simón Bolívar dispuso una pensión de gracia para las hijas de la heroína. Y su nombre está en la memoria colectiva de todos los peruanos, porque no hay textos del curso de Historia que dejen de mencionarla, y diversas instituciones educativas se llaman como ella, así como también diferentes calles y avenidas.





Los hermanos Angulo

Cusco le ha dado al país hijos e hijas que tuvieron notoriedad en el universo prehispánico, en el Virreinato, en la Emancipación y en la República, como es el caso de los cuatro hermanos Angulo, próceres de la independencia en el país en el que nacieron. Fueron hijos de Francisco Angulo y Melchora Torres.

Los hermanos Angulo alternaban su vida cotidiana entre el comercio y la agricultura, José, además, se desempeñaba como capitán del Regimiento de Abancay; Vicente en un momento fue oficial del ejército realista, y Mariano, oficial de milicias; en cambio, Juan había elegido la carrera eclesiástica, por eso estudió en el Seminario de San Antonio Abad del Cusco, y fue párroco de Pampamarca: él se encontraba en Lares cuando estalló la Revolución del Cusco de 1814.

José, Mariano y Vicente encabezaron dicha rebelión, protagonizada por el brigadier Mateo García Pumacahua, quien junto con otros líderes patriotas se levantaron contra el gobierno español. José Angulo protagonizó la revolución como capitán general de las Armas de la Patria; en cambio, Vicente Angulo actuó con el grado de brigadier; junto con Pumacahua se dirigieron a Arequipa; y a él se le atribuye el triunfo revolucionario en La Apacheta.

Mariano, con el grado de coronel, asumió la comandancia general del Cusco y se dirigió hacia Huamanga. De esta participación no estuvo ajeno Juan, el religioso, porque el sentimiento de amor a la patria se manifestaba en los cuatro hermanos Angulo, sin embargo, la suerte les fue adversa, porque tras la captura de José, Mariano y Vicente, se les sometió a juicio sumario y recibieron la condena de muerte, por esto fueron ejecutados en el Cusco el 29 de mayo de 1815. Mientras eso sucedía, Juan, el sacerdote, fue enviado a España y encerrado en la cárcel de Corte en Madrid.

Vicente había estado enrolado en el ejército realista que luchaba contra los patriotas rioplatenses, sin embargo, en 1813, ya militaba en el bando patriota que se reunía en el Cusco, y al estallar la revolución se manifestó abiertamente partidario de ella. Cuando llegó a Arequipa con Pumacahua, intentaron organizar un gobierno local, pero la aproximación del general realista Juan Ramírez, a la ciudad, los hizo desistir de ese propósito, hasta que los patriotas y realistas se enfrentaron en las pampas de Umachiri, donde tras caer prisionero fue conducido al Cusco.

Mariano Angulo había sido subdelegado en el partido de Abancay y comerciante; y cuando estalló la revolución se hizo cargo de la comandancia del cuartel general del Cusco, dándosele el grado de coronel. No participó en Umachiri por encontrarse en Huamanga, y cuando las noticias de la derrota llegaron hasta ese lugar, fue

traicionado por José Manuel Romano, apresado y sometido a juicio sumario con sus hermanos.

José Angulo fue minero en Tarapacá. Se casó con María Asencia Tapia de Mendoza, y luego de esto se dedicó a la agricultura en los alrededores del Cusco y en Abancay. Su trato continuo con los indígenas desarrolló una empatía con el sufrimiento de estos peruanos y, haciendo suyas las ideas imperantes de comienzos del siglo XIX, el espíritu de la Constitución de Cádiz y la experiencia de los rioplatenses, participó en las reuniones patriotas organizadas en la antigua ciudad imperial.

Como promotor del movimiento que exigió la promulgación de la Constitución de Cádiz de 1812, fue apresado, no obstante, continuó reuniéndose con los patriotas, para dirigir los planes conspirativos. La revolución estalló el 3 de agosto de 1814, por lo que se constituyó una Junta de Gobierno integrada por el brigadier Mateo Pumacahua, el teniente coronel Juan Tomás Moscoso y el coronel realista Domingo Luis Astete, quien finalmente no era patriota en realidad. Al comienzo se escribió al virrey Abascal sobre los motivos de la protesta, y al poco tiempo fue evidente que el propósito era extender la revolución por todo el Virreinato, para lo cual se contó con sacerdotes entre los dirigentes.

Sin embargo, los realistas derrotaron a los patriotas en la batalla de Umachiri el 11 de marzo de 1815. Luego, tras la muerte de sus hermanos, Juan, el sacerdote, fue capturado y condenado a un año de ejercicios espirituales en Trujillo, y a pagar una multa de 2000 pesos; finalmente, fue enviado a España por orden del virrey Abascal, y en Cádiz y Madrid estuvo prisionero.



Busto en homenaje a José Angulo ▶

Mateo García Pumacahua

Nos aproximamos con gran velocidad hacia el Bicentenario de la Proclamación de la Independencia Nacional, y con toda seguridad, como se hizo en el centenario y en el sesquicentenario, de muchas maneras se honrará la memoria de los precursores, de los próceres y mártires de la independencia, así como la de todos los patriotas de esa gesta, que se han quedado para siempre en la memoria colectiva de los peruanos.

Todo el país tiene a quien recordar en esta fecha que comprometerá el espíritu cívico de todos los peruanos: no hay rincón de la patria que no se haya encontrado presente en esta gesta. Por eso, la celebración nacional se mezclará con las regionales, porque cuando la patria hizo un llamado por su independencia, el eco retumbó desde el océano hasta las selvas, sin detenerse en el corazón de los andes.

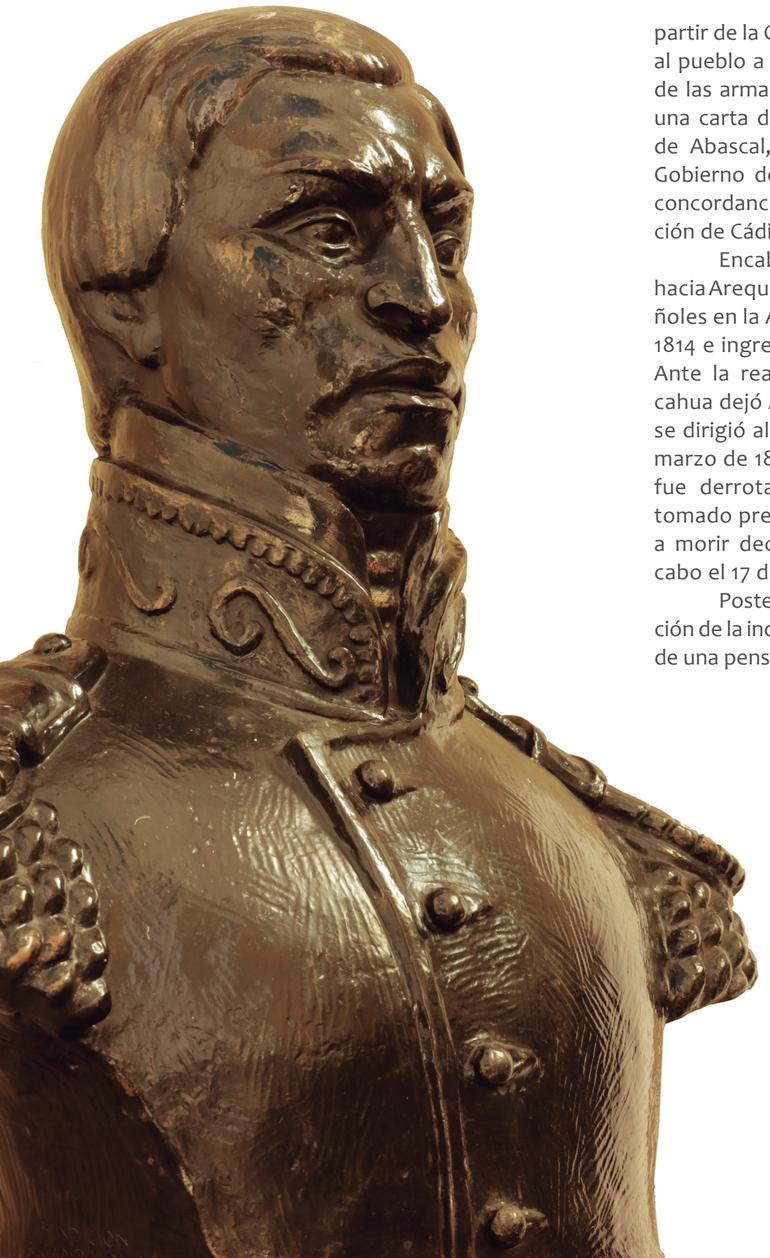
El norte, el centro y el sur, tanto como la costa, la sierra y la selva, acudieron ante el llamado de las voces terrígenas; había llegado el momento de ser independientes, y esto no separó a los peruanos por su oriundez biológica, indios, blancos, negros, cholos, mestizos; todos tenían un firme propósito: apostar por la independencia del Perú.

Una figura digna de evocar es la de Mateo García Pumacahua Chihuantito, que nació en Chinchero, Cusco, el 21 de septiembre de 1748, y murió el 17 de marzo de 1815. Fue un militar y un funcionario indígena del Virreinato del Perú; pero, principalmente, un líder de la Rebelión del Cusco en 1814, por lo que su busto se encuentra en el Panteón Nacional de los Próceres.

Pumacahua heredó el cacicazgo de Chinchero, Maras, Guayllabamba, Umasbamba y Sequecancha. En una primera fase de su vida, estuvo contra los independentistas, persiguiendo a los tupacamaristas, es decir, al comienzo estuvo del lado de los realistas. Sin embargo, su prestigio como descendiente de los incas lo llevó a ser elegido alférez real de indios nobles del Cusco en 1802.

Fue coronel de infantería realista, ostentó el rango de brigadier, y respaldó, en 1811, la campaña en el Alto Perú del brigadier Goyeneche. Presidió, interinamente, la Audiencia del Cusco, creada después del levantamiento de Túpac Amaru II, y, siendo integrante de la Audiencia, tuvo noticia de la promulgación de la Constitución de Cádiz, cuando ya contaba con 72 años de edad.

El efecto de esta carta, que igualaba en ciudadanía a los españoles y americanos, fortaleció el ideal separatista y más revueltas en América. Así, junto al criollo José Angulo y dos oficiales del ejército, Luis Astete y Juan Tomás Moscoso, el 3 de agosto de 1814, formaron en el Cusco una Junta de Gobierno, como fue entendida a



partir de la Constitución, es decir, llamando al pueblo a ponerla en vigencia con ayuda de las armas. En un pronunciamiento y en una carta dirigida al virrey José Fernando de Abascal, le hizo ver que la Junta de Gobierno del Cusco se había formado en concordancia con el espíritu de la Constitución de Cádiz de 1812.

Encabezó una expedición hacia Arequipa, con la que venció a los españoles en la Apacheta el 9 de noviembre de 1814 e ingresó al día siguiente a la ciudad. Ante la reacción de los realistas, Pumacahua dejó Arequipa el 30 de noviembre y se dirigió al Cusco y a Puno; pero, el 11 de marzo de 1815, el ejército que comandaba fue derrotado en Umachiri (Puno); fue tomado preso en Sicuani y se le sentenció a morir decapitado, pena que se llevó a cabo el 17 de marzo del mismo año.

Posteriormente, y tras la proclamación de la independencia, sus nietas gozaron de una pensión concedida por el Gobierno.



Estampilla en la que se muestra a Mateo García Pumacahua

Juan José Crespo y Castillo

Huánuco es una ciudad que, al parecer, inspiró a varios de sus hijos para decidirse por la causa de la independencia. En esa ciudad nació, en 1747, Juan José Crespo y Castillo, prócer de la independencia del Perú, que fue condenado a muerte en 1812, año de especiales circunstancias en su patria, que vivía la experiencia de los debates de conversión de los súbditos en ciudadanos, como consecuencia de la Constituyente de Cádiz, que también ese año promulgó la Constitución liberal.

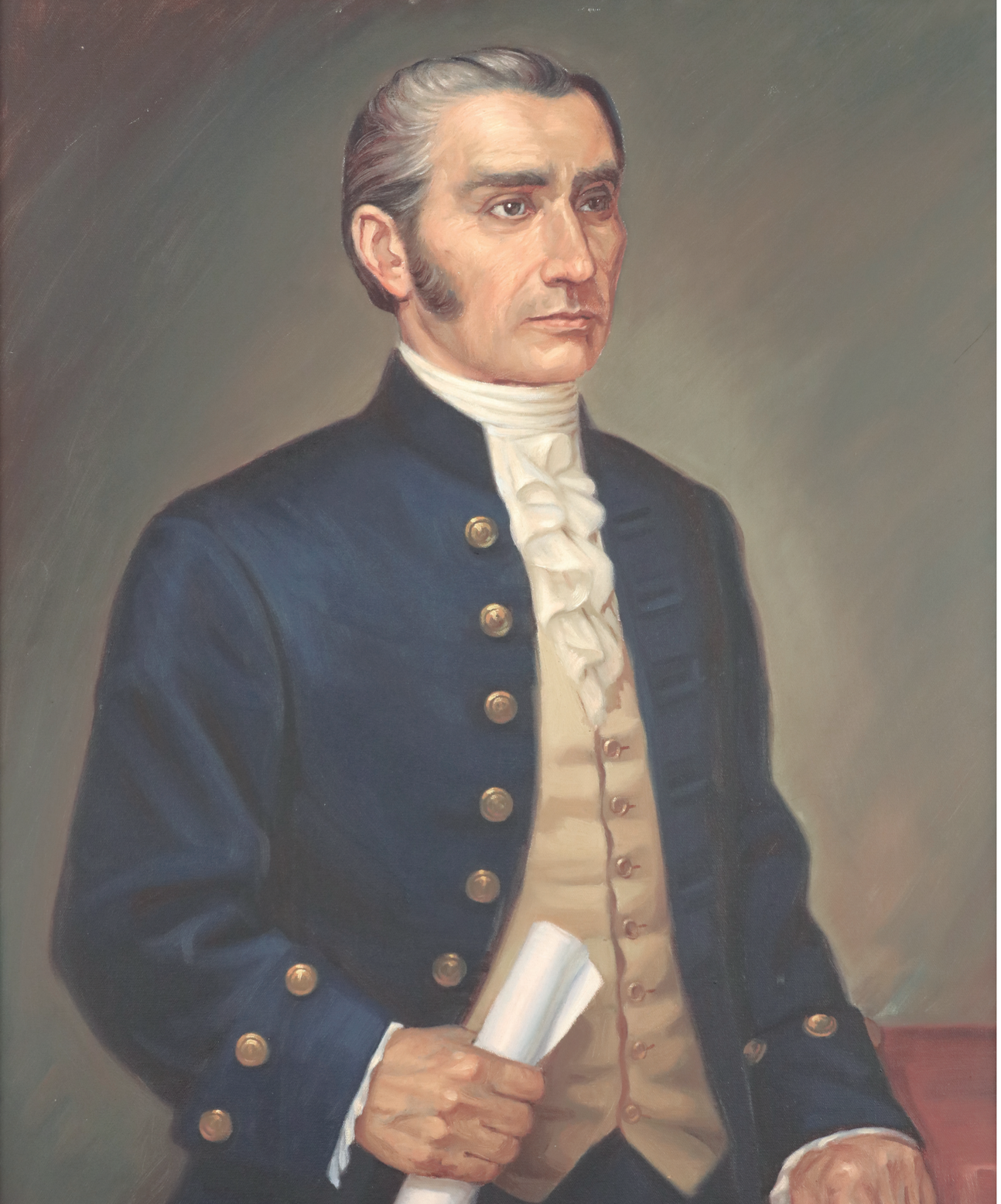
Juan José Crespo y Castillo está considerado como uno de los líderes de la rebelión de Huánuco de 1812, en la que participaron muchos criollos de esa localidad, junto a los alcaldes indígenas de la zona, que, en una alianza tácita, marcharon contra las fuerzas realistas aposentadas en Huánuco. Crespo y Castillo era agricultor, comerciante y minero; como agricultor se dedicaba a la siembra y a la comercialización de la cascarilla y otros productos de buena cotización; y, paralelamente, era miembro del cabildo de su ciudad de origen.

La realidad social de ese momento, en una sociedad dividida en estamentos sociales casi irreconciliables, era la de un mundo donde los indígenas sufrían por la tiranía y el despotismo del régimen virreinal. Sin embargo, la población criolla también era afectada por ese sistema de gobierno, porque se les postergaba el que puedan desempeñar cargos públicos, y en 1812 se sintió afectada, además, porque las autoridades virreinales suprimieron la libertad de cultivos decretada por las Cortes de Cádiz.

Esas medidas llevaron a que los productores y comerciantes de tabaco fueran tomados como contrabandistas, y perseguidos por la autoridad; esta situación de descontento social favoreció las circunstancias para que criollos, indígenas y mestizos se alíen en contra del sistema monárquico.

Los criollos de Huánuco se reunieron para reflexionar sobre qué hacer frente a un gobierno que consideraban que tenía mal desempeño; en esas reuniones participaba Juan José Crespo y Castillo y, para organizar una rebelión, buscaron apoyo entre los pueblos cercanos, y anunciaban, como en un mesianismo, la llegada de un inca justiciero, que encarnaría lo que hoy se conoce como la utopía andina de la vuelta al poder por los descendientes de los antiguos gobernantes.

Como todo eso llevaría a la expulsión de los españoles, las poblaciones nativas de Panatahuas, Huamalíes, Huánuco y otros lugares vecinos, inspiradas por sus alcaldes, fueron parte de la rebelión y, escasamente armadas, asediaron la ciudad de Huánuco el 22 de febrero de 1812, enfrentándose a un contingente realista, al que derrotaron,



ya que actuaron como si existiera un pacto preexistente entre indígenas y criollos. Al día siguiente tomaron la ciudad y, tras destituir a las autoridades locales, el mando político y militar recayó en Juan José Crespo y Castillo.

Al poco tiempo, como había ocurrido en otras ciudades de la América hispana, los criollos de Huánuco, siguiendo el ejemplo del Río de la Plata, conformaron una Junta de Gobierno compuesta por Domingo Berrospi, Juan José Crespo y Castillo y Juan Antonio Navarro. Berrospi fue destituido, al poco tiempo, porque su pasividad puso en descontento a los nativos; después recayó el mando en Crespo y Castillo. En todo momento se hizo ver que la rebelión era contra los españoles opresores y tiranos, no contra el Estado español.

El ejército de Crespo y Castillo se enfrentó a los españoles en el combate de Ambo, en el cual los derrotó el 4 de marzo de 1812. Los patriotas ocuparon Ambo, y los realistas huyeron a Cerro de Pasco, al saber que las fuerzas que los enfrentaban llegaban a casi 15 000 hombres.

Enterado el virrey Abascal ordenó que el intendente de Tarma, José Gonzáles de Prada, combatiera a los rebeldes, con fuerzas bien equipadas con cañones, fusiles y municiones. El intendente llegó a Ambo, se enfrentó a Crespo y Castillo el 17 de marzo, quien junto con miles de indígenas hicieron frente a los realistas y, al final del encuentro bélico de Puente de Ambo, el resultado fue una masacre para los rebeldes, que dejaron Ambo, regresaron a Huánuco y a pesar de que Crespo y Castillo tuvo la intención de organizar la resistencia, decidieron irse a pueblos vecinos. Por eso, cuando los realistas ingresaron a Huánuco, el 19 de marzo, estaba despoblada.

El resultado de esta lucha desigual fue que hubo muchos patriotas muertos y se capturaron a los cabecillas. Crespo y Castillo, el curaca Norberto Haro y el alcalde de Huamalíes José Rodríguez fueron ajusticiados en la plaza mayor de Huánuco, con pena de garrote, el 14 de septiembre de 1812.

Juan José Crespo y Castillo es parte de la memoria colectiva entre los peruanos, y su movimiento patriótico se menciona en los libros para los estudiantes de secundaria.





Francisco Antonio de Zela

Nació en Lima el 24 de julio de 1768, y murió en Chagres, en el actual Panamá, el 18 de julio de 1819 para algunos; y el 28 de julio de 1821 para otros. Fue hijo del español Alberto de Zela y Neyra y de la dama chalaca Mercedes de Arizaga y Hurtado de Mendoza. Se casó con la tacneña María de la Natividad Siles y Antequera.

Francisco Antonio de Zela estudió en el Seminario Conciliar de Santo Toribio, fundado el 7 de diciembre de 1591 por el arzobispo Toribio Alfonso de Mogrovejo; y en 1784, pasó a Tacna como aprendiz de ensayador y fundidor de las Cajas Reales de esa localidad.

Está considerado como uno de los próceres de la independencia del Perú, por ser el protagonista de la revolución de Tacna en 1811, ya que dio el grito libertario en esa localidad, acción considerada la primera insurrección armada por la independencia del Perú, para lo cual había tomado contacto con los insurrectos del Río de la Plata, que habían enviado proclamas de adhesión a las ciudades y villas del Virreinato del Perú.

Zela, cuyo espíritu patriótico ardía por la causa de la libertad, respondió a la motivación venida desde el Río de la Plata por parte de un bando dirigido a los tacneños, que apoyaba a la Junta de Gobierno que se había instalado en Buenos Aires, y declaraba en todo momento fidelidad al monarca español.

Zela fue apoyado por los criollos de Tacna y por la población mestiza e indígena. Se contó entre sus seguidores al cacique de Tacna, don Toribio Ara; a su hijo José Rosa Ara; al cacique de Tarata y Putina, Ramón Copaja, quien le había llevado comunicaciones de Manuel Belgrano, con relación al apoyo que se le prestaría desde el Río de la Plata; de modo que, levantándose Tacna, los realistas del Alto Perú tendrían menos posibilidades de apoyo de otros contingentes leales a la Corona española.

Zela quiso asumir la jefatura político-militar de la plaza, reconociéndose él mismo como comandante militar de las Fuerzas Unidas de América. El 20 de junio de 1811, por la noche, se asaltó a los dos cuarteles de caballería e infantería de Tacna; en esos instantes, Zela enarbolaba una bandera con colores azul y blanco a cuatro campos triangulares, y por tres días estableció un gobierno libre, adherido a los principios de la Junta que gobernaba el Río de la Plata, desde Buenos Aires.

Los argentinos enviaron un ejército al Alto Perú, comandado por el general Antonio González Balcarce y por Juan José Castelli, que el mismo 20 de junio fueron derrotados en la batalla de Guaqui por el ejército realista peruano del brigadier José Manuel de Goyeneche, con lo que se frustró el apoyo prometido, y se consiguió el final de la insurrección y la captura de Zela y sus amigos.

A Francisco Antonio de Zela lo trasladaron a Lima, y le conmutaron la pena de muerte por la del presidio de diez años en Chagres, entonces dentro



Francisco Antonio de Zela, protagonista de la revolución de Tacna en 1811
Raúl Vizcarra, 1963

de la jurisdicción del Virreinato de Nueva Granada, donde, afectado por el clima tropical y las condiciones infrahumanas de su encierro, falleció quizás el 28 de julio de 1821, como piensan algunos; mientras que otros creen que su deceso se produjo antes: el 18 de julio de 1819.

Manuel Ubalde



José Manuel Ubalde nació en Arequipa el 27 de marzo de 1766, y murió ahorcado en el Cusco, sentenciado por las autoridades realistas, el 5 de diciembre de 1805. Fue hijo del coronel Simón Ubalde y de Rosa Zevallos.

La familia de Ubalde se trasladó al Cusco, y en la antigua capital de los incas estudió en el Colegio de San Bernardo, regentado por los jesuitas, y en la Universidad de San Antonio Abad, fundada en 1692. Continuó sus estudios en Lima en el Real Convictorio de San Carlos, y se graduó de doctor en Leyes en la Universidad de San Marcos.

Recibido de abogado, ejerció su profesión en la capital virreinal, donde entró en contacto con quien sería su gran amigo, el minero huanuqueño Gabriel Aguilar; desarrollarían una amistad, que duraría hasta la muerte de ambos, ocurridas a causa de la conspiración que dirigieron para independizar al Perú, acción que estaba asociada a la restauración de la monarquía incaica.

Después de trabajar en Lima, se instaló en el Cusco, cuando fue nombrado teniente asesor del presidente de la Audiencia, creada después de la revolución de Túpac Amaru II, en cuyo cargo se encontraba el brigadier Manuel Ruiz Urriés de Castilla. Debido a que Manuel Ubalde fue destituido de su cargo de teniente asesor en 1804 y, circunstancialmente, Gabriel Aguilar se hallaba en la Ciudad Imperial, decidieron organizar una rebelión independentista, que iba más allá de una separación de la Corona de Castilla, porque coincidieron en la necesidad de restablecer el Imperio incaico.

En su propósito lograron la adhesión del regidor Manuel Valverde Ampuero, descendiente de los incas; pues su padre, Francisco Tomás de Valverde y Ampuero, era uno de los choznos de Inés Huaylas Yupanqui, hija del inca Huayna Cápac, de modo que si la revolución triunfaba, Manuel Valverde Ampuero sería inca gobernador del Perú: esta fue una estrategia, con toda seguridad, para lograr el apoyo de los criollos y mestizos.

Participaron con los tres mencionados el cacique Diego Cusihuamán, el fray Diego Barranco, el abogado Marcos Dongo, el presbítero José Bernardino Gutiérrez y otros religiosos que apoyaban abiertamente el proyecto. Se prepararon dos expediciones para marchar sobre Lima y Potosí, pero la traición de Mariano Lechuga, al delatarlos ante el oidor Manuel P. Berriozábal, hizo que se enterara el presidente de la Audiencia, por lo que se arrestó a los comprometidos con la causa patriota y se mandó el acuartelamiento de las tropas.

Las autoridades virreinales sometieron a juicio a Aguilar y a Ubalde, y tomaron severas represalias contra el cacique y los otros comprometidos, incluidos los sacerdotes que fueron desterrados e inhabilitados para tener cargos parroquiales. Gabriel Aguilar y Manuel Ubalde fueron condenados a muerte y ahorcados en la plaza mayor del Cusco el 5 de diciembre de 1805, debido a que se adelantaron, aunque con un movimiento frustrado, a otros intentos de independencia de las colonias españolas.

Tempranamente, se reconoció el sacrificio de Aguilar y Ubalde, ya que el 6 de junio de 1823, el Congreso los declaró beneméritos de la patria. El busto de Ubalde se instaló en el Panteón Nacional de los Próceres el 16 de abril de 1962.



Gabriel Aguilar

Nació en Huánuco el 18 de marzo de 1775, y falleció en Cusco el 5 de diciembre de 1805. Fue hijo de Salvador Aguilar y de Clara Narvarte. Se consideraba emparentado con los incas, pues su abuela materna era descendiente de Huáscar. Trabajó como minero en Chile y Argentina, y cuando fue a vivir a Europa, en España, conoció los ideales de la Revolución francesa que postulaban libertad, igualdad y fraternidad.

Estudió en la Real Escuela de Minería de Almaden en Almagro, España, donde se recibió de mineralogista y metalúrgico, y puso en práctica sus conocimientos en Recuay y Huaylas en Perú; Huarco, Copiapó y Río Colorado en Chile; Chayanta, Potosí, actual Bolivia; Mendoza y Río de la Plata en Argentina; asimismo, estuvo en Uruguay, España y Francia.

El rey Carlos IV lo declaró minero mayor del reino de España, y ante este soberano expuso un proyecto para abrir caminos de penetración en la selva norte del Perú, con la intención de llegar al Amazonas; y, con una flota fluvial, navegar hasta España por el Atlántico. Se asegura que la tribu de los lamas le otorgó un poder por el que se le autorizaba para interceder ante el rey por ellos; de igual manera, manifestó ante el rey la necesidad de abrir caminos en la selva central mediante una exposición que haría luego ante el virrey O'Higgins.

Aguilar fue también ensayista, alquimista, tipógrafo, dibujante, poeta y escritor. Se asegura que, en Europa, estuvo al lado de quienes concibieron la independencia de América del Sur: Argentina, Chile, Perú y Quito. Fue amigo del cónsul de Inglaterra en Cádiz (España), lord James Duff Gordon, quien creó el plan Maitland, con el fin de liberar a América de España, el cual habría sido puesto en práctica por el general José de San Martín.

Cuando Aguilar estuvo en Chachapoyas fue detenido por los españoles, ya que su ideal de libertad para el Perú era manifiesto; pero fue liberado por mediación del sabio Alexander von Humboldt, a quien acompañó en parte del viaje, compartiendo su conocimiento sobre construcciones incas.

La conspiración de Aguilar y del abogado arequipeño Manuel Ubalde se realizó en el Cusco en 1805: ambos se habían propuesto la creación de un frente para luchar por la independencia del Perú, y restituir el Imperio incaico; y la preparación de dos expediciones: una marcharía sobre Lima, y la otra sobre Potosí, sin embargo, fueron traicio-



nados por Mariano Lechuga, y apresados el 24 de junio de 1805.

Aguilar y Ubalde eran dos criollos no limeños, cuyo propósito de independencia estuvo ligado a un proyecto monárquico, no republicano, donde uno de los descendientes de los incas debía gobernar. Por su ideal de independencia, en 1823, el Congreso de la República reivindicó su memoria proclamándolos beneméritos de la patria.

El delito que les imputaron fue el de organizar una conspiración para asaltar el cuartel, tomar el Cusco, y tras un proceso nacional, expulsar a los españoles de todo el Perú; contaban entonces con el apoyo de todos los indios de la ciudad imperial y de zonas aledañas.

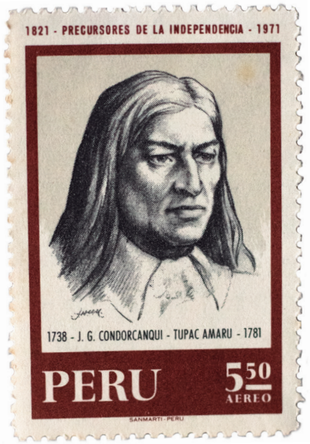
Aguilar y Ubalde fueron sometidos a juicio por las autoridades virreinales, y condenados a la pena de muerte por ahorcamiento en la plaza mayor del Cusco, acto que se ejecutó el 5 de diciembre de 1805. Sus nombres se registran en los libros de historia de secundaria, de manera que la gratitud de la nación peruana les reserva un sitio especial.

Túpac Amaru II,
el gran precursor de la independencia nacional

Cada 4 de noviembre, se cumple un aniversario del levantamiento de José Gabriel Condorcanqui, Túpac Amaru II, líder del sur peruano, que protagonizó una página imperecedera dentro de la historia nacional, de Latinoamérica y de España.

Quizás son pocos los que ignoran este suceso, porque es de conocimiento obligado en la Educación Básica Regular (primaria y secundaria), y no hay peruano que no haya escuchado el nombre de este personaje, a quien se le tributó un gran reconocimiento desde que el Perú se declaró independiente, y aun, hasta no hace mucho, veíamos cómo circulaban monedas y billetes con el perfil de este precursor de la independencia nacional, cuya vida ha sido llevada al cine.

Durante el Virreinato hubo una serie de protestas, asonadas, rebeliones, y todo tipo de manifestaciones contra el poder de los hispanos: de esta forma, a inicios del siglo XVIII, cuando continuaban las protestas, el Virreinato del Perú fue remecido por las rebeliones de Juan Santos Atahualpa, de los caciques de Huarochirí, y por la gran rebelión del sur, cuya figura central fue Túpac Amaru II.



Estampilla en la que se muestra a Túpac Amaru II

Túpac Amaru II es un personaje que está en la historia patria y del que saben todos los que habitan tierra peruana, e incluso los mismos extranjeros. Sobre su protagonismo en la historia continental, han escrito peruanos y foráneos, que reconocen en Túpac Amaru II la figura de un gran líder, cuyas acciones alteraron la estructura socioeconómica de los dominios hispanos en el nuevo mundo.

José Gabriel Condorcanqui fue hijo de Miguel Condorcanqui y de Rosa



Noguera. Se asegura que realizó sus estudios con los jesuitas del Colegio San Francisco de Borja o Colegio de Caciques del Cusco; y que dominaba los idiomas quechua, castellano y latín. Asimismo, como peruano y descendiente de los incas, había leído los Comentarios reales de los incas del Inca Garcilaso de la Vega.

El 25 de mayo de 1758 se casó con Micaela Bastidas Puyucahua, y fueron padres de tres hijos: Hipólito, Mariano y Fernando. En 1764 fue nombrado cacique de Tungasuca, Surimana y Pampamarca, y fijó su residencia en el Cusco, desde donde viajaba para controlar el funcionamiento de sus tierras.

Túpac Amaru II sufrió la presión de las autoridades realistas porque los arrieros del Río de la Plata querían tener redes comerciales monopolizadoras del tránsito de mineral que se orientaban hacia el Alto Perú. Además, se vio afectado, como los nativos, por el establecimiento de aduanas y aduanillas, y por el alza de las alcabalas, lo que lo llevó a generar el reclamo correspondiente. También consideró la liberación de los indígenas del trabajo obligatorio en las minas, al que estaban forzados, en un reclamo que pasó por las instancias de Tinta, Cusco y Lima, pero su queja no fue atendida. A esto se sumó el proceso que inició de reconocimiento de su linaje real inca, que fue rechazado.

Por Juan José Vega, uno de sus últimos biógrafos, sabemos una serie de detalles que ignorábamos o que no habíamos percibido. En su libro se describen los acontecimientos históricos de toda una época, y se detallan los sucesos que comprometieron el futuro de los peruanos, analizando la personalidad de los protagonistas de la gran rebelión del sur.

Si bien el inca rebelde es uno de los protagonistas; del lado español, otro protagonista fue el corregidor Arriaga, un coronel abusivo en su conducta desde que estuvo en Córdoba, Argentina, de lo que hay registro en el Archivo Provincial de esa localidad, donde constan sus enfrentamientos con las autoridades de esa parte del Virreinato del Río de la Plata, y aun con las eclesiásticas; pleitos de los que no se escapó el obispo arequipeño Manuel de Moscoso y Peralta, criollo destacado, quien también fue trasladado al Cusco, unos años antes de la rebelión, donde terminó excomulgando al corregidor.

En tiempos de Túpac, llegó al Perú el visitador Antonio de Areche, funcionario de la Corona española, que llevó a cabo una serie de reformas orientadas a un mejor control del movimiento económico en el Virreinato peruano, como la división de las aduanas en aduanillas a las que se les denominó receptorías subalternas. Este personaje aparece después, enfrentado a los intereses tupacamaristas.

Túpac Amaru II se levantó contra el poderío español el 4 de noviembre de 1780, y cabe resaltar que tenía la



compañía de una mujer excepcional, Micaela Bastidas Puyucahua, que muchas veces hizo el papel de su lugarteniente y mano derecha; asimismo, tuvo parte activa en varias batallas, sin limitarse al estrecho mundo de lo doméstico, al que estaban relegadas las mujeres de su época. Además, José Gabriel Condorcanqui contó con el apoyo de muchos hombres y mujeres que fueron fieles a él, campesinos de su zona y de otros espacios, y mujeres lideresas que, como Tomasa Tito Condemayta, no vacilaron en tomar partido por la causa de los oprimidos.

La rebelión de Túpac Amaru II hizo reflexionar a muchos peruanos de su tiempo, tanto hispanos como indígenas, mestizos, negros y criollos; llevó a consideraciones reflexivas a las autoridades, y aun a los corregidores que, si bien presenciaron la derrota de los rebeldes y su ajusticiamiento, entendieron paulatinamente que el mundo no debería continuar así.

Hay placas y monumentos que recuerdan a Túpac Amaru II. En todo el país, se le ha dedicado plazas, y se les ha colocado su nombre a instituciones educativas y a jurisdicciones territoriales; es decir que Túpac Amaru II vive para siempre, como reza el poema: «Querrán matarlo, y no podrán matarlo». El inca se asoma en el presente peruano, porque así lo merecen los grandes hombres y mujeres de la historia, aquellos que con su sangre regaron las tierras que ancestralmente les pertenecían, y que habían dejado de ser suyas por la conquista del siglo XVI.

La rebelión de Túpac Amaru II, si bien alzó la voz de protesta desde el Cusco, resonó por todo el altiplano y más allá de este espacio; desde esas latitudes del Virreinato se reclamaba por la libertad, la dignidad y el respeto de los hombres y las mujeres, en un mensaje que se transformó en un gran eco continental.

Esta rebelión se sintió en su propio escenario, en el mundo aimara y quechua, en todos los ayllus, las estancias y las villas, así como en las ciudades pequeñas, medianas y grandes, donde el resonar de la protesta se había asentado; porque muchos hicieron empatía con esta situación, que era la misma para muchos súbditos de la Corona española, que se sentían atropellados por el poder hispano, al margen de la oriundez geográfica y la índole biológica que les correspondía.

Antes de su rebelión, Túpac Amaru II había estado en Lima en 1777, lo que coincidió con la llegada de Areche a la capital virreinal. Túpac Amaru II había llegado para reclamar un derecho de descendencia; y Areche por las reformas mencionadas y para hacer unos reajustes de reforma eclesiástica y urbana, orientados a poner



Túpac Amaru II, el día de su ejecución
Raúl Vizcarra, s. f.

fin a las constantes protestas que se venían experimentando en esta parte de América, pero también se dice que vino para limitar el poder de los criollos, cuyo auge en esta faceta de la vida cotidiana ya estaba preocupando a la Corona española.

El movimiento de Túpac Amaru II fue una gran conjura indocriolla, cuyos movimientos están más allá del mundo de los andes; pues los conflictos sociales no se habían limitado a Cusco y Puno, se vivían en todos los dominios hispanos en América. La gran rebelión se protagoniza unos meses después de que el virrey Agustín de Jáuregui reemplaza al virrey Guirior.

El levantamiento se inició con la captura del corregidor de Tinta, don Antonio de Arriaga, el 4 de noviembre de 1780 y con su ejecución el 10 de noviembre del mismo año. De su muerte, aunque no lo manifestaran abiertamente, también estaban de acuerdo los curas, que sabían de los abusos del corregidor, quien, pese a refugiarse en la iglesia, fue sacado por la población y ejecutado.

Quedan en la memoria colectiva las victorias de Tungasuca y otras iniciales, como la de la batalla de Sangarará, y también el día de su ejecución en la plaza de armas del Cusco el 18 de mayo de 1781; sin embargo, con su muerte no acabó su gloria, era el comienzo de la inmortalidad de un líder, al que los peruanos le han hecho un altar especial



Estampilla en ocasión del bicentenario de la rebelión de Túpac Amaru II y Micaela Bastidas

con el que se han fortalecido las raíces y el amor patriótico de los peruanos.

Túpac Amaru II es un paradigma para los jóvenes y los adultos de todos los tiempos; es uno de los peruanos del milenio pasado que, junto con San Martín de Porres, Santa Rosa de Lima, el Inca Garcilaso de la Vega y Miguel Grau, han escrito páginas de nuestra historia.

Micaela Bastidas

Micaela Bastidas Puyucahua nació en Tamburco, Abancay, el 23 de junio de 1744, y murió, en el Cusco, ejecutada por orden de las autoridades realistas el 18 de mayo de 1781. Fue hija de Manuel Bastidas y de Josefa Puyucahua.

En medio del reconocimiento que se hace a la mujer a través de la historia, desde la segunda mitad del siglo XX, y en lo que va del siglo XXI, se le considera una precursora de la independencia nacional, por haberse comprometido con la causa de los peruanos, con respecto a la dominación española, y haber actuado al lado de su esposo Túpac Amaru II en momentos cruciales de la revolución que se protagonizara en el sur peruano y en el Alto Perú.

Fue una mujer de coraje, defensora de la justicia y la libertad; y esto la ha llevado a convertirse en uno de los personajes femeninos más popularizados del Perú, ya que su nombre está en la memoria colectiva, como los de María Parado de Bellido y Rosa Merino, quizás ellas tres son las más nombradas del periodo de la Emancipación e Independencia.

Micaela Bastidas y Túpac Amaru II se casaron el 25 de mayo de 1760. Él era un joven mestizo descendiente de los incas; por línea materna estaba entroncado con el último inca, Túpac Amaru I. La pareja se estableció en Tinta, Cusco, cuando José Gabriel Condorcanqui fue nombrado cacique de Tungasuca, Surimana y Pampamarca, que por herencia le pertenecía; fueron padres de Hipólito, Mariano y Fernando.



Estampilla por el Año de la Mujer Peruana (1975) en la que figura Micaela Bastidas

Micaela Bastidas, como la mayoría de las mujeres de su tiempo, tuvo educación elemental, y se considera que su esposo fue su maestro ideológico. De esta manera, ambos reflexionaban juntos sobre la injusticia que pesaba sobre los indios, mestizos, negros e incluso los criollos, que tenían tantos derechos como los españoles; pero lo cierto era que se vivía en medio de una sociedad estamental que, por despotismo, privilegiaba beneficios para unos pocos.

José Gabriel Condorcanqui inició un movimiento contra la dominación española, tras agotar todas las vías de entendimiento; se levantó con el apoyo de otros curacas, algunos hacendados, mestizos, criollos e indios, y Micaela Bastidas aparece como su principal



consejera; así se le halla presente en el juicio al corregidor Arriaga. Micaela Bastidas fue la encargada de aprovisionar a las tropas, con dinero, armas, alimentos y vestimentas.

Con Micaela Bastidas, un gran número de mujeres andinas trabajó con ella, como Cecilia Escalera Túpac Amaru II y Tomasa Tito Condemayta, la cacica de Acos, cuyos nombres representan a la legión de mujeres aimaras y quechuas que luchaban por la restitución de sus derechos y se presentaban en los campos de batalla, al lado de sus hijos, progenitores, hermanos o esposos, como ocurrió con Micaela Bastidas. Muchas de ellas estuvieron en la batalla de Sangarará, del 18 de noviembre de 1780, donde el ejército rebelde venció a los realistas.

El ejército de Túpac Amaru II llegó a siete mil hombres y mujeres que darían su vida si era posible por terminar con el reinado de la opresión y estaban dispuestos a enfrentarse a la Corona española. En medio de esto, Micaela Bastidas aparece como la principal estratega y consejera de su esposo, pero en la ocasión en que Micaela le pidió atacar inmediatamente el Cusco, no fue escuchada por su esposo, y en un grave error de táctica él se concentró en otras villas.

Tras esto y, por una traición, Túpac Amaru II cayó en poder de los realistas, así como también sucumbieron su esposa y su familia cercana. Fueron apresados, trasladados al Cusco y encarcelados en el convento de la Compañía de Jesús. Sometidos a interrogatorios y tormentos no delataron a sus partidarios, pese a las falsas promesas de disminuir la pena, por lo que el 14 de mayo de 1781 fueron condenados a muerte, lo que se ejecutó el 18 de mayo de 1781 en la plaza de armas del Cusco.

Micaela Bastidas presenció la tortura y muerte de su hijo mayor, y a ella también la torturaron. Al igual que hicieron con su esposo, su cuerpo fue desmembrado y sus partes enviadas a diferentes pueblos para escarmiento de los rebeldes.



Juan Santos Atahualpa

Se estima que Juan Santos Atahualpa era un mestizo que nació en el Cusco en la segunda década del siglo XVIII, y se le considera como un líder quechua que dirigió la rebelión indígena que comenzó en 1742.

De niño vivió entre los jesuitas del Cusco, afirmaba siempre ser descendiente de los incas; hablaba quechua, latín, castellano y algunas lenguas nativas. De adulto afirmaba conocer Europa y África. Recorrió el Perú entre Cusco y Cajamarca, y, alrededor de 1740, empezó a trabajar con los misioneros franciscanos en la zona de Chanchamayo, espacio donde estaba el cerro de la sal que explotaban los españoles, usando mano de obra de los nativos asháninkas.

Como la explotación a los nativos era inmisericorde, ese maltrato le inspiró la idea de restaurar el Imperio incaico y expulsar a los españoles. Se puso al frente de las tribus de la región y encabezó la rebelión que trastocó el orden impuesto por las autoridades hispanas; contaba para entonces Juan Santos Atahualpa con más de 30 años, se vestía con la cushma de los indios selváticos y se colgaba una cruz de madera de chonta en su pecho.

En junio de 1742 estalló el movimiento, con la proclamación de Juan Santos Atahualpa como Apu Inca, lo que le hizo creer que lo apoyaría toda la población originaria del Virreinato, y los ingleses, con quienes afirmaba haber tenido contacto. En su prédica pregonaba que no se dejaría de lado la religión católica, pero que debería ordenarse a nativos en el sacerdocio. Planeó que la lucha por la restauración del Imperio incaico comenzaría por la selva, seguiría por la sierra y terminaría en la costa, donde soñaba con ser coronado inca.

Su conocimiento de la lengua quechua y de lenguas amazónicas le permitieron una gran facilidad para llegar y hacerse entender por los nativos de la selva central, que cada vez más lo apoyaban en mayor número, entre ellos, estaban los asháninka, los yanesha y los shipibo, del Gran Pajonal, en las cuencas de los ríos Tambo, Perené y Pichis.

El ejército de Juan Santos Atahualpa contaba con más de 2000 hombres, lo que le permitió controlar la selva central, territorio que estaba descuidado por las autoridades virreinales. Los rebeldes destruyeron 27 misiones, y el virrey marqués de Villagarcía dispuso que los gobernadores de la frontera de Jauja y Tarma vayan hasta la zona rebelde y capturen al líder. Luego se produjo un encuentro entre los realistas y los nativos, lo que generó que Juan Santos Atahualpa vaya hasta Huancabamba entre la selva y sierra sur, y evite ser capturado por los realistas.

En 1743, los españoles organizaron una expedición a La Merced (Chanchamayo), entonces conocida como Quimiri, y en ese lugar levantaron un fuerte que

fue dotado con cuatro cañones y cuatro pedreros, con sus respectivas municiones, que al poco tiempo fue atacado por los rebeldes, quienes exigían la rendición de los leales al rey. Posteriormente, Juan Santos Atahualpa tomó el pueblo de Monobamba, el 24 de junio de 1746, y de esta manera creció el espacio dominado por los rebeldes.

Las fuerzas oficiales no podían combatir a Juan Santos Atahualpa, quien tomó Sonomoro en 1751 y Andamarca en 1752, con lo que se aproximó cada vez más a Tarma, Jauja y Ocopa. Continuaron las persecuciones contra Juan Santos Atahualpa, aunque no se logró su captura, mientras las autoridades virreinales se llenaban de temores; pero, providencialmente para ellos, desde 1756, Juan Santos Atahualpa salió del escenario.

Sobre su desaparición y muerte hay una serie de conjeturas; se presume que fue envenenado y también se piensa que falleció en Metraro, a causa de una pedrada disparada con una honda en medio de un festejo; asimismo, se dice que en este lugar habría tenido un tipo de mausoleo donde estarían sus restos y que sería objeto de veneración: lo cual fortalece la leyenda que se desarrolló con su desaparición, de que era inmortal: inmortalidad que ha ganado al quedarse para siempre como uno de los personajes que está en la historia y en la memoria colectiva de los peruanos.



Juan Pablo Viscardo y Guzmán

Nació en Pampacolca, Arequipa, el 26 de junio de 1748, y murió en Londres el 10 de febrero de 1798. Sus padres fueron Gaspar Viscardo y Guzmán y Manuela de Zea y Andía; su familia se había instalado en el valle de Camaná, desde el siglo XVII. Se le considera un precursor de la independencia hispanoamericana por la publicación, en 1799, de su famosa *Carta a los españoles americanos*.

Después de vivir y estudiar en Pampacolca, fue enviado al Cusco a estudiar en el Real Colegio de Nobles de San Bernardo, administrado por los jesuitas, a cuyo noviciado ingresó en 1760. Tres años después hizo sus primeros votos, y en 1767 el monarca español Carlos III decretó la expulsión de los jesuitas de la península ibérica y de los dominios hispanos.

Se arrestó a los jesuitas y se les trasladó a Lima, entre ellos, a Juan Pablo Viscardo y Guzmán y a su hermano José Anselmo; se les embarcó rumbo a España; arribaron a Cádiz con no pocos contratiempos en la travesía; y los enviaron a Italia. La Corona española le prohibió a Juan Pablo Viscardo y Guzmán regresar al Perú y tener comunicación con sus familiares, de modo que no podía disfrutar de los bienes que heredó en el Perú, además, no podía vivir con la pensión irrisoria que se le había concedido.

Así agobiados como se encontraban, en 1781, tomaron conocimiento



Estampilla en la que figura Juan Pablo Viscardo y Guzmán

de la revolución de Túpac Amaru II. Entonces, Juan Pablo se contactó luego con el cónsul inglés en Liorna, Italia, a quien le hizo saber del descontento que existía en el Perú, y que la oportunidad era propicia para que Inglaterra apoye la independencia de las colonias españolas, pues se podía aprovechar la guerra que tenían en esos momentos Inglaterra y España.

En 1782 llegaron a Londres, y Juan Pablo Viscardo y Guzmán se ofreció como guía y traductor, porque dominaba la lengua quechua, y estaba lejos de saber que ya la rebelión tupacamarista había sido aplastada. Viajó a Londres con su hermano en busca de ese apoyo; así proponía el envío de una expedición, que a través de Buenos Aires continúe hasta el Perú, iniciativa que fue del interés de los británicos, por la realidad de las 13 colonias, cuya pérdida ya era latente, sin embargo, la firma de la paz con España les hizo perder todo el interés.

En 1791 intentó nuevamente el apoyo británico; por eso, viajó a Londres, y se presume que, cuando estaba de tránsito por Francia, redactó la *Carta a los españoles americanos*, cuando se aproximaba el tricentenario de la llegada de Cristóbal Colón a América; nunca cesó en su empeño de motivar a los americanos para la conformación de un Estado independiente.

Radicado desde 1795 en Londres, vio frustrados sus planes por coyunturas internacionales que postergaban la decisión de los ingleses. En esa ciudad enfermó y, muy pobre, falleció, como dijimos, en 1798.



Sus papeles quedaron en poder de Rufus King, ministro de Estados Unidos en Inglaterra, quien los puso en manos de Francisco de Miranda, patriota venezolano que decidió la publicación de la *Carta a los españoles americanos*, la que, escrita en francés, se imprimió en Londres en 1799, aunque aparezca como editada en Filadelfia, Estados Unidos; y, posteriormente, se publicaría en español en 1801.

Esta carta fue fundamental para reforzar los sentimientos de patria entre los americanos, y la multiplicación de la voluntad por la emancipación. También fue autor de una serie de escritos que reflejan su pensamiento emancipador, y que han sido conocidos después de su muerte como *Proyecto para independizar América española*, escrito en Liorna en 1791, *El ensayo histórico sobre los disturbios de América meridional en 1780*, escrito en Londres en 1792, y otros que permiten reconocerlo como un gran ideólogo.

En su *Carta a los españoles americanos* instaba a los hispanoamericanos a tomar partido por la independencia de la Corona española, pues esta abundaba en detalles justificativos para la toma de esa decisión.

En el Tercer Congreso de Historia de América reunido en Buenos Aires, se le reconoció como el «primer precursor ideológico de la independencia americana».

José Baquíjano y Carrillo

La conciencia de patria se obtiene después de un proceso en el que muchos de los actores tienen y esto ocurrió con la generación de intelectuales que, a fines del siglo XVIII, se agruparon en Lima, bajo una bien organizada institución que se conoce como la Sociedad Amantes del País.

En medio de este protagonismo se destaca la presencia de un gran limeño, uno de esos hombres que se hizo trascendente por su pensamiento claro, que llegó en algunos momentos a asumir una posición de clase con respecto a los estamentos sociales menos favorecidos en el reino del Perú: este personaje se llamó José Baquíjano y Carrillo, quien nació en Lima, de acuerdo a su biógrafo Miguel Maticorena Estrada, el 13 de marzo de 1751, y falleció en Sevilla el 24 de enero de 1817.

El precursor e ideólogo fue hijo de Juan Bautista Baquíjano Veazcoa Urigoen y de María Ignacia Carrillo de Córdoba y Garcés de Marcilla. Terminados sus estudios de latinidad, ingresó al Seminario Conciliar de Santo Toribio y a la Universidad de San Marcos, y, siendo muy joven, fue bachiller en Cánones (1765) y doctor en Leyes y Cánones (1765). Se recibió como abogado ante la Real Audiencia en 1769.

Fue secretario del obispo electo del Cusco, Agustín de Gorrichátegui, en 1772; este pastor de almas conocía las cualidades intelectuales del precursor, desde cuando fue rector del seminario, y Baquíjano y Carrillo, alumno del plantel. Baquíjano y Carrillo participó en el Concilio Limense de 1772, en el que el obispo Martínez Compañón, de grata recordación en el Perú, actuó como secretario.

En Lima fue incorporado a la Real Audiencia como fiscal del crimen interino y nombrado protector general interino de los naturales de la jurisdicción de la audiencia. Es en estos años que llevó a cabo la defensa de los caciques Bernardo Tambohuacso y Pedro Cimbrón; conocemos estos documentos por la mencionada publicación del historiador Miguel Maticorena Estrada, quien hizo la transcripción literal.

Durante la recepción que la universidad tributó al virrey Agustín de Jáuregui el 27 de agosto de 1781, pronunció un discurso en nombre del claustro, con conceptos contrarios a la violencia ejercida por las autoridades españolas, textos considerados como sediciosos por las autoridades hispanas, quienes dispusieron el recojo de la impresión para enviar los ejemplares a España; en este discurso se ve, claramente, el reclamo de reconocimiento de igualdad para los nacidos en América.

En 1790 promovió la formación de la Sociedad Académica Amantes del País, de la que fue presidente hasta 1793. Baquíjano y Carrillo tuvo una gran influencia en el círculo intelectual que la

componía, entre quienes estaba Hipólito Unanue. Se afirma que Baquíjano y Carrillo fue un convencido sostenedor de un liberalismo equilibrado, que se refleja en las páginas del *Mercurio Peruano*. En 1806 fue promovido al cargo de oidor de la Real Audiencia.

El *Mercurio Peruano*, publicado por la Sociedad Amantes del País, fue el instrumento a través del cual se vendió la idea de patria a los peruanos; este periódico tuvo lectores en todo el Virreinato y fuera de él. Hay varios suscriptores de todo el país, y publicaciones sobre cada corregimiento en la segunda mitad del siglo XVIII.

En 1812, Baquíjano y Carrillo fue designado vocal del Consejo de Estado que debería regir los destinos de España y sus dominios durante la cautividad de Fernando VII; esto equivale al reconocimiento de un ciudadano meritorio, y aceptación de los derechos políticos de los peruanos y americanos, quienes le tributaron múltiples muestras masivas de alegría, lo cual llegó a preocupar al virrey Abascal.

Llegó a España cuando el movimiento liberal se debilitaba frente al absolutismo del rey Fernando VII; el criollo peruano fue mirado con recelo, motivo por el que se dispuso su confinamiento en Sevilla, en 1815, ciudad en la que más tarde falleció. Baquíjano y Carrillo heredó el título de conde de Vista Florida, por muerte sin sucesión de su hermano mayor.

Finalmente, destacamos una apreciación textual de Miguel Maticorena sobre el precursor, de quien nos dice: «En José Baquíjano destacan dos actitudes respecto a minorías o planteamientos de independencia política. A veces se aproxima o colabora con grupos que preparan la revolución. En otros casos se muestra distanciado y crítico de proyectos separatistas. Además, hay otros testimonios que ponen en evidencia, podría decirse, una tercera posición. Basada en la autonomía o en el concepto de "independencia eventual", deja entrever la idea de una separación gradual o por etapas».





LAS PLACAS DE RECONOCIMIENTO

Constantemente se llevan a cabo ceremonias de homenaje en el Panteón Nacional de los Próceres, entre ellas, se destacan las actividades que todos los años se realizan con motivo del Aniversario del Nacimiento del Mariscal Domingo Nieto Márquez, organizada por una promoción que lleva su nombre y por el Club Moquegua; y del Aniversario de la Muerte del Mariscal Ramón Castilla, organizada por el Instituto que lleva su nombre.

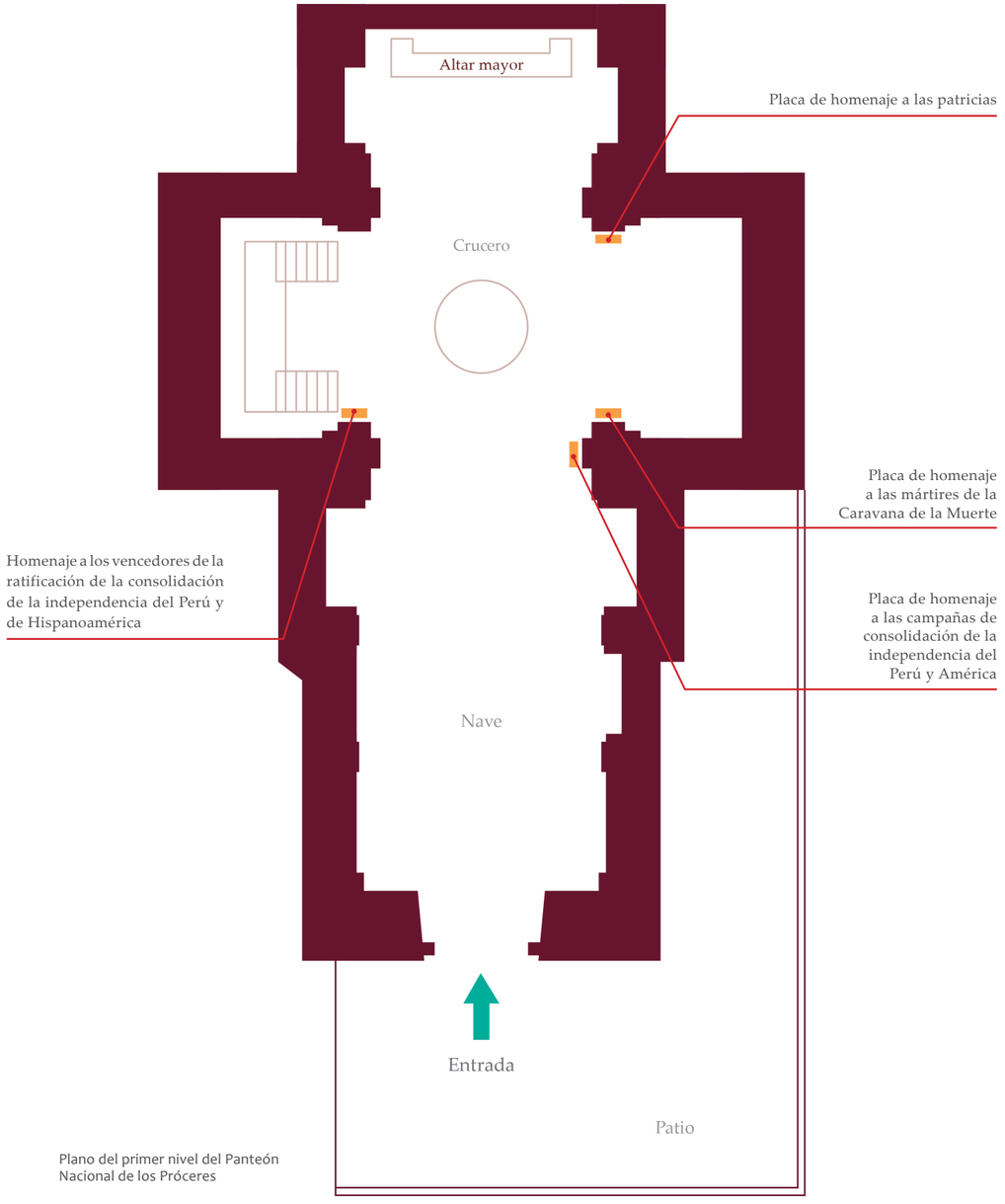
No quedan fuera de estos homenajes los que se tributan al mártir José Olaya, al conmemorarse el Día de las Comunicaciones del Ejército, con la participación de oficiales del Arma de Comunicaciones; y los que cada 15 de julio se realizan por el Aniversario de la Declaración de la Independencia de Lima, organizadas por la Municipalidad Metropolitana de Lima.

Asimismo, otro reconocimiento se expresa en la ceremonia por el Aniversario del Nacimiento del Mariscal Ramón Castilla, organizada por el Instituto Libertador Ramón Castilla; y, por otro lado, se demuestra en las que se realizan con romerías como las organizadas por la Logia Virtud y Unión N.° 3 en homenaje al general Mariano Necochea Saraza.

En el Panteón Nacional de los Próceres se llevan a cabo, en el mes de julio de cada año, acciones de gracia en homenaje a los libertadores y próceres de la independencia nacional, con la asistencia de representantes de los poderes públicos, autoridades civiles y militares, miembros del cuerpo diplomático y presidentes de instituciones cívico-patrióticas y culturales, que se dan cita para rendir homenaje a los patriotas.

Las acciones de gracia se celebran en homenaje a los portadores y próceres de nuestra gesta libertaria; se llevan a cabo en el Panteón Nacional de los Próceres desde que fuera creado en junio de 1921, con ocasión del Centenario de la Proclamación de la Independencia Nacional, e inaugurado el 10 de diciembre de 1924, lo que casi coincide con las celebraciones del Centenario de la Batalla de Ayacucho.

También el agradecimiento a los próceres y beneméritos de la patria se ha expresado en un conjunto de placas que recuerdan a los visitantes al santuario patriótico una serie de acontecimientos históricos, algunos desconocidos como el reconocimiento que se hizo a las patricias por el general José de San Martín, y la acción heroica de resistencia a la represión realista frente al sentimiento de patria, protagonizada por 92 mujeres que nunca se rindieron ante sus verdugos, en plena revolución y posrevolución de Túpac Amaru II.



Plano del primer nivel del Panteón Nacional de los Próceres

Placa de homenaje a las mártires de la Caravana de la Muerte

El 1 de octubre de 2002 se develó en el Panteón Nacional de los Próceres una placa de mármol al conmemorarse el 209.° aniversario del sacrificio al que fueran sometidas varias tupacamaristas, por una sentencia emitida por el visitador Antonio de Areche, con la que se condenó a destierro perpetuo a 92 mujeres, 75 adultas y 17 niñas, comprometidas en la sublevación de José Gabriel Condorcanqui.

Por la naturaleza del acto de homenaje asistieron autoridades políticas y militares; presidentes y miembros de instituciones cívico-patrióticas y culturales, y representantes de diversas instituciones. Esta placa fue develada por la etnohistoriadora María Rostworowski de Diez Canseco, y bendecida por el reverendo padre Óscar Mendoza Moya, auxiliar de la Jefatura del Servicio Religioso del Ejército.

De esta manera, se homenajeó a quienes, por heroico sacrificio, rindieron su vida luchando por restaurar la libertad y la soberanía del Perú en un acto que la historia recuerda como la **Marcha** o **Caravana de la Muerte,** y cuyo delito fue haber conocido, participado o colaborado en la revolución de Túpac Amaru II.

La placa se sumó a los reconocimientos a la mujer peruana en el Panteón Nacional de los Próceres, donde ya existía un monumento de la prócer Micaela Bastidas, un busto de la mártir María Parado de Bellido e, inhumados en la cripta, los restos de la patricia Juana de Dios Manrique de Luna.

En la placa alegórica figuran los nombres de las mujeres sometidas a sacrificio cruento y despiadado, que murieron por la patria, sin arrepentirse de haber tomado partido por la libertad de la tierra en la que nacieron. Ellas como los tupacamaristas buscaban la restitución de la libertad y la soberanía del pueblo peruano.

La revolución de Túpac Amaru II no fue una insurgencia aislada, comprometió a todo el Alto Perú y a gran parte del Río de la Plata, como se puede verificar en los archivos de Buenos Aires y de Córdoba; por eso, se recibió apoyo de los pueblos americanos que conocieron los propósitos tupacamaristas, gesta que hasta hoy no se olvida, como tampoco han desaparecido los nombres de sus líderes, pese a las ejecuciones del 18 de mayo de 1781.

Ni siquiera esas muertes frenaron el desarrollo de la protesta que se prolongó hasta 1783, sino, al contrario, se sentaron las bases del derecho que asistía a los americanos para dirigir su propio destino y la soberanía de su patrimonio.



La sentencia del visitador José Antonio de Areche a estas heroicas y mártires mujeres comenzó el 17 de junio de 1783, y fue ratificada casi dos meses después por la Santa Inquisición el 16 de agosto de 1783. En esta se incluyeron a las madres, las esposas, las hermanas y las hijas, sin importar que fueran menores de edad; se les desterró y sometió a crueles sufrimientos y condiciones infrahumanas, solo por amar la libertad de su tierra, castigo tan drástico, quizás una represión brutal, para evitar nuevos levantamientos, en un tiempo en el que el ideal de libertad ya no podía apagarse.

Entre la posibilidad de enviarlas al África, finalmente, se fijó a México como lugar de paso, antes del lugar final de destierro, de repente, pensando que en esta parte de América habría facilidades de supervivencia, y hasta la oportunidad de regresar al territorio de donde fueron expulsadas o, probablemente, la decisión de enviarlas a México obedeció a la visión de un mejor control, bajo estricta supervisión.

Las sentencias emitidas para familias agruparon a las condenadas para participar en la Marcha o Caravana de la Muerte que, partiendo desde el Cusco el 1 de octubre de 1783, las obligó a desplazarse descalzas por un recorrido de 1400 kilómetros, en medio de la cordillera de los andes, y la costa; para terminar en la capital virreinal y luego en la Fortaleza del Real Felipe, desde donde a través del mar deberían llegar a su destino.

Estas heroicas mujeres fueron arreadas como ganado, por lo que se debilitaron en el camino, de modo que solo casi 70 llegaron a Lima, de donde fueron conducidas a las casamatas o mazmorras de la Fortaleza del Real Felipe, para luego ser transportadas en las bodegas de carga de las embarcaciones que arribaban al puerto del Callao.

Muchas murieron en altamar, y sus cadáveres fueron arrojados al mar y otras 39 perecieron en el naufragio de la nave San Pedro de Alcántara en las costas de Portugal, antes de llegar a Cádiz; estaban encerradas en las bodegas y su sepultura también fue el mar. Solo las 15 que llegaron a México sobrevivieron, mientras 77 alcanzaron la muerte; pero todas padecieron sed, hambre, cansancio, enfermedad y naufragio, y el infortunio del desarraigo y de ser separadas de su familia.

Sin embargo, nada de esto hizo que desapareciera su deseo de restablecer la patria libre y para siempre soberana. Estas mujeres ni siquiera se rindieron a sus verdugos, que les ofrecían libertad si daban vivas al rey de España; prefirieron el silencio y no traicionar el ideal de libertad que las llevaba al sacrificio. Dicho acto heroico se sintetiza a través de una placa

que, a manera de recordatorio, el 1 de octubre de 2002 les rinde un justo homenaje a dichas mujeres, debido a que sus nombres figuran así como los de los beneméritos de la patria que se veneran en el Panteón Nacional de los Próceres. Actualmente, son casi 300 los nombres de las mujeres reconocidas en este Panteón, de entre los aproximadamente 750 que hay.

He aquí los nombres de las mártires de la Caravana de la Muerte:

ADULTAS:

- Margarita Acevedo
- Nicolaza Aguirre
- Susana Aguirre
- Ventura Aguirre
- Rosa Arce
- Rosa Barrantes Túpac
- Juana Bastidas Arce
- Bernardina Bastidas
- María Cahuana
- Dionisia Cahuaytopia
- Santusa Canqui
- Micaela Castellanos
- Antonia Castro
- Paula Castro
- Mónica Castro
- Marcela Castro Puyucahua
- Santusa Castro Puyucahua
- Antonia Caya
- Agustina Cerna
- Micaela Colque
- Úrsula Colque
- Rosa Condorcanqui
- Margarita Condori
- María Dominga Condori
- Tomasa Condori
- María Cruz Huamaní
- Margarita Cusi
- María Cusi Huarcay
- Ana María Díaz Castro
- Patricia Díaz Castro
- Patricia Díaz
- Antonia Escobedo

- Bartola Escobedo
- Isidora Escobedo
- Ascencia Flores
- María Fuentes
- Ascencia Fuentes Castro
- Francisca Fuentes Castro
- Antonia Gallo
- Isabel Gonzales
- Catalina Guancachoque
- Francisca Herrera
- Micaela Incabueno
- María Luque
- María Llallia
- Juliana Mallqui
- Gregoria Marqui
- Mariana Mendigure
- Juana Molina
- Ventura Mojarras
- Ventura Monsacia
- Margarita Noguera
- Paula Noguera
- Rosa Noguera
- Pascuala Olmos
- Úrsula Pereda
- Narcisa Puyucahua
- María Ramos
- Sebastiana Ramos
- Rosa Roca
- Antonia Tito Condori
- Feliciana Tito Condori
- Manuela Tito Condori
- Francisca Toledo
- Melchora Toledo
- Margarita Torres
- Nicolaza Torres
- Antonia Túpac Amaru
- Manuela Túpac Amaru
- Paula Túpac Amaru
- Rosa Túpac Amaru
- Tomasa Sisa
- Andrea Uscamayta
- Simona Venero
- Rosa Vilca

MENORES:

- Pascuala Camaque
- Rosa Camaque
- Antonia Castro
- Paula Castro
- Santusa Castro Cruz
- Marcela Luque
- Juliana Marqui
- Felipa Mendigure
- Lorenza Mendigure
- Francisca Paula Noguera
- Margarita Noguera
- Francisca Noguera
- Feliciana Tunta Nina
- Teresa Túpac Amaru
- Juana Sisa
- Paula Utcuma
- Ignacia Valeriano

Sin lugar a dudas, buena parte de ellas tenía relación de parentesco con lideresas y líderes de la revolución, como los siguientes: Micaela Bastidas Puyucahua, Cecilia Escalera Túpac Amaru, Bartolina Sisa y Andrés Mendigure.

También, de la lista de las adultas, se cuenta a Manuela Tito Condori, esposa de Diego Cristóbal Túpac Amaru, quien en todo momento se dejo ver como una ferviente patriota; y a Ventura Mojarras, quien era la segunda esposa del padre de Túpac Amaru, y madre de Juan Bautista Túpac Amaru, hermano del inca.



Placa de homenaje a las patricias de la independencia

El 11 de enero de 2003 se realizó el homenaje a las patricias, con un acto litúrgico a cargo del reverendo José Chávez Cortegana, al que asistieron oficiales generales y almirantes representantes de los institutos armados y Policía Nacional; representantes de las instituciones cívico-patrióticas y culturales; comisiones de oficiales superiores y subalternos de las Fuerzas Armadas y Policía Nacional; miembros de honor, de número y los correspondientes del Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú (CEHMP).

Este homenaje se llevó a cabo teniendo en cuenta que este acto histórico de reconocimiento a las patricias ha sido poco divulgado por la historiografía, que ha privilegiado el heroísmo militar ante el civil; a la costa sobre la sierra; y al varón frente a la mujer. Por su lado, el general don José de San Martín, Protector de la Libertad del Perú, según decreto del 11 de enero de 1822, reconoció la heroica participación de las patricias en la gesta libertaria, porque se enteró oportunamente, y pudo verificar que la mujer no había estado ajena a la gesta libertaria.

Para este reconocimiento, don José de San Martín creó la distinción de una banda de seda bicolor, blanca y encarnada, con las armas del Estado en el anverso, y en el reverso la siguiente inscripción: «Al patriotismo de las más sensibles», para considerar a las patricias, y agradecerles a nombre de la patria, por el valor, la decisión, la abnegación y el patriotismo que pusieron de manifiesto como lo hicieron los varones, ya que arriesgaron su vida, su familia y sus bienes, y pusieron todo al servicio de la causa de la libertad.

El general Herrmann Hamann Carrillo ya había hecho un reconocimiento previo a las patricias en el Museo del Ejército de la Fortaleza del Real Felipe, organizando una Sala de Homenaje a la Participación de la Mujer Peruana en el proceso histórico nacional, en donde también figuran las patricias; en dicha ocasión complementó el homenaje, en el Panteón Nacional de los Próceres, con un gesto acorde con los reconocimientos de capacidades a la mujer realizados desde la segunda mitad del siglo XX, el cual consistió en estampar, en esta placa, los nombres de las patricias reconocidas por el general don José de San Martín.

La relación de las damas distinguidas consideradas en la placa, a partir de la lista publicada en la *Gaceta del Gobierno de Lima Independiente* del 22 de enero y del 6 de febrero de 1822, y de la ampliación que se hizo el 19 de septiembre de este año, es la siguiente:

- Antonia Ulate y Valderrama
- Andrea Mendoza
- Antonia Maldonado
- Antonia López
- Agustina Vela
- Antonia Cabrera y Zegarra
- Andrea Jáuregui
- Antonia Bernales de Zubiaga
- Antonia Zumaeta
- Ana Mariátegui
- Alfama Olday
- Anacleta Guardia de Céspedes
- Bernarda Argote
- Baleriana de Aguirre
- Baltazara Flores
- Bárbara Alcázar
- Brígida Silva
- Benancia Pineda y Bernarda Bonilla
- Catalina Agüero de Muñecas
- Carmen Larriva de López Aldana
- Carmen Muñecas
- Candelaria Palomeque de Postigo
- Carmen Noriega de Paredes
- Carmen Ormasa
- Carmen Palacio de Tellería
- Carmen Martínez
- Catalina Fernández
- Clara Coquis
- Carmen Vásquez de Acuña, condesa de la Vega del Ren
- Camila Arnao
- Cipriana Portocarrero
- Carmen Guzmán
- Calletana Haller
- Carmen Suárez
- Camila Alvarado
- Catalina Luna Victoria
- Carmen Bacaraeza de Linch
- Casimira Fernández
- Camila Tramarria
- Carmen Unsegui
- Carmen Pizarro
- Carmen Gana
- Carmen Larraín de las Heras
- Dominga Rodríguez
- Dolores de Portocarrero
- Dolores Elejalde
- Dominga Mispireta
- Dominga Guzmán
- Dolores Laos Cabrera
- Dolores Sánchez de Zavala
- Dolores Bolilla
- Eulalia Cárdenas
- Francisca Unanue
- Francisca Caballero
- Francisca García Mancebo
- Fernanda Vélez y Villarroel
- Francisca Ostolaza de Hernández
- Francisca Moncada
- Francisca Perla
- Fermina Godoy
- Francisca Marticorena de Zevallos
- Francisca Sánchez de Zavala
- Gertrudis Rosales
- Ignacia Mendiburu de Palacios
- Ignacia Larriva
- Ignacia Cuéllar
- Inés Arce
- Isabel Orbea
- Ignacia Trejo
- Isidora Rodríguez
- Isabel de Ostolaza
- Inés Angulo
- Josefa Sánchez de Callejas
- Josefa Anglade de Noriega
- Josefa García
- Jesús Montoya
- Josefa Zapelena
- Josefa Boquete
- Juana Unanue
- Juana Sánchez de Zumaeta
- Josefa Pezet
- Juana de Dios Navajas de Sierra
- Juana Palacio de Mariátegui
- Josefa Cuba de Unanue
- Josefa Boqui
- Josefa de la Riva Agüero
- Josefa Cortés
- Juana Vélez
- Juana Anglade
- Jacinta Medrano

- Josefa Muñoz de Manrique de Lara, marquesa de Casa Muñoz
- Josefa Montoya
- Juana Garay
- Juana de Dios Ertera de Ayllón Salazar
- Juana de Dios Manrique
- Jerónima Trinidad García
- Josefa Romero de Francia
- Juana Laiseca de Fonseca
- Josefa Gómez
- Josefa Vega de Ugarte
- Josefa Chávez de Olivitos
- Juana Manuela Huerta de Castro
- Josefa de Serdeña
- Juana Peñaranda de Delgado
- Juana Perla
- Josefa Valcárcel
- Josefa Serna y Echevarría de Ferreyros
- Josefa Cubas y Arias
- Jacoba Rosas de Ballesteros
- Josefa Hernández de Castañeda
- Josefa Vicuña
- Josefa Oliveros de Belarse
- Jacoba Herrera
- Justa Urtugay
- Josefa Larraín
- Juana de Dios Sánchez de Navajas
- Josefa Carrillo, marquesa de Castellón
- Lucía Delgado de Herrero
- Luisa de Roso
- Luisa Mariátegui
- Luisa Ayala
- Lorenza Aparicio
- Lorenza Rueda
- Mariana de Echevarría de Torre Tagle, marquesa de Torre Tagle
- María Visitación Requena
- Manuela Noriega
- María Palacios
- María Guisla, marquesa de Guisla
- María Cabrera de Pezet
- Manuela Valdivieso
- Micaela Solar de Forcada
- María Josefa Tagle
- Mercedes Vélez
- María Narcisa Barba
- Manuela Bahamonde de Ulloa
- María Sánchez
- Manuela Estacio
- Manuela Sáenz de Thorne
- Micaela García de Fani
- María de Otero
- María Josefa López Portocarrero
- Manuela Urriola
- María del Pilar Pérez
- María Felene
- María Matute de Saravia
- Manuela Vílchez
- Mercedes Nogareda
- Manuela Carbajal y Espejo
- Manuela Paredes y Noriega
- María de la Cruz Castillo
- Micaela Silva
- María Reyes de Cavero
- María Concepción Córdova
- Manuela Ortiz
- Mercedes de la Rosa
- Manuela Villarreal
- María Jesús Unanue
- Micaela de la Puente y Querejazu, condesa de San Isidro
- Manuela García de Amigo
- María Arenas
- María González de Villarán
- María Jacoba de Besanilla
- María Urrimaga
- María Trinidad de Celiz y Castellanos
- María del Rosario Barba
- Manuela Palomeque de Postigo
- Matilde de Saravia
- Manuela Gonzales
- Manuela Gómez
- María Concepción Vélez y Villarroel
- María Tiburcia de Fernández
- María Josefa de Orbegoso
- Manuela Carrillo
- María Orbegoso de Ganoza

- María Castro de Lisarzaburu
- Micaela Cañete de Merino
- Manuela Castañeda de Borgoño
- Mercedes López
- María de las Casas
- María del Carmen Valdivieso
- Manuela Lisarzaburu
- Manuela Espejo
- Manuela Pérez
- Mercedes Aguirre de Icasa
- María Aguirre de Marcos
- Manuela Sánchez
- Melchora Rosas de Portocarrero
- María de Portocarrero
- Melchora Lobatón
- María Luisa Espejo de Parra
- María de Rosas
- Mercedes Recalde de Lecaro
- Manuela Ubarnes
- Mercedes Vergara
- María Tramarría
- Manuela Geraldino
- María Natividad Sánchez de Zavala
- Manuela Gonzales y Aguilar
- Mercedes Lagui
- Mercedes Rosales
- María Mares Ganoza
- Manuela Antonia de Quesada y Bermi
- Mercedes Núñez
- María Mercedes Escobar
- María Isabel Riquelme
- María del Carmen Velazco de Alcalá
- Narcisa Arias de Saavedra de Lavalle, condesa de Vista Alegre
- Narcisa Valderrama
- Narcisa Jiménez
- Narcisa Zárate de Castañeda
- Nicolasa Lobatón
- Nazaria Barba
- Nicolasa del Solar de Zegarra
- Petronila de la Torre
- Petronila Gómez
- Petronila González de Larriva
- Paula Barrera
- Petronila Ferreyros
- Petronila Carrillo de Albornoz de Boza, marquesa de Casa Boza
- Petronila Pineda
- Petronila Cano
- Petronila de Urquiaga
- Petronila Sánchez de Zavala
- Pilar Hispano
- Paula Escobar
- Rosa Campusano
- Rosa Palomares
- Rosa Piedra de Lequerica
- Rosa Orúe, condesa de Torre Antigua
- Rosa Bárbara Enríquez
- Rosa Cavero y Tagle de Cavero, marquesa de Bellavista
- Rafaela Valdivieso
- Rosa Perla de Estacio
- Rosa Icasa de Olmedes
- Rosario Velazco de Rodríguez
- Rosa María González
- Rosa O'Higgins
- Teresa Tutor de Campos
- Teodora Loayza
- Tomasa Garay
- Trinidad Blanco
- Tomasa Amat
- Tomasa Coquis
- Teresa Campos y Tutor
- Teresa Ramírez
- Teresa de Lisarzaburu
- Trinidad Blanco
- Tomasa Céspedes de Goycochea
- Valentina Quispe

Se entregó también esta distinción a las religiosas de:

Concepción: abadesa sor Rudecinda Vergara, sor Isabel Manjares, sor Josefa Castro, sor Rosa Encalada y Palomares, sor Josefa Zerragería, sor Juana Baquíjano y doña Rosa Bartola Henríquez.

Encarnación: abadesa sor Isabel Núñez, sor Bernardina Chávez, sor Juana Riofrío y sor Teresa de la Cruz Aminola.

Santa Catalina: abadesa sor Manuela Luna, sor Dolores Pezet.

Trinidad: sor Josefa Cabrera y sor Vicenta Martínez.

Parte del decreto de reconocimiento a las patricias, que se encuentra en la p. 3 del número 7 de la *Gaceta de Gobierno*, del 23 de enero de 1822

designará el ministro de hacienda; y en las ventas por cuenta de particulares, pueden estos mandar personas que las presencien, si no quieren concurrir.

10. Cuando por algun accidente acaeciese no haber suficiente concurrencia de compradores, se postergará el dia de la venta, dando el aviso correspondiente.

11. En toda venta, a mas de la asistencia de un escribano, se procurará la mayor publicidad, y se llevará el libro de las ventas con tal claridad que pueda saberse en cualquier momento, quien compró el Lote A, en que dia, y precio.

La siguiente lista contiene los nombres de las dignas patriotas que mas se han distinguido por sus sentimientos. El gobierno supremo ansioso de premiar el mèrito, ha honrado el patriotismo donde lo ha encontrado; y no duda que esta lista se aumentará, asi por el noble estímulo que debe producir tan digna recompensa, como porque se esperan las razones que se han pedido a los departamentos de todas las patriotas beneméritas.

A

Doña Antonia Ulate y Valderrama. Doña Andrea Mendoza. Doña Antonia Maldonado. Doña Antonia Lopez. Doña Agustina Vela. Doña Antonia Cabrera y Zagarra. Doña Andrea Jauregui. Doña Antonia Bernales de Zubiaga.

B

Doña Bernarda Argote. Doña Baleriana de Aguirre. Doña Baltazara Flores. Doña Barbara Alcazar, Doña Brigida Silva. Doña Benancia Pineda.

C

Doña Catalina Aguero de Muñecas. Doña Carmen Larriva de Lopez Aldana. Doña Carmen Mnñecas. Doña Candelaria Palomeque de Postigo. Doña Carmen Noriega y Paredes. Doña Carmen Ormasa La señora condesa de San Isidro. Doña Carmen Palacios de Telleria. Doña Carmen Martinez. Doña Catalina Fernandez. Doña Clara Coquis. Doña Camila Armas. Doña Carmen Vasquez de Acuña. La señora condesa de la Vega.

E

Doña Eulalia Cadenas.

F

Doña Francisca Unanue. Doña Francisca Caballero. Doña Francisca Mancebo.

J

Doña Josefa Sanchez de Callejas. Doña Josefa Anglade. Doña Josefa Garcia. Doña Jesus Montoya. Doña Josefa Zapelena. Doña Josefa Boquete. Doña Juana Unanue. Doña Juana Sanchez de Zumaeta. Doña Josefa Pezet. Doña Juana Palacios de Mariategui. Doña Juana de Dios Nabajas de Sierra. Doña Josefa Cuba de Unanue. Doña Josefa Anglade. Doña Josefa Boqui. Doña Josefa de Larriva Aguero. Doña Josefa Cortés. Doña Juana Belés. Doña Juana Anglade.

L

Doña Lucía Delgado de Herrero.

Parte del decreto de reconocimiento a las patricias, que se encuentra en la p. 4 del número 7 de la *Gaceta de Gobierno*, del 23 de enero de 1822

M

La Señora Marquesa de Torre-Tagle. Doña María Visitacion Requena. Doña Manuela Noriega. Doña María Palacios. Doña María Guisla. Doña María Cabrera de Pezet. Doña Manuela Valdivieso. Doña Micaela Solar de Forcada. Doña Maria Josefa Tagle. Doña Mercedes Veles. Doña María Narcisa Barba. Doña Manuela Baamonde. Doña María Sanchez. Doña Manuela Estacio. Doña Manuela Saenz de Tuhner Doña Micaela García de Fani. Doña María de Otero. Doña María Josefa Lopez Portocarrero. Doña Manuela Urriola. Doña María del Pilar Perez. Doña Maria Felene. La señora marquésa de Castelhon. Doña María Matute de Saravia. Doña Manuela Vilches. Doña Manuela Saenz. Doña Mercedes Navareda Doña Manuela Carbajal y Espejo. Doña Manuela Paredes y Noruga. Doña María de la Cruz Castillo. Doña Micaela Silva. Doña María Reyes y Cavero. Doña María Concepcion Cordova. Doña Manuela Ortiz. Doña Mercedes de la Rosa. La señora marquesa de Casa-Boza. Doña Manuela Villa-Real. Doña María Jesus Unanue. La señora marquesa de Casa-Muñoz.

N

Doña Narcisa Arias de Saavedra. Doña Narcisa Balderrama.

P

Doña Petronila la Torre. Doña Petronila Gomez. Doña Petronila Gonzalez de Larriva. Doña Petronila Gonzalez. Doña Paula Barrera. Doña Petronila Ferreiros.

R

Doña Rosa Campusano Doña Rosa Palomares. Doña Rosa Piedra de Lequerica.

T

Doña Teresa Tutor de Campo. Doña Teodora Loaiza. Doña Tomasa Garay. Doña Trinidad Blanco. Doña Tomasa Amat. Doña Tomasa Coquis. Doña Teresa Campos y Tutor.

Y

Doña Ignacia Mendiburu de Palacios. Doña Ignacia Larriva. Doña Ignacia Cuellar. Daña Inès Arce. Doña Isabel Orbea. Doña Ignacia Trejo.

PATRIOTISMO.

Don Miguel Blanco vecino de Lambayeque cediò en Huaura para auxilio de las necesidades del ejèrcito libertador, 2926 pesos importe de 77 quintales de jabon; y queriendo S. E. el Protector que este generoso desprendimiento se haga notorio, ha mandado por supremo decreto de 19 del corriente, se publique en la gaceta.

AVISO OFICIAL.

Todo decreto, òrden ò aviso oficial que se inserte en la gaceta de gobierno, se tendrà por comunicado a las autoridades a quienes corresponda, sin necesidad de que se les dirijan copias separadas por el ministerio respectivo, quedando tambien comprendidas las oficinas de hacienda en esta declaracion.

LIMA: IMPRENTA DEL ESTADO.

DESCALZAS: abadesa sor Bartola Sanabria y sor Juana Lince.

CARMEN ALTO: sor Mercedes Salazar (hermana de Vista Florida) y sor N. Pando.

CARMEN BAJO: priora madre Serafina, sor Teresa Gorozabel y sor Manuela Espinavete.

TRINITARIAS DESCALZAS: exministra sor Rufina de San José y sor Rosalía de Santa Teresa de Jesús.

MERCEDARIAS: madre Mancilla, comendadora.

JESÚS MARÍA: abadesa sor Petronila Anglade y sor Luisa Merino.

NAZARENAS: priora madre Mercedes y doña María del Carmen Aliaga.

SANTA ROSA: sor Mariana Valmaceda

EL PRADO: priora madre sor Paula.

SANTA CLARA: sor Ventura Cantillana y Gavilán, y sor Rosa Dueñas.

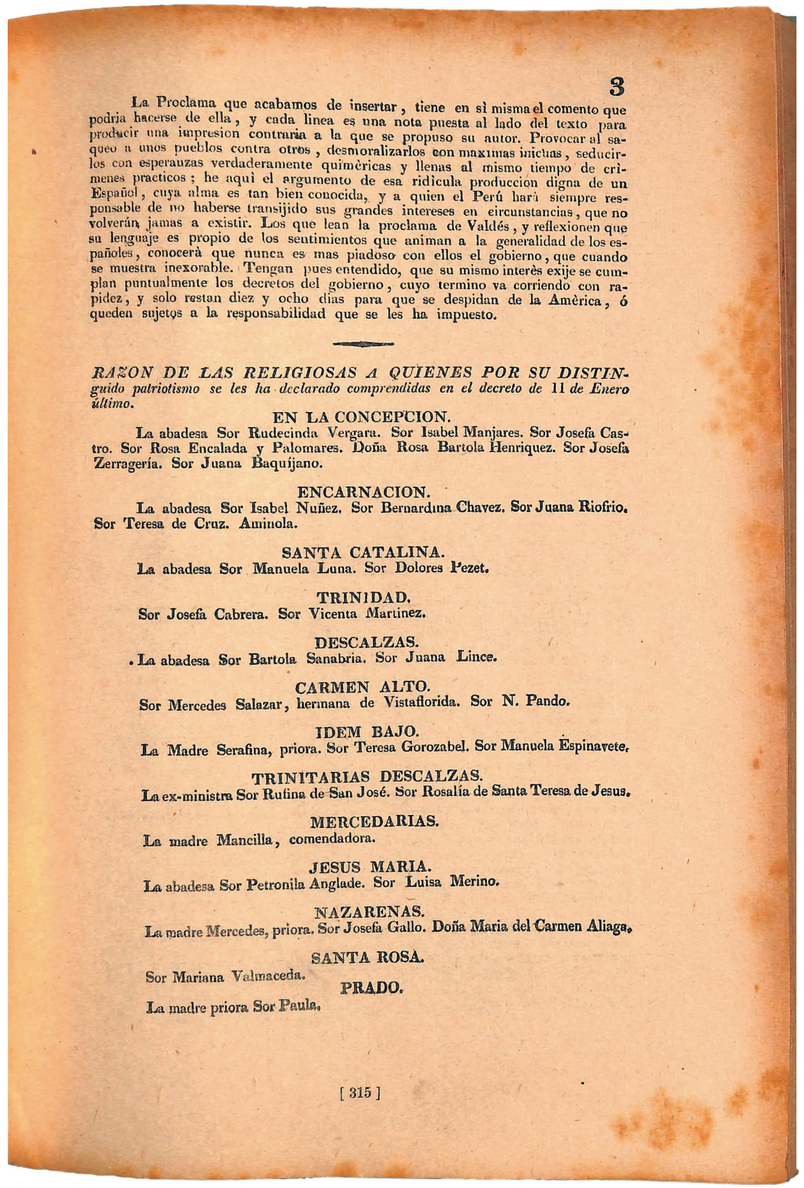
La placa recordatoria fue donada por el Consejo Nacional de Mujeres del Perú, hecho que coincidió con el aniversario del decreto del 11 de enero de 1822 y a través del cual se reconoció la participación de estas damas en la gesta libertaria del Perú. El Consejo Nacional de Mujeres del Perú buscaba reivindicar la presencia de la mujer peruana en esa gesta, acto olvidado en el que un gran grupo de damas, arriesgando su propia vida, participó activamente en la restauración de la libertad y la soberanía de nuestra patria.

Las patricias fueron reconocidas por resoluciones dadas por el general San Martín, desde el 11 de enero hasta el 19 de septiembre de 1822, con las que se registraron ciento noventa nombres, que figuran en la placa que entregó el Consejo Nacional de Mujeres del Perú al CEHMP, encargado por ley de mantener, en el Panteón Nacional de los Próceres, un rendido homenaje a la memoria de los próceres y las heroínas.

Entre las patricias, figuran damas de nobleza; otras de estamentos sociales altos; y damas de humilde procedencia, que se entregaron arriesgando sus vidas, tras el noble propósito de lograr la libertad y vivir sin ningún tipo de opresión.

El general San Martín, reconociendo la igualdad de hombres y mujeres identificados por el ideal de la independencia, resaltó en los considerandos del decreto de Creación de la Banda de Seda, entregada como distintivo a las damas que, por su esfuerzo, se habían hecho acreedoras a ellas:

> El sexo más sensible naturalmente debe ser el más patriota, el carácter tierno de sus relaciones en la sociedad, ligándolo más al país en que nace, predispone doblemente en su favor todas sus inclinaciones. Las que tienen los



3

La Proclama que acabamos de insertar, tiene en sì misma el comento que podria hacerse de ella, y cada linea es una nota puesta al lado del texto para producir una impresion contraria a la que se propuso su autor. Provocar al saqueo a unos pueblos contra otros, desmoralizarlos con maximas inicuas, seducirlos con esperanzas verdaderamente quimèricas y llenas al mismo tiempo de crìmenes practicos; he aquì el argumento de esa ridicula produccion digna de un Español, cuya alma es tan bien conocida, y a quien el Perú harà siempre responsable de no haberse transijido sus grandes intereses en circunstancias, que no volverán jamas a existir. Los que lean la proclama de Valdés, y reflexionen que su lenguaje es propio de los sentimientos que animan a la generalidad de los españoles, conocerà que nunca es mas piadoso con ellos el gobierno, que cuando se muestra inexorable. Tengan pues entendido, que su mismo interès exije se cumplan puntualmente los decretos del gobierno, cuyo termino va corriendo con rapidez, y solo restan diez y ocho dias para que se despidan de la Amèrica, ó queden sujetos a la responsabilidad que se les ha impuesto.

RAZON DE LAS RELIGIOSAS A QUIENES POR SU DISTINguido patriotismo se les ha declarado comprendidas en el decreto de 11 de Enero último.

EN LA CONCEPCION.

La abadesa Sor Rudecinda Vergara. Sor Isabel Manjares. Sor Josefa Castro. Sor Rosa Encalada y Palomares. Doña Rosa Bartola Henriquez. Sor Josefa Zerragería. Sor Juana Baquíjano.

ENCARNACION.

La abadesa Sor Isabel Nuñez. Sor Bernardina Chavez. Sor Juana Riofrio. Sor Teresa de Cruz. Aminola.

SANTA CATALINA.

La abadesa Sor Manuela Luna. Sor Dolores Pezet.

TRINIDAD.

Sor Josefa Cabrera. Sor Vicenta Martinez.

DESCALZAS.

La abadesa Sor Bartola Sanabria. Sor Juana Lince.

CARMEN ALTO.

Sor Mercedes Salazar, hermana de Vistaflorida. Sor N. Pando.

IDEM BAJO.

La Madre Serafina, priora. Sor Teresa Gorozabel. Sor Manuela Espinavete.

TRINITARIAS DESCALZAS.

La ex-ministra Sor Rufina de San José. Sor Rosalía de Santa Teresa de Jesus.

MERCEDARIAS.

La madre Mancilla, comendadora.

JESUS MARIA.

La abadesa Sor Petronila Anglade. Sor Luisa Merino.

NAZARENAS.

La madre Mercedes, priora. Sor Josefa Gallo. Doña Maria del Carmen Aliaga.

SANTA ROSA.

Sor Mariana Valmaceda.

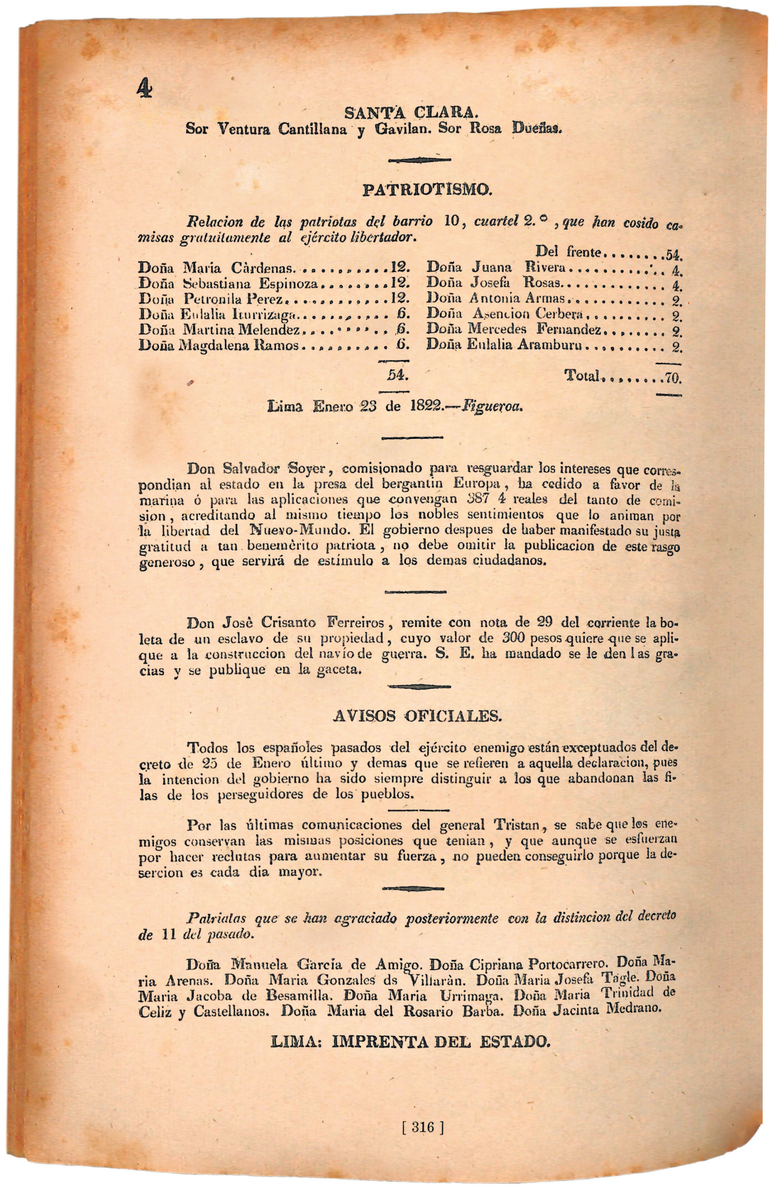
PRADO.

La madre priora Sor Paula.

[315]

Parte del decreto de reconocimiento donde figura la relación de religiosas distinguidas por su patriotismo, que se encuentra en la p. 3 del número 11 de la *Gaceta de Gobierno*, del 6 de febrero de 1822

Parte del decreto de reconocimiento donde figura la relación de religiosas distinguidas por su patriotismo, que se encuentra en la p. 4 del número 11 de la *Gaceta de Gobierno*, del 6 de febrero de 1822



4

SANTA CLARA.
Sor Ventura Cantillana y Gavilan. Sor Rosa Dueñas.

PATRIOTISMO.

Relacion de las patriotas del barrio 10, *cuartel* 2.°, *que han cosido camisas gratuitamente al ejército libertador.*

		Del frente.....	54.
Doña María Càrdenas.....	12.	Doña Juana Rivera.....	4.
Doña Sebastiana Espinoza.....	12.	Doña Josefa Rosas.....	4.
Doña Petronila Perez.....	12.	Doña Antonia Armas.....	2.
Doña Eulalia Iturrizaga.....	6.	Doña Asencion Cerbera.....	2.
Doña Martina Melendez.....	6.	Doña Mercedes Fernandez.....	2.
Doña Magdalena Ramos.....	6.	Doña Eulalia Aramburu.....	2.
	54.	Total.....	70.

Lima Enero 23 de 1822.—*Figueroa.*

Don Salvador Soyer, comisionado para resguardar los intereses que correspondian al estado en la presa del bergantin Europa, ha cedido a favor de la marina ó para las aplicaciones que convengan 387 4 reales del tanto de comision, acreditando al mismo tiempo los nobles sentimientos que lo animan por la libertad del Nuevo-Mundo. El gobierno despues de haber manifestado su justa gratitud a tan benemèrito patriota, no debe omitir la publicacion de este rasgo generoso, que servirá de estímulo a los demas ciudadanos.

Don Josè Crisanto Ferreiros, remite con nota de 29 del corriente la boleta de un esclavo de su propiedad, cuyo valor de 300 pesos quiere que se aplique a la construccion del navío de guerra. S. E. ha mandado se le den las gracias y se publique en la gaceta.

AVISOS OFICIALES.

Todos los españoles pasados del ejército enemigo están exceptuados del decreto de 25 de Enero último y demas que se refieren a aquella declaracion, pues la intencion del gobierno ha sido siempre distinguir a los que abandonan las filas de los perseguidores de los pueblos.

Por las últimas comunicaciones del general Tristan, se sabe que los enemigos conservan las mismas posiciones que tenian, y que aunque se esfuerzan por hacer reclutas para aumentar su fuerza, no pueden conseguirlo porque la desercion es cada dia mayor.

Patriotas que se han agraciado posteriormente con la distincion del decreto de 11 *del pasado.*

Doña Manuela García de Amigo. Doña Cipriana Portocarrero. Doña Maria Arenas. Doña Maria Gonzales ds Villaràn. Doña Maria Josefa Tagle. Doña Maria Jacoba de Besamilla. Doña Maria Urrimaga. Doña Maria Trinidad de Celiz y Castellanos. Doña Maria del Rosario Barba. Doña Jacinta Medrano.

LIMA: IMPRENTA DEL ESTADO.

[316]

nombres expresivos de madre, esposa o hija no pueden menos de interesarse con ardor en la suerte de los que son su objeto.
El bello sexo del Perú, cuyos delicados sentimientos relevan sus atractivos, no podía dejar de distinguirse por su decidido patriotismo [...].

Asimismo, don José de San Martín dijo:

> El gobierno que desea distinguir el mérito de toda persona cuyo corazón ha suspirado sinceramente por la patria acaba de expedir el decreto que sigue:
> [...] Las patriotas que más se hayan distinguido por su adhesión a la causa, de la independencia del Perú usarán el distintivo de una banda de seda bicolor, blanca y encarnada que baje del hombro izquierdo al costado derecho, donde se enlazará con una pequeña borla de oro, llevando hacia la mitad de la misma banda una medalla de oro con las armas del Estado en el anverso, y esta inscripción en el reverso: *Al patriotismo de las más sensibles*.

Fue un gesto noble del Libertador San Martín al reconocer con justicia la sacrificada y heroica participación de la mujer peruana que, como el hombre, puso de manifiesto su presencia en el logro de la libertad del Perú. Con el decreto del 11 de enero de 1822 se concede a algunas mujeres peruanas una distinción, a nombre de las damas que participaban activamente en la recuperación de la libertad y la soberanía de la patria.

De igual modo, en la *Gaceta de Lima* constan los donativos que hicieron en dinero doña María del Pilar Pérez, Francisca Aliaga y los de otras que cosieron camisas para el ejército: María Cárdenas, Sebastiana Espinoza, Petronila Pérez, Eulalia Iturrizaga, Martina Meléndez, Magdalena Ramos, Juana Rivera, Josefa Rosas, Antonia Armas, Asención Cerbera, Mercedes Fernández y Eulalia Aramburu. En el caso de Mercedes Herrera de Otero, ella donó un esclavo al Ejército Libertador. Por su parte, Fabiana Suárez donó un colchón.

También se cuentan entre las mujeres que cosieron camisas a: Juana Bolognesi, Manuela Valdivieso, Isabel Rivera, María Casas, Manuela García, Cecilia Zagal, María Urrutia, Gerónima Sarria, las señoras Maldonado, Isabel Orbea, María Román, María del Carmen Bazán, Josefa Orcasitas, Águeda Maurtua, Josefa Lombera, María Arbaisa, Manuela Mesa, Ventura Cárdena, Juana Dávila, Petronila Sánchez, Inés Arenas, María Andrea Izquierdo, Carmen Ramírez, Dolores Mesa, Francisca Luján, María Cervigón, Martina Orcasitas, Poli-

naria Buitrón, Petronila Lipa, Gregoria Cabrera, Juana Ramos, Josefa Pro, Buenaventura Mundaca, Juana Rosa Palomares y María Romero.

La publicación de estos nombres habría gratificado a estas mujeres que se pusieron al lado de la patria; que contribuyeron, desde sus posibilidades, al logro del ideal patriótico; y que no gozaron de la banda bicolor, pero que al saberse nombradas habrían multiplicado su patriotismo.

Las mujeres no dejaron de estar presente en las suscripciones voluntarias para la construcción de un navío, entre ellas, se cuenta a Francisca Aliaga, Manuela Oyague, Josefa Rivero, Josefa Ibarrola, Tiburcia Michea, Tomasa Bejarano, Teodora Quintanilla, Josefa Salazar, Jacoba Godoy, Catalina Ramírez, Nicolasa Ochoa, Rosa María Lípez, Josefa Torres, María de la Concepción Villena, María Soledad Cabrera, Narcisa Barra, Petronila Figueroa, Petronila Gutiérrez, Rosa Merino (la soprano que cantó por primera vez el Himno Nacional) y otras tantas mujeres cuyo espíritu patriota era evidente.

Fue extraordinaria la labor que cumplieron las patricias, como las siguientes damas distinguidas: la madre y las hermanas Toledo (Josefa, madre; Josefa y Juana, hijas), quienes, heroicamente, el 9 de abril de 1821, enfrentaron a las fuerzas realistas, pues llegaron a romper las amarras del puente en Concepción sobre el torrentoso río Mantaro, lo que impidió que esas fuerzas sorprendieran a las partidas patriotas, que venían siendo perseguidas. Igualmente, están consideradas, en esta placa, otras damas cuyos nombres enseñan al pueblo peruano que la vida y la seguridad se ofrendaron en busca de la reinstauración de nuestra libertad y soberanía. Asimismo, los nombres de Brígida Silva de Ochoa, hermana de los hermanos Silva, nos hace ver que muchas veces el sentimiento de amor patrio florecía en toda la familia, aunque se vieron casos de familias divididas entre patriotas y realistas.

De manera particular, los restos de Juana de Dios Manrique de Luna se encuentran en la cripta del Panteón Nacional de los Próceres; ella, en toda circunstancia, colaboró ofreciendo su hogar para reuniones con los personajes que participaban en el proceso libertario, y estuvo en contacto con José Olaya, con quien intercambiaba la correspondencia que luego comunicaba a los comandos patriotas de Lima y el Callao, tras la ocupación de Lima por el general realista Canterac.

Las patricias representan el sentimiento noble y abnegado de la mujer peruana, que no fue indiferente a la causa libertaria, sino más bien que, libre y conscientemente, se integró a la lucha por la patria libre y soberana, pese a que su propia vida corría peligro.

Homenaje a las campañas de consolidación de la independencia del Perú y América

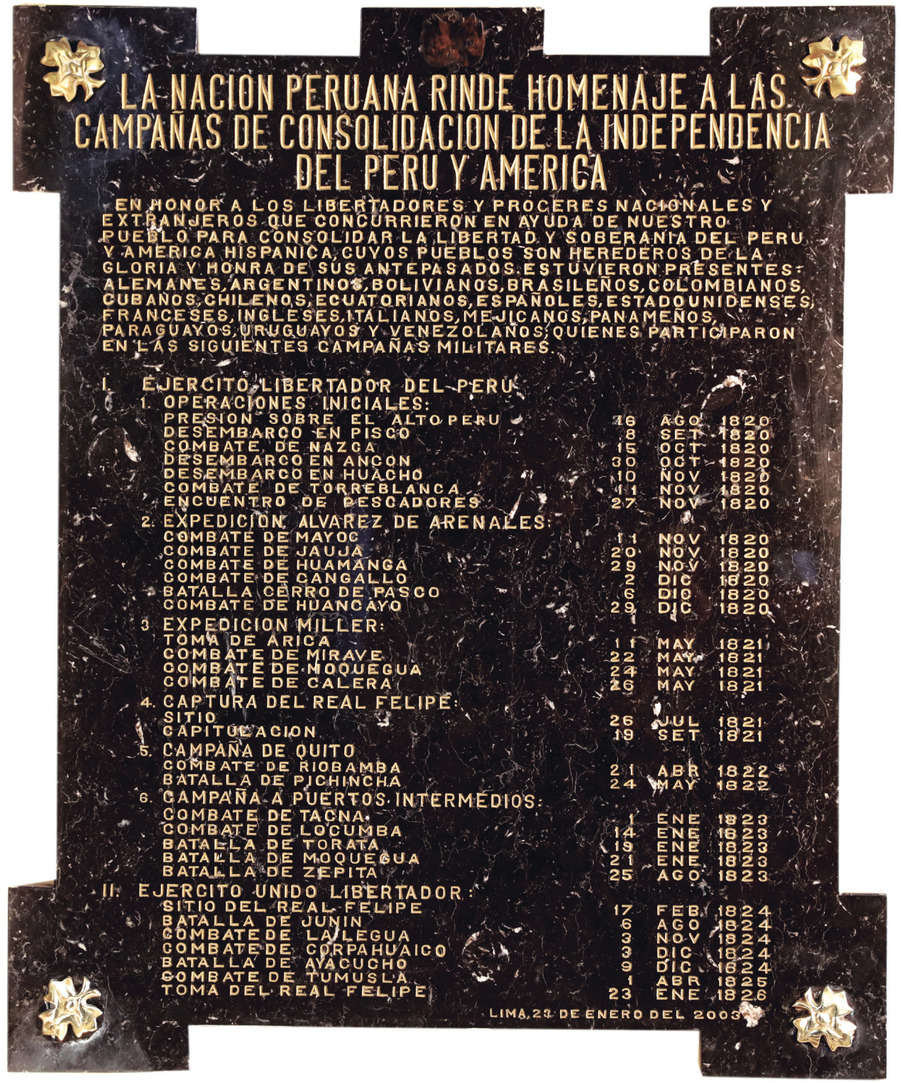
El 23 de enero de 2003 se develó una placa recordatoria para rendir homenaje a las campañas de consolidación de la independencia del Perú y de América. Al acto asistieron militares y civiles, así como embajadores y agregados culturales de otros países, que con su presencia resumían la gratitud de los peruanos a sus connacionales, y a los extranjeros que contribuyeron a la consolidación de la independencia nacional.

Se puede decir que se rindió homenaje a los libertadores, los próceres, los mártires, los ideólogos y los precursores de la independencia, que lucharon hasta la capitulación del brigadier Rodil y la ocupación por los patriotas del Ejército Unido Libertador, de la Fortaleza del Real Felipe en 1826.

Se recordó que, desde fines del siglo XVIII, los pueblos de América empezaron a luchar intensamente por su independencia, lucha que se fortificó en las primeras décadas del siglo XIX; también se evocó que la resistencia a la conquista española se protagonizó desde 1532, con el rechazo que hicieron los curacas tallanes de Tumbes y Piura, que murieron heroicamente defendiendo su heredad.

Asimismo, se rememoró que la estructura territorial del Virreinato del Perú abarcaba casi toda América del Sur, hasta el fraccionamiento en nuevos virreinatos, como el de Santa Fe de Bogotá y el de Buenos Aires; sin que por esto se deje de percibir la hegemonía del Virreinato del Perú, que mantenía el núcleo de los poderes político y militar, y desde donde salía la contrarrevolución cuando se insurreccionaron otros pueblos en el siglo XIX.

En esta ocasión, además, se recordaron las sublevaciones de Juan Santos Atahualpa de 1742; y de Túpac Amaru II de 1780; la proclamación de la libertad de Tacna, por Francisco de la Zela, en 1811; lo protagonizado, en Huánuco, por Juan José Crespo y Castillo el 23 de febrero de 1812; así como la convulsión total de la región sur peruana con la revolución simultánea de Mateo Pumacahua en Arequipa, de los hermanos Angulo



y Béjar en el Cusco y de Las Muñecas y León Pinelo en Puno en 1814.

Por el poder político que ejercía el virrey del Perú y por la fuerza militar de la que disponía para contrarrestar los brotes libertarios en su jurisdicción y en los pueblos de América, surgió la necesidad de tener que destruir este poder, pues se buscaba garantizar la consolidación de la independencia de los pueblos americanos, que se mantenían como dominios hispanos.

El general San Martín concibió la necesidad de llegar a neutralizar o destruir este núcleo de poder, poniendo en práctica una estrategia que hasta hoy asombra al mundo: el cruce de los andes, acto heroico que consolidó primero la independencia de Chile, y después la del Perú. La Expedición Libertadora del Perú partió de Chile el 20 de agosto de 1820, y desembarcó en territorio peruano el 8 de septiembre del mismo año. A partir de entonces se inició el protagonismo de una sucesión de combates y batallas, que terminaron con el retiro de las fuerzas realistas de nuestro territorio, en 1826; indudablemente, en todos estos actos se vio la acción de muchos peruanos y un gran número de extranjeros.

En este protagonismo estuvo presente el coronel Juan Antonio Álvarez de Arenales Gonzales, español nacionalizado argentino; además, se vivió una acción heroica en el combate de Changuillo del 14 de octubre de 1820, en el que las fuerzas patriotas, comandadas por el teniente coronel argentino José Andrés Rojas, derrotaron a las fuerzas realistas del coronel Manuel Quimper Benítez. Seis días después, el 20 de octubre, el general Álvarez de Arenales inicia su campaña hacia la sierra.

Por otro lado, el Ejército Libertador inició su travesía hacia el norte, desembarcó parte de las tropas en Ancón, y Huacho, y avanzó hasta Huaura, en espera de noticias de las operaciones de los realistas; mientras los pueblos del Perú iban manifestando su voluntad por la independencia nacional.

El Ejército Libertador protagonizó una serie de acciones no popularizadas en la memoria colectiva como el enfrentamiento con la caballería realista comandada por el coronel Jerónimo Valdés, a quien venció, en la Hacienda Torreblanca; y el episodio que tuvo como testigo a Chancay, cuando la tropa comandada por el teniente argentino Juan Pascual Pingles fue sorprendida y capturada por tropas realistas en la playa Pescadores de esa localidad en el mes de noviembre de 1820.

Vendrían después nuevas expediciones de Álvarez de Arenales, como el gran cerco a Lima, la cual, finalmente, fue abandonada por el virrey La Serna; Álvarez de Arenales había llegado al puente Mayoc, después de enfrentar a las tropas realistas comandadas por el brigadier José Montenegro Ubalde, a las que venció.



Azulejo de la batalla de Zepita, que se ubica en la zona central de la cripta

Se iniciaría luego la campaña del sitio y la captura del Real Felipe; la proclamación de la independencia nacional; y la campaña de Quito con las fuerzas que envió el general San Martín, a la cabeza del boliviano Andrés de Santa Cruz, para consolidar la independencia de Quito, con las operaciones del combate de Riobamba y la batalla de Pichincha del 24 de mayo de 1822.

Sucederían, posteriormente, las batallas de Junín y Ayacucho en 1824; el combate de Tumusla en 1825; y la toma del Real Felipe el 23 de enero de 1826; por eso, en reconocimiento a toda esta gesta heroica de peruanos y extranjeros, se develó esta placa que sintetiza la gratitud del pueblo peruano a los defensores de su independencia.

No quedan fuera de esta relación de la placa las acciones bélicas de Cerro de Pasco, Arica, Mirave, Moquegua, La Calera, Tacna, Locumba, Torata, Zepita, La Legua y Colpahuaico, combates y batallas, en los que participaron argentinos, panameños, paraguayos, alemanes, españoles, franceses, ingleses, italianos, bolivianos, brasileños, colombianos, chilenos, ecuatorianos, estadounidenses, mexicanos, uruguayos y venezolanos; indudablemente que los sudamericanos fueron los de mayor número, seguidos de los otros americanos y, finalmente, con menor número, de los europeos.

Homenaje a los vencedores de la ratificación de la consolidación de la independencia del Perú y de Hispanoamérica

Una placa recordatoria significativa se develó en homenaje a los vencedores de la ratificación de la consolidación de la independencia nacional del Perú y de América, el 5 de mayo de 2003, fecha cercana a un aniversario más del combate del Dos de Mayo de 1866.

Luego de que se firmara la Capitulación de Ayacucho en el propio campo de batalla, el 9 de diciembre de 1824, el Perú logró recuperar su libertad y soberanía, por las que luchó con tanto esfuerzo, con la participación de los americanos que entendieron y asumieron que la patria era América.

La monarquía española nunca se resignó a la pérdida de sus colonias y no escatimaba esfuerzo alguno para recuperarlas, como se evidenció en la década de 1860, en la que pretendió recuperar algunos dominios como Santo Domingo, con el pretexto de que se lo había solicitado el propio presidente de ese país.

El 10 de agosto de 1862, España envió a América una expedición científica, con la excusa de realizar estudios en América; para esto, usó embarcaciones de guerra que llegaron hasta diez unidades de primera línea, comandadas por el almirante José Hernández Pinzón, quien arribó a Buenos Aires. Posteriormente, nuevas embarcaciones se verían en las costas sudamericanas.

También, España utilizó como pretexto el incidente laboral ocurrido en Talambo el 4 de agosto de 1863, para iniciar reclamos y actitudes contra la soberanía nacional, y terminó por invadir las islas de Chincha el 14 de abril de 1864, exigiendo devolución de patrimonio y pago de adeudos que, supuestamente, tenía aún pendiente el Perú con los reyes de España.

De manera providencial, en años anteriores, en el Perú se habían reunido mandatarios y representantes de los países americanos, orientados a mantener la unión; y luego de producirse la invasión de las islas de Chincha y la actitud del gobierno del general Pezet que aceptó las exigencias y los privilegios que España reclamaba ante nuestro gobierno, llegando inclusive a firmar el tratado Vivanco-Pareja el 27 de enero de 1865; el coronel Mariano Ignacio Prado estuvo motivado a iniciar un proceso revolucionario desde Arequipa el 28 de febrero de 1865, y al llegar a la ciudad de Lima fue proclamado director general de Gobierno.



Prado desconoció el mencionado tratado y convocó a los pueblos de América para integrar una alianza, con el fin de enfrentar a la escuadra española. Esta alianza la tenían Perú, Chile, Ecuador y Bolivia, y luego se incorporaron oficiales y ciudadanos de Argentina, Francia, Italia, Inglaterra, Polonia, Estados Unidos, México y otros países.

El 16 de enero de 1866, el Gobierno peruano le declaró la guerra a España y ordenó la inmediata organización de la defensa en los principales puertos, en medio de una demostración cívico-patriótica de los pueblos, que ofrecieron mano de obra voluntaria para la construcción de las defensas.

En esta gesta se recuerdan el encuentro en la isla Chiloe; y el combate naval de Abtao, del 7 de febrero de 1866, con gran satisfacción para la cuádruple alianza. En la organización defensiva del Callao, la dirección de las operaciones estuvo bajo el comando del general Prado y de su secretario de Defensa, el coronel cajamarquino José Gálvez Egúsquiza.

Como había amenazado el comandante de la escuadra española, a las nueve de la mañana del 2 de mayo de 1866 inició su desplazamiento en aproximación al litoral del Callao, y procedió al bombardeo del puerto, en medio de un constante intercambio de fuego, en el que la torre de la Merced voló, lo cual ocasionó la muerte de 27 de los 54 defensores, entre ellos, el coronel José Gálvez Egúsquiza.

Avanzado el combate, las unidades navales españolas fueron impactadas por las baterías de defensa, motivo por el que se inició su retirada; y el combate finalizó con el abandono que hizo la escuadra española al irse a la isla de San Lorenzo, para reajustar sus unidades y luego emprender su viaje de regreso a España el 9 de mayo.

El combate del Dos de Mayo de 1866 se considera uno de los pasajes más grandes de nuestra historia, porque el Perú combatió por su honra y libertad, y estuvo reforzado y estimulado con el apoyo que recibió de otros pueblos amantes de la libertad y defensores de su soberanía. Debido a que la defensa del Perú fue un extraordinario gesto de solidaridad, nuestro país ha expresado su agradecimiento en esta placa: donde están representados los vencedores de la ratificación de la consolidación de la independencia nacional del Perú y de América.



A MANERA DE CONCLUSIÓN



No hay sociedad en el mundo que no se muestre agradecida con sus benefactores; además, los testimonios de gratitud hacia muchos nombres de hombres y mujeres se expresan en todo el globo terráqueo, sin distingos de tiempo, espacio y acontecimientos históricos sociales o individuales.

Desde la Antigüedad, más allá de los mundos romano y griego, esos gestos de admiración y reconocimiento los podemos percibir en las acciones de Judith y Esther, personajes bíblicos que han roto las limitaciones del tiempo; así como la figura de Moisés que, como guía y libertador de su pueblo, está para siempre en la memoria colectiva, más allá de lo cristiano católico y musulmán. Por otro lado, Roma tiene a Julio César; Francia, a Napoleón; España, al Cid Campeador; Inglaterra, al rey Arturo; el Perú, a Manco Cápac; y Grecia, a Alejandro Magno: todos ellos personajes insalvables en la historia de cada colectividad, y así como ellos también los hay en cada lugar del universo.

En la historia de los peruanos se asoman personajes trascendentes: femeninos y masculinos, serranos, selváticos y costeños, católicos y no católicos, quechuahablantes e hispanohablantes, sureños y norteños, del centro y del oriente; pero siempre engarzados a la historia nacional. Los hay en el Perú prehispánico, durante el mundo virreinal, y son muchos en la república, sobre todo, en episodios de guerra, cuando la integridad, la soberanía y la independencia de la patria los convocaba.

Los peruanos agradecidos con los defensores de su independencia han registrado y siguen registrando los nombres de beneméritos de la patria, en reconocimiento a sus actitudes heroicas que, desde fines del siglo XVIII hasta las primeras décadas del siglo XIX, no dudaron en luchar por un Perú libre y soberano, gesto que los ha dejado inscritos en la historia y en la memoria colectiva nacional.

Este es el resultado de ese afecto hacia lo suyo, una valoración hacia los peruanos y las peruanas, entre los que respondieron por el Perú, dejando asomar y fortaleciendo su conciencia de patria. Y, como ejemplos de valor y heroísmo, hoy los reconocemos para, en la hora reflexiva del bicentenario de nuestra independencia, honrar su memoria. Así, estos peruanos ilustres se han quedado para siempre, en la memoria colectiva, como paradigmas y arquetipos que, cual farolas, guían a los niños, jóvenes y adultos del suelo de los incas, que ahora les guarda y rinde un tributo especial.

BIBLIOGRAFÍA

Andrade, M. de J. (1909). *Próceres de la independencia*. Quito: Tipografía y Encuadernación de la Escuela de Artes y Oficios.

Bacacorzo, J.; G. y X. (1990). *Bolívar el Libertador en visión rutilante*. Lima, Perú: Biblioteca Nueva Arequipa 12.

Basadre, J. (1981). *Peruanos del siglo XIX*. Lima, Perú: Editorial Universo.

Basadre, J. (2005). *Historia de la república del Perú (1822-1933): tomo I*. Lima, Perú: Editora El Comercio.

Bayo, C. (1916). *Examen de próceres americanos*. Madrid, España: Imprenta de Juan Pueyo.

Bazán, A. (1949). *San Martín y Bolívar, paralelo de sus vidas*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Claridad.

Bedoya, M. (1918). *Diccionario militar ilustrado*. (Vol. 1). Lima, Perú: Imprenta Gloria.

Benítez, C. (1933). Las ideas constitucionales del Libertador. Caracas, Venezuela: Tipografía Americana.

Biografías históricas del Perú, desde los incas hasta 1963, (s. f.).

Bolívar, S. (1964). *Escritos del Libertador* (Vols. 1, 2). Caracas, Venezuela: Editorial Arte.

Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú. (1999). *Guía histórica y biográfica de la PNP* (5.ª ed.). Lima, Perú.

Chang, C. (s. f.). *El Perú y sus hombres a través de la república*, (s. l.).

Cortes, J. D. (1870). *Los revolucionarios de la independencia de Chile*. Santiago de Chile, Chile: Imprenta de la República.

Cova, J. A. (1943). *Sucre, ciudadano de América: vida del gran mariscal de Ayacucho*. Caracas, Venezuela: C. A. Artes Gráficas.

Cueva, A. (Ed.). (2007). *Diccionario histórico biográfico: peruanos ilustres*. Lima, Perú: A. F. A. Editores Importadores S. A.

Dunbar, E. (1984). *La revolución de Huánuco, Panatahuas y Huamalíes de 1812: tomo IV, volumen 1*. Lima, Perú: Talleres de la Imprenta del Ministerio de Guerra.

Echagüe, J. P. (1943). *Figuras de América*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Sudamericana.

Eguiguren, L. A. (1949). *Diccionario histórico cronológico de la Real y Pontificia Universidad de San Marcos y sus colegios* (Vol. 1). Lima, Perú: Imprenta Torres Aguirre.

Espinoza, C. A. (1961). *10 figuras de América*. Lima, Perú: Talleres Gráficos P. L. Villanueva S. A.

Eyzaguirre, J. (1946). *O'Higgins*. Santiago de Chile, Chile: Editorial Zig-Zag.

Flores, A. (1986). Los sueños de Gabriel Aguilar. *Debates en Sociología*, (11). Recuperado de http://revistas.pucp.edu.pe/index.php/debatesensociologia/article/view/7038/7207

Galván, C. (1950). *San Martín el Libertador*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Claridad.

Gamarra, J. A. (1974). *Historia y odisea de monumentos escultóricos conmemorativos*. Lima, Perú.

(1996). *Obras de arte y turismo monumental*; bronces ecuestres-estatuas-bustos-obeliscos. Lima, Perú: Talleres Gráficos Ku.

Gamio, F. (1971). *El proceso de la emancipación nacional y los actos de la declaración, proclamación y jura de la independencia del Perú*. Lima, Perú: Talleres de imprenta Gráfica Industrial.

García, C. (1951). *Diccionario histórico escolar del Perú*. Lima, Perú: Librería e Imprenta D. Miranda.

García, J. (1981). *La arquitectura en el Virreinato y la República. Historia del Perú: tomo IX*. Lima, Perú: Editorial Juan Mejía Baca.

Gargurevich, E. (s. f.). *Próceres peruanos de la independencia americana*, (s. l.).

Garrido-Lecca, G. (2001). *El Tigre de Piura*. Lima, Perú: Asociación Cultural Tallán.

Gayoso, B. (1938). *Los grandes mariscales del Perú*. Lima, Perú: Imprenta del Ministerio de Guerra.

Gonzales, A. (1980). *Bartolomé Salom o la virtud*. Caracas, Venezuela: Imprenta Corporación Universo Ltda.

Gordillo, J. (1954). *Guía de inhumaciones: en el Panteón de los Próceres, en la Cripta de los Héroes de la Guerra de 1879 y de los Beneméritos y Servidores a la Patria cuyos restos se hallan en los cementerios de Lima y Bellavista*. Lima, Perú: Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú.

Grisanti, Á. (1952). *Vida ejemplar del gran mariscal de Ayacucho.* Caracas, Venezuela: Ediciones del Ministerio de Educación.

Hall, B. y Loayza, R. (1998). *El impacto de San Martín en el Perú*. Lima, Perú: Roguimasalma Editores.

Hall, C. (1923). *Cómo vivía Bolívar en campaña.* Caracas, Venezuela: Tip. Mercantil.

Hualpa, R. (1995). *Tacna: diccionario histórico (1781-1995)*. Tacna, Perú.

Izcue, J. (1906). *Los peruanos y su independencia*. Lima, Perú: Imprenta La Industria.

Lajous, F., Pereira, C., Martí, P., Penas, A., Muzzio, R., Quartaruolo, M., y Burzio, H. (1967). *Hipólito Bouchard, marino al servicio de la independencia argentina y americana*. Buenos Aires, Argentina: Departamento de Estudios Históricos Navales.

Macera, C. (1950). *San Martín gobernante del Perú*. Buenos Aires, Argentina: Talleres gráficos de J. Héctor Matera.

Mariátegui, R. (1949). *Los peruanos, biografías de precursores, próceres, hacer santos*. Lima, Perú: Empresa tipográfica Salas e hijos.

Martínez, G. (1961). *Los tiempos de Mariano Necochea*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Lito.

Martínez, P. (1929). *El generalísimo de la independencia y Protector del Perú don José de San Martín*. Lima, Perú.

Maticorena, M. (1976). *Los ideólogos*: José Baquíjano y Carrillo, *Colección Documental de la Independencia del Perú: tomo 1, volumen 3*. Lima, Perú: Editorial Jurídica S. A.

Mendiburu, M. de. (1963). *Biografías de generales republicanos*. Lima, Perú: Editorial Lumen.

Mendiburu, M. de. (1874-1890). *Diccionario histórico-biográfico del Perú*. (Vols. 1-8). Lima, Perú: Imprenta de J. Francisco Solís.

Milla, C. (1986). *Diccionario histórico y biográfico del Perú*. Lima, Perú: Editorial Milla Batres.

(1994). *Enciclopedia biográfica e histórica del Perú: siglos XIX-XX* (Vols. 1-9). Lima, Perú: Editorial Milla Batres.

Miro-Quesada, C. (1960). *Los O'Higgins y Lima*. Santiago de Chile, Chile: Lions Internacional.

Neyra, H. (1967). *Hipólito Unanue y el nacimiento de la patria*. Lima, Perú: Talleres gráficos P. L. Villanueva S. A.

Ochoa y Lorenzo, M. de. (1929). *El capitán general marqués de Rodil: tomo 1*. Zaragoza, España: Tipografía E. Berdejo Casañal.

Orico, O. (1943). *Hombres de América*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Claridad.

Paz-Soldán, C. E. (1955). *Himnos a Hipólito Unanue*. Lima, Perú: Editorial San Marcos.

Paz Soldán, J. P. (1917). *Diccionario biográfico de peruanos contemporáneos*. Lima, Perú: Librería e Imprenta Gil.

Peña Prado, M. (s. f.). *Acción del Ejército Libertador*. Lima, Perú: Empresa Editora Excelsior.

Pérez, M. A. (1891). *Figuras americanas: galería de hombres ilustres*. París, Francia: Garnier Hermanos.

Pons Muzzo, G. (1949). *Historia del Perú y de América. La Emancipación*. Callao, Perú: Editorial Colegio Militar Leoncio Prado.

Posada, E. (1914). *Biografía de Córdoba*. Bogotá, Colombia: Imprenta Eléctrica.

Puertas, N. (1948). *José Domingo Choquehuanca*. Lima, Perú: Taller de Linotipia.

Ratto, H. (1961). *Almirante Guillermo Brown* (reedición). Buenos Aires, Argentina: Secretaría de Estado de Marina-Departamento de Estudios Históricos Navales, Talleres Gráficos Kraft.

Repetto, L. (2018). *Presbítero Maestro. Camposanto de Lima*. Serie MUNILIBRO 17. Junín, Perú: Talleres gráficos de Editora Imprenta Ríos S. A. C.

Requena, L. A. (2013). *El cementerio San Teodoro, patrimonio histórico de Piura*. Piura, Perú: Imprenta Talleres Gráficos de PRINLEY S. R. L.

Riva Agüero, J. y Porras, R. (1957). *Precursores de la Emancipación*. Lima, Perú: Patronato del Libro Peruano.

Rodo, J. E. (1920). *Hombres de América: Montalvo-Bolívar-*Rubén Darío. Barcelona, España: Editorial Cervantes.

Romero, F. (1966). Almirante Martín Guise. En Biblioteca Hombres del Perú (Vol. XXXVI). Lima, Perú: Editorial Universitaria.

San Cristóbal, E. (1935). *Apéndice al diccionario histórico-biográfico del Perú* (Vols. 1-4). Lima, Perú: Imprenta Gil S. A.

Scarpetta, L. y Vergara, S. (1879). *Diccionario biográfico de los campeones de la libertad de Nueva Granada, Venezuela, Ecuador y Perú*. Bogotá, Colombia: Imprenta de Zalamea.

Seminario, M. (1994). *Piura y la independencia*. Lima, Perú: Instituto de Investigaciones Cambio y Desarrollo CYDES.

Seminario, M. A. (2011). *Historia de Sullana: tomo 1. Edición de Caja Sullana*. Chiclayo, Perú: Emdecosege S. A.

Seminario, M. A. (2 de septiembre de 2016). Ramón Castilla, un gobernante a partir de la realidad socioeconómica del Perú. *El Regional Piura*. Recuperado de https://www.elregionalpiura.com.pe/index.php/columnistas/176-miguel-arturo-seminario-ojeda/16157-ramon-castilla-un-gobernante-a-partir-de-la-realidad-socio-economica-del-peru

Seminario, M. A. (2018). *Diccionario biográfico ilustrado de próceres y beneméritos de la patria*. Lima, Perú: Tarea Asociación Gráfica Educativa.

Seminario, M. A. (12 de mayo de 2019). José de la Mar. *El Regional Piura*. Recuperado de https://webcache.googleusercontent.com/search?q=cache:nzTqG9s1s6IJ:https://www.elregionalpiura.com.pe/~elreg896/columnistas/176-miguel-arturo-seminario-ojeda/34500-jose-de-la-mar+&cd=1&hl=es-419&ct=clnk&gl=pe

Seraylan, A. (1984). *El ejército en la independencia del Perú: tomo IV, volumen 3*. Lima, Perú: Talleres de la Imprenta del Ministerio de Guerra.

Serrano, E. (1888). *Americanos célebres*: glorias del Nuevo Mundo. Barcelona, España: Tipolitografía de los Sucesores de N. Ramírez y C.ª editores.

Sherwell, G. (1924). *Antonio José de Sucre, gran mariscal de Ayacucho*. Caracas, Venezuela: Lit. y Tip. del Comercio.

Sivirichi, A. y Vega, J. J. (1984). *Continuación de la lucha de los Túpac Amaru (1781-1783): tomo IV, volumen 1*. Lima, Perú: Talleres de la Imprenta del Ministerio de Guerra.

Tamayo, J. (1984). *La revolución del Cusco de 1814 y la primera proclama de la independencia del Perú: tomo IV, volumen 1*. Lima, Perú: Talleres de la Imprenta del Ministerio de Guerra.

Tauro, A. (1966). *Diccionario enciclopédico del Perú* (Vols. 1-3). Lima, Perú: Editorial Mejía Baca.

Temple, E. (1971). *La acción patriótica del pueblo en la emancipación: guerrillas y montoneras, Colección documental de la independencia del Perú: tomo V, volumen 2*. Lima, Perú: Editorial Lumen S. A.

Toro, J. (1936). *Las ideas del Libertador referentes a la Constitución Política de los Estados Americanos*. Quito, Ecuador: Imprenta de la Universidad Central.

Valencia, Á. (1974). *General de División José María Córdoba*. Bogotá, Colombia:

Imprenta y Litografía de las Fuerzas Militares.

Vega, J. J. (1995). *Túpac Amaru y sus compañeros.* Cusco, Perú: Municipalidad del Cusco.

Vergara, G. (1974). *Montoneras y guerrillas en la etapa de la emancipación del Perú (1820-1825)*. Lima, Perú: Editorial Salesiana.

Wiesse, M. (1924). *José María Córdova (1799-1829): ensayo biográfico*. Lima, Perú: Tip. La Voce d'Italia.

Yaben, J. (1938). *Biografías argentinas y sudamericanas* (Vols. 1-5). Buenos Aires, Argentina: Editorial Metrópolis.

Zevallos, N. (s. f.). *Toribio Rodríguez de Mendoza*. Lima, Perú: Editorial Bruño.

Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de
Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156 - Breña
Correo e.: tareagrafica@tareagrafica.com
Página web: www.tareagrafica.com
Teléfonos. 332-3229 / 424-8104 / 424-3411
Julio 2019 Lima - Perú



JNE
JURADO NACIONAL DE ELECCIONES

FONDO
EDITORIAL

ISBN: 978-612-4453-02-1